

Del ganador de los premios Hugo, Nebula y Theodore Sturgeon



**LA  
CONSPIRACIÓN  
ALEJANDRINA**

**TERRY  
BISSON**

«La mejor ciencia ficción satírica. Si Ray Bradbury hubiese escrito Fahrenheit 451 con Jonathan Swift, que hubiese sido un libro ideado algo parecido. Sobresaliente» —L

**Lectulandia**

Hank Shapiro es un artista de la selección, un agente del gobierno que recaba las obras a las que les ha llegado el momento de la jubilación creativa... ya que no hay bastante sitio en el mundo para todo el arte, de modo que las obras que exceden cierta antigüedad deben ser catalogadas, consignadas en los archivos y destruidas, allanando el camino para el arte nuevo. Es una profesión que entraña riesgos, y el salario es pésimo, pero paga las facturas. Después de todo, el arte de este año es mejor que el del año pasado, ¿verdad?

**Lectulandia**

Terry Bisson

# **La conspiración alejandrina**

ePub r1.0  
lenny 23.04.16

Título original: *The Pickup Artist*  
Terry Bisson, 2001  
Traducción: Juan José Llanos Collado  
Ilustración de cubierta: David Gallo  
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



más libros, más libres



ANIVERSARIO



epublibre



*Para David Hartwell,  
el genio bondadoso.*

# 1

Todos tienen algo que atesoran, algo que les importa más que cualquier otra cosa. La vida no es más que un proceso de eliminación, de descubrir qué es ese algo. Puede ocurrirte al final, cuando ya lo estás perdiendo. Si tienes suerte.

El día en el que empecé a descubrirlo, pues así es como pienso en ello ahora, era lunes, y comenzó como cualquier otro, pero al revés. Normalmente, *Homer* me despierta a mí, y no al contrario. Oí el *bip bip* de la libreta en la otra habitación y caí en la cuenta de que lo había estado oyendo desde hacía un rato. ¿Acaso solo había estado soñando que todavía estaba dormido?

Tenía que orinar, y cuando sueño no tengo que hacerlo. Entonces pensé: «¿dónde está esa perra?»

—¿*Homer*? —Normalmente la libreta la despierta en el acto, como si fuera un despertador. La agencia me envía algo todos los días, aunque solo sea un desmentido. Estaba a punto de volver a llamarla cuando oí el chasquido de sus grandes patas sobre el suelo de madera, y allí estaba, lamiéndome la cara. Su aliento olía un poco peor que de costumbre, pero le brillaban los ojos, que son negros y perlados. Me levanté para ir al baño y hacerle el desayuno (mi café se hace solo) y comprobé que ya eran las siete.

No es que me importara. Los lunes eran tranquilos.

Saqué a pasear a *Homer*, arrojé la libreta y la bolsa al lectro y me puse en marcha. La primera selección era en un barrio apacible al otro lado de Todt Hill; en Staten Island se pronuncia *toad*<sup>[1]</sup>. Desde la cima se ven Manhattan y Brooklyn: uno alto, el otro bajo; uno cerca, el otro lejos; los dos ordenados y pulcros. Y el Atlántico al este, tan homogéneo y monótono como la pradera en un sueño. En aquella época soñaba a menudo con el oeste. Eso era antes de que mis sueños se hicieran realidad.

La casa estaba situada en el ecuador de la colina, en una calle sinuosa y de vegetación frondosa. Por supuesto, está prohibido revelar los nombres o las direcciones. Aparqué justo enfrente. Había un perro en el porche, un chucho de aspecto peligroso pero soñoliento. Un blanco gordo en camiseta y pantalones vaqueros, que no era tan agradable como su casa, ni mucho menos, me abrió la puerta. La camiseta rezaba: «¿Y bien?».

Le enseñé la libreta y la miró desconcertado. Con auténtico desconcierto. He conocido a seleccionados que fingen ignorancia, pero la suya era de verdad.

—¿Y bien?

—Supongo que sabe por qué he venido.

—Ayúdeme —dijo—. ¿La AAI? ¿La Agencia de Asuntos Indios?

—AAE —expliqué—. Artes y Entretenimiento.

—Ah, sí. Son los que recogen cosas viejas.

—Exacto —afirmé, aunque la agencia es mucho más que eso—. ¿Quiere

invitarme a pasar? Hace un poco de frío aquí fuera.

Solo un poco: estábamos a mediados de octubre. Pero lo primero que aprendemos en la academia es que las cosas funcionan con mayor facilidad si consigues poner el pie en la puerta. El señor «¿Y bien?» refunfuñó un poco y retrocedió para franquearme el paso. Los dos nos sentamos en un sofá duro, ante una mesita de café desordenada. La situación era incómoda, pero estoy acostumbrado a eso. Sé que no nos encargamos tan solo de cosas: son recuerdos, sueños y, por supuesto, dinero.

—¿Le dice algo el nombre de Miller, Walter M. Jr.? —le pregunté. La idea es concederle al seleccionado la oportunidad de participar.

—¿Miller? ¿Jr.? Claro. Era un escritor de ciencia ficción, el autor de *Cántico por Leibowitz*, ¿no? De mediados de siglo, cuando los libros eran... ¡Espere un momento! ¿Quiere decir que han borrado a Miller?

—Hace seis semanas —dije.

—No sabía que lo habían retirado. Ya no sigo la ciencia ficción. Ni siquiera la ciencia.

—Le entiendo —respondí. Si él iba a cooperar, yo no iba a discutir.

—¿Y bien? Ah. Comprendo. Debo tener un libro suyo en rústica. Creía que todavía eran legales. Si le digo la verdad, hace más de un año que no los hojeo. No es una verdadera colección. Son una especie de saldo. Supongo que es mi día de suerte.

—En efecto —convine—. Pagamos ciento veinticinco por cada selección. Hasta la gente que no sabe nada de nosotros lo sabe.

—Y es el día aciago de Arthur.

—Walter —le corregí. Acto seguido le brindé lo que yo llamo la respuesta académica—: Ya ha tenido su momento de gloria. Ahora es el turno de otro.

—Claro, lo que usted diga —contestó el señor «¿Y bien?» con amargura. Desapareció en otra estancia y oí que abría y cerraba unos cajones. No perdí la puerta de vista, por si acaso. Regresó con una caja medio llena de libros en rústica. Quizá dos tercios. Lo bastante para que sobresalieran parcialmente.

Hubo de comprobarlos todos; no obedecían a ningún orden concreto.

—Puede que aquí haya otros —dijo.

—Yo no sé nada de eso —señalé—. Solo tengo mi lista. Puede visitar el sitio web de la agencia. Los que entregue en persona valen cincuenta más.

—O quinientos, para los contrabandistas —repuso—. O cinco mil. He visto ese reportaje sobre, ¿cómo se llama?, Salinger.

—Yo no sé nada de eso —repetí—. Y la ley me obliga a recordarle que va contra la ley hacer siquiera chistes sobre los contrabandistas.

Una atmósfera helada se abatió sobre la habitación. No me importó. No te puedes tomar demasiadas confianzas; tienes que recordarle a la gente que trabajas para el gobierno.

—Lo que usted diga —dijo—. Aquí está. Hasta luego, Arthur. Walter.

Me lanzó el ejemplar. Había un monje encapuchado en la cubierta. Las páginas se

desplegaron y el libro se estrelló contra el suelo. Lo recogí de la alfombra deslucida y lo metí en la bolsa.

—¿Ni siquiera va a mirarlo? ¿Ni a leer una sola palabra antes de destruirlo? Puede que aprenda algo sobre la vida.

—No se destruye a nadie —puntalicé. Lo taché de la libreta con la yema del dedo y pulsé ciento veinticinco.

—Lo que está eliminando no es solo un libro. ¡Es una vida humana!

Estaba empezando a ponerse beligerante. Era hora de marcharse. Me levanté.

—Yo no me meto en nada de eso. Me limito a recoger la mercancía y mandarla a Worth Street.

—¿Y después?

—Y después, ¿quién sabe? —Le tendí la mano—. Gracias por su colaboración.

No quiso estrechármela.

—Hasta luego, Walter —dijo, dirigiéndose a la bolsa. Le brillaban los ojos.

Empecé a retroceder hasta la puerta. El sentimentalismo y la violencia están estrechamente ligados. Lo aprendemos en la academia. A modo de broma, nos gusta decir que nuestro trabajo es mitad diplomacia, mitad psicología y mitad matemáticas.

—¿Y el dinero? —gruñó cuando abría la puerta. Oí otro gruñido que le respondía desde el porche.

—Ya lo he ingresado en su cuenta. Le agradecemos mucho su colaboración.

—En fin —dijo él—. Supongo que solo está haciendo su trabajo. Supongo que es descorazonador para los nuevos escritores que los antiguos estén siempre ahí.

¿Sarcasmo o simpatía inesperada? Sea como fuere, es otra mala señal.

—El trato no era para siempre, en todo caso —contesté, mientras cerraba la puerta de pantalla al salir y me retiraba lentamente del porche, observando al perro. Adoptan las actitudes de sus dueños.

—Es una pena que Miller no sea una puta estrella de cine, ¿eh?

Lo dejé vociferando al otro lado de la pantalla. Bajé los escalones, llegué a la calle, subí al lectro y me fui. Mi segunda selección era en los pisos que hay cerca de South Beach, en uno de esos barrios con casitas de madera y aceras quebradizas hechas con demasiada arena.

Resultó que esta selección sí que era una estrella de cine: o, cuando menos, una película. Nos dicen mucho lo de las estrellas de cine. Algunos opinan que no es justo que retiremos las películas y no a las estrellas, mientras que eliminamos a los escritores individualmente. Y supongo que no lo es. La verdad es que no puedo rebatírsele. No es que quiera, de todas formas. No me corresponde discutir.

Una mujer se presentó en la puerta. Tenía unos sesenta años, pero estaba vestida como si tuviera entre veinte y cuarenta. La sala estaba oscura y la televisión atronaba: emitían uno de esos debates diurnos, donde la mitad de los invitados son personajes de dibujos animados de los programas de máxima audiencia, que no deprimen los cojines del diván.

La señora «20/40» pulsó el botón de silencio y me invitó a entrar en cuanto le enseñé la placa. La selección era un VHS, anterior al DVD, que seguía en su estuche, con fotografía en color y todo. El sombrero, la pistola y el caballo indicaban que se trataba de un *western*.

—Iba a entregarlo —aseguró—. Iba a llevarlo la semana pasada, pero se me estropeó el coche.

A mí no me parecía que tuviese coche, ni siquiera un lectro. Supuse que había oído que teníamos discreción. No me importaba; no es mi dinero, y me gusta complacer a la gente siempre que puedo, ¡sobre todo después de la última selección!

—Lo comprendo... —le dije mientras metía la película en la bolsa, y añadí—: Le diré una cosa. Le apuntaré los cincuenta extra, puesto que intentó entregarlo.

—El problema —objetó ella— es que no tengo cuenta en el banco. ¿Podría dármelo en efectivo?

Tampoco me lo creí. Sabía (y ella sabía que yo sabía) que estaba intentando eludir el impuesto. Pero bien mirado, ¿a mí qué me importaba? Me dio su tarjeta y la pasé por la libreta.

—Es usted un príncipe —dijo.

—En absoluto —repliqué—. Solo soy un artista de la selección que hace su trabajo.

—¿Un qué?

—Un artista de la selección. No es más que un término que usamos nosotros.

\* \* \*

—Mira por dónde, si es Santa Claus —dijo Lou, el camarero de Ducks & Drakes, donde almorzaba normalmente (a decir verdad, siempre) en aquella época. Una cerveza con zumo de tomate y un huevo crudo dentro. Me preocupa bastante la salud. O mejor dicho, me preocupaba.

Lou me llamaba Santa Claus porque siempre entraba con la bolsa. No me sentía cómodo dejándola en el lectro. Y era grande, como la saca de un cartero, con el sello de la AAE y todo.

—¿Cuál es el daño causado hoy? —preguntó.

Abrí la bolsa y le dejé mirar en el interior con la pequeña linterna que tiene detrás de la barra, con la que te deslumbra cuando has bebido demasiado y te dice: «Eso es todo, amigos». Técnicamente, siempre y cuando no meta la mano en la bolsa ni toque nada, no es una infracción.

Lou se encogió de hombros y dijo:

—¿Miller? —Pero conocía la película—. Clint Eastwood —anunció—. ¡No sabía que lo hubiesen retirado! A mi padre le encantaba. Le puso su nombre a mi hermano mayor.

—¿Clint?

—Woody.

—A lo mejor estás pensando en Woody Harrelson —dije.

—O en Woody Allen —sugirió una voz que procedía del extremo tenebroso de la barra. Se trataba de Dante, o por lo menos así es como lo llama Lou. Es un policía jubilado, o algo así; siempre se sienta en la penumbra—. Retiráis las películas, pero no a las estrellas de cine. Entonces, ¿cómo es que un cantante desaparece en cuanto sale su número?

—¡Venga! —exclamó Lou—. No pueden retirar a las estrellas de cine porque nunca salen solas en las películas. Los demás actores tendrían que hablar con una mancha blanca en la pantalla.

—¿Y? Los cantantes tampoco salen solos en los CD.

—A veces sí —apuntó Lou—. Además, las películas son distintas. Las películas durarían para siempre a menos que las retirasen. Atascarían el mundo, como el colesterol.

—Lo de los cantantes es una mierda —dijo Dante—. No deberían haber retirado a Sinatra. También era una estrella de cine.

—Es todo política —afirmó Lou, mientras rompía un huevo en mi vaso—. ¿Verdad, Shapiro? Las películas tienen fuerza. Timbre. Resonancia. Encanto. Además, este tío es un escritor de misterio, no un cantante, ¿verdad, Shapiro?

—De ciencia ficción —puntalicé.

—Es lo mismo —aseguró Dante, desde la penumbra—. Además, ¿cómo es que siempre se están metiendo con los italianos?

—A lo mejor es porque los italianos os estáis quejando todo el tiempo —observó Lou—. ¿Verdad, Shapiro?

—Lo que tú digas —dije—. En la academia nos adiestran para no discutir, y eso se transmite a la vida privada. Pero a veces me afectan las cosas que dice la gente. En primer lugar, la agencia no retira a nadie a menos que ya haya muerto. En segundo lugar, lo hace un generador aleatorio, y Dante lo sabe. Y en tercer lugar, vamos a ver, ¿quién ha dicho que Clint Eastwood fuese italiano?

\* \* \*

Solo tenía una selección aquella tarde. Era en una bocacalle de Silver Lake. Aparqué a una manzana de distancia y me tomé mi tiempo.

Me encanta Silver Lake. Parece un reflejo del mundo, con casas, árboles y coches por todo el contorno, y en el centro, un agujero azul: el cielo despejado. A menudo pienso (pensaba) en mi trabajo así. La agencia era el agujero azul que mantenía en orden todo lo demás.

Era una casa antigua, con el aspecto de un rancho, con un garaje adjunto abierto y lleno de trastos. Un perro viejo y desdentado salió y empezó a ladrar, luego se puso a mi lado y me acompañó hasta el porche. Algunos tienen mano con las mujeres, con

los niños o con otros tíos. Yo la tengo con los perros.

La puerta estaba abierta, pero había una mosquitera. Vi el interior de la casa, oscuro. No había timbre. Golpeé la puerta mosquitera. El hombre que se personó en la puerta era espigado y flaco, tenía el cabello largo y castaño y se lo peinaba sobre la coronilla calva.

Verifiqué su nombre y le enseñé la libreta, que tenía mi placa de salvapantallas. Le dije lo que buscaba.

El señor «Calvito» no ensayó la mirada impasible. Tan solo me invitó a entrar. Cerró la puerta de pantalla dejando al perro fuera.

Me senté al lado de la bolsa en una lóbrega sala de estar. Las cortinas hacían juego con la alfombra; parecía que no las habían limpiado desde hacía años. El señor «Calvito» se excusó y regresó al cabo de unos minutos con una carpeta de cartón cuadrada y lisa, con la fotografía de un vaquero que estaba subiéndose a un coche, o bajándose: un álbum. El disco del interior parecía un CD, pero era muchísimo mayor, y tenía dos caras, con surcos diminutos.

—Esto es lo que quiere —declaró—. Es un LP.

—Lo sé, los he visto —le contesté. No era cierto en sentido literal, pero en la academia habíamos estudiado todos los medios de almacenamiento y recuperación del siglo xx. Hay tantos tipos distintos que abarcan dos cursos independientes.

—¿Le importa si lo escucho por última vez?

Sentía tanta curiosidad que estuve a punto de acceder. Sobre todo cuando vi el dispositivo reproductor. Se trataba de una caja con tapa: un tocadiscos. Lo abrió y puso el plato en movimiento antes de que yo recobrase el sentido y respondiera:

—Lo lamento, pero está estrictamente prohibido.

—Entiendo —dijo mientras cerraba la tapa. Aunque yo no estaba seguro de lo que entendía exactamente. Estaba sujetando el LP, contemplando la imagen del vaquero (se le notaba por el sombrero) junto al coche, empuñando una guitarra.

»¿Se encuentra bien?

—Supongo —dije. Metí el LP en la bolsa—. Claro.

—Por un momento creí que iba a echarse a llorar.

—Es que ha sido un día largo —contesté, aunque solo eran las dos de la tarde. Me sequé los ojos y me sorprendió sentir lágrimas en el dorso de la mano.

—Hasta luego, Hank —dijo.

—¿Eh?

—Hank Williams —explicó—. Uno de los grandes. Un inmortal.

—La ley me obliga a recordarle que no hay ningún inmortal —alegué—. Esa propuesta se rechazó con la cláusula de...

—Solo es una expresión —aseguró—. Sin mala intención, ¿vale?

El perro quería seguirme, pero lo mandé al garaje. Empecé el camino largo, el que rodeaba el lago, para regresar. No conseguía quitarme aquella imagen de la cabeza. Me recordaba una canción. Casi podía oírla en mi cabeza, pero no del todo.

Además, estaba el nombre, Hank. Aunque jamás lo utilizo, es mi nombre de pila. Según mi madre, es el nombre que me puso mi padre.

Había demasiadas cosas.

Todos estaban al tanto, pero nadie sabía qué hacer al respecto.

La solución, o la Opción de Supresión, como acabó llamándose cuando se convirtió en una política oficial del gobierno, se presentó con un estallido, literalmente. El 5 de abril de 20\*\* a las 4.04, una pequeña explosión originó un intenso incendio en el Musée d'Orsay de París. Cuando consiguieron controlarlo, las llamas habían destruido cuatro obras maestras del impresionismo, incluyendo *El ferrocarril de Argenteuil*, de Monet. El siniestro había sido provocado por un pequeño artilugio incendiario de relojería.

En un *communiqué* por correo electrónico dirigido a las oficinas de *París Match* y *The International Herald Tribune* un grupo autodenominado los *eliminateurs* reivindicó la autoría del atentado. Solo se identificaban como un «colectivo internacional de artistas», y empleaban una imaginería que en ocasiones adolecía de una espantosa vulgaridad para comparar la cultura occidental con el cuerpo humano, preguntando qué ocurriría si uno solo comiera y nunca eliminase nada.

La naturaleza internacional de su movimiento se puso de manifiesto la semana siguiente, cuando dos bombas explotaron simultáneamente en la Tate Gallery de Londres y en El Prado de Madrid. El incendio de la Tate fue el más grave, pues afectó a dos Turners y destruyó un Constable. En el Prado fue solo un conato. Los museos de toda Europa respondieron sustituyendo los originales por repros holográficas y réplicas texturizadas en 3D, acelerando un proceso que ya estaba en marcha en respuesta al deterioro ocasionado por la polución atmosférica.

—La era de la reproducción digital ha hecho que los originales estén cada vez más obsoletos —declaró el conservador de la Galería Haversdatter de Berlín—. Se pondrán a disposición de académicos cualificados para que los estudien.

Aumentó la seguridad y el tráfico de los museos se disparó. Fue como si al destruir el arte ilustre los *eliminateurs* le hubiesen recordado al público su valor. Las obras afectadas se exhibieron en una exposición ambulante especial: «El arte responde a sus enemigos». Se exhibieron simultáneamente reconstrucciones de los cuadros destruidos ante un público sin precedentes en Tokio, Londres, Nueva York y Vancouver. Al término del verano, después de dos meses sin incidentes, parecía que los *eliminateurs* no habían sido sino otra de las modas pasajeras que de tanto en tanto sacuden el mundo del arte, y que la crisis había terminado.

Fue una equivocación en ambos casos.

### 3

*Homer* no se encontraba mejor cuando llegué a casa. Le calenté la cena en el microondas junto con la mía, pero ella no quiso comer. *Homer* y yo habíamos estado solos durante casi nueve años, desde la muerte de mi madre. Yo sabía por mi madre que mi padre, a quien ella se refería amargamente como «el judío errante», me había puesto el nombre de un famoso cantante de *country*, pero puesto que nos habíamos mudado de Tennessee a Nueva York poco después de que nos abandonase, nunca me había aficionado a aquella música. Nunca había empleado ese nombre. Lo había olvidado por completo... hasta que vi aquella fotografía.

Aquella noche, antes de acostarme, saqué el LP de la bolsa, aunque está estrictamente prohibido, y estudié la imagen de la cubierta del álbum. Pensé en Dante: habría refunfuñado si hubiese visto a Hank Williams. Parecía italiano, como el cantante que había causado tanto revuelo cuando lo retiraron algunos años atrás, Sinatra. Menos por el sombrero de vaquero. Sabía que aquella noche soñaría con el oeste. Apoyé la cubierta del álbum contra la pared que había al pie de la cama, y casi pude oír la música, aunque no del todo. Un sonido lejano y solitario.

A la mañana siguiente tuve que despertar a *Homer* de nuevo. Me pareció que se levantaba despacio, de modo que en lugar de sacarla a pasear inmediatamente después del desayuno, me conecté al MS-MD, en la HMO<sup>[2]</sup>. Describí los síntomas («he tenido que despertarla, y normalmente es ella la que me despierta a mí») y me dieron un número de espera.

Solo tenía una selección esa mañana, así que me llevé a *Homer*. Eso era inusitado, ¡pero es que parecía muy triste! La dirección era Sunset View, al sur de Great Kills, a la sombra del pico. Dejé a *Homer* en el lectro mientras hacía la visita.

Se trataba de una viejecita con gafas enojadas. Tenía un par de ejemplares en rústica de Grisham y una película, *El Yang-Tsé en llamas*. Le di a «Joyas» ciento cincuenta por la película y le expliqué que los libros en rústica publicados después de 20\*\* no tenían gratificación. Ella se sintió decepcionada. Trescientos es mucho dinero en un asilo de ancianos, donde todo es gratis, menos lo que hay en las máquinas expendedoras.

—¿Por qué los libros no? —preguntó—. Grisham está retirado, lo sé. La enfermera lo comprobó en el sitio web de la AAE.

—Lo han borrado, es cierto —convine, mientras comprobaba la libreta y adoptaba mi versión más apaciguadora de informante. Informar al público no solo es un servicio; es una forma de calmarlos. Es una especie de regate a la cólera con la que te tropiezas de vez en cuando, cuando eres oficial del gobierno, sobre todo si hay dinero de por medio—. Han borrado los libros de Grisham de la base de datos de la Biblioteca del Congreso. Lo que significa que tanto los lectores individuales como los institucionales ya no pueden descargarlos. Retiraron los restantes ejemplares en tapa

dura de las bibliotecas regionales que todavía los conservaban. Pero estos en rústica son los últimos que publicaron y están impresos en papel rico en ácido. Se descomponen solos. —Escogí uno y lo zarandé—. Fue una disposición especial. ¿Ve cómo se deshacen las páginas?

«Joyas» frunció el ceño y apartó la mirada. ¿Era una bibliófila, o acaso le preocupaba la alfombra? El polvo amarillo destacaba en la desgastada moqueta marrón. Entonces le miré las manos, el dorso de las manos, y lo entendí. Ella comprendía la decadencia, pero no como algo que les pasara a los jóvenes. Los libros tenían menos de veinte años. Ella debía tener cuatro veces más.

*Homer* esperaba pacientemente en el coche. Sus ojos, siempre brillantes y perlados, estaban apagados, casi grises, y tenía la lengua blanca. Su aliento era terrible. Llamé de nuevo al MS-MD, pero todavía no había salido mi número de espera. Me conecté otra vez al cuestionario y añadí «lengua blanca» y «ojos apagados» a los síntomas.

El camino más corto hasta el D&D atravesaba una estribación del pico de Great Kills. Divisé la cumbre simétrica, que de ordinario tiene una guirnalda de bruma, de modo que *Homer* y yo emprendimos el ascenso de la serpentina, recorriendo los bancos menguantes (cada uno con una generación distinta de relleno y una niebla cálida peculiar), hasta la cima. De camino pasamos junto al anexo de mascotas MS-MD, aunque entonces no me di cuenta. Con una altura de trescientos cuarenta metros, Great Kills solo es un poco más bajo que el World Trade Center. Se domina Todt Hill; desde el mirador conmemorativo «más limpio de Nueva York» se ve la mayor parte de Manhattan y todo Brooklyn.

—Este sitio sería estupendo para un restaurante —le dije a *Homer*. Ella asintió lastimosamente—. Pero nadie quiere comer sentado encima de un montón de basura. Aunque, ¿qué es una ciudad, sino un montón de basura, un podridero? Y de todas formas, si te paras a pensarlo, ¿en qué te sientas cuando comes?

Ella asintió de nuevo. Aunque *Homer* come de pie, y no ha de pensar en cosas así.

Ese día me quedaban dos selecciones, una de ellas en Brooklyn, al otro lado de puente. Ambas podían esperar hasta la tarde. Dejé a *Homer* en casa, le calenté el almuerzo en el microondas y me fui a comer al D&D.

—¿Qué llevas en la bolsa, Santa Claus? —preguntó Lou cuando accionó el portero automático para dejarme entrar.

—¿Has oído hablar de Hank Williams?

—Era blanco, ¿verdad? —Lou es intermedio, como la mayoría de los americanos—. Un cantante de *country* y *western*. ¿Lo han retirado? Es la clase de tío por quien se habría armado un escándalo hace unos años. Como Sinatra, ¿te acuerdas?

—Deberían haber dejado en paz a Sinatra —rezongó Dante, desde la penumbra—. Pertenece a la eternidad.

Dante es blanco, o mejor dicho, lo era. Con el cráneo blanquecino y calvo y las manos pálidas, parecía un fantasma en las sombras del extremo de la barra. Como era

un ex policía (o algo parecido; me daba miedo preguntárselo), sabía que no debía decir la palabra inmortal.

—Williams se parece a Sinatra —dije—. O mejor dicho, se parecía.

—En fin, ahora los dos pertenecen a la eternidad —intervino Lou—. Igual que haremos todos, algún día, incluyendo a Dante. Te invito a otra caña. En memoria de Hank Sinatra.

—Frank Sinatra —le corrigió Dante—. Lo has olvidado. Yo lo recuerdo.

—Vamos a ver su foto —propuso Lou, mientras cogía su linternita y alumbraba el interior de mi bolsa—. ¿Adónde ha ido?

—Yo... lo he devuelto —contesté. La mentira saltó de mi boca antes incluso de que recordase por qué la necesitaba. La cubierta del álbum estaba en mi habitación, al pie de la cama, apoyada contra el zócalo. Estrictamente contra las reglas de la agencia.

—¿Lo has devuelto? —preguntó Dante desde la oscuridad.

—La selección era una falsa alarma.

—Y una mierda —bufó Dante—. Ese tío está retirado o no lo está.

—La cubierta del álbum estaba vacía —dije yo. Era mentira, pero resultó una mentira presciente.

—Y una mierda. Has ido a ver a los contrabandistas.

—No puedes decir eso, ni siquiera en broma —le recordé—. Es un delito federal reírse del contrabando.

—Diré lo que me dé la puta gana —replicó Dante—. Con tu puto permiso federal.

Yo no me había ofendido. Dante es así, o mejor dicho, lo era. En todo caso, era yo quien había engañado, y las mentiras no me incomodan. En mi trabajo debo ser diplomático, de modo que exagerar o distorsionar la verdad no es nada del otro mundo. Me preocupaba más intentar descubrir por qué había sacado de la bolsa la cubierta del álbum, y por qué no la había vuelto a guardar. Nunca había hecho una cosa así, y había estado en la agencia desde 20\*\*.

Pasé de lo sano y me tomé una hamburguesa a la parrilla con queso. Un antojo. Me sentía un tanto extraño.

Mi primera selección de la tarde era una película (el mundo está lleno de películas) en Small Beach, un complejo de condominios al este de la isla. Una señora en silla de ruedas la llevó a la puerta. Se trataba de *El fugitivo*, de gran actualidad cuando la borraron el año anterior, porque representaba el final de Harrison Ford a todos los efectos prácticos. Estaba en lo alto de un montón de cintas de vídeo que tenía en el regazo. La mujer de la silla de ruedas quiso persuadirme para que me las llevase todas; sufrió un desengaño cuando le expliqué que las demás no valían nada. Algunas estaban retiradas desde hacía más de veinte años; la más reciente, un *western* (*Bonnie y Clyde*), llevaba casi diez años borrada.

Estaba más que desengañada; estaba furiosa. Tal vez petulante sea la palabra. Empezó a quejarse, y le dije que diera gracias de que yo estuviera en Supresión y no

en Cumplimiento, porque la pena por preservar A&E borrado después de seis años era peor que una multa, son seis meses en un pabellón de castigo. Técnicamente, por supuesto; la norma solo se aplica cuando hay pruebas o sospechas de contrabando. El registro es voluntario, y nadie dice que sea completo.

Eso no la impresionó.

—¿Pabellón de castigo? —se rio burlonamente, dando una vuelta completa con la silla, como si quisiera fastidiarme.

Acabé dándole cien de todas formas. Aunque fuera desagradable, estaba impedida y sola. En lo que a mí respecta, la discreción está para eso. En el fondo, el nuestro es un trabajo social, y yo soy una persona sociable.

Mi segunda selección de la tarde era en Brooklyn, en el instituto Charlie Rose, en la esquina de la Ochenta y Tres con Bay Parkway. Me encanta el paseo por el puente; es una de las ventajas de poseer un lectro de la agencia. No tenemos muchas escuelas. La mayoría entregaron sus bibliotecas hace años, adoptando servidores y lectores antes incluso que las «librerías».

Una apesadumbrada bibliotecaria me condujo hasta un mortecino almacén. La selección era un cuadro, una repro; ni siquiera era dimensional, pero las repros se retiran junto con los originales cuando borran al artista. Se trataba de un Rockwell de una ballena que arrojaba al aire una barca desde las profundidades. La clase de tema escabroso que les gusta a los chavales de instituto, o que les gustaba, supongo. Parecía bastante antiguo.

Comprobé la libreta: pintores, Rockwell, etc.

—No tengo a ningún Rockwell —le dije a la bibliotecaria—. Rockwell no está retirado.

—Este es otro Rockwell —aclaró ella—. Rockwell Kent. Lo retiraron hace una docena de años.

—Más de seis es un problema —observé—. Tengo la obligación de decirle...

—¡Aquí no somos alejandrinos! —exclamó, animándose por vez primera—. Lo que pasa es que el registro lo pasó por alto. Oiga, a lo mejor pensaron que lo habían hecho los chavales.

«*No me parece muy probable*», pensé. Pero la ballena no era muy realista. Parecía una ballena de videojuego. Demasiado lisa.

Metí la repro en la bolsa, con marco y todo, y puse ciento cincuenta en la tarjeta de la escuela. El trato es que si está en la biblioteca el dinero es para el Consejo; si está en la pared, para la escuela.

Acepté la palabra de la bibliotecaria de que había estado en la pared. Deseaba darle el dinero a su escuela. Tenía unos treinta años y parecía abatida, pero no era fea; tenía una de esas caras alargadas y pensativas que algunos encuentran atractivas. Llevaba un jersey anímico con azulejos<sup>[3]</sup> encima de una falda larga. Los azulejos eran más azules a ambos lados de sus pechos rotundos, y recuerdo que pensé que debían haber sido vacas lecheras. No albergaba esos pensamientos a menudo. Me

pregunté si acaso significaba que estaba superando la muerte de mi madre al fin. *Homer* habría dicho: «ya era hora», si *Homer* pudiese hablar.

La bibliotecaria me estaba acompañando a la puerta cuando reparé en el tocadiscos. Además de haber aprendido el nombre en la academia, lo reconocí por mi selección del día anterior. La tapa estaba abierta y en la parte del plato crecían plantas frondosas.

Me detuve y dije:

—Perdone.

—¿Perdone?

Señalé el tocadiscos.

—¿Dónde lo ha conseguido?

—Pertenece a la escuela —dijo—. ¿Por qué?

—Es que me preguntaba dónde se pueden encontrar, eso es todo.

—No son ilegales. Por si me está poniendo a prueba.

—Tengo muchas plantas.

—No son ilegales —repitió ella, mientras me abría la puerta.

—Yo soy un artista de la selección. Supresión, no Cumplimiento —expliqué—.

Nadie intenta tenderle una trampa a nadie. Lo que pasa es que tengo muchas plantas.

Se encogió de hombros y me sujetó la puerta, a la espera de que me fuese. El pasillo estaba inundado de luz. Al otro lado de las ventanas divisaba el puente Verrazzano y más allá de este, Staten Island. Las nubes dimanaban de las laderas del pico de Great Kills, alzándose como voluminosos fantasmas de las fumarolas que había abierto la fermentación del relleno.

Pasé junto a los azulejos con alas de angora.

—¿Por qué no me deja su tarjeta? —sugirió ella—. Por si acaso encontramos algo más.

No tengo muchas plantas. Mientras cruzaba de nuevo el puente hasta Staten Island, me pregunté por qué se lo había dicho. ¿Y por qué había mencionado ella a los alejandrinos? Se trataba de una banda que robaba obras de arte para protegerlas de la destrucción. Supuestamente por razones religiosas, no como los contrabandistas, que lo hacían por dinero. Digo supuestamente, porque a menudo las pequeñas verdades que nos cuentan solo sirven para oscurecer una verdad mayor.

El primer atentado contra los libros se produjo en septiembre del mismo año, 20\*\*. La sala de clásicos de la Biblioteca Pública de Nueva York, en la Quinta Avenida, y la sala de lectura de la Biblioteca de Londres, donde Marx había compuesto pacientemente *Das Kapital* sufrieron un ataque simultáneo a las 7.00, hora de Nueva York; las 11.00, hora de Londres. La sincronía indujo a muchos a suponer que habían planeado y coordinado los ataques desde Nueva York.

Un grupo cuyos miembros se autodenominaban alejandrinos («por el incendio, no la biblioteca») reivindicó el atentado.

Nadie sufrió daño alguno, excepto la colección de clásicos de Nueva York, que perdió una primera edición de *Luces de neón*. Las reacciones no se hicieron esperar, pero no fueron unánimes. Mientras que la International PEN y el Gremio de Autores denunciaron los bombardeos, la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía de los Estados Unidos (SFWA), una misteriosa organización de escritores, seguidores y aficionados al género, manifestó con cautela su apoyo a los objetivos de los terroristas, aunque no a sus métodos, aventurando la opinión de que tal vez fuese hora de despejar los estantes para dejar espacio a los nuevos autores. El apoyo de la SFWA se tachó de interesado, puesto que no había ningún autor de ciencia ficción ni de fantasía entre los clásicos destruidos ni, para ser precisos, entre los clásicos en general.

En aquel momento, tanto los partidarios como los detractores de los alejandrinos y los *eliminateurs* (si en efecto se trataba de grupos independientes) consideraban que los ataques eran meramente simbólicos, puesto que el negocio editorial ya no estaba basado en las copias impresas, y la mayoría de los libros eran archivos que se descargaban de los ordenadores centrales y las editoriales.

A medida que avanzaba el año, otros museos de arte sufrieron bombardeos. El 15 de noviembre, el Salón de la Fama del Rock fue destruido por la explosión de un coche bomba que estremeció Cleveland y mandó un *tsunami* en miniatura de un metro de altura hasta las pedregosas orillas de Ontario, a más de sesenta kilómetros del lago Erie. Un conjunto de Toronto, Speld Fune, compuso una canción de *rap* en honor al suceso, *Johnny Be Bad*.

¿Se trataba de un solo movimiento, o de una confederación imprecisa de imitadores? La controversia aumentó cuando el museo de la Historia del Cine de Los Ángeles fue bombardeado el día después de Acción de Gracias. La semana siguiente, en un atentado aparentemente inspirado por los anteriores, rellenaron con cemento las huellas de varias manos en el paseo de las Estrellas, incluyendo las de Marilyn Monroe y Billy Bob Thornton. «Oscar» reivindicó la autoría de sendos actos de sabotaje cultural.

Cuando el museo Metropolitano y el de Brooklyn se convirtieron en el blanco de los ataques, los principios de la *elimination*, como se denominaba en Europa, o la

supresión, en los Estados Unidos, eran un tema de discusión habitual en los debates televisados y en la prensa. El movimiento había captado incluso algunos simpatizantes entre las altas esferas, la más destacada (y sorprendente) de los cuales fue la directora de la NEA<sup>[4]</sup>, Carol «Cookie» McCurdy.

Entonces el juego se volvió letal. Durante la semana de Navidad, un aparcamiento subterráneo del Museo Getty de Los Ángeles se desplomó a causa de una explosión a mediodía, aplastando un autobús turístico y matando al instante a dieciocho turistas de Stillcreek, Oregon, y a su conductor, Bud White, de cincuenta y ocho años.

*Homer* no se encontraba mejor. De hecho, estaba peor. Cuando llegué a casa desde Brooklyn, la encontré durmiendo en mi cama, algo que hace en contadas ocasiones, pues sabe que no debe. Sin embargo, no la pegué; me faltó valor. Le preparé la cena y mientras esta se calentaba en el microondas consulté al MS-MD. ¡La espera había terminado! Me dieron un número de contestador automático y un código de acceso válido hasta medianoche.

Llamé, pero la línea estaba ocupada.

Mientras cenábamos, dejé que el teléfono marcara de nuevo.

—Ten paciencia —le dije a *Homer*. Hablaba más conmigo mismo; la mayoría de los perros no tienen ningún problema con la paciencia; desde luego, ella no. Después de cenar, mientras el teléfono marcaba, vimos *Hollywood Squares*. Es un mito que a los perros no les guste ver la televisión. Yo fui quien se aburrió, o tal vez «distrajo» sea la palabra. Entré en el dormitorio y me senté en la cama. Los ojos de Hank Williams, atisbando al amparo del sombrero de vaquero, parecían perlados y tristes, como los de *Homer*. En la contracubierta del álbum decía que había muerto, pero no indicaba dónde ni cuándo. En algún lugar del oeste, a juzgar por el sombrero.

La imagen me fascinaba, me atraía. Era como mirar en mi pasado. Veía a mi padre con el mismo sombrero (aunque en la única fotografía que había visto llevaba una gorra de béisbol) y la mano en la puerta de mi habitación, diciéndome algo, mientras mi madre chillaba en la cocina. Después la puerta se cerraba y él se iba. Sentía (¿Esperaba? ¿Sabía?) que si escuchaba las canciones del disco la imagen mental de mi padre en la puerta cobraría vida y yo recordaría las palabras que había pronunciado al marcharse. Las palabras que me había perdido la primera vez.

Extraje el disco de la cubierta, pero estaba mudo. Negro, con surcos en ambos lados y mudo.

Antes nunca había considerado siquiera romper las normas de la agencia. Pero ahora ya lo había hecho al sacar el álbum de la bolsa. La entrega no era hasta fin de mes, lo que me daba casi tres semanas para mirarlo. Pero eso era todo. No había forma de escucharlo sin un tocadiscos, y de ningún modo podía un empleado de la agencia adquirir un tocadiscos sin levantar sospechas. Suponiendo que consiguiera encontrarlo.

El teléfono devolvió la llamada y yo introduje el álbum de nuevo en la bolsa antes de responder. No era una videollamada; ni siquiera tengo vídeo. Lo hice porque ya me sentía culpable.

—Si llama por una persona, pulse uno o diga persona. Si llama por una mascota, pulse dos o diga mascota.

¡Era la HMO!

—Dos —dije, aunque no pensaba (¡ni pienso!) en *Homer* como en una mascota. Después de bregar con el árbol telefónico durante veinte minutos, accedí por fin a un

veterinario del SRS<sup>[5]</sup>.

—Tendrá que pasar la noche aquí —dijo una cálida voz robótica, después de oír los síntomas—. Traiga a su perro mañana por la mañana, miércoles, entre las ocho y las diez en punto, hora estándar del este.

—Perra —objeté—. Es una hembra. —Pero la línea estaba muerta.

La habitación parecía distinta. Miré alrededor y me percaté de lo que faltaba. El Williams. Decidí dejarlo en su sitio, en la bolsa, y entré en el salón para ver *Pólice Action* con *Homer*, en la que había de ser la última noche que pasáramos juntos en aquella casa.

El miércoles por la mañana encontré cuatro selecciones en la libreta; un día ocupado. Pero antes de empezar, llevé a *Hornera* Great Kills.

Las cuatro laderas del empinado pico estaban veteadas por la cálida bruma que emanaban las fumarolas de los bancos inferiores, que se abren bajo la presión de la expansión de los gases del relleno. La carretera ascendía devanándose, entrando y saliendo de la niebla, hasta que llegamos al banco más alto, sobre una fina capa nubosa de dulce aroma.

El anexo de mascotas MS-MD consistía en un exiguo edificio de hormigón con una puerta de cristal y desprovisto de ventanas, aunque a través de un claro entre las nubes como el ojo de una cerradura poseía la mejor vista de Staten Island.

Llamé al portero automático y la enfermera se presentó en la puerta con un pequeño artilugio semejante a un *kazoo* que le permitía hablar a través del cristal. Supongo que debía parecer más personal que un manos libres.

—Tengo una cita —exclamé desde el otro lado del cristal. Le grité mi número de acceso y el SDS de *Homer*. Ella asintió y accionó el portero automático para dejarnos pasar—. Solo será un día o dos —le recordé a *Homer*, consternado por su mirada lastimera—. Van a hacerte unos análisis. ¿Verdad, señora Quilvarres?

Siempre ayuda utilizar el nombre de la gente. Se aprende más leyendo las placas de identidad que los libros.

—Eso depende del equipo veterinario —repuso ella, mientras desenganchaba mi correa y ceñía a *Homer* a la suya—. ¿Qué cobertura ha dicho que tenía?

Siempre me ha gustado esa pregunta, tanto si se refiere a *Homer* como a mí, puesto que la respuesta mejora el servicio invariablemente.

—MS, Federal, AAE. *Homer* está adjunta como cláusula adicional.

—Sí, señor. —Pasó mi tarjeta para abonar el copago—. ¿Le gustaría ver la habitación de su perro?

—Perra —puntalicé—. Gracias, pero tengo que irme a trabajar. —Podía oír ladridos enérgicos procedentes de la parte posterior del edificio.

La enfermera cerró la puerta y *Homer* se volvió para mirarme, arrastrando sus grandes patas sobre los azulejos pulidos mientras se la llevaban.

—¡Volveré pronto! —articulé a través del cristal, deseando tener un *kazoo*—. ¡Te lo prometo!

La primera selección del día era una antología de poesía marina en Hylan Boulevard. Se trataba de un libro grueso, de mesa, ilustrado, y la oronda propietaria se sulfuró cuando le expliqué que no podía cobrar por cada uno de los poetas individuales. También quería dinero por los ilustradores. Uno de ellos era el mismo Rockwell que había seleccionado el día anterior en el instituto Charlie Rose, el de la apesadumbrada bibliotecaria con jersey de azulejos y pechos de vaca lechera.

—Este, este y este —señaló la señora «Obesa», citándolas fechas en las que cada poeta había aparecido en la lista. Era evidente que había pasado mucho tiempo en el sitio web de la agencia calculando sus gratificaciones, pero poco examinando las reglas y restricciones. Le expliqué con paciencia (o así me lo pareció) que cuando se retirase a la mitad de los poetas marinos, el libro se incorporaría al registro como una unidad.

—La recompensa sigue siendo la misma, pero las penas se dispensan —le dije mientras ingresaba ciento cincuenta en su tarjeta. Aprendemos a utilizar la palabra «recompensa» en el adiestramiento; se supone que tranquiliza a los clientes recalcitrantes. No apunté que las penas se dispensan de modo rutinario, excepto en casos de retención deliberada.

—¿No hay un estatuto de limitaciones, o algo así? —me preguntó. Acto seguido dio un portazo antes de que yo pudiese averiguar, o preguntarle siquiera, a qué se refería.

No es que me importara. Era casi mediodía. Tenía otra selección a un kilómetro de Hylan: un Stephen King. Tenemos uno cada semana por lo menos; es para preguntarse cuántos ejemplares antiguos en tapa dura y ediciones en rústica anteriores al ácido subsisten en los desvanes y armarios del país. Y todos sin valor, claro, puesto que tienen más de seis años.

No obstante, es mi deber explicarles las reglas a los clientes, que saben leer pero no desean hacerlo.

—¿Qué hay en la bolsa, Santa Claus? —preguntó Lou, mientras rompía un huevo en mi copa. Se lo enseñé, o mejor dicho, abrí la bolsa y le dejé mirar.

»Creía que habías devuelto a Frank Williams —dijo.

—Hank —intervino Dante, desde la oscuridad.

—Otra cagada —respondí. Me asombraba la prontitud con que cada nueva mentira acudía a mis labios—. Ya sabes cómo es la agencia. Lo haces una vez, y luego tienes que volver a hacerlo.

—Y una mierda —masculló Dante. Cuando hablaba podía verlo en la penumbra, pero cuando estaba callado era casi invisible—. ¿Es que no sabes que hay un contador en esa bolsa? No puedes meter y sacar cosas. Y además, ¿para qué sirve, si no tienes tocadiscos?

Ninguna de las preguntas de Dante era una verdadera pregunta. Ninguna requería una respuesta. Pese a todo, me pusieron nervioso. ¿Acaso era un ex policía que trabajaba para Cumplimiento?, me pregunté. Sabía demasiado sobre la agencia, y también sobre mí. Presentí que conocía mejor mis intenciones que yo mismo. Y lo que es peor, era cierto, lo hacía.

Lou vino al rescate. Es la labor del camarero.

—Los tocadiscos no son tan excepcionales —observó—. La gente los compra para convertirlos en macetas. En las tiendas no, claro, porque no hay ninguno nuevo.

—¿En mercadillos? —pregunté. Los mercadillos no estaban regulados, puesto que atravesaban las fronteras del estado, o simulaban hacerlo.

Lou meneó la cabeza.

—No son tan legales. Pero pensándolo bien, siempre están los clubs de mala conducta, donde te ponen cualquier disco.

—Creía que estaban clausurados.

Dante bufó.

—¿Es que nunca has oído hablar de Brooklyn?

Lou señaló mi vaso.

—¿Quieres otro huevo?

\* \* \*

La tarde transcurrió con el mismo sosiego que la mañana: un álbum de fotos de los Brooklyn Dodgers en un ruinoso asilo de ancianos de la parte alta de Victory Boulevard y un CD de Steve Earle. La música *country* siempre ha sido muy popular en Staten Island. Este estaba en una caja que un chico pecoso había heredado de su abuelo. Ignoro cómo llegó a nuestra base de datos. Sin duda, a «Pecas» le interesaban más los ciento cincuenta que la ley. Así sucede a menudo. Ciento cincuenta es mucho dinero para un chaval. A lo mejor soy un pardillo. A lo mejor me estaba quemando y no lo sabía.

La casa se me antojó vacía. No pude enfrentarme al microondas, así que salí a comprar comida china. Hasta que volví no me acordé de repasar los mensajes. No había nada de la HMO, lo cual era bueno, supongo. Pero había un extraño mensaje de una voz áspera con un acento extraño, que me indicaba la dirección de un club de mala conducta en Brooklyn y una contraseña: «perro con suerte».

## 6

Los líderes políticos y religiosos del mundo, respaldados por diversas organizaciones de seguridad, tanto nacionales como internacionales, juraron perseguir y castigar a los terroristas responsables de las muertes en el aparcamiento del Getty. El primer avance se produjo menos de un mes después de la tragedia. Mientras el Papa denunciaba a «los que desean profanar el legado de los siglos», su Guardia Suiza capturaba a dos hombres y una mujer que estaban colocando una bomba incendiaria en la galería del Nuevo Vaticano, en Las Vegas. En tanto el Papa era discreto y hasta indulgente, la Guardia Suiza, que no estaba restringida por las elaboradas leyes de protección criminal de los Estados Unidos, procedió a un riguroso interrogatorio en los espaciosos sótanos del Nuevo Vaticano.

Las confesiones se produjeron enseguida y condujeron al arresto de once personas en Los Ángeles, Las Vegas y Nueva York. La mayoría de los arrestados eran artistas y escritores desconocidos, así como «aspirantes», motivados tanto por la envidia como por su ideología; aunque algunos consideran que la propia envidia es una ideología. Pero entre ellos se encontraba la estrella de cine Damaris Dolores, conocida en sus últimas películas como Damaris, la que fuera la tercera actriz femenina mejor pagada de Hollywood, ganadora del premio de la academia a la mejor actriz de reparto por *Escotada* y nominada en cuatro ocasiones, que fue arrestada cuando abandonaba su residencia amurallada de Beverly Hills para dirigirse a una función benéfica por los derechos de los animales cerca de North Hollywood.

Los Ángeles ganó la disputa jurisdiccional, y aunque se sospechaba que el elevado número de víctimas había sido el resultado de una construcción defectuosa (extremo que se confirmó más adelante durante un litigio civil) y del diseño ilegal de la furgoneta (confirmado asimismo por la friolera de dieciocho millones), la fiscal del distrito del condado de Los Ángeles, Lourdes Fonda, declaró que su intención era abstenerse de pedir al presidente una exención de la pena de muerte.

El 182 de Bay Parkway era una casa de madera de tres pisos situada sobre un sótano de hormigón con ventanas pintadas. Había un par de tipos negros merodeando en el exterior, flanqueando la puerta. Me examinaron con suspicacia hasta que dije: «perro con suerte». Los dos asintieron con una sincronía peculiar y siguieron observándome con recelo mientras descendía tres peldaños y golpeaba en la puerta. Hubo una época en la que todo el que no fuera completamente blanco se consideraba negro, pero eso fue cuando yo era niño. En la actualidad, la mayoría de las personas son intermedias como yo. Ser negro, al igual que ser blanco, es sobre todo una cuestión de actitud. Desde luego, era probable que aquellos dos cobrasen por ofrecer un aspecto amenazador.

La puerta se abrió, pagué cinco y me deslicé en el interior. Solo entonces, cuando la puerta se cerró con un chasquido a mis espaldas, consideré lo que estaba haciendo. Parecía una compulsión llevada a la práctica sin advertirlo el pensamiento. Había tomado precauciones, claro. Llevaba un gorro de lana. Me había quitado los pantalones azules celeste con raya y llevaba el álbum de Hank Williams en una bolsa de la compra para que pudiese parecer cualquier cosa. O nada.

Había leído acerca de los clubs de mala conducta, pero esta era la primera vez que entraba en uno. Habían sido populares justo después de establecerse los estatutos de la AAE. Ahora parecía que a nadie le importaban. Cumplimiento seguía efectuando redadas en uno o dos locales al mes en toda la nación, solo para que saliera en las noticias.

*«Seguro que puedo salirme con la mía solo en esto, solo por esta vez —pensé—. Oír el disco y marcharme a casa sin que nadie se entere».*

El club estaba medio lleno de gente que veía la televisión y escuchaba música. Algunos eran negros, otros blancos, pero sobre todo había intermedios como yo, y la mayoría estaban aburridos. Cada cual se sentaba en su propia mesa. La música era jazz, por lo que yo sabía. Advertí que alguien le entregaba al camarero uno de cinco y un CD. ¿Ese era el procedimiento? Había llegado demasiado lejos como para echarme atrás. El camarero aceptó mis cinco, pero me dirigió una mirada impasible cuando saqué el Williams de la bolsa de la compra y lo puse en la barra.

—Nada de vinilo —declaró—. Solo los lunes.

Me puso un vaso en lugar de devolverme los cinco y yo introduje de nuevo el disco en la bolsa de la compra, sintiendo un extraño alivio, incluso alborozo. Me la había jugado y había fallado. Me había salvado a pesar de mí mismo. El lunes el álbum estaría en Worth Street y mi vida volvería a la normalidad.

No había taburetes en la barra, de modo que me llevé la cerveza a una mesa, pensando en bebérmela y marcharme a casa. Había una televisión en cada rincón, en lo alto de la pared, emitiendo sin sonido. Estaban poniendo una antigua telecomedia que habían retirado largo tiempo atrás. Salían un grupo de personas en una isla,

discutiendo. Vivían en pequeñas tiendas de campaña. La escena entera me pareció cómica. Si no la hubiesen retirado, si no fuera fruta prohibida, ¿la seguiría viendo alguien?

No es que alguien lo estuviera haciendo. La mayoría de los clientes estaban contemplando sus copas como si fueran pequeños oráculos de cuello largo. Tal vez estuvieran escuchando la música. Seguía siendo *jazz*; se notaba por la instrumentación. Apuré el vaso y me levanté, dispuesto a marcharme, cuando la puerta se abrió. En la televisión, alguien estaba intentando romper un coco con un zapato de tacón.

Me percaté de lo que resultaba extraño en la voz de mi contestador cuando vi que entraba la bibliotecaria. Era una voz de mujer, disimulada como la de un hombre. La suya. Llevaba el mismo jersey de azulejos y una falda mucho más corta.

Volví a sentarme. Ella fingió sorprenderse al verme. Se sentó frente a mí. Los azulejos de sus pechos eran muy tenues. Parecía nerviosa.

Decidí fingir que ignoraba que era la voz de mi contestador.

—Qué coincidencia verte aquí —dije—. ¿Puedo invitarte a una algo?

Ella accedió, pero solo a una.

La traje desde la barra.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —le dije mientras ponía la botella frente a ella.

—Henry —respondió—. Es el diminutivo de Henrietta.

Para mi sorpresa, yo le dije que me llamaba Hank. Era la primera vez que usaba ese nombre desde la muerte de mamá, y eso era...

—Entonces nos llamamos igual —observó ella.

—Ah, ¿sí?

—Hank es el diminutivo de Henry, creo —explicó—. En todo caso, admiro lo que haces.

—¿Qué? ¿Sí?

—La agencia —dijo—. Lo que quiero decir es que si no podemos el árbol del arte, dejará de dar fruto.

—No solo nos encargamos del arte —señalé—. También de la música, la literatura y las películas. Nada de fruta.

—Lo sé —afirmó ella—. Es una metáfora.

—Tampoco nos encargamos de las metáforas —contesté. Luego añadí:

»Es broma.

Hubo un silencio incómodo. Los dos bebimos un sorbo de la cerveza. En la televisión todavía estaban intentando romper el coco. Ahora lo estaban golpeando con la culata de una pistola: un antiguo revólver Webley del 38.

—Debe ser un trabajo peligroso —dijo ella—. Con los alejandrinos, los contrabandistas y todo eso.

—Yo no me meto en nada de eso —respondí—. No estoy en Cumplimiento. Y la ley me obliga a recordarte que...

—Estamos en un club de mala conducta —me interrumpió—. Podemos hablar de casi cualquier cosa. Hasta de contrabandistas.

Me encogí de hombros. Yo no estaba tan seguro.

—Solo soy un artista de la selección —dije.

—¿Un qué?

—Artista de la selección. Es lo que nos llaman los de Cumplimiento. Creo que es para insultarnos, porque no arrestamos a nadie.

—Deberías estar orgulloso de eso —observó ella.

Yo no estaba tan seguro.

—¿Porqué?

Hubo un nuevo silencio incómodo.

—En fin, ¿por qué has venido? —preguntó con un susurro—. ¿Qué llevas en la bolsa?

—Nada —respondí. Lo había olvidado. La oculté bajo la mesa—. Tú me diste la idea.

Henry pareció alarmada y añadí enseguida:

—Me refiero a tu escuela. Estoy buscando un tocadiscos. Para convertirlo en una maceta. Tengo muchas plantas, ¿recuerdas?

—¿Quieres un plato?

—Un plato solo es un componente —aclaré—. Un tocadiscos es todo en uno. Los botones están en la parte delantera de la caja.

—Tienes muchas plantas —repitió ella. Comprendí que no me creía. Volvió a mirar la bolsa de la compra y recorrió el club con la mirada, pero no halló lo que buscaba o a quien quería. Los dos volvimos a mirar a la televisión. Un tipo con un sombrero ridículo estaba sosteniendo el coco delante del pecho, mientras una chica apuntaba la pistola hacia él.

—¿Quién es Gilligan? —pregunté.

—Gilligan es la chica —dijo Henry.

Gilligan estaba a punto de apretar el gatillo cuando la puerta se abrió y entró en el club un hombrecillo con sombrero de vaquero. Me di cuenta de que no tenía que pagar. Me esforcé por recordar si Henry había pagado.

Ella lo saludó y él se acercó para detenerse junto a nuestra mesa. Distinguí apenas un semblante tenebroso bajo el ala del sombrero de vaquero.

—Hank, te presento a Bob *el Vaquero* —dijo ella—. Bob puede conseguirte prácticamente todo lo que necesites. Un tocadiscos, por ejemplo.

Henry se levantó. Bob se sentó.

—Es para una maceta —dije.

—Déjame ver lo que hay en la bolsa —pidió Bob—. Vienen en velocidades distintas. Tienen que coincidir.

Le entregué la bolsa de la compra y él atisbó en el interior y asintió, recordándome a Lou por un momento.

—Treinta y tres y un tercio. Es difícil, pero sencillo, ya me entiendes. Tráelo mañana por la noche, a la misma hora.

Acto seguido se levantó y se fue.

—¿Que traiga qué? —pregunté, demasiado tarde.

Henry se sentó con dos cervezas más.

—Me toca invitar —anunció. Los azulejos habían vuelto a sus pechos. Volaban lentamente de izquierda a derecha. Me percaté de que tenía las manos pequeñas y agradables. Manos de bibliotecaria, supongo.

—No hemos hablado del precio —objeté.

—Conociendo a Bob, estarás satisfecho... —dijo Henry. Entonces sonrió por primera vez—: Y yo conozco a Bob.

Por mi parte, no deseaba hacerlo. En la televisión estaban tratando de montar una tienda. Todo lo que probaban salía mal. Yo conocía esa sensación. Mi alegría se había esfumado. Me había involucrado en algo ilegal, y sabía que iba a seguir en ello hasta el final.

Entre tanto, estaba la chica, Henry. Decidí sacarla a bailar. Pedí dos cervezas más, pero cuando me volví para llevarlas a «nuestra» mesita redonda, descubrí que Henry ya se había marchado.

Me bebí yo las dos, en la barra.

Durante su comparecencia, con diecinueve cargos de asesinato en primer grado y dos de atentado terrorista intencionado con agravantes cada uno (pues hubo dos explosiones simultáneas), los «once de Getty» no hicieron declaraciones y rechazaron la asistencia legal. El juez anunció sus planes de designar a un abogado y consignó una declaración de «no culpable» para cada uno de los acusados, tal como requería la ley. Después concedió la libertad condicional a Damaris, tal como requería el código de famosos de California, dejándola libre con la garantía de que se trataba de una acusada de bajo riesgo que no tendría «lugar alguno donde ocultarse». A los diez restantes les denegaron la libertad condicional y los encerraron de nuevo en la cárcel del condado de Los Ángeles.

Damaris rechazó la libertad condicional para solidarizarse con sus coacusados.

—La nuestra es una guerra contra la propia fama —declaró en una conferencia de prensa ofrecida en los peldaños de la prisión después de que la expulsaran. El furor mediático subsiguiente (Damaris, con su mono naranja, apareció en las portadas de los cuatro tabloides por primera vez desde hada doce años) resultó en un requerimiento federal temporal solicitado por los supervivientes y amigos de las víctimas, que se constituyeron legalmente como Los Seres Queridos, S. A., «para recordar al tribunal», como manifestaron sus abogados, la igualdad de cobertura que garantizaba la enmienda constitucional por los derechos de las víctimas.

Rescindieron la orden de expulsión y readmitieron a Damaris en la cárcel del condado de Los Ángeles, aunque la separaron de sus coacusados y la confinaron en el ala de famosos. Comenzó la selección del jurado y la prensa y el mundo se prepararon para el primer juicio a un famoso en el que el crimen era una guerra contra la propia fama.

Me desperté solo en casa.

Estaba desolado sin *Homer*.

La soledad era increíble, asombrosa y aterradora.

Permanecía acostado con los ojos cerrados, escuchando el pitido de la libreta, escuchando el vacío del antiguo caserón que mi padre me había legado a través de mi madre. Sin *Homer*, no era más que una casa. Menos que una casa: nada sino unas cuantas estancias y pasillos que enhebraba el silencio.

Mi única compañía era Hank Williams, que estaba apoyado contra la pared, al otro lado de la cama. Se parecía mucho a Bob *el Vaquero*, con su sombrero, subiéndose a su lectro. Pero en aquella época se habría tratado de un coche a ga-so-li-na. Probablemente un Cadillac. ¿Adónde iba? ¿Qué estaba intentando decirme?

Aquella noche lo descubriría. Por la mañana el plan no parecía tan funesto. Volvería a casa, pondría el disco una vez y acto seguido lo devolvería a la bolsa de la agencia para entregarlo el viernes, convertiría el tocadiscos en una maceta y todo volvería a estar bien. Casi podía oír la canción en mi cabeza: un sonido quejumbroso, como un coche que se aleja.

Me levanté y repasé la libreta. Solo tenía tres selecciones. Las cosas en la agencia iban cada vez más despacio, ya fuese porque las supresiones (y por lo tanto las selecciones) estaban en declive o porque la gente había adoptado una actitud más cívica y hacía entregas voluntarias. No es que me importara; me pagaban lo mismo de todas formas.

Empecé a guardar el álbum de Williams en la bolsa y después cambié de opinión. Tendría que volver a sacarlo aquella noche. Corría el rumor de que todo cuanto entraba o salía de una bolsa de la agencia estaba monitorizado por una invisible membrana eléctrica de plasma conectada por satélite con Worth Street. Yo no prestaba atención a los rumores de la academia cuando estaba en ella, ni mucho menos después. Pero ¿por qué arriesgarse? Dejé el álbum apoyado contra la pared y me puse en marcha.

Great Kills estaba circundado por una niebla aromática. Aunque me habían advertido que los análisis podían prolongarse durante varios días, llamé al anexo de mascotas. Deseaba que *Homer* supiera de algún modo que estaba pensando en ella. Lo único que conseguí fue una señal de línea ocupada.

Mi primera selección era en Front Street, en la antigua sección de St. George. Se trataba de una pareja de jóvenes que trabajaban en Wall Street y hacían el transbordo en el ferri. Habían comprado la casa hacía seis meses (me explicaron este punto con sumo cuidado) y desde entonces habían estado demasiado ocupados como para reparar en la modesta biblioteca de volúmenes en tapa dura que se encontraba en el baño del sótano. Habían estado tan ocupados, reformando la casa, escogiendo los colores y demás, que no habían contrastado los autores con el sitio web, aunque, claro

está, la ley así lo exige. No siempre puede uno ponerse manos a la obra de inmediato. ¿Lo comprende...?

—Lo comprendo —afirmé. Incluso asentí. No pretendía trincar a nadie. Diplomacia, en eso consiste mi trabajo. Consistía. Consiste.

—Así que cuando nos dijeron que habían borrado a Grisham, llamamos —aseguró ella. Por supuesto, también estaban «interesados en la gratificación».

Meneé la cabeza. Desde mi punto de vista, la gratificación discrecional era para la gente que la necesitaba.

—Su gratificación es la sensación de haber cumplido con su deber cívico —dije—. Después del primer año, deja de aplicarse la gratificación y empieza a hacerse efectiva la penalización.

—¿La penalización?

Dejé que la palabra flotara en el aire durante unos instantes. Al recordarlo ahora, me doy cuenta de que mis propios crímenes, tanto de pensamiento como de obra, me inclinaban a estar más que dispuesto a burlarme de ellos. Quizá sea esa la razón de que exista una línea tan fina entre los policías y los criminales; los dos operan (¿operamos?) en el mismo mundo difuso y tenebroso.

—Las penalizaciones por detentar son bien conocidas —dije al fin—. Además, está todo en el sitio de la agencia. Estoy seguro de que lo han comprobado.

—No tenemos tiempo para comprobarlo todo —repuso el hombre—. Eso vale dinero, ¿sabe?

Le recordé que era ilegal sugerir siquiera el contrabando, metí los dos libros en la bolsa y me marché. ¿He mencionado que tenían perro? Un ejemplar pequeño, desagradable y estridente.

Era casi la hora del almuerzo. Había conseguido matar la mañana. Llamé al anexo de mascotas y obtuve otra señal de línea ocupada. Aunque no estaba de camino al D&D, remonté la estribación cuadrada de la montaña. El anexo de mascotas estaba por encima de la línea de trescientos metros, circundado de nubes. Pasé a su lado, pero solo pude ver el cartel, la verja y una sombra que quizá fuera el edificio.

Oprimí el botón de rellamada en el camino de descenso y esta vez obtuve respuesta.

—Anexo de mascotas, su amable centro de asistencia.

Aferré el teléfono oprimiendo el altavoz al mismo tiempo y estuve a punto de salirme de aquella angosta carretera de un volantazo.

—¡Hola! Información al paciente, por favor.

—¿Nombre y número?

—Sí, sí, sí... —Les di mi nombre y mi número.

—Será un placer conectarle. Espere, por favor.

Así que allí estaba, en espera. Había transpuesto la primera puerta, por así decir. Dejé que sonara la música mientras descendía la montaña en dirección al D&D. En el interior del bar, puse el teléfono en la barra, junto a mi cerveza, bajando el volumen

de modo que solo yo pudiera escuchar la música de espera.

—¿Qué tal estuvo? —preguntó Dante desde su oscuro rincón.

—¿Qué tal estuvo qué?

—El club de mala conducta.

—Soy un empleado federal, no puedo ir a un club de mala conducta —respondí. Pensé que era muy astuto al sortear una mentira diciéndole la verdad. Pero Dante se limitó a bufar, dirigiéndose a su vaso.

—¿Cómo está Hank Williams? —preguntó Lou.

—En la bolsa —dije. Esperaba que no mirase. Para cambiar de tema, le conté que mi perra estaba en el hospital y que estaba esperando una llamada del médico. Señalé el teléfono de la barra con un ademán de cabeza. Lou pasó el paño a su alrededor en un gesto de apoyo. Me demoré en el almuerzo, esperando oír una voz enlatada, en lugar de música enlatada. Pero nada.

Tenía dos selecciones por la tarde. La primera era en El Pasillo del Ocaso, una franquicia de asilos de ancianos de la sección de High Clove, en Todt Hill. Parecía elegante desde fuera, pero el hedor del interior era profundo y terrible. El viejo cuyo nombre constaba en la libreta llevaba una corbata de lazo sobre una camisa con manchas de sopa. Se sorprendió al verme. La selección era una caja recopilatoria de CD: un cantante melódico largo tiempo retirado y olvidado llamado George Jones, al que había delatado lo que nosotros llamamos un anónimo.

«Corbata» lloró, o me pareció que tenía lágrimas en los ojos, cuando metí los CD en la bolsa. Entre tanto, una anciana sonreía desde el otro lado del salón. Una selección vengativa. No pude evitar verme reflejado en el viejo al que ella había denunciado. No había hecho contrabando, aunque a efectos legales era lo mismo. Con la deliciosa certidumbre de que estaba decepcionando a la informadora, no solo no lo multé sino que le concedí la gratificación discrecional.

Cuando volví al coche, seguía en espera. Pero solo por un momento. Mientras arrancaba entre las hojas empujadas por el viento oí una voz enlatada:

—¿Señor Shapiro?

—¡Sí! Soy yo. ¿Es el anexo de mascotas? ¿Información al Paciente?

—Primero debe hablar con un asesor de aflicción.

—¿Un qué? ¿Qué pasa?

—Es el procedimiento. Tiene un número de turno para acceder a un asesor de aflicción.

—Yo no quiero un asesor de aflicción.

—Por favor, espere su número de turno.

«¡Al demonio con eso!» pensé, y colgué.

Mi última selección era un volumen de tapa dura de *Los mejores cuentos americanos, 2014*. La compensación de las antologías no es efectiva hasta que se retira a la mitad de los autores, y esta solo llevaba siete de diecinueve. Pero no me importaba. No podía dejar de pensar en *Homer*. Llevé a cabo la rutina como un

zombi: sonreír, firmar, pasar la tarjeta, embolsarme el botín y salir al sol de media tarde, sin soñar siquiera por un instante que aquella había de ser, si no la última selección de mi carrera, la última en Staten Island, con la agencia tal como yo la conocía.

Todo cuanto sabía entonces era que había conseguido pasar la tarde. Me dirigí a casa para cenar y matar un par de horas más. Había dos mensajes. Una voz destemplada que reconocí como la de Henry, disimulada, anunció:

—La palabra de esta noche es «solomillo». —La otra era un operador de la HMO con mi número de turno para la asesoría de Aflicción: Q7865-78.

¿Asesoría de Aflicción? No me gustaba cómo sonaba eso. Pero tenía que averiguar algo. Llamé al MS-MD, pulsé el número... y volvieron a ponerme en espera. La sintonía era esa música genérica que es verdaderamente inmortal porque nunca ha tenido compositor.

Era la hora de cenar, pero había perdido el apetito. La casa se me antojaba fría y deshabitada. Decidí dirigirme a Brooklyn un poco antes. Cualquier cosa era mejor que dar vueltas por la casa esperando que volviera a interrumpirse la música de espera. Me marché, recordando en el último minuto llevarme el álbum de Williams.

Recibí la llamada en el puente. Lo extraño fue que sucedió en el momento preciso en el que se despejaban las nubes, y vi, aunque solo por un momento y en el espejo retrovisor, la cumbre simétrica de Great Kills que brillaba a la luz postrera del sol; y un bloque reducido próximo a la cima que quizá fuera el mismísimo anexo de mascotas.

—¿Señor Shapiro?

—¡Sí! ¿Es el anexo de mascotas? ¡Quiero que me pongan con Información al Paciente, por favor!

—Tiene que pasar por Aflicción. ¿Tiene un asesor?

—No quiero un asesor. Quiero que me pongan con Información al Paciente.

—Entonces le asignaremos uno. Por favor, espere mientras le paso.

—No quiero un puto asesor. —Pero estaba otra vez en espera. Un lectro tocó la bocina a mis espaldas, después otro, y me percaté de que había disminuido la velocidad hasta casi detenerme. Aceleré y me desplacé al carril de tráfico lento.

—Aflicción. Aquí Hal. Espabile.

—¿Hola? ¿Cómo que espabile? ¿Le ha pasado algo a *Homer*?

—Es una broma. Solo estaba bromeando. Me llamo Hal. ¿Puedo ayudarle en algo? ¿Y quién demonios es *Homer*?

—*Homer* es mi perra —dije—. Una paciente del anexo de mascotas. No necesito asesoramiento. Necesito que me pongan con Información al Paciente.

—El mejor amigo del hombre —declaró Hal—. Después del teléfono, por supuesto. Es broma. ¿Es usted Shapiro? ¿Q7865-78?

—Sí, y maldita la falta que me hace el asesoramiento. Lo que me hace falta es que pongan con Información al Paciente.

—Está bien —dijo Hal—. Estoy a su disposición si me necesita. Tiene que hablar conmigo cuando hay una enfermedad grave de por medio. Es por su protección, ¿vale?

—¿Qué enfermedad grave?

—¡Eso es confidencial! No puedo revelárselo. Pero ahora que hemos hablado, puedo echarle una firma y darle un número de turno para Información al Paciente. ¿Vale?

—Vale.

—¡Escriba esto! Es Q... ah... ¡vaya!

—¿Vaya qué?

—Shapiro, le han desviado directamente a OON.

—¿OON?

—Opciones Oncológicas. Hombre, mire, a lo mejor sí que hace falta que hablemos. A veces lo más difícil es encontrar a alguien a quien le importe.

—¿Que le importe qué? ¿Qué está ocurriendo?

—¡No se asuste! —dijo Hal—. Cálmese. Eso es lo más importante. Permítame ponerle en espera mientras le conecto con OON.

—No...

Pero era demasiado tarde. Estaba otra vez en espera. Me encontraba en la cima del puente, bajando. Era hora punta y el puente estaba inundado de lectros y de coches; todos se dirigían al oeste, lejos de Brooklyn, hacia el sol poniente. Yo era uno de los pocos que iban al este.

Solo estuve en espera un momento.

—Ha llamado al anexo de mascotas, departamento de Opciones Oncológicas. Nuestras oficinas están abiertas de ocho a cinco, como exige la ley. Por favor, llame por la mañana después de las ocho, por favor.

—Con un «por favor» bastaría —musité, y colgué. El teléfono estaba muerto. Ni música, ni información, ni nada.

Curiosamente, me sentía aliviado, o al menos pensaba que me sentía aliviado, mientras proseguía el descenso y abandonaba la rampa para dirigirme a las luces de Brooklyn, dispersas y bajas como estrellas caídas. No había nada que pudiese hacer hasta la mañana siguiente.

Un juicio de famosos lo instruyen mejor los famosos. La acusación de los «once de Getty» estaba dirigida por Byron Addison Wilson, ayudante del fiscal de distrito y bisnieto del miembro más famoso y notorio de los Beach Boys. El equipo de la defensa, designado por la jueza, en contra de las protestas de los acusados, estaba liderado por Lorraine Grisham Kunstler, tataranieta del abogado y activista del siglo xx y bisnieta del popular novelista de mil novecientos y algo. Los restantes abogados defensores se eligieron al azar entre una mancomunidad de tres condados.

La jueza era, según su propia admisión, bisnieta ilegítima del juez Lance Ito.

Damaris compareció cada día ante el tribunal con maquillaje perfecto y traje de Chanel, en virtud de una orden especial de la jueza Levy Gómez Ito, que temía que juzgar a una estrella de cine con mono fuese perjudicial y constituyera fundamento para una apelación o incluso para una revocación. Por lo tanto, todas las mañanas llevaban a Damaris desde su celda hasta un remolque de vestuario antes de dirigirse a la sala de justicia, lo que significaba que debía despertarse una hora antes que sus diez coacusados.

Estos formaban un grupo heterogéneo y, todo hay que decirlo, no demasiado colorido. Aunque sus nombres se borraron hace mucho tiempo en virtud del Suplemento de Terminación de Identidad del Código Estandarizado de la Pena Capital, podemos decir que se trataba de seis hombres y cuatro mujeres, y que entre ellos había un arquitecto paisajista, un profesor de música de instituto y dos escritores de ciencia ficción. Algunos tenían difusas conexiones con la industria del cine. Dos de ellos estaban casados, aunque no el uno con el otro. Otros dos eran gais. Uno tenía una risa memorable y otro estaba siempre de mal humor. Todos formaban parte de la raza y la cultura intermedias, excepto dos blancos, un negro y un hispano confeso. Todos hablaban inglés.

—Sería difícil —señaló *Variety*, que encabezaba la cobertura del juicio en la mancomunidad— imaginar un movimiento social más significativo iniciado por un grupo menos prometedor, a menos que uno examinase la historia temprana del *rock and roll*.

Los miembros del jurado eran completamente anónimos y nada memorables. La mayoría eran funcionarios municipales jubilados. La mayoría eran mujeres, solo había tres hombres.

Cuanto menos se diga de Los Seres Queridos, S. A., mejor. Eran insulsos entonces, y ahora han caído en el olvido. La jueza ordenó que todas las historias de los acusados se compensaran con historias de las víctimas o de Los Seres Queridos S.A. pero esta orden no se llevó a efecto, pues Damaris, al ser una estrella de cine, estaba exenta de dicha restricción en virtud de las cláusulas de acceso de los famosos de la controvertida Proposición 2 de California.

Damaris apareció en tres tabloides la segunda semana y de nuevo en cuatro, la tercera.

—Solomillo.

La misma pareja de negros me dirigió la misma mirada inflexible en la puerta. El mismo camarero huraño que no era Lou estaba sirviendo las mismas cervezas. Estaban poniendo la misma *La isla de Gilligan* en los monitores de televisión de los rincones del techo, tan silenciosamente como siempre.

No había ni rastro de Bob *el Vaquero*, si ese era su verdadero nombre, ni de Henry, si ese era el suyo. Pero bien mirado, había llegado temprano. Guardé el álbum de Williams bajo la mesa y me senté a esperar hasta que dieran las nueve en punto. En la gramola sonaban Buck Owens y John Coltrane, a quienes reconocí de la academia, pues los habían retirado en el apogeo de su popularidad y se contrabandeaban a menudo. Intenté no pensar en *Homer*. Me tomé otra cerveza.

A las nueve en punto, la puerta osciló hacia dentro y entró Henry, con jersey de azulejos y todo.

Fingió sorprenderse al verme.

—¿No deberías haberte cambiado de pantalones?

Bajé la mirada y me di cuenta de que llevaba los pantalones azules celeste con raya de la agencia.

—Debo irme —dije—. Todo esto ha sido una mala idea.

—Solo es mala conducta.

—Para mí, no. Para nosotros, no.

En lugar de responder, ella cogió mi vaso y lo apuró.

—Me parece que deberíamos bailar mientras esperamos —anunció, poniéndose en pie—. Parece menos sospechoso. ¿Qué es eso?

Señaló el álbum de Williams que había bajo la mesa dentro de una bolsa de supermercado. En esta ocasión se lo dije.

—¿Eres un contrabandista? Lo sabía. —Estaba a punto de negarlo y hacerle una advertencia, pero ella se deslizó entre mis brazos con tanta facilidad que lo dejé correr por el momento. Era como si bailáramos juntos todas las noches. En realidad, yo nunca había bailado con ella, ni con ninguna chica, ni con nadie, salvo con mi madre. Pero lo hice bastante bien. Así parecía pensar ella, en todo caso. Tenía los pechos grandes y blandos, y estaban apareciendo los azulejos, primero uno y después el otro. Mis manos empequeñecían las suyas.

Me disponía a decirle que iba contra la ley bromear siquiera sobre los contrabandistas cuando percibí algo frío en la nuca. Era el aire nocturno. Me volví en redondo y divisé a Bob, que franqueaba la puerta con su sombrero de vaquero. Henry y yo dejamos de bailar y ella se deshizo de mi abrazo; los azulejos empezaron a desvanecerse.

Bob estaba sosteniendo el álbum cuando llegué a la mesa.

—Solo quiero escucharlo una vez —expliqué—. Después lo devolveré a... al

sitio de donde lo saqué.

—Lo que tú digas —respondió. Metió y sacó el disco negro de la cubierta del álbum. Se oyó un susurro apagado—. Puedo darte el tocadiscos por cien.

Era más barato de lo que había esperado. Le di cinco billetes de veinte doblados por debajo de la mesa. Como si quisiera burlarse de mi cautela, él los contó a la vista de todos. Entre tanto, Henry, que había desaparecido, regresó con dos vasos. ¿El segundo era mío o de Bob?

De Bob. Bebió un trago con una mano mientras doblaba de nuevo el dinero y se lo metía en un bolsillo con la otra. Acto seguido sacó una tarjeta dactilar, estampó el pulgar en ella y me la entregó.

—Hay una furgoneta al otro lado de la calle. Pone «Bob» en un lado. El tocadiscos está detrás, al lado de la puerta. ¿Tienes un lectro para meterlo?

Asentí y me levanté. Bob y yo alargamos la mano para coger el disco al mismo tiempo.

Bob ganó.

—Me lo quedaré hasta que vuelvas con la tarjeta. Así sé que no te darás a la fuga con mi furgoneta.

Era mi turno de decir: «Lo que tú digas». Los dos tipos negros me dirigieron una mirada colérica cuando salí. El aire fresco del otoño atravesó la neblina del alcohol y me di cuenta de que estaba un poco más borracho de lo que deseaba. Quería estar en casa. Oía sirenas a lo lejos.

La furgoneta era una Gillette azul y naranja con el rótulo «De Bob el Indio» pintado en el lateral. ¿Qué es «de» Bob el Indio? Vaya con la historia del vaquero. Al otro lado de la ventanilla trasera divisé una pila vertical de cuadros enmarcados, así como una alfombra enrollada y un tocadiscos. Oprimí el panel de apertura con la tarjeta dactilar y la puerta se abrió como impulsada por un resorte.

El tocadiscos tenía las dimensiones de una maleta pequeña, con asa incluida. Mientras lo cogía y cerraba la puerta de la furgoneta, un lectro pasó a mi lado despacio, con las luces apagadas. Era del mismo color que el mío: un Toshiba azul celeste. Distinguí a cuatro hombres en el interior, dos en el asiento delantero y otros tantos en el trasero.

Los cuatro estaban observándome, hasta el conductor.

¿Cumplimiento? ¿Me estaban siguiendo? Aunque no fuera así, los pantalones azules celeste con raya me delataban como empleado de la agencia. No podía guardar el tocadiscos en mi lectro y, desde luego, no podía permitir que me vieran llevarlo al club de mala conducta.

Procurando afectar indiferencia, llevé el tocadiscos por la acera como si fuera una maleta hasta que el lectro dobló la esquina.

Entonces crucé corriendo la calle hasta el club.

Los dos negros me miraron iracundos, pero abrieron la puerta y la cerraron a mi paso. Henry y Bob estaban sentados a la mesa, sorbiendo sus bebidas. El álbum

estaba debajo, entre ambos, en la bolsa de supermercado donde yo lo había dejado.

Empecé a atravesar la pista de baile. De pronto percibí algo frío en la nuca. Era otra vez el aire nocturno. La puerta se abrió de par en par y dos hombres con pasamontañas irrumpieron en la sala.

Uno empuñaba un Carpintero y el otro un Carillón. Yo conocía ambos rifles. Estudiamos armas en la academia, antes de que nos asignen a Supresión o a Cumplimiento.

Simultáneamente, las luces se apagaron y la música se interrumpió. La sala se inundó de chillidos y exclamaciones. Algo se estrelló contra el tocadiscos y me lo arrancó de los brazos. Advertí que Henry se levantaba y que Bob se postraba de rodillas. Oí el *buddha buddha buddha* del Carillón y un traqueteo que sonaba como un perro que arrastrase una cadena por un porche.

A continuación, ¡*tak tak tak!* El Carpintero.

Me abalancé hacia la mesa, pero la habían derribado y reducido a astillas: el Carillón sin ranuras dispara «acróbatas» *dum-dum*<sup>[6]</sup>. El álbum había desaparecido. ¿Dónde estaba Bob?

Entonces lo divisé precipitándose hacia la barra, sujetando el álbum con una mano y la cerveza con la otra.

—¡Vamos! —Henry estaba tirándome del brazo. Tropecé con el tocadiscos y me agaché para recogerlo.

*Buddha buddha buddha.*

El tocadiscos estaba destrozado, se había roto como si fuera un huevo cuadrado. Cuando intenté recogerlo se desprendieron fragmentos de metal y vidrio.

—¡Vamos! —repitió Henry, pero ¿dónde estaba Bob? ¿Dónde estaba el álbum de Hank Williams? ¿Me habían atrapado en una redada de la agencia? Pero si la agencia nunca empleaba Carillones; eran ilegales. Desde luego, no los usaría en un club de mala conducta, donde supuestamente la peor pena consistía en una citación.

¡*Tak tak tak!*

Me incorporé y, aunque no estaba corriendo, me estrellé contra un objeto sólido y me desplomé. ¿Era el borde de una mesa?

—Vamos —insistió Henry. Estaba tirando de mí, arrastrándome hacia el gentío que se aglutinaba en una puerta lateral para salir al aire frío de la noche—. ¿Dónde está tu lectro?

Señalé el final de la calle. Ella salió corriendo y yo traté de seguirla, pero parecía que mis piernas querían avanzar en dos direcciones distintas al mismo tiempo.

¡*Tak tak tak!*

Todos los disparos resonaban a mis espaldas, en el interior del edificio, a lo lejos.

Mis pantalones azules celeste con raya estaban empapados. Me invadió la vergüenza hasta que comprobé que se trataba de sangre, y entonces me senté sobre las hojas que había en la acera, alarmado. Las hojas se me quedaban pegadas.

Henry había desaparecido. Reparé en la furgoneta Gillette de Bob, que estaba

arrancando. Intenté gritar pero me faltó el aliento, y además estaba otra vez en movimiento, atravesando las hojas. ¿Estaba caminando? Henry había regresado y me tiraba de la mano. La oprimió contra un panel de apertura y mi lectro se abrió con un respingo, derribándome nuevamente sobre las hojas.

*Buddha buddha buddha.*

Los rifles habían vuelto a salir.

Henry estaba tirando de mí nuevamente. Las hojas estaban pegajosas a causa de la sangre y me estaban ensuciando. Estaban ensuciando el lectro. Oía el lejano sonido de sirenas que se acercaban.

—¡Vamos! —urgió Henry.

—Hago todo lo que puedo —reliqué, y eso era todo cuanto podía; y eso es lo último que recuerdo de mi antigua vida, la que me arrancaron como se arrancan las hojas de los árboles. ¿Qué hoja va con cada árbol? ¿Y acaso importa ya?

El proceso comenzó con un fallo de la jueza Ito Gómez Levy en el que indicaba que solo se tratarían las cuestiones forenses y legales de la explosión propiamente dicha y las muertes resultantes, y que no permitiría testimonio alguno sobre las motivaciones ni los objetivos del grupo. Los alejandrinos, como los llamaron, respondieron despidiendo a sus abogados y designando a Damaris como su portavoz y representante legal. La consiguiente sanción de desacato por parte de la jueza no surtió efecto, puesto que de todas formas estaban en juego las vidas de todos ellos y «estaban seguros de que los condenarían» (*Variety*).

Así pues, fue Damaris quien aturdió al mundo al cambiar el alegato colectivo por una declaración de culpabilidad, reivindicando la responsabilidad de los alejandrinos («por el incendio, no la biblioteca») no solo en la tragedia del Getty sino en todos los bombardeos y sabotajes que había llevado a cabo el movimiento alejandrino o de «supresión» a lo largo de los dieciocho meses anteriores; aunque tal cosa habría sido una imposibilidad logística. Antes de que la jueza la hiciese callar, Damaris declaró que el objetivo había sido, y seguía siendo, «despertar al mundo ante el exceso de arte y de información».

La prensa enloqueció. ¿Estaba amparando un movimiento o estaba valiéndose del proceso para instaurar uno? La jueza Gómez Ito Levy, que rotaba sus apellidos para no otorgar privilegios a ningún antepasado concreto, respondió despidiendo al jurado, puesto que no era necesario para archivar y administrar una declaración de culpabilidad. Aquello instigó un aluvión de mociones y apelaciones por parte de los miembros del jurado y sus abogados que devino en el restablecimiento de los jurados como observadores internacionales, pero se admitió el cambio de la declaración y los miembros del jurado obtuvieron permiso para entregar el veredicto de la jueza, invirtiendo de este modo el procedimiento habitual.

El veredicto propiamente dicho nunca se puso en tela de juicio. El presidente del jurado abrió el sobre a las 16.47, hora del Pacífico, el 21 de abril de 20\*\*. Los once fueron declarados culpables de asesinato en primer grado, agresión con agravantes y conspiración para destruir la propiedad privada. Los Seres Queridos S.A. aplaudieron. Los alejandrinos se tomaron de la mano en un pétreo silencio. La jueza pospuso la sentencia un mes para acceder a la petición de los jurados, que solicitaban que su papel como observadores se prolongase hasta la fase de penalización, ya que todos habían recibido ofertas de editoriales y canales de televisión y por lo tanto tenían un «sustancioso interés material» en la sentencia.

Algo andaba mal. No tenía que mear. Normalmente, lo primero que tengo que hacer cuando me despierto es mear.

Tenía una sensación extraña en la pierna. Levanté la sábana y miré debajo. Los pantalones azules celeste con raya de la agencia habían desaparecido: y también la sangre que yo recordaba. En cambio, tenía algo en el muslo izquierdo, a medio camino entre la rodilla y los calzoncillos. Parecía una torta rosa.

Despedía una tibieza peculiar, que rayaba el calor. Y lo que era todavía más extraño: aunque nunca había visto ninguna, sabía lo que era. Era una Sangría®, fabricada por Olean con licencia de *Buenas Noticias*, Internacional S. L. Se trataba del modelo institucional, que solo un médico podía aplicar o retirar. No debía emplearse para tratar el cáncer ni ninguna otra enfermedad de proliferación del tejido. Yo no debía tomar alcohol ni medicamentos con receta mientras la tuviera puesta. No debía conducir ni operar maquinaria pesada. Debía llamar al médico si se hacía visiblemente más grande o más pequeña.

Sabía todo eso, pero ¿cómo? ¿Me lo habían dicho, o acaso la Sangría® era una de esas medicinas nuevas que liberaban infonanos en el flujo sanguíneo? Supuse que dicho conocimiento habría formado parte de la información. No recordaba a ninguna clase de médico. Ignoraba lo que había bajo la Sangría®, pero imaginé que se trataba de un agujero de bala. Supuse que me habían disparado en la pierna. Recordaba la sangre y el impacto. Había habido una redada... ¿verdad? Cumplimiento no efectuaba redadas en los clubs de mala conducta... ni empleaba balas.

¿O sí? Estuvo a punto de sentarme, pero es complicado hacerlo sin flexionar las piernas. En cambio, me limité a mirar alrededor. Me encontraba en un apartamento extraño, que supuse que era de Henry. ¿También me habían dicho eso? ¿O acaso el mobiliario y la decoración tenían un aire ligeramente remilgado, de bibliotecaria? En ese momento vi un sostén de azulejos que colgaba del cajón semiabierto de un vestidor; el tamaño de la copa evocaba a Henry.

Palpé la parte posterior de la pierna en busca de un agujero de bala, pero no había nada. Ni agujero, ni Sangría®. Si la bala había entrado (y estaba bastante seguro de que así había sido) no había salido. Me pareció bien. Cerré los ojos y volví a dormirme.

Me desperté otra vez por la tarde. Lo supe por la luz. Todavía no tenía que orinar. Tenía la pierna izquierda agarrotada; era incapaz de doblarla. La Sangría® estaba tibia al contacto, más caliente que la piel. La otra pierna parecía en buen estado. Conservaba mis partes privadas. Me conté los dedos. Me toqué las mejillas. Recorrí los dientes con la lengua. De momento, bien.

Tenía una suerte del demonio, ¿verdad?

Pero no me sentía especialmente afortunado.

Me incorporé, sacando la pierna de la cama con precaución. Vi una cocina

soleada a través de una puerta situada al otro lado de la cómoda y del sujetador. Busqué los pantalones. No estaban. Tampoco estaban los zapatos ni los calcetines. Tampoco el teléfono, y faltaba otra cosa...

El Williams. ¡El álbum! Cerré los ojos y recordé la puerta que se abría, los hombres enmascarados... y a Bob, con el álbum.

Ahora sabía por qué no me sentía afortunado. Si lo había perdido, lo había perdido todo: mi trabajo. Mi casa. Mi jubilación. Mi vida.

Ya estaba en pie, saltando sobre la pierna derecha, antes de que el dolor me hiciera mella. Lo ignoré y atravesé la puerta de la modesta cocina. Mi teléfono estaba sobre una mesa con revestimiento metálico. Los zapatos y los calcetines estaban en una silla. Los pantalones azules celeste con raya también estaban en la silla, tiesos a causa de la sangre. Me sorprendió la rigidez de mi sangre cuando estaba fuera de mi cuerpo. Y la frialdad.

¡Pero el álbum no estaba! ¡El Williams no!

Proferí un gemido y tomé asiento despacio, manteniendo la pierna extendida. Había una ventana encima del fregadero y a través de ella, al otro lado de un angosto conducto de aire, se divisaba la larga línea del puente, y más allá... nada. Staten Island estaba envuelta en niebla. Eso significaba que era media tarde.

Si no tenía el álbum, ya no era un artista de la selección. Era un contrabandista, un criminal, una vieja gloria.

Entonces vi la nota en la mesa, bajo el teléfono:

*Shapiro:*

*No podíamos llevarte al hospital. Dale las gracias a Bob. Tienes que guardar reposo unos días. Volveré a casa después de las clases. ¡No me llames al colegio!*

*~ Henrietta*

¿Darle las gracias a Bob por qué? ¿Significaba eso que había salvado el álbum en mi lugar? Solo podía esperar que hubiese sido así. En el ínterin, no tenía intención de llamar a Henry al colegio. Tenía que preocuparme por otras cosas. El álbum desaparecido había vuelto a despertar todas mis inquietudes: como mi trabajo, mi lectro y mi perra. *Homer*. ¿De verdad me había olvidado de *Homer*?

Pero lo primero es lo primero. Llamé al trabajo para decir que estaba enfermo, lo que entrañaba llamar a Worth Street y pulsar el 7425 o decir la palabra «enfermo». Eso me daba hasta el lunes.

Después repasé las llamadas recibidas recientes y marqué de nuevo el número que me habían dado en el puente la noche anterior. El teléfono sonó una vez.

—Anexo de mascotas, departamento de Opciones Oncológicas. ¿Cómo puedo dirigir su llamada?

—No lo sé —admití—. Quería que me pasaran con Información al Paciente, pero anoche me desviaron aquí. Estoy intentando...

—¿Puede darme su número de identificación de paciente, por favor?

Esa parte era sencilla.

—Por favor, espere al siguiente médico disponible...

¿Un médico?

—Si yo solo quería...

Pero era demasiado tarde. La música de espera ya estaba sonando en mis oídos, distante y sosegada. Dejé el teléfono y busqué algo de comer. Lo único que encontré en el frigorífico fue yogur; en la despensa, mantequilla de cacahuete. De todas formas, no tenía hambre.

¡Y apenas podía creer que todavía no tuviese que orinar!

Entonces oí mi nombre. Aferré el teléfono.

—¡Sí!

—Grisman, y aunque en realidad no es tratable —declaró la voz enlatada de un nombre—, la tecnología está cambiando muy deprisa.

—¿Doctor Grisman?

En ese momento, como si fuese a propósito, o con la extraordinaria simplicidad de la coincidencia pura, las nubes se desgajaron encima del estrecho, y la cúspide trapezoidal del pico de Great Kills emergió bajo el sol, aunque solo durante un instante, toda verde y dorada. Se produjo un destello cerca de la cumbre. ¿El anexo de mascotas? ¿Una ventana? Volvió a desaparecer de inmediato.

—... haría que Grisman fuese tratable —concluyó la voz. Se trataba una grabación.

—Repita —dije.

Nada.

—¿Hola? —dije; a continuación, al darme por vencido—: ¿Ayuda?

—Opciones Oncológicas. —Era una voz de mujer—. ¿Cómo puedo dirigir su llamada?

—Ya la ha dirigido. Estaba hablando con un tal doctor Grisman, pero me ha colgado.

—¿Tiene un número de turno?

Afortunadamente, había guardado el de la noche anterior.

—Por favor, espere mientras le paso con el siguiente médico disponible.

—¡Yo no quiero a cualquier médico, yo quiero al doctor Grisman!

Pero ella había desaparecido y la música estaba sonando de nuevo. Tenía la pierna agarrotada, pero ya no me dolía. Me costaba mantenerme despierto. Sabía que debía ser la Sangría®. Me levanté y salté hasta la otra estancia, metí el sujetador en el cajón abierto del vestidor y lo cerré. Pero primero introduje el puño en la copa y observé cómo los azulejos se oscurecían y se desvanecían al retirarlo.

El cajón inferior estaba lleno de bragas blancas, todas parecidas. En el de arriba

estaban los calcetines, que también se parecían. Los cerré todos y regresé saltando a la cocina. Sentía que se me cerraban los ojos mientras observaba los remolinos de niebla que rodeaban los anchos hombros de Great Kills como si fueran un chal sucio. Al fin recibí otra voz, un tipo:

—Aquí el doctor Singh.

—¿Está el doctor Grisman? —pregunté—. Me parece que es con quien tengo que hablar.

—¿Grisman? Grisman no es un médico.

—Veterinario. Lo que sea.

—Grisman es una enfermedad.

—¿Una enfermedad? ¿Qué clase de enfermedad?

—Creo que debe hablar con la asesoría de Aflicción antes de que podamos mantener esta conversación.

—Ya he hablado con la asesoría de Aflicción. —Fuera lo que fuese, le di mi número de acceso de la AA.

—Voy a pasarle directamente con el doctor Formentera, del High Hospice. Espere, por favor.

—Por favor, no... —Pero me hallaba de nuevo en espera. A través de la ventana observé una caravana de camiones que se arrastraban por el puente. Parecía que se arrastraban, pero claro, se desplazaban a veinte o veinticinco kilómetros por hora. Imaginé que estaban disputando una carrera, mientras procuraba mantenerme despierto.

Seleccioné los titulares en la pantalla del teléfono y avancé hasta...

### **Temor ante un terremoto en Nueva Long Island**

### **Tiroteo en antro de mala conducta**

### **El alcalde aboga por cambiar la ley de clonación**

¿Tiroteo? ¿Significaba eso que salía en las noticias? Por desgracia, solo había pagado por los titulares (o «Momentos culminantes», como los llamaban) y no podía acceder al texto.

Me estaba concentrando en el titular, como si pudiera de algún modo sonsacarle información adicional al contemplarlo, cuando oí una voz en el teléfono:

—Aquí el doctor Formentera. —Otro tipo—. Señor Shapiro, supongo que ya sabe la noticia. La mala noticia. La triste noticia.

—¿Qué? ¿Se refiere a... Grisman?

—De eso se trata, más o menos. Es una variedad de cáncer cerebral intrincada y muy especializada, exclusiva del mejor amigo del hombre. Hay algo en el cerebro del perro, esa maravilla biológica de fidelidad, lealtad y cariño, que Grisman encuentra irresistible. Mi teoría es que ama a los perros tanto como estos a nosotros. Por

supuesto, no es más que una teoría. ¿Sigue ahí?

—Sí.

—No existe tratamiento. Todavía. Pero eso no significa que no vaya a haberlo nunca. Yo imagino un mundo, no demasiado lejano, donde todas las enfermedades de los perros y los hombres son tratables. ¿Sigue ahí?

—Sí. —No había nada que decir. Durante toda mi vida había esperado lo peor, y por fin había sucedido. Cáncer. Intenté visualizar la vida sin *Homer*. No se me ocurrió nada.

—No obstante, hay buenas noticias, Shapiro. ¿Le importa que le llame Shapiro? ¿Sigue ahí?

—Sí.

—¿Quiere oír la buena noticia?

—Claro —afirmé—. Supongo.

—Espere, por favor.

Hubo un *clic*, un breve fragmento musical y después regresó Formentera, o cuando menos su voz.

—La buena noticia es que tenemos una oferta especial que le otorgará a su querida mascota una buena posibilidad. ¿Me concede un minuto de su tiempo para que le hable de ella?

Formentera sonaba ligeramente distinto. Más animado. Más compasivo. Con ese cálido entusiasmo que solo puede sostener una grabación.

—Lo que usted diga —dije.

—Estoy seguro de que ha leído reportajes sobre el milagroso medicamento moderno, Mediavida®. Lo desarrollaron para un programa gubernamental extraoficial, pero, al igual que muchos medicamentos milagrosos modernos, reporta beneficios inesperados para el gran público. Y también para las mascotas.

Debería haber respondido en este punto. Esperaban una respuesta o se repetían.

—Estoy seguro de que ha leído reportajes sobre el milagroso medicamento moderno, Mediavida®. Lo desarrollaron para un programa gubernamental extraoficial pero, al igual que muchos medicamentos milagrosos modernos, reporta beneficios inesperados para el gran público. Y también para las mascotas.

—He oído hablar de él, sí, he oído hablar de él.

—¿Qué le parecería si le dijera que usted, como afectuoso dueño de una mascota, está a punto de ser uno de los primeros que obtengan algunos de esos beneficios médicos inesperados?

—¿Que qué me parecería? —¿Era una pregunta? Me alegré de que no fuese un ser humano. A la mayoría de las grabaciones no les importa lo que digas, siempre y cuando digas algo.

—Con Mediavida®, fabricada con licencia del gobierno estadounidense, podemos sustentar a su querida mascota hasta el momento en el que se desarrolle un tratamiento apropiado y efectivo. Y puede que no falte mucho para eso.

Hoy en día la medicina veterinaria está avanzando a pasos agigantados. Y ahora, ¿está listo para lo mejor?

—Ajá. Sí.

—Si no se desarrolla una cura en un período de veinticuatro meses, pondremos a su querido compañero a descansar tranquilamente y nos ocuparemos de él sin coste alguno. Sí, me ha oído bien: sin costes ni tarifas ocultas. Solo sería la conclusión rápida y afectuosa de una relación larga y satisfactoria, y usted tendrá la satisfacción de saber que hizo todo cuanto pudo, es decir, todo lo humanamente posible. Ahora, ¿está preparado para lo mejor de todo?

—Supongo —dije. Esperaba que lo mejor de todo no fuese tan malo como la mejor parte.

Pero lo era.

—Lo mejor de todo es que solo le costará mil doscientos cincuenta sustentar cómodamente a su querido compañero durante un año entero en nuestro moderno Hospicio Alpino, con vistas a toda la ciudad de Nueva York.

Eso me despertó.

—¿Mil doscientos cincuenta? Pero si *Homer* ya está inscrita en el MS-MD como parte de mi plan.

—El plan solo es hasta la muerte del perro. Creía que le interesaba mantenerlo con vida.

—Perra. Mantenerla. Sí, claro.

—Pues eso es una extensión de la póliza. El anexo de mascotas del MS-MD es para tratar a mascotas enfermas, no para mantenerlas con vida cuando padecen una enfermedad terminal. De hecho, la HMO los duerme cuando empiezan a sufrir. ¿Sigue ahí?

—Sí.

—Por eso Mediavida® solo está disponible como parte de la extensión protectora integral suplementaria del Hospicio Alpino. Los mil doscientos cincuenta son un modesto copago. Podemos cargarlo a su tarjeta de crédito. ¿Sigue ahí?

—Sí. —Aunque, naturalmente, tenía dificultades para mantenerme despierto.

—Para realizar el pago, que llevará a cabo la transferencia al Hospicio Alpino y dará comienzo al régimen de Mediavida®, basta con pulsar o decir «Sí».

—Sí —dije—. Sí, sí.

—Gracias —declaró la voz del doctor Formentera. De fondo se oía un jubiloso *guau, guau* de perros enjaulados. Escuché, tratando de reconocer la voz de *Homer*. Entonces caí en la cuenta de que probablemente no eran perros auténticos, sino una grabación promocional. De todos modos, *Homer* no ladraba mucho. Lo que más le gustaba a *Homer* era tumbarse al sol y dormir, tumbarse al sol y dormir, que ladrasen los demás perros y tumbarse al sol y dormir...

—¿A quién estás llamando?

Me había dormido. Levanté la vista. Henry estaba en la entrada de la cocina, con

una bolsa de papel en los brazos.

La fase de penalización de lo que ya se conocía universalmente como el proceso alejandrino comenzó con el restablecimiento de los jurados (además de los dos suplentes), a quienes se había concedido amparo en forma de asistencia continuada después de verse su apelación. La defensa, personificada en Damaris, declinó hacer una declaración inicial y convocó al primero de lo que había de ser casi un centenar de «testigos expertos» procedentes de todo el mundo, valiéndose de la distensión de las reglas de la fase de penalización para finalmente presentar el caso alejandrino ante el mundo. Escritores, críticos, empleados de museos, empresarios y hombres de negocios, todos cuantos se ganaban la vida gracias a los grandes cadáveres en descomposición del arte, la música, la literatura y el cine, defendieron la causa de los alejandrinos aunque estos no deseaban hacerlo. Citando cifras que cotejaban la antigüedad y las primeras ediciones, los ingresos y las expectativas, Hors Breen, columnista de arte de *The New York Times*, declaró que la «saturación artística» estaba destruyendo el impulso y el deseo de los jóvenes artistas de todas partes. Tateo Moldini relató su campaña en Italia destinada a librar a las iglesias del arte medieval y renacentista «para que pudiese florecer un nuevo Renacimiento». Osiki Hade describió museos cuyos almacenes eran mayores que sus galerías en base a un factor de diez. El presentador de debates de San Francisco Gerry Bright se refirió a la desesperación y la apatía de los jóvenes, sofocados por más libros, grabaciones y películas de las que jamás podrían leer, oír ni ver. El desfile de testigos expertos continuó sin cesar, instando al *Wall Street Journal* a conjeturar que Damaris, como asesora principal, estaba intentando poner en escena el mismo exceso de información que su movimiento estaba enjuiciado por atacar. La mayoría se opusieron a la saturación en nombre del arte, pero algunos admitieron con franqueza que su propósito no era podar el árbol del arte, sino talarlo.

—Es hora de que la humanidad se ocupe de nuevos proyectos —anunció Sherry Netherland, el crítico de arte *nouveau punk* de *The Glasgow Philistine*, un periódico dedicado abiertamente a la idea de que el arte pertenecía al pasado, al igual que Glasglow e Inglaterra. Lo más espantoso, aunque tal vez no resultara sorprendente, fue que ningún miembro de bando alguno defendiese la permanencia del arte. Los museos, así como los individuos, se encontraban abrumados por un mundo que producía más cada año, en lugar de menos, y en el cual se preservaba hasta lo efímero. Los únicos que se opusieron a las acciones de los alejandrinos fueron los familiares y los seres queridos de los individuos que estos habían asesinado accidentalmente.

*Variety* consideró que la conclusión de Damaris, en la cual abogó por el fin de la «saturación» del arte y el entretenimiento, fue su mejor actuación desde hacía veinte años, cuando representara el papel de una abogada en *El juego de Herodes*. Su rostro no apareció solo en las portadas de los tabloides, sino también en las secciones de

opinión y de noticias de los periódicos respetables. Inspirada por el juicio, al parecer de la mayoría, estalló una nueva oleada de bombardeos y «salpicaduras» (la destrucción de cuadros y libros con líquidos no explosivos pero tóxicos) en ciudades europeas y americanas. Fue uno de ellos, el bombardeo de la sección de alquiler de vídeos y juegos de un 7-Eleven de Colorado, y la resultante muerte accidental de la empleada y de su hijo de once meses, lo que provocó la primera escisión entre los alejandrinos.

—¿A quién estás llamando? —volvió a preguntar Henry.

Colgué. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo sentado, escuchando los ladridos de los no-perros? Henry estaba en la entrada de la cocina con su falda larga y su jersey de azulejos, sosteniendo una bolsa de comida entre los brazos.

—Tengo una perra enferma —dije—. ¿Qué le ha pasado a mi álbum? —exigí saber—. ¿Dónde estoy?

En lugar de responder, ella dejó la bolsa en la mesa y se dispuso a desempacarlos.

—No te levantes, que no puedes doblar la pierna. ¿Quieres un poco de té?

—Quiero saber lo que está pasando.

Abrió un paquete de esas bolsas nuevas que calientan el agua. Preparó una taza para cada uno y se sentó al otro lado de la estrecha mesa.

—Estás en mi casa, evidentemente —dijo Henry—. En Bay Ridge. Hubo un tiroteo. ¿Te acuerdas?

—Peor que eso —respondí. Seleccioné los titulares de mi teléfono y lo empujé hacia ella, con la pantalla hacia arriba:

### **Tiroteo en antro de mala conducta**

Ella lo miró y me lo devolvió.

—He visto el reportaje —afirmó—. Son todo mentiras.

De todas formas, yo no podía leerlo. Solo estoy suscrito a los titulares, no a las noticias. Pero no había razón para contarle aquello. Redoblé mi ataque:

—Os habéis metido en un buen lío. Le habéis mentado a un oficial de la agencia. Habéis robado un álbum. Habéis secuestrado a un oficial de la agencia. Le habéis robado cien.

—¿Qué cien?

—Los cien que le di a tu amigo Bob por el tocadiscos. Puedes dejar de fingir que no es un contrabandista. O lo que es peor, un alejandrino.

—Yo no estoy fingiendo nada —repuso ella—. Y tú deberías estarle agradecido a Bob por haberte salvado la vida. Te habrías desangrado hasta la muerte. Él te puso eso en la pierna.

—La Sangría® —dije—. Lo sé todo sobre ella. Tiene esas cosas que te lo cuentan. También me contaron que solo podía aplicarla o quitarla un médico.

—¿Y?

—Pues que si me la puso él, ¡es otro delito! —Estaba de pie, apoyado en la mesa. A punto de gritar.

Entonces advertí que los azulejos habían desaparecido por completo del jersey, que estaba tan gris como una nube. Henry tenía los ojos llenos de lágrimas, a punto

de rebosar. A pesar de mí mismo, sentí lástima por ella. Quizá fuese la Sangría®.

Me dejé caer en la silla y bajé la voz.

—Mira —dije—, no debería haberme involucrado en todo esto. Yo solo quería un tocadiscos. Devolvedme el álbum y me iré a casa. ¿Dónde está mi lectro?

—En la calle. Aparcado a la vuelta de la esquina. He puesto las alfombrillas del revés para que no se vea la sangre.

—Ahora solo necesito el álbum y me largo.

—Bob lo ha puesto a salvo.

—Pues llámale, ¿vale?

—Yo no lo llamo nunca, me llama él. Ni siquiera tengo su número.

—¿Tienes idea de lo sospechoso que suena eso? —pregunté. Me sentía soñoliento de nuevo.

—Estoy segura de que vendrá esta noche —dijo ella, mientras preparaba un poco más de té para los dos—. En realidad, de todas formas no necesitas el álbum hasta fin de mes.

—¿Eh?

—La entrega. Es cuando Worth Street descubrirá que no está en la bolsa.

Ahora estaba completamente despierto.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté.

—Lo sé porque soy una alejandrina —respondió al fin—. O casi. Por eso entablé amistad contigo. Los alejandrinos siempre están buscando contactos con los oficiales de la agencia. Y entonces entraste en el Charlie Rose. Nunca pensé que aquello acabaría en un tiroteo.

«¿Casi una alejandrina?» Lo raro era que me no importaba. Quizá fuera la Sangría®. Quizá fuera el creciente atardecer al otro lado de la ventana, que evocaba un telón que descendiera sobre el mundo.

—Solo queríamos un contacto —dijo—. Por si pasaba algo. Entonces apareciste con ese disco. Después se presentaron ellos, quienquiera que sean. Supuse que era una redada de la agencia.

—Esos no eran de Cumplimiento —afirmé—. Ni siquiera saben que tengo el álbum. En todo caso, no hacen redadas en los clubs de mala conducta. Y tampoco entran por las bravas con Carillones.

—Bueno, pues no eran alejandrinos —dijo ella.

Yo no estaba convencido, pero me había cansado de discutir. Ella se levantó para preparar la cena en el microondas: un plato tailandés. Recibir atenciones me produjo una sensación extraña. Mientras comíamos y esperábamos a Bob, Henry me explicó cómo se había mezclado con los alejandrinos.

Por amor.

Algo debió reflejarse en mi cara.

—¡Por Bob no! —exclamó—. Por Panamá.

—¿El canal o el país?

—El artista —dijo ella, sentándose de nuevo ante la mesita astillada frente a mí—. Nunca quise ser bibliotecaria. Yo quería ser artista. Hasta convencí a mis padres para que me mandasen a París, a la escuela de arte.

—¿París, Francia?

—Pequeño París, en Florida. Panamá era mi instructor. Era muy duro conmigo. Al principio creía que estaba intentando desanimarme. Luego me di cuenta de que estaba intentando no enamorarse de mí. Por mi parte, ni siquiera lo intenté.

—Ya veo —dije. Los azulejos habían vuelto. No pude contener una sonrisa.

Ella bajó la mirada a sus pechos y se ruborizó.

—Fue la historia de siempre —aseguró—. La universitaria y el profesor. Él pensaba que era distinto. Yo pensaba que era distinta. Hasta pensamos que podíamos tener un hijo. —Los azulejos se estaban desvaneciendo—. Sea como fuere, todo se vino abajo. Habíamos estado juntos menos de tres meses cuando hubo una redada en la escuela. Panamá consiguió escapar por los pelos por la puerta de atrás. Yo no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. Estaba tan sorprendida como tú ahora. Había estado con un alejandrino.

—Así que tú también te convertiste en alejandrina.

—No me importaba el arte ilustre del pasado, el presente ni el futuro. Lo único que me importaba era Panamá. Mandó a Bob para decirme que había pasado a la clandestinidad y pedirme que le esperase. Eso fue hace casi nueve años.

—Y sigues esperándole.

—Supongo que podría decirse que sí.

Los dos seguíamos esperando: a Bob. Nos sentamos a la mesa y contemplamos el atardecer. Era como contemplar unas manos invisibles, con una docena de anillos en cada dedo, que decorasen la ciudad, colgando cuentas de perlas, diamantes y piedras preciosas. De una en una, de dos en dos, de diez en diez, cientos, todas a la vez, mientras el cielo se arrebolaba y adquiría un matiz rosado.

Al final parecía excesivo.

Bob no apareció.

—Algo debe haberle retrasado —afirmó Henry—. Normalmente llama. Llamará mañana.

Parecía a punto de echarse a llorar, así que no dije nada. Nos quedamos sentados durante otra media hora sin decir palabra y luego ella se acostó en su dormitorio y yo volví a tenderme en el sofá.

A la mañana siguiente, la Sangría® de mi pierna todavía estaba tibia, aunque un poquito menos rosa, y estaba erizada de pelos semejantes a cerdas.

Seguía sin tener que orinar.

Henry se había ido. Había lavado y doblado mis pantalones azules celeste con raya y los había dejado en una silla. Estaban casi como nuevos, a excepción de un agujerito y una mancha de gran tamaño y color oxidado justo encima de la rodilla izquierda.

Me levanté y me los puse; es toda una proeza cuando no puedes doblar la pierna. Pero ya me sentía mejor.

Fui saltando hasta la ventana.

Allí estaba el lectro, a la vuelta de la esquina, donde había dicho Henry. Era un día ventoso de octubre; si tocaba el cristal con las yemas de los dedos podía sentir el viento. Las hojas salían volando de los árboles con una especie de entusiasmo suicida. Al otro lado del Estrecho, el pico de Great Kills estaba despejado y desprovisto de nubes. Divisé un punto naranja que quizá fuera el anexo de mascotas y pensé en *Homer*, que estaba sola allí arriba.

Pero ella estaba bien... de momento. Los copagos eran exigentes, pero no demasiado. Lo principal era que el seguro estuviera siempre al corriente.

Lo que significaba que lo principal era mi empleo.

Lo que significaba que lo principal era recuperar el álbum.

Lo que significaba que lo principal era encontrar a «Bob», que no se había presentado la noche anterior.

Estaba pensando en todas estas cosas cuando sonó mi teléfono. Fui saltando hasta el sofá. El número de la pantalla de identificación no me resultaba familiar, así que albergué esperanzas.

—¿Bob?

—¿Señor Shapiro? Espere al médico.

—¿Es el anexo de mascotas?

No hubo respuesta. La frase «espere al médico» se usaba a menudo en las llamadas de venta directa; hasta había sido el título de un espectáculo musical de Broadway varios años atrás. Estaba a punto de colgar cuando surgió una voz al otro lado de la línea.

—Señor Shapiro, soy el doctor Guttman. Me temo que tengo una noticia preocupante.

—¿Guttman? ¿Es usted el veterinario de *Homer*?

—Más preocupante que eso. Soy el doctor Guttman, de contabilidad. Me temo que hay un problema.

—Ya han recibido el copago. Les dije que estaba de acuerdo. ¿Cuál es el problema?

—El problema no es el copago, sino la póliza. Según mis archivos, usted es un empleado federal acogido al Plan Familiar Delaware de Atención Total George Washington.

—Sí.

—Según su código fuente confidencial interno de Atención Total, se ha eliminado la opción Delaware, lo que significa que nada de mascotas ni de extensiones — anunció el doctor Guttman—. Así pues, no hemos podido activar la extensión protectora integral suplementaria según lo previsto.

—¿Eliminado?

—Temporalmente. Mientras está usted de servicio modificado.

—¿Qué es eso de servicio modificado? —protesté—. Espere un minuto y déjeme llamar a Worth Street.

Llamé a Worth Street, pero, como de costumbre, no hubo respuesta. Llamé a casa. Supuse que tendría un mensaje en la libreta si hubiese un problema. Pero la línea estaba ocupada. ¿Significaba eso que Worth Street estaba intentando llamarme?

Seleccioné otra vez la llamada anterior, pero ahora era yo quien estaba en espera. Aproveché la ocasión para ir saltando al baño a lavarme la cara. Me miré en el espejo por primera vez desde hacía días y vi...

—¿Shapiro? —dijo una voz enlatada.

Aferré el teléfono.

—¿Guttman? Cargue la Mediavida® a mi tarjeta por ahora —dije—. Sigo intentando comunicarme con Atención Federal.

—Me temo que no puedo hacer eso —objetó—. Conforme a las reglas federales DNR<sup>[7]</sup>, no podemos mantener con vida a ninguna mascota ni cliente durante más de veinticuatro horas cuando están sufriendo. Conforme a las reglas de nuestra propia industria, no podemos procesar extensiones ni adiciones cuando la cuenta principal está de servicio modificado.

—Espere un minuto...

—Su querido compañero fue trasladado esta mañana de la residencia general a la Veranda de la Despedida. Su sufrimiento tendrá fin a medianoche. Recibirá usted una fotografía por correo, idónea para enmarcar.

—¿Van a matar a mi perra?

*Clic.*

—¡Espere! —dije como un estúpido. Pero la línea ya estaba muerta.

\* \* \*

Las escaleras eran largas y tenebrosas, incluso de día. Bajé renqueando, con la pierna extendida. Cuando llegué al final, estaba temblando. Me dolía la pierna. Tenía miedo de mirar debajo de los pantalones, pues tenía la sensación de que la Sangría® estaba brillando de placer. Estaba caliente al tacto incluso a través del grueso paño azul celeste.

Crucé la calle cojeando y doblé la esquina para llegar al coche. Experimenté un momento de inquietud cuando oprimí la cerradura con el pulgar: ¿y si Worth Street había cambiado los cierres de algún modo? Probablemente podían hacerlo a distancia, electrónicamente. Pero la puerta se abrió con un chasquido, me deslicé al interior y me marché a toda prisa, en silencio.

De momento todo iba bien. Me dirigí al puente, repasando mentalmente mi plan. La primera parte era sencilla: rescatar a *Homer*. Tenía hasta medianoche. Después de eso, las cosas se tornaban confusas. Servicio modificado. ¿Significaba eso que Worth

Street sabía de algún modo que el Williams había salido de la bolsa? ¿O significaba que estaban esperando a que comprobase la libreta? Tenía que llegar a casa. Tenía que encontrar a «Bob». Tenía que encontrar el Williams y volver a meterlo en la bolsa, antes de la entrega, que era a fin de mes, de modo que solo quedaba...

—Deténgase a la derecha, por favor.

Había estado soñando despierto... ¿otra vez la Sangría®? Me encontraba en la cabina de peaje del extremo del puente que desembocaba en Staten Island. El carril de Fácil Acceso tenía la luz roja encendida, y una encargada del puente se estaba acercando a mi lectro.

Golpeó la ventanilla con su libreta. Estaba a punto de bajarla cuando vi la proyección naranja de la libreta:

**Confidencial: servicio modificado**  
**Efectúen confiscación con cautela**

—Deténgase a la derecha, por favor —repitió la encargada a través del cristal, mientras apagaba la libreta de modo que yo no pudiese verla.

—Claro —dije, solo para confundirla, mientras pisaba el acelerador a fondo. Me incorporé al tráfico y la dejé allí plantada. Sabía que no se molestaría en perseguirme. Ahora el lectro estaba fuera de la red, al haberme saltado un semáforo en rojo, y solo funcionaría durante una hora como mucho. Pero eso bastaba para llevarme hasta la cima de la montaña. Atravesé las calles sinuosas a toda prisa, en busca de un atajo hasta Skyline Drive.

¿Confiscación? ¿De qué? ¿De la libreta? ¿De la bolsa? No las llevaba encima. ¿Del lectro? Sin duda, las cosas iban de mal en peor. Pero debía mantener la concentración. Lo primero era lo primero. ¡Homer!, grité silenciosamente. ¡*Aguanta, chica!*

Al cabo de veinte minutos me adentré en las nubes. Dos minutos después irrumpí en el aparcamiento del anexo de mascotas. El edificio era una forma sombría en la bruma. Fui corriendo a la puerta y llamé al portero automático. No vi a nadie en el vestíbulo. Volví a llamar. Golpeé el cristal.

—¡Soy un cliente! —exclamé. ¿La palabra correcta era cliente? Probé con «usuario». Las alterné. Llamé al portero automático con una mano mientras golpeaba el cristal con la otra. Finalmente una enfermera surgió de las sombras y se dirigió a la puerta. Llevaba oculta su placa de identidad, pero yo me acordaba de ella.

»Tengo una cita, señora Quilvarres —afirmé. Ayuda llamar a las personas por su nombre. Pero ella sabía que era mentira. Meneó la cabeza.

—¡Nada de visitas! —vociferó a través del cristal. Ni siquiera se molestó en sacar el pequeño *kazoo*.

—¡Por favor! —grité desde el otro lado.

—¡Policía! —dijo ella.

—¿Eh?

Sacó el teléfono y empezó a pulsar números.

—¡Por favor!

—¡Policía!

Descendí la colina en punto muerto para ahorrar energía. Durante el trayecto llamé de nuevo a casa, pero la línea seguía ocupada.

Entonces respondió una voz masculina.

—Perro guardián.

¿«Perro guardián»? ¿Acaso había llamado al número equivocado?

—¿Quiénes?

—A ti qué cojones te importa —espetó, y colgó.

\* \* \*

Maple Street debía su nombre a los majestuosos árboles que antaño agraciaban casi todas las manzanas residenciales de América, hasta que los abatió la enfermedad de los árboles locos. La casa que mi padre le había «dejado» a mi madre y ella me había legado a mí se hallaba en el medio del bloque. En cuanto la vi, supe que algo iba mal.

El camino de entrada estaba lleno de coches.

Todas las cortinas estaban corridas.

Aflojé el paso mientras dejaba la casa a un lado. Estaba llena de sombras y siluetas, todas masculinas. Di la vuelta a la manzana y efectué otra ronda, todavía más despacio. ¡Esta vez había dos hombres en el porche principal, fumando un cigarrillo! Me sonrieron al pasar; uno de ellos hizo un ademán; no, era un saludo.

Estuve a punto de detenerme para preguntar lo que estaba pasando. Pero después de pensarlo dos veces, pisé el acelerador a fondo. Al lectro le quedaba energía suficiente para llevarme a lo alto de la colina, hasta el final de Maple, y regresar a Victory Boulevard.

Entonces empezó a destellar una luz ámbar, menos mal. Me detuve. Apenas podía respirar. Me temblaban demasiado las manos para conducir. Las cosas estaban empeorando a una velocidad vertiginosa, y tenía el cerebro paralizado. A lo mejor también era la Sangría®. Debía encontrar un sitio para aclararme antes de hacer algo estúpido, como llamar a mi propia puerta.

Afortunadamente, ese sitio solo estaba a unas manzanas de distancia.

\* \* \*

—¿Dónde está la bolsa, Santa Claus? —preguntó Lou después de accionar el portero automático para dejarme pasar.

—Es fiesta —musité. Me dirigí lentamente a la barra y me acomodé en mi

taburete favorito. No quería que Lou me viese cojear.

—¿Qué fiesta?

—Vale, es un día de asuntos propios —respondí. Supe que había cometido un error. No deseaba hablar con nadie hasta que hubiese comprendido lo que sucedía y, sobre todo, lo que tenía que hacer. No quería hablarle a Lou (ni tampoco a Dante, si se encontraba allí) del servicio modificado. Ni del lectro fuera de la red. Ni del álbum robado. Ni del agujero de bala que tenía en la pierna. Ni de los coches que había en el camino de entrada de mi casa. Ni de las siluetas que había dentro.

Al mismo tiempo, nunca me había sentido tan confuso, tan derrotado y triste. Tenía que hablar con alguien, de modo que hice algo extrañísimo. Todavía me pregunto por qué. Le dije a Lou que mi perra acababa de morir.

—Qué faena —dijo Lou, mientras rompía un huevo en mi vaso—. ¿Dónde está el perro, en el coche?

—La perra. Está en el anexo de mascotas, en el pico de Great Kills. Y no quieren soltarla.

—Eso no está bien —afirmó Lou.

—Van a mandarme una fotografía.

—Pero tú quieres enterrarla, ¿verdad?

—Verdad —dije—. En casa.

Ni siquiera había pensado en ello hasta entonces, pero me pareció lo correcto. Me sentía tan ultrajado y triste como si *Homer* ya hubiese muerto de verdad. Era como mirar hacia el futuro y acto seguido intervenir.

—Querer es poder —declaró una voz sombría desde la oscuridad.

—¿Querer es qué? —pregunté.

—La excavadora —anunció Dante.

—La droga —dijo Lou.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

—Digamos que mi cuñado Virgil está metido en el negocio farmacéutico —explicó Lou—. Y digamos que también en el negocio de la basura. Se dedica a las dos cosas, vendiendo excavadora a los mineros que trabajan debajo de Great Kills, que se lo pagan con lo que extraen. ¿Conoces la excavadora? ¿La droga?

—He oído hablar de ella —admití—. No entiendo qué tiene que ver eso con *Homer*.

—La montaña está surcada de minas —dijo Lou—. Extraen objetos para los mercadillos del oeste. Barbies, zapatos, menaje del hogar, piezas de coches, plástico...

Apuré la cerveza. ¿Acaso estaban cambiando de tema?

—Sigo sin entender qué tiene que ver eso con *Homer* —insistí. Me sentía ofendido.

—Los túneles llegan hasta la cima de la montaña —continuó Lou amablemente mientras me ponía otra cerveza delante—. Debajo del anexo de mascotas. ¿Sabes a

qué me refiero?

—No le molestes —intervino Dante, desdeñoso—. Están a punto de incinerar a su perro y él no quiere hacer nada.

Aparté el vaso hacia un lado.

—¿Podrías arreglarlo?

—Claro —aseguró Lou.

—Mi lectro está... en el taller.

—No es problema —dijo Lou, mientras pulsaba un número en su teléfono móvil—. Hacen recogidas y entregas.

Eran las dos de la tarde. A *Homer* le quedaba de vida hasta medianoche. Me bebí la cerveza que había apartado y pedí otra. Quizá ocurriese algo bueno después de todo.

Lou rompió otro huevo en mi vaso.

—¿Para qué es eso?

—Vas a pasar toda la noche fuera, recorriendo los túneles. Incluso a rastras. ¿Te pasa algo en la pierna?

Estaba a punto de contarle otra mentira cuando Dante dijo, desde la oscuridad:

—¿Oyes esa bocina de ahí fuera? Algo me dice que es el destino.

Cuatro de los once alejandrinos despidieron a Damaris como abogada y anunciaron su deseo de disculparse ante las víctimas. Los llamarían «Alejandrinos Arrepentidos». La jueza Levy Gómez Ito no les permitió disculparse ni cambiar su alegato, pero les concedió una mesa separada. Por medio de un abogado pro bono (contratado, como se descubrió más adelante, por Los Seres Queridos, S. A.), los Alejandrinos Arrepentidos pidieron por separado al presidente una exención cuádruple de la pena de muerte obligatoria. Damaris no solo se negó a sumarse a la disculpa, sino que solicitó formalmente que cada nuevo delito se añadiera al auto de procesamiento original. Petición denegada. Después de ciento catorce días de testimonio ininterrumpido, la acusación pudo plantear su caso. Fue simple y directo. Habían muerto diecinueve personas, cuatro de ellas de menos de sesenta y cinco años, lo que significaba que sus supervivientes tenían derecho a exigir responsabilidades civiles. Los alejandrinos eran los responsables. Punto.

Los Seres Queridos S.A. ocuparon la última semana. En virtud de la enmienda constitucional por los derechos de las víctimas, les concedieron una hora a cada uno para hacer su alegato. Había treinta y siete personas en total. Solo una (Lucy Blasdel, que más adelante fue recompensada con un contrato en Nickelodeon) recomendó clemencia para los acusados. Los demás hablaron apasionadamente de sus pérdidas y volvieron a sumirse en la negrura que nunca había distendido su presa sobre ellos. Por fin se había terminado.

Al término de las vistas, cuando la jueza Ito Gómez Levy abrió el sobre del presidente en el que revelaba si había concedido la exención de la pena de muerte, se impuso el silencio sobre la sala de justicia, solo roto por su sonrisa.

—Denegada —anunció la jueza, y procedió a sentenciar a los once acusados a morir en la silla eléctrica.

El destino, si era tal cosa, adoptó la forma de un blanco autoritario al volante de un lectro alargado y negro.

—¿Solo estás tú? Pues siéntate en el medio. No te quites la ropa. No toques la tapicería. Esto es un Lincoln, no una cacharro mugriento.

¿Cacharro mugriento? Mantuve la boca cerrada y la mano en el regazo. Me dejé bajo una farola, en una arboleda de ailantos descuidados en la ladera norte del pico de Great Kills. Una senda hollada surcaba el follaje hasta una gruta de escasa altura. La noche de octubre era fría, pero la bruma de aroma sustancioso que salía de la caverna era tibia.

Había luces. Entré.

—¿Eres Shapiro? Me llamo Virgil —declaró un hombre achaparrado y grueso ataviado con un sucio mono de color naranja—. Por lo menos, así me llama Lou. ¿Elmo ha sido grosero contigo? Apuesto a que ha sido grosero.

Asentí con la cabeza.

—Pensaba que eras un excavador. Tiene mucho carácter. He oído que quieres subir a la perrera. ¿Qué te pasa en la pierna?

—Una vieja herida —respondí.

Me arrojé un pequeño aerosol del tamaño de un llavero.

—Échate esto en el cielo de la boca. Es para los muertos, pero relaja bastante todos los músculos del cuerpo. Adelante.

El aerosol tenía la imagen de un monje cuyos ojos acechaban debajo de una capucha y un logotipo que rezaba «Extremaunción®». Me resultaba familiar; entonces recordé el libro de Walter Miller que había seleccionado al principio de la semana. Abrí la boca y me lo apliqué detrás de los dientes. Estaba frío. Era insípido.

—Con eso basta —dijo Virgil—. Es adictivo. Devuélvemelo y pongámonos en marcha.

Emprendimos la travesía hacia la cima de la montaña descendiendo por un túnel largo, recto y escarpado, tan empinado como el pasillo de una antigua sala de cine. Habían tendido tablas sobre el lecho de fango. Tenía la boca fría pero mi pierna ya no estaba tan agarrotada, ni mucho menos. Podía saltar a la pata coja. El único problema era que mis dedos deseaban entrelazarse. Debía esforzarme para mantener las manos separadas.

Virgil llevaba una linterna, pero no fue necesaria. El camino estaba iluminado por pequeñas llamas de gas que ardían en los extremos de las tuberías que descollaban de la pared cada pocos metros. Las llamaradas no solo proporcionaban luz, según me explicó Virgil, sino que también quemaban el metano del yacimiento y evitaban las explosiones.

Percibí un murmullo grave frente a nosotros. Parecía una corriente subterránea. Aumentó de volumen cada vez más hasta que llegamos ante la primera pareja de

excavadores al cabo de habernos adentrado unos cincuenta metros en la montaña. Dos hombres, ambos desnudos a excepción de unas rodilleras naranjas, limaban enérgicamente la pared del túnel con paletas cortas y embotadas semejantes a cucharas. Hablaban acalorados mientras trabajaban. Sus voces se atiplaron cuando nos vieron.

—Plato de perro, bolígrafo —anunciaron ambos al tiempo que señalaban a la vagoneta roja situada entre ellos—, yoyó, pila, cuchillo y muñeca, carrete, lata de cerveza, émbolo, rollo de alambre, candelabro, puente dental, botella de ketchup, estetoscopio, sombrero de plástico, ratón de ordenador, antena de televisión, herradura, pisapapeles, billete de autobús, panera...

—No los escuches —me advirtió Virgil mientras me alejaba—. Nunca paran de hablar. La excavadora es así.

—Pincel, peine roto —murmuraban a nuestras espaldas—, marco de fotografía, rulo, anzuelo, alfiler, letrero de calle, anillo, martillo, pila eléctrica, pelota de golf, remo, pendiente, llave alen, manija de volumen, reposabrazos, canasto de flores, monóculo, botón, teléfono móvil, botella de agua, módem.

Justo antes de doblar un recodo del túnel, me detuve para mirar hacia atrás. Bajo la luz trémula de las llamas gaseosas, los dos excavadores parecían ciudadanos del Infierno. Ciudadanos del Infierno felices y parlanchines.

—¿De dónde salen? —pregunté.

—Elmo trae a dos o tres equipos cada noche —contestó Virgil—. Nosotros les facilitamos la droga y las cucharas. Ellos deciden dónde y cuándo cavan. Nosotros nos limitamos a seguirles y recoger los vagones.

El sonido de su cháchara se apagó. El mismo murmullo se alzaba y se disipaba en otros túneles cuando pasábamos:

—Tubo de dentífrico, lápiz de color, mando a distancia, trébede, bloc de notas, cuerda de guitarra, grifo, caño, aeromodelo, baldosa rota, joyero.

El interior de la caverna era tan bullicioso como una colmena.

Al parecer, la excavadora atraía sobre todo a los hombres. Había mineros con trajes de color naranja, como Virgil, que iban y venían como fantasmas silenciosos, recogiendo las vagonetas llenas y dejando otras vacías. Otros tamizaban las vagonetas cargadas en busca de cabezas de muñeca, bolsos de mano, monedas, bombillas, adaptadores y otros «objetos de valor» que se pudieran intercambiar o vender. También los había que transportaban los residuos clasificados hasta el exterior, donde los depositaban en largos túmulos de despojos en la falda de la montaña.

Me había preocupado por el olor, pero cuando te acostumbrabas a él no estaba tan mal. Es como dulce.

Los chorros de gas disminuyeron. El murmullo de la cháchara constante de los excavadores aumentó de volumen y después disminuyó a medida que los túneles se ramificaban primero a la derecha y luego a la izquierda pero siempre, después del

descenso inicial, con tendencia a ascender.

—Cable, lata, estante, zapato —murmuraban a nuestro paso—, soldadito de juguete, botella de crema solar, enganche de caravana, mechero, picaporte.

—A veces lo bueno va en filones —dijo Virgil—. No me preguntes por qué. A lo mejor lo tiraron todo junto y viene de un contenedor enfrente de una juguetería, por ejemplo. O emigra, se desplaza bajo la tierra. Hay vetas de tesoro en todas partes. También hay puntos muertos, sin otra cosa que pañales y tenedores de plástico. A ellos les da igual. Ellos excavan y nosotros les seguimos.

—Y recogéis —observé, señalando a una vagoneta que se estaban llevando. Rebosaba muñecas y cabezas de muñeca, zapatos de plástico, cajas de tiritas y casetes.

—Y recogemos —admitió—. Lo que se vende cambia de una semana para otra, de un año para otro. Hasta de un día para otro. Depende de los mercadillos.

Asentí, demasiado falto de aliento para conversar. Los túneles ascendían, haciéndose más empinados y más pequeños. Tenía la pierna agarrotada otra vez. Apenas podía doblarla.

Caminamos a duras penas y sin cesar. Mis manos empezaban a entrelazarse de nuevo debido al pulverizador, pero merecía la pena, pues el dolor de la pierna había desaparecido. Las paredes lloraban humedad que rezumaba hasta los tablones y el contrachapado antiguo que pisábamos. El suelo se balanceaba bajo nuestros pies.

En dos ocasiones percibimos temblores al desplomarse un túnel cercano. En ambas, Virgil aguardó en las inmediaciones de un equipo de excavación hasta que hubo pasado el peligro.

—En un bache, que es lo que decimos cuando cede un túnel, los excavadores son tu única esperanza. Quédate con ellos y síguelos afuera.

—Asa, cazo, marco, pimentero —decían—, gancho de toldo, cartucho fonográfico, aleta de ventilador, céntimo.

Solo en dos ocasiones percibí el olor arcilloso y ácido de la excavadora, pero nunca vi el polvo propiamente dicho, que siempre se autoadministra por el recto. Lo único que vi fueron sus resultados: los excavadores que lijaban sin parar, no la tierra sino el mundo que había creado la humanidad.

—¿Alguna vez extraen tierra de verdad? —le pregunté a Virgil.

—No hay tierra de verdad —respondió—. Toda la montaña está hecha de material prefabricado.

Mi pierna se estaba agarrotando. Me detuve y la levanté con ambas manos, y Virgil me arrojó el aerosol con el monje encapuchado.

—No tomes demasiado —volvió a advertirme.

Me lo apliqué de nuevo en el cielo de la boca y sentí que la pierna se relajaba. Tuve que pugnar por mantener las manos separadas. Virgil ya estaba remontando el túnel, así que introduje el aerosol en el bolsillo de mis pantalones azules celeste con raya. Estaba empezando a pensar que era valioso.

\* \* \*

Virgil se detuvo a beber en dos ocasiones. Los mineros con traje naranja transportaban agua en jarras limpias con una raíz depuradora enrollada en el fondo. Era para ellos; los excavadores no bebían, ni comían ni meaban. Lo único que hacían era excavar y hablar: entre ellos y con nosotros, o por lo menos conmigo, cuando pasábamos.

—Vaso de vino, pase de Fácil Acceso, casco, tecla de piano, clavo —enumeraban—, collar, tapa de cafetera, palillo chino, cuerda.

Lo que me asombraba era su felicidad. Sus rostros tenían una mirada concentrada de expectación, como un niño al abrir un regalo de Navidad, aunque la mayoría tenían aspecto de haber estado cavando durante días.

La mayoría lo había hecho, según me contó Virgil.

—Normalmente excavan hasta que desfallecen y cuando despiertan les damos dinero para el taxi. Siempre vuelven. Excavan hasta que mueren.

—Hablando —señalé.

—Hablar no es más que un efecto secundario —observó Virgil—. Lo principal es excavar. Se supone que es el mejor colocón del mundo. Supongo que nunca lo has probado.

Meneé la cabeza.

—Pues no lo hagas. La adicción es instantánea. El excavador piensa, ¡cree!, que siempre está a punto de abrir brecha.

—¿De abrir brecha hacia dónde?

—¡Quién sabe! Se trata de la esperanza. Esa es la gran felicidad. Ya conoces el antiguo dicho, lo que importa no es la llegada sino el viaje. Excavar es el viaje. Es el final del viaje, pero nunca termina.

Nos encontrábamos en un angosto pasaje que solo alumbraba la linterna de Virgil y me estaba preguntando cuánta distancia podría recorrer antes de que la claustrofobia me obligase a volver. Una vagoneta medio llena bloqueaba parcialmente el túnel; nos apretamos al pasar a su lado. La pierna se me estaba agarrotando de nuevo. No podía recuperar el aliento. Solo quería dar la vuelta y salir corriendo.

—Aquí está —dijo Virgil.

—¿Eh?

Me vi obligado a agazaparme para poder levantar la vista. La linterna de Virgil mostraba una tapa lisa de hierro en el techo, con forma de trébol de tres hojas.

—Es un desagüe —dijo—. Lo encontramos por accidente. Lo he sellado. Por eso aquí arriba no hay excavadores. Por eso aquí el túnel es tan estrecho.

—¿El anexo de mascotas está ahí arriba?

Él asintió.

—Lo llamamos la perrera. A veces oímos ladridos.

—¿Me vas a esperar?

Meneó la cabeza.

—¿Cómo saco a *Homer* de aquí?

—¿*Homer*?

—Mi perra.

—Limítate a bajar —dijo—. Asegúrate de cerrar la tapa y obedece a tu olfato, siempre hacia abajo. Todos los túneles descienden desde aquí. Están todos conectados. Yo no diría que no puedes perderte, pero... no lo harás. Anda, toma esto.

Me entregó la linterna. Arrojava una luz mortecina.

—Gracias —dije.

—Devuélvemela antes de irte. —Después me dio dos palmaditas en el hombro y se marchó.

Estaba solo. A lo lejos, en las profundidades, oía murmullos, la cháchara incesante de los excavadores. Y arriba... otra cosa. ¿Perros?

Me pregunté si *Homer* sería capaz de caminar. Solo por si acaso, vacié la vagoneta, que solo estaba medio llena. Una de las cosas que cayeron al exterior me resultaba familiar. Se trataba de un arma asesina, una automática de nueve milímetros. Estaba oxidada, carcomida y tachonada de picaduras y agujeros, pero la forma seguía siendo reconocible. Las habíamos estudiado en la academia.

La introduje en el bolsillo de los pantalones azules celeste con raya de la agencia. Podría resultarme útil como martillo.

Casi podía incorporarme. Estiré los brazos. La compuerta de metal, o mejor dicho, la tapa de la perrera, estaba fría. Era pesada.

La levanté y la deslicé hacia un lado. Me incorporé y traspuse la abertura. Me encontraba en una habitación oscura. Había un penetrante olor a orina en todas partes. Oí un gruñido.

—¿*Homer*?

Irónicamente, los Alejandrinos Arrepentidos fueron los primeros que ejecutaron, pues los condujeron a la cámara de Clausura a las 18.00 del 4 de diciembre de 20\*\*, habiendo transcurrido cuatro horas del máximo de dos semanas establecido por el acta de Ejecución Expeditiva de 20\*\*, varios días antes de que se viera una apelación tramitada en su nombre y en contra de su voluntad y el presidente la admitiera, lo que también resultó irónico. Los cuatro murieron sin dejar de disculparse a través del sistema de altavoces que habían puesto a su disposición a tal efecto y sus cuerpos «corregidos» se exhibieron durante tres días en el sitio web del DP, tal como exigía la ley. Las ejecuciones de los restantes alejandrinos «originales» se demoraron a causa de Damaris, que disponía de una apelación automática e irrenunciable en virtud del acta de Clemencia para Famosos de 20\*\*, que estipulaba una revisión por parte de cuatro jueces y una vista presidencial para cualquiera que estuviese representado en el llamado «paseo de las Estrellas», cualquiera que fuese su delito.

La acusación respondió empleando la única separación permitida para apartarla del caso y sus coacusados fueron «clausurados» expeditivamente a última hora de la tarde del 11 de diciembre de 20\*\*. El Estado abonó una penalización de siete días. Al igual que en la primera ronda, la transmisión obtuvo excelentes índices de audiencia. Obligaron a Damaris a presenciarlo (el DP dijo que se lo «permitieron») desde la cárcel del condado de Los Ángeles en virtud del acta de Consecuencias Visibles de 20\*\*.

Mientras el presidente y su abanico especial de jueces de apelación consideraban la petición de clemencia automática para Damaris, los bombardeos y los actos de sabotaje se incrementaron en lugar de disminuir. Los objetivos se extendieron mucho más allá de las artes y el entretenimiento, incluyendo el Spruce Goose<sup>[8]</sup> y hasta un desafortunado oso panda del zoológico de Washington. Ahora parecía que cualquier grupo o individuo con un motivo de queja se denominaba «alejandrino». Se llevaron a cabo ataques para desembarazarse del arte europeo, el arte masculino, la historia blanca, la cultura mestiza y la propaganda judía. Un grupo que se autodenominaba alejandrino comenzó un ayuno y una sentada en un estudio de grabación de Hamburgo, exigiendo un «sabático de grabación». Hasta Internet se apagó durante cuarenta y tres terroríficas horas a resultas de una misteriosa conspiración de *hackers* denominada *alejandria.com*. El 12 de enero, al cabo de diez días de demora, el presidente le concedió clemencia a Damaris y la jueza Levy Gómez Ito la sentenció a diecinueve cadenas perpetuas seguidas, prorrateadas a veinticuatro años cada una, que debían cumplirse consecutivamente. La sentencia de cuatrocientos cincuenta y seis años fue la cuarta condena a prisión más larga jamás dictada en California y la más larga jamás impuesta a una celebridad. Solo fue posible gracias al nuevo medicamento del DP, Mediavida®, que permitía que los prisioneros agotaran su

sentencia en condiciones controladas.

Las apelaciones de Damaris se habían agotado y habían decomisado su crédito y sus propiedades (California n.º 2545), y estaba previsto que la soldaran a su celda en El Final del Viaje, la nueva e inmensa prisión privada de Las Vegas. Sin embargo, en el último momento, la donación de un misterioso benefactor pospuso el proceso al financiar las apelaciones tanto de su clemencia como de su sentencia. En ambas ella solicitó la muerte. Mientras estaban pendientes, Damaris fue transferida a una nueva prisión conceptual de máxima seguridad y mínima comodidad recién inaugurada a la espera del resultado. Esa misma mañana, veinte artistas y escritores, músicos y cineastas del mundo entero, todos los cuales hablaban inglés, recibieron una transferencia bancaria electrónica, la confirmación de un billete de avión y una enigmática citación electrónica para asistir a un «congreso cultural» de alto secreto de dos semanas de duración en una «gran ciudad americana». No debían decirle a nadie adónde iban ni por qué. Ninguno de los veinte individuos que recibieron la invitación la rechazó. Es difícil resistirse a un millón.

No era *Homer*. Pero era un perro. O perros. No era tanto un gruñido como un ronquido, y procedía de un montón de perros.

El ruido me rodeaba pero yo no podía ver nada. Me incorporé, poniendo cuidado de no retroceder hasta la abertura que acababa de atravesar, y encendí la linterna de Virgil.

Me encontraba sobre un suelo de hormigón, en una estancia de hormigón. Las paredes estaban cubiertas de jaulas de alambre apiladas a tres alturas, excepto por una estrecha puerta en la pared que estaba a mis espaldas.

Había un perro en cada jaula. Estaban todos dormidos. La mayoría estaban roncando; algunos gimoteaban; otros sollozaban en sueños.

Empecé a buscar a *Homer* jaula por jaula. El haz de luz cayó sobre un pequeño (¿pequeña?) terrier que abrió los ojos y empezó a ladrar. Su vecino, un setter de gran tamaño, secundó sus ladridos. Otros perros se sumaron a ellos.

Estaba seguro de que el ruido atraería enseguida a los empleados de seguridad. Me apresuré a encontrar a *Homer*, comprobando todas las jaulas con la linterna. Ahora todos los perros estaban despiertos y la mayoría estaban ladrando.

Todas las jaulas albergaban a perros, excepto una que estaba vacía, lo cual me inquietó, y otras tres situadas junto a la puerta que daban cobijo a otros tantos ejemplares de los «ositos» de diseño que se habían hecho populares recientemente.

*Homer* estaba en el rincón, en una pequeña jaula al fondo de una pila señalada como «Veranda de la Despedida», junto a un botiquín con puerta de cristal. Sus ojos negros y perlados estaban cerrados.

—¿*Homer*?

Parecía casi demasiado tranquila para molestarla, a pesar de los ladridos que la rodeaban. Por un momento, sentí la tentación de dejarla allí y cerrar el libro de mi vida con ella y del legado de mi padre, pues descendía del cachorro de su viejo sabueso bluetick, al que había abandonado con mi madre y conmigo. Introduje los dedos por la malla y le toqué el hocico. Estaba resbaladizo y tibio. Se estaba muriendo, lo noté.

Entonces abrió un ojo, me miró y gimoteó. El ojo había cambiado; ahora era grande y marrón.

La jaula estaba cerrada con llave. Extraje el arma asesina del bolsillo y la empleé a modo de martillo para romper el candado. Hicieron falta varios golpes, y durante todo ese tiempo estuve susurrando:

—¡*Homer*! ¡Vamos, chica! ¡Soy yo, Shap!

Ella se agitó; trató de levantarse, pero no pudo. Al principio no lo comprendí. Entonces recordé la Mediavida®. ¿Ya habían empezado a administrársela?

Rompí el cristal del botiquín que había junto a la jaula. A lo lejos, saltó una alarma.

Había tres frascos de pastillas que rezaban Mediavida®. También había dos pequeños aerosoles con la imagen de un monje encapuchado: Extremaunción®. Los cogí todos y me los metí a la fuerza en el bolsillo.

Oía pasos que se acercaban al otro lado de la puerta, resonando y deslizándose por el hormigón desnudo. Después, gritos que se aproximaban. Y a lo lejos, la alarma seguía sonando. Ahora estaban ladrando todos los perros... todos menos *Homer*.

—¡Vamos, chica! —La agarré por el collar y la saqué de la jaula. Ella se estrelló contra el suelo con violencia y gimió de dolor, o quizá de miedo. La arrastré hacia la compuerta del centro del suelo. Tenía otra vez la pierna agarrotada.

Oí el chasquido de la puerta. El picaporte traqueteaba y giraba. Más gritos y pies que se arrastraban fuera.

Empujé a *Homer* a través de la compuerta y salté tras ella, tratando de aterrizar sobre la pierna buena y emplearla para absorber el impacto. Fallé y me golpeé la pierna agarrotada; me tambaleé y me caí encima de *Homer* en la oscuridad. Ella volvió a gemir.

Un rayo de luz cayó sobre mí. Los perros dejaron de ladrar.

Estiré los brazos y tiré de la tapa de hierro de la compuerta. Esta se deslizó parcialmente con un ruido espantoso y se atascó. Todavía quedaba una medialuna abierta y a través de ella podía ver luces que destellaban; podía oír gritos.

—¡Alto! —Uno de los haces de luz se derramó por el agujero.

Introduje el arma asesina por el agujero y traté de hallar el gatillo con el dedo.

¡*Bam!*

¡*Clang!*

Más gritos. La luz se apagó. Los perros retomaron sus ladridos. Volví a meterme la pistola en el bolsillo. ¡No había esperado que aquella cosa funcionase!

Levanté a *Homer* para meterla en la vagoneta roja. El rabo y la cabeza colgaban por encima del borde.

—¡Aquí seguridad! —La voz resonaba como si procediera de un megáfono—. ¡Esto es un allanamiento!

—Ya no —susurré. Remolcando el vagón, descendí por el túnel, arrastrándome hacia la oscuridad. No quería mostrar ninguna luz. Ya no tenía la pierna agarrotada, pero estaba caliente, húmeda y pegajosa. Descubrí que si palmoteaba lo más silenciosamente posible se debilitaba el reflejo de entrelazar las manos.

En cuanto hubimos doblado un recodo me detuve.

Percibí el espantoso sonido del hierro que se deslizaba a mis espaldas. ¿Estaban bajando por el agujero en nuestra persecución? Volví a sacar el arma asesina. Asomé la cabeza por el recodo, cuyo borde estaba áspero a causa de las astillas y el alambre.

La medialuna de luz estaba desapareciendo. Estaban cerrando el agujero en lugar de abrirlo. Estábamos a salvo.

De momento.

Encendí la linterna moribunda de Virgil y me bajé los pantalones. La pierna había

empezado a sangrar otra vez. La Sangría® estaba rosa y resplandeciente. Traté de arrancármela; parecía parte de mi propia piel.

El dolor era terrible, pero ¿qué podía hacer? Volví a subirme los pantalones y me incorporé, y estuve a punto de golpearme la cabeza contra el techo asqueroso y rezumante del túnel. *Homer* estaba tendida en la vagoneta como si fuera un pez grande en una barca pequeña y sobresalía por todas partes. A la luz de la linterna de Virgil, su único ojo abierto estaba marrón y apagado. Su hocico todavía estaba tibio.

—Vamos, chica —la alenté, y empezamos a descender la montaña. Oía el murmullo suave y excitado de los cavadores a nuestro alrededor. Pasamos junto a una estancia ahuecada donde dos excavadores, ambos desnudos, magullados y sangrantes, asestaban zarpazos a una sección de pared. Uno de ellos parecía una mujer, pero era difícil asegurarlo.

—¡Pinza! —decían—. Bujía, tapón de botella, chicle, disco de teléfono, reloj.

Pronto llegamos a la zona de las luces de gas, con su penetrante olor a humo. Me apliqué otra pequeña dosis de Extremaunción®. Mis manos querían unirse como para orar. Al principio intenté mantener la mano izquierda en el bolsillo, después intenté tirar con ambas manos, con los dedos entrelazados. Eso estaba mejor.

La pierna no me dolía, pero sabía que estaba sangrando. Sentía que la sangre me estaba encharcando el zapato.

Dejamos atrás varios grupos de excavadores y mineros que remolcaban vagonetas como la mía. No hablé con nadie y nadie reparó en mi presencia hasta que encontré a Virgil en el fondo, tamizando la basura para clasificarla en vagonetas y contenedores de mayor tamaño.

—Lo has conseguido —dijo. Parecía un poco sorprendido.

—Esta es *Homer* —anuncié—. Y esto es para ti.

Saqué los dos aerosoles que había afanado del botiquín del bolsillo de mis pantalones con raya y se los tiré. Me quedé con el que estaba medio vacío. Más tarde habría de desear haberme quedado los tres. También habría de desear haberle dado los tres a Virgil. En definitiva, me quedé lo bastante para arruinarme la vida y no lo suficiente para salvarla.

—Gracias —dijo.

—¿Puedo tomar prestada la vagoneta roja? —pregunté—. Te la devolveré.

Virgil asintió sin responder. Ya estaba inclinando la cabeza hacia atrás y abriendo la garganta para rociarse.

\* \* \*

Hacía frío en el exterior de la montaña, era la primera noche fría de octubre. Comprobé el teléfono: era casi medianoche. ¡Había estado dentro del pico de Great Kills durante más de siete horas!

Los pantalones azules celeste con raya de la agencia estaban mojados de sangre.

La Sangría® todavía estaba caliente al tacto. Atravesé cojeando los bosques ralos y ajados de ailantos remolcando a *Homer* y descendí por el bordillo hasta la calzada. Tirar del vagón resultaba mucho más sencillo en la carretera. Aunque ya estábamos al pie de la montaña, todo el camino hasta el D&D, donde había dejado el lectro, era cuesta abajo. Con un poco de suerte, las baterías estarían lo bastante descansadas como para llevarme a casa.

¡Dondequiera que estuviese!

*Homer* yacía en el vagón con un gran ojo marrón abierto, pero no había nadie detrás de ese ojo vidrioso; no había nadie en casa. Siempre que echaba la vista atrás y la veía, pálida como un fantasma a la luz mortecina de las farolas, me apresuraba. Aunque no tenía ni idea de lo que iba a hacer con ella, ya fuese en el D&D o en casa de Henry. Me alegraba de haberla recuperado.

La montaña se cernía a nuestras espaldas como una lápida.

El camino de regreso hasta el D&D pasaba por delante de mi casa. En realidad, había que desviarse una manzana y media, subiendo por Maple, lo que significaba remolcar la vagoneta con esfuerzo para ascender una corta colina. Estaba cojeando y tenía el zapato encharcado de sangre, pero lo hice de todas formas; quería ver lo que estaba sucediendo una vez más, con mis propios ojos. Tal vez esperase que hubiera sido un sueño.

No lo había sido. Distinguí sombras que se movían en el interior, igual que antes. El camino de entrada seguía lleno de lectros con matrícula de la agencia. ¿Eran de Cumplimiento? Estacioné el vagón debajo de un árbol, amparado por las sombras. Recordé el arma asesina que llevaba en el bolsillo (una prueba incriminatoria, sin duda) y la introduje en el vagón, debajo de *Homer*. Eso la despertó; o quizá fuese algo relacionado con la casa. Quizá sintió que estaba cerca de su hogar; en definitiva, lo más cerca que había de volver a estar ahí jamás. Abrió un ojo y levantó la cabeza como si se dispusiera a aullar, y yo salí corriendo mientras el vagón rodaba a trompicones a mis espaldas. *Homer* no aulló, pero yo no dejé de correr en todo el camino de descenso por la colina hasta el D&D.

El letrero destellaba y las luces estaban encendidas, pero no entré. No deseaba ver a Lou ni tampoco a Dante. Comprobé el lectro. La aguja estaba en amarillo, pero todavía no había llegado al rojo. Embutí a *Homer* en el asiento delantero y metí la vagoneta en el maletero.

Circular por el puente es gratis después de medianoche. Me dolía otra vez la pierna de tanto caminar. De tanto correr. La Sangría® estaba tan caliente que me quemaba la mano, pero no la pierna. Tenía la sensación de que mis problemas se precipitaban en una espiral descontrolada.

Me aproximé al edificio de Henry con cautela, en busca de coches de Cumplimiento. Parecía que no había moros en la costa. Henry accionó el portero automático sin preguntar quién era. Yo sabía que el ascensor era sensible a las mascotas, de modo que bloqueé el sensor con la mano para que se cerrase la puerta,

un truco que había aprendido de mi madre. Tal vez el único. Mi zapato se había llenado de sangre otra vez y goteaba por las costuras, dejando pequeñas huellas rojas semejantes a medialunas.

La puerta del apartamento de Henry estaba abierta. Entreabierta. Las luces estaban apagadas. Entré con cautela, temiendo alguna clase de trampa, y entonces vi a Henry sentada sola en el sofá.

—Henry, te presento a *Homer* —dije, mientras cerraba la puerta a mis espaldas. Ella no respondió. Ni siquiera levantó la vista. Estaba sentada, doblada de dolor, y al principio pensé que le habían disparado.

Los nombres de los veinte a quienes concedieron un asiento en la Mesa Redonda Alejandrina nunca se han publicado, aunque cualquier conjetrador informado puede dar cuenta de varios, y los rumores y las sugerencias han implicado a muchos más de los que habrían tenido cabida en ningún momento.

Algunos gozaban de fama mundial; el número de celebridades que pueden desaparecer durante dos semanas seguidas sin que les hagan preguntas es sorprendentemente alto. A otros, los honores y la fama les aguardaban en el futuro. La mayoría eran anónimos y seguirían siéndolo. Lo que todos compartían era el acuerdo y el entendimiento de que de ningún modo intentarían sacar provecho de su afiliación al grupo, ni siquiera negándola.

Los asistentes llegaron un jueves a una gran ciudad del noroeste. Cada uno llegó en un vuelo distinto y encontró un paquete de FedEx que contenía un acuerdo de una página y un cupón para un trayecto en limusina hasta un hotel cercano al aeropuerto. El acuerdo explicaba el proyecto y las condiciones.

El proyecto se describía como un intento por «purificar el canon sistemáticamente y sin violencia». Las condiciones eran dos: confidencialidad y anonimato. Había dos opciones: «aceptar» y «declinar».

Los que aceptaron recibieron una invitación para desayunar a las 9.00 de la mañana siguiente en el restaurante del hotel.

Nadie declinó la oferta.

La tarde fue peculiar. La totalidad del personal del hotel consistía en seis personas que no hablaban inglés y, a decir verdad, casi no hablaban. No transcurrió mucho tiempo hasta que los asistentes se percataron de que eran los únicos huéspedes del hotel. Algunos fueron reconocidos, ya fuese por medio de contactos previos o de la celebridad. Pero, puesto que ninguno estaba seguro de por qué se encontraban allí los demás, no establecieron contacto alguno y a resultas de ello todos pasaron la noche en su habitación, viendo la televisión. Para la mayoría fue una experiencia sorprendente y curiosamente agradable.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Empujé la vagoneta con *Homer* dentro hasta el apartamento de Henry, cerré la puerta y eché el cerrojo. Encendí la luz. Ya había visto bastante oscuridad.

Henry tenía los ojos cerrados y estaba hecha un ovillo.

—¿De qué se trata? —volví a preguntar—. ¿Has vuelto pronto a casa del colegio? ¿Te han despedido?

Ella asintió.

—Había una asamblea. Una concentración de motivación, una conmemoración o algo así. Dejé a mis alumnos sentados y regresé temprano a casa. Ni siquiera fiché al salir. Nunca lo había hecho antes.

—¿Hecho el qué?

Ella gimió.

—No fichar. —Sollozó y se aferró el estómago. No tenía azulejos en el jersey; estaba todo gris.

—¿Te duele el estómago?

Ella asintió, y advertí que sus ojos se llenaban de lágrimas, que se desbordaron cuando meneó la cabeza de un lado a otro.

—Es peor. ¡No te he dicho la verdad!

¿Eso era todo?

—¿Eso es todo? ¡Si doliera tanto no decir la verdad, la gente estaría doblada todo el tiempo!

Lo decía en broma, pero ella no lo entendió; cuando menos, no le hizo gracia. Entré en la cocina y le llevé dos aspirinas y un vaso lleno de agua.

—¿La verdad sobre qué? —le pregunté al volver.

—Sobre Panamá. Sobre Bob. Sobre mí. —Observó las pequeñas píldoras e hizo una mueca—. Eso no servirá de nada.

Pero se las tragó de todas formas.

Se bebió la mitad del vaso de agua y me lo devolvió.

—Ponle un poco de güisqui —dijo—. Está debajo del fregadero.

En efecto, encontré una botella de Holaguapa debajo del fregadero de la cocina. Cuando me incorporé me di cuenta de que mis pantalones de raya estaban pegajosos y de que seguía dejando pequeñas huellas en forma de medialuna en el suelo. Pero la pierna ya no me dolía, o tal vez me estaba acostumbrando al dolor.

Añadí güisqui al agua hasta que adquirió una tonalidad marrón clara y lo llevé de nuevo al salón.

Henry ya tenía mejor aspecto. Estaba sentada con la espalda recta. Le ofrecí el vaso y ella tomó un sorbo elegante y curioso. Acto seguido bebió un largo trago, miró a *Homer*, que estaba dormida en la vagoneta, y luego a mí.

—¿Es ese?

—Esa —corregí—. Esa es *Homer*. Mi perra.

—Creía que estaba en el hospital o algo así.

—Se está... —No quería decir «muriendo»—. No mejora. La he traído a casa. Y tú qué, ¿has llamado a un médico?

—No necesito un médico —afirmó. Bebió otro trago—. Ya sé lo que es. Lo que necesito son mis pastillas. Necesito una al día. Me las da Bob. Pero no lo he visto desde la redada y el tiroteo. Ni siquiera ha llamado.

Yo conocía la sensación.

—También tiene mi álbum —observé—. ¿Qué pastillas?

—Mediavida®. Para el bebé.

—¿El bebé?

—¿¡Quieres dejar de repetir lo que digo!?! —Henry bebió otro sorbito de güisqui, seguido de otro prolongado. Los pájaros estaban regresando: primero las alas y después los cuerpecitos—. El bebé de Panamá. Eso es lo que no te había contado. Estoy embarazada. Lo descubrí justo después de que él se fuera.

—¡Pero si me dijiste que eso fue hace nueve años!

—Ocho y medio, para ser exactos. Bob me consigue las pastillas. Mediavida®, una al día. Impiden que nazca el bebé, ¿entiendes?

—Dame un poco de güisqui. —Bebí un trago largo y le devolví el vaso vacío—. ¿Estás embarazada desde hace nueve años?

—Ocho y medio, para ser exactos. —Intentó encogerse de hombros y gimió—. Con Bob ausente... cuando el dolor empezó ayer me asusté. Pero hoy...

Se dobló a causa de otro calambre y gimió de nuevo; era un sonido espantoso. El vaso se estrelló contra el suelo y rebotó. Lo recogí, lo llevé a la cocina y lo llené con un tercio de agua. Estaba añadiendo el güisqui cuando oí un *ding* en el pasillo.

Henry abrió los ojos: el ascensor.

Apagué la luz y me aposté a un lado de la puerta. Empuñé la botella de Holaguapa por el cuello, como si fuera un garrote.

La puerta se abrió.

—¿Henry?

Era Bob.

Encendí la luz.

—¿Dónde has estado? —preguntó Henry—. Te he buscado por todas partes.

—¡Ya verás cuando te lo cuente! —Bob estaba sonriendo. Cerró la puerta a sus espaldas. Entonces me vio blandiendo la botella como para asestar un golpe y su sonrisa se desvaneció—. ¿Todavía está aquí? Creía que tenía que ir a trabajar.

—¡Cuánto me alegro de verte! —dije mientras bajaba la botella—. ¡Tienes mi álbum! ¿Dónde está?

—Se... perdió en la confusión —balbució Bob—. Ya sabes. Lo robaron en la redada. —No sonaba muy convincente.

—Y una mierda. Henry me ha dicho que lo tenías tú. Te vi llevártelo.

—¡Te dije que lo había salvado! —gimió Henry.

—¿Le dijiste que me lo había llevado yo? —Bob le dedicó una mirada colérica—. Se perdió con tanta confusión. Alguien lo robó.

—¡Y una mierda! —repetí, empuñando de nuevo la botella.

Bob me la arrancó de la mano.

—Primer vamos a echar un trago. —Bebió un largo sorbo de la botella e hizo una mueca—. ¿Qué es esta mierda? ¿Una especie de güisqui para vaqueros?

—No importa —dije. Le di el vaso a Henry y alargué la mano para asir la botella—. ¿Dónde está el álbum? Me lo has robado.

—¿Robado? —repitió Bob con expresión herida. O quizá fuese culpable—. No exactamente. Vaya por Dios. Creo que puedo explicártelo. Concédeme solo un minuto. —Se quitó el sombrero y se desplomó en el sofá con un sonoro suspiro. Estaba calvo y tenía la ropa arrugada. Entonces vio a *Homer*—. ¿Qué pasa con el perro de la vagoneta?

—No cambies de tema —insistí—. Me has robado el álbum.

—¿Has traído las pastillas? —preguntó Henry, mientras sorbía el güisqui. Aunque seguía quejándose, se notaba que se encontraba mejor. Los azulejos habían vuelto.

—El álbum no era tuyo —dijo Bob—. Y no deberías ser tan arrogante. Fuiste tú quien lo sacó de la bolsa. —Antes de que yo pudiese contestarle, se volvió hacia Henry—. Las pastillas están en mi casa, pero no puedo ir allí. Creo que me están siguiendo. Sé que me están siguiendo. Además, creía que tenías bastantes.

—Esta semana he tenido que tomar muchas. Me estaban dando esos calambres otra vez.

—No debes tomar más de una al día. La verdad es que no son demasiado buenas.

—Quería poner el álbum una vez —expliqué, mientras tomaba otro sorbo de güisqui—. Eso es todo. Tengo que recuperarlo o perderé mi empleo. ¿A quién se lo has vendido?

—No puedo decírtelo —respondió Bob—. De hecho, no puedo contarte nada, excepto que no se lo he vendido a nadie. He hecho un servicio público.

—Los alejandrinos —dije. Sentí un horror frío. Estaba acabado. Nunca lo recuperaría...

—¡Ooooh! —sollozó Henry al tiempo que se sentaba. Dejó el vaso en el suelo y se dobló como una navaja.

Bob acudió a su lado a toda prisa; se agazapó y le puso la mano en el hombro.

—¡Oooooohhh!

—Yo tengo algunas píldoras.

Los dos levantaron la vista para mirarme: extrañamente, eran los ojos de Bob los que estaban llenos de dolor. Me resultó difícil odiarlo.

Saqué el frasco de Mediavida® del bolsillo.

—Son de *Homer* —expliqué—. Las cogí cuando la rescaté del anexo de mascotas.

—Son para mascotas —dijo Bob, mientras me arrancaba el frasco de la mano y se lo entregaba a Henry—. Tómame dos.

—Te llevo mucha ventaja —replicó ella, poniéndose dos píldoras en la mano.

—Deja alguna para *Homer* —dije. Después pensé: «¿para qué? Si de verdad se estaba muriendo, ¿por qué prolongarlo?»

Henry engulló dos y se las tragó con el güisqui con agua restante. Después tosió, se secó la boquita de ciruela y me entregó el vaso.

—¿Quieres hacer los honores?

Me dirigí cojeando a la cocina, con el pie izquierdo todavía pegajoso, dejando marcas con forma de medialuna en las baldosas del suelo. Estaba intentando no pensar en nada más y casi 10 estaba consiguiendo. Mientras escanciaba el Holaguapa en el vaso percibí un sonido inconfundible, familiar y ominoso.

*Ding.*

El ascensor.

Bob y Henry se quedaron helados en el sofá, contemplando la puerta con los ojos desorbitados, esperando la llamada. Pero esta no se produjo.

¡*Bam!* La puerta se vino abajo y dos policías pertrechados con escudos irrumpieron a toda prisa en la estancia. Solté el vaso pero este no se rompió. Hasta rebotó una vez. Recuerdo que pensé que quizá estaba hecho del mismo material que los escudos.

Un hombre con vestimenta civil apareció detrás de los dos policías. Me resultaba familiar. Empuñaba un disparador de energía en una mano y un electrolazo en la otra. Trató de echarme el lazo, pero falló.

—¡Gggrrr! —*Homer* despertó, abriendo un ojo perlado y negro y otro grande y marrón. Saltó de la vagoneta, que salió rodando hacia atrás, y arremetió contra el civil, apresándole el brazo con la mandíbula amarilla.

—¡*Aaaargh!*

El civil apuntó el disparador de energía contra *Homer* y disparó. Los dos policías abrieron fuego.

¡*Zap!* ¡*Zap!*

¡*Homer* se desplomó!

La vagoneta se había estrellado contra mis rodillas. Divisé el arma asesina oxidada, encostrada, llena de picaduras y de agujeros, en el fondo de la vagoneta, donde había estado, debajo de *Homer*. La cogí, cerré los ojos y disparé.

¡*Blam!* ¡*Blam!* ¡*Blam!*

El desayuno era de estilo bufé y estaba servido en una mesa grande con veintidós sillas. Cuando hubieron ocupado veinte apareció el filántropo multimillonario reservado y excéntrico que el mundo conocía como «el señor Bill». Llevaba camisa y corbata con pantalones vaqueros y zapatillas deportivas. Parecía más joven y apuesto que en las escasas fotografías que se habían publicado desde la caída de su imperio digital. Se presentó formalmente y preguntó:

—¿Hay alguna pregunta? —Las había. Las respondió todas directamente y con franqueza.

Sí, el proceso de purificación debía ser justo, aunque el canon nunca lo había sido; también era importante que pareciese justo.

Sí, los alejandrinos estarían representados. Nadie preguntó de qué forma y él tampoco lo aclaró.

El proceso duraría dos semanas. Empezaría después del almuerzo.

Los que completasen el proyecto recibirían el pago de otro millón.

Los resultados de las reuniones pertenecerían enteramente al señor Bill, que los emplearía del modo que estimase apropiado. Pero los participantes debían entender que estaban diseñando un sistema para el beneficio del mundo entero.

El señor Bill observaría, pero no participaría a menos que el grupo le invitase a hacerlo.

Después, anunció que deseaba obtener respuesta a una pregunta que no se había formulado: ¿cómo iba a aplicarse el juramento de confidencialidad?

Apretó un botón de su ordenador de mano y dos hombres vestidos con traje azul introdujeron un artilugio en la sala. Tenía el tamaño aproximado de una lavadora y se deslizaba sobre neumáticos de caucho. Según les explicó el señor Bill, se trataba de una máquina de agravios conectada a todos los medios y redes informativas del mundo y programada para monitorizar cualquier mención de aquella reunión, de sus participantes o sus discusiones, desacuerdos, objetivos, agendas, fracasos y éxitos durante los siguientes cincuenta y cinco años. Cualquier violación, por pequeña que fuera, provocaría un aluvión de litigios que de seguro habrían de incapacitar y arruinar efectivamente a cualquier revista, programa de televisión o editorial, por no decir a cualquier individuo.

La máquina de agravios se encendió un momento para que el grupo admirase sus hileras de luces de color y experimentase un escalofrío de temor. Después se la llevaron rodando y nunca volvieron a verla.

Abrí los ojos. El civil de aspecto familiar estaba tumbado boca abajo, pataleando lentamente con una sola pierna: *thump, thump, thump*. Los dos policías retrocedían hacia la puerta con los escudos salpicados de sangre.

Yo tenía la mano insensible y negra de hollín y de pólvora. ¡La pistola había explotado!

Corrí hacia *Homer*. Henry corrió hacia Bob. Los dos habían sido alcanzados y estaban tendidos cabeza con cabeza, mientras su sangre se mezclaba en un charco pringoso en el suelo de tarima falsa.

Los dos policías cerraron la puerta. Habían abandonado al civil. Él también había sido alcanzado pero, al contrario que Bob, todavía respiraba. Lo supe por las burbujas rojas en el charco de sangre que se había formado en la oquedad de su espalda.

—¡Bob, despierta! —exclamó Henry—. ¡No puedes estar muerto!

—No pretendía dispararle —dije—. No pretendía disparar a nadie. La pistola debe haber explotado.

*Homer* tenía los ojos abiertos; uno era perlado y negro y el otro grande y marrón. Los dos refulgían más de lo que yo hubiese pensado nunca que pudieran hacerlo. La sangre manaba de un orificio situado justo encima de sus ojos y bombeaba lentamente por un agujero de mayor tamaño en la parte posterior de su cabeza. Me miraba suplicante.

Me incorporé y me desabroché los pantalones azules celeste.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Henry.

—La Sangría® —contesté—. Si consigo despegármela del muslo, puedo ponerle un poco en la herida de bala.

—Creo que ya está muerto —dijo ella—. No respira.

—Es para *Homer*, no para Bob —repliqué—. No puedo consentir que se desangre.

—¿Por qué no? Ya se está muriendo de cáncer. ¿No le harías un favor si la dejaras morir?

—Quizá —admití. Pero no lo creía. Tiré de la Sangría® y la despegué de mi muslo. Solo se separó un poco y me dolió mucho. Hice una muesca con la uña y arranqué un trozo del tamaño y la forma de una plantilla de zapato. Arrancarla no me dolió nada esta vez. La Sangría® era parte de mí y no obstante no lo era.

Adherí el parche a la cabeza de *Homer* entre las orejas. Era lo bastante largo como para cubrir tanto la herida de entrada como la de salida. *Homer* cerró los ojos. Volví a subirme los pantalones.

—¡Bob, despierta! ¡Despierta! —decía Henry. Pero era demasiado tarde. Tenía una marca azul de gran tamaño en la frente y le habían volado la parte posterior de la cabeza—. ¡Era mi único amigo! ¿Dónde voy a conseguir ahora las pastillas?

—¿Tu único amigo? —repetí, sorprendido de sentirme un tanto celoso—. ¿No te

acabo de dar unas pastillas? Además, yo estoy peor que tú. Iba a llevarme a recuperar el álbum.

—A lo mejor no está muerto... —Lo zarandé con un poco más de fuerza.

—Está muerto y tenemos que salir de aquí. Esos policías volverán pronto.

—No conoces a los polis. Están abajo pidiendo refuerzos. Me preocupa más el muerto.

—No está muerto. —El charco de sangre de los riñones seguía burbujeando—. Ni siquiera estoy seguro de que sea un policía. Me resulta familiar.

Le di la vuelta. Todavía lo encontraba familiar, pero no conseguía ubicarlo del todo. Apagué la luz. En la oscuridad lo reconocí.

—Dante —dije—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Eres hombre muerto —susurró. Tenía un boquete en el pecho a juego con el de la espalda. El aire producía un sonido sibilante y borbotante al entrar y salir—. Y tu novia también.

—¡Que te jodan! —espetó Henry al tiempo que se inclinaba sobre él—. Eres tú el que se está muriendo.

—Estáis todos muertos —susurró Dante. Estaba sonriendo y sus dientes despedían un fulgor rojo a causa de la sangre.

Henry me apartó.

—¿Y ese quién es? ¿Cómo que estamos muertos? ¿Son polis de la agencia?

—¿Cumplimiento? No creo —respondí—. Pero me parece que deberíamos salir de aquí.

—¿Cómo?

—Mi lectro está abajo. El problema es que está fuera de la red.

—Y probablemente lo están vigilando.

Me di cuenta de que tenía razón.

—¿Y qué pasa con tu pierna?

—Me encuentro mejor. —Me di una palmadita en el muslo. Percibí la tibieza de la Sangría® a través de los pantalones. Tenía algo en el bolsillo; algo pequeño y duro. Extraje el pequeño pulverizador con el monje encapuchado de mis pantalones con raya.

—¡Espera! ¿Qué es eso? —preguntó Henry. Pero ya lo sabía; me lo arrebató de la mano—. Extremaunción®... esto es para los muertos. ¿Dónde lo has conseguido?

Se lo conté.

—Fantástico. Es para confesiones y esas cosas —dijo—. Últimas voluntades, testamentos y demás. Tienes que ser sacerdote o abogado para adquirirlo. Ahora puedo hablar con Bob. ¡Ayúdame!

—¿Hablar con Bob? —No me gustaba cómo sonaba eso. Bob yacía sobre una gran mancha roja en el suelo. Tenía los ojos abiertos de par en par. Estaba muerto.

Pero ¿qué otra elección teníamos? ¿De qué otro modo iba yo a recuperar mi álbum?

Henry se sentó en el suelo junto a Bob. Le envolvió la cabeza en una toalla y la sostuvo encima de su regazo. Después le separó las mandíbulas haciendo palanca con ambas manos.

—Adelante —dijo.

Con reluctancia, le roció el cielo de la boca con Extremaunción®. Sabía lo que se sentía. Pero no lo que experimentaba una persona muerta, desde luego.

Bob dio un respingo y cerró los ojos.

—¡Oh, no! —exclamó. Sus manos se juntaron sobre el pecho con los dedos entrelazados como en una oración. Yo conocía aquella sensación.

—Bob, soy yo —dijo Henry.

—¿Quién es yo?

—Henry.

—¿Cómo es que no puedo verte? ¡Oh no! ¿Estoy muerto?

—Todo está bien —intervine, tratando de ser de ayuda.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo que está bien? ¿Estoy muerto?

—Supongo. Sí —admitió Henry.

—¿Lo supones? ¡Lo sabía! ¿Qué es lo que está bien? ¿Qué podría ser peor?

—Bob, tienes que ayudarme a encontrar a Panamá. Lo necesito, ahora que...

—¿Ahora que qué? Ahora que estoy muerto, ¿no?

—Bob, yo no tengo la culpa. Lamento que estés muerto.

—¿Lo lamentas? ¡Pues imagínate cómo me siento yo!

—Esto no ha sido una buena idea —le dije a Henry.

—¿Cómo es que no puedo veros? —graznó Bob—. ¿Tengo los ojos cerrados? Está oscuro aquí dentro. ¡Oscuro como el infierno!

—Es que vas a ir al infierno —le dije cruelmente— porque me robaste el álbum de Hank Williams.

—En realidad no era tuyo —contestó él—. Lo siento. Solo quería ser un alejandrino.

—Pero si ya eres un alejandrino —repuso Henry.

—La verdad es que no. Lo siento. Pero ahora todo ha terminado —dijo. Su voz sonaba seca.

—¿La verdad es que no? ¿Qué pasa con Panamá? —exigió saber Henry.

—Está en el oeste —respondió Bob—. Coged la furgoneta. ¿Henry? —Alzó la cabeza del regazo de Henry. La toalla se desprendió y yo quise vomitar. Le habían volado toda la parte posterior de la cabeza. Había fragmentos pegados a la toalla.

—¿Qué?

—Se acabó, Henry. Lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Qué es lo que sientes?

—No veo nada. Luego te lo digo.

—¿Luego? ¡No hay luego! ¡Estás muerto!

—¡Oh, no! —gimió—. ¡Lo sabía! Y todos los demás están vivos, ¿no? ¡Todos

menos yo!

—Así es —afirmé. Quería herirlo, aunque ya estuviera muerto—. Estás muerto y me robaste el álbum.

—A lo mejor no es demasiado tarde —terció él—. Las cosas se desquiciaron un poco, pero a lo mejor consigues recuperarlo. Gracias a mi hermano.

—¿Panamá? —suplicó Henry—. Por favor.

—Coged la furgoneta —insistió Bob—. Dirigíos al oeste. A Jersey. Está en el catorce del Buscador. Pero no me dejéis aquí.

Oí algo que aullaba a lo lejos. ¿Sirenas?

—Tenemos que salir de aquí —dije—. ¿Dónde está esa furgoneta?

—A la vuelta de la esquina —respondió Bob—. En la Cuarta Avenida. ¡No me dejéis aquí! ¡Prometédmelo! No me puedo creer que haya muerto. He temido esto toda la vida.

—Vale, te lo prometo —lo tranquilizó Henry. Se incorporó con brusquedad y la cabeza de Bob se estrelló contra el suelo con un porrazo húmedo. Tenía los ojos desorbitados de nuevo. Todavía tenía las manos entrelazadas.

—Se ha muerto —dije—. Se ha vuelto a morir.

—¡Sssssh! ¿Qué es ese ruido? —preguntó Henry.

Yo también lo oía; era el *bip bop bip* de un teléfono en autollamada.

Miré en el pasillo. Miré en la cocina. Me dolía la pierna otra vez, pero no estaba dispuesto a volver a usar el pulverizador, después de haber visto para qué servía en realidad. Fuera, estaba amaneciendo.

—Cuarta Avenida —masculló una voz borboteante.

—¿Eh? —Los dos miramos alrededor.

—¡Dante! —exclamé. Empuñaba un teléfono móvil con una mano y un disparador de energía cargado y parpadeante en la otra.

—Creía que estabas muerto —observó Henry, mientras arrojaba el teléfono al otro lado de la estancia de una patada.

—Qué más quisieras —dijo Dante—. Ahora tú estás muerta. Todos vosotros.

Ella pasó por encima de él y le arrebató el disparador de energía de la otra mano de una patada. Lo hizo con gran habilidad, como si hubiera practicado arrancando pistolas y teléfonos a patadas de las manos de la gente.

—¿Qué es, de Cumplimiento? ¿Un contrabandista? ¿Un poli? —me preguntó.

—Un ex policía, quizá. Debe haber estado siguiéndome. O a lo mejor estaba siguiendo a Bob.

—¡Estás acabado! —exclamó Dante—. ¡No importa dónde vayas!

—Es muy fácil averiguarlo —señaló Henry—. Con Extremaunción® no se puede mentir.

—Pero si no está muerto.

—Eso lo arreglo yo. —Henry asió un cojín del sofá, lo puso sobre el rostro de Dante y se sentó encima.

—No creo que eso sea una idea muy buena —comenté. Dante agitaba los brazos y las piernas de arriba abajo, golpeando ruidosamente el suelo de tarima falsa.

—¿Por qué no? —dijo Henry—. Ya lo has matado tú. Yo solo soy tu cómplice. — Botó sobre su cara un par de veces y retiró la almohada. Dante tenía los ojos cerrados y la boca muy abierta.

»Dame eso —me indicó Henry al tiempo que le separaba las mandíbulas.

—No queda mucho —dije yo, aferrándola por el brazo y poniéndola en pie—. No lo malgastes.

Le entregué el pulverizador para que se callara. Ella lo sopesó con una mano, reconsideró la cuestión y se lo metió bajo el jersey. Me sentí aliviado. No deseaba que Dante me dijera la verdad, ni ninguna otra cosa.

Me dirigí a la ventana. Tenía la pierna agarrotada y pesada; era como remolcar un tocón.

—De verdad creo que deberíamos salir de aquí —dije.

Abajo, en la calle, todavía estaba oscuro, pero hacia el oeste podía ver que el sol ya despedía un dorado fulgor amarillo desde el pico de Great Kills. Dicen que la memoria solo funciona en un sentido, pero hay veces, como aquella mañana, en que te encuentras contemplando el presente desde el futuro, cuando tu vida ya es un recuerdo. Tiene una cualidad rutilante, por muy mal que se pongan las cosas.

—¡Unnh!

Percibí gruñidos a mis espaldas y me volví. Aunque había visto a Henry guardar el pulverizador, casi esperaba ver a Dante sentándose. Pero no: se trataba de Henry, que intentaba arrastrar el cuerpo de Bob por la puerta. No estaba dispuesta a marcharse sin él («se lo he prometido», insistía) así que la ayudé a remolcarlo hasta el pasillo. Después, mientras ella aguardaba el ascensor, yo regresé a por *Homer* y la introduje con cuidado en la vagoneta.

*Homer* tenía mejor aspecto, o cuando menos su respiración era más acompasada. Tanto el hocico de la perra como la Sangría® estaban tibios. Y tenía los ojos cerrados, lo que suponía un alivio, pues tiene (o mejor dicho, tenía) unos ojos muy lastimeros y suplicantes.

Al salir me detuve a cerrar los ojos de Dante, pero ya estaban cerrados. Sostuve el vaso de güisqui frente a su rostro para comprobar si se empañaba.

No lo hizo.

Oí sirenas a lo lejos cuando cerré la puerta a mis espaldas. El ascensor hizo *ding*. Me encogí cuando se abrió la puerta; casi esperaba que estuviese lleno de policías armados. Pero estaba vacío. Me encogí otra vez cuando la puerta se abrió en el vestíbulo y otra más cuando salimos a la calle por la puerta principal transportando un cadáver entre los dos y remolcando a una perra.

Pero Henry estaba en lo cierto. No había de qué preocuparse. Los dos policías que habían derribado la puerta con Dante estaban sentados en un coche patrulla al otro lado de la calle; al parecer, seguían esperando a los refuerzos. Uno estaba dormido y

el otro hablaba por teléfono. Fingieron no reparar en nuestra presencia.

Descubrimos la furgoneta justo donde había dicho Bob, a la vuelta de la esquina, en la Cuarta Avenida. Era el mismo lectro Gillette con el rótulo «De Bob el Indio» en el lateral. «¿Qué es "de" Bob el Indio?», me pregunté otra vez.

Estaba cerrada con llave, por supuesto. Por primera vez me alegré de que Bob nos acompañara. Le sostuve la cabeza y los hombros mientras Henry guiaba su dedo pulgar hacia las depresiones de la cerradura de la puerta. Tuvimos que hacerlo de nuevo en el salpicadero. La turbina aceleró gimoteando. Se supone que los lectros solo hacen ruido cuando están embragados, pero este poseía vibraciones de alta frecuencia.

Henry se acomodó en el asiento del conductor y yo recosté a Bob en la parte trasera, que estaba vacía a excepción de algunos cuadros enmarcados en una pila vertical y una alfombra enrollada.

No vi ningún álbum. Pero estaba oscuro.

Ice a *Homer* con la vagoneta hasta la parte trasera y la embuté entre Bob y los cuadros.

—Salgamos de aquí —dije. Quizá fuera mi imaginación, pero me parecía oír sirenas a lo lejos. Ya éramos criminales buscados, ¡y espera a ver cuando hablasen con los policías que esperaban en el coche y vieran el cuerpo y la sangre de arriba!

—Intento encontrar el Buscador —repuso Henry. Estaba estudiando el salpicadero—. ¿Dónde está el Buscador en esta cosa?

—Olvídate del Buscador —dije—. Dirígete al oeste.

Después del almuerzo del... de abril de 20\*\*, lo que habría de conocerse (y desconocerse) como la Mesa Redonda Alejandrina concurrió a su primera reunión en la deslustrada sala de conferencias de un anodino hotel de aeropuerto. Los únicos muebles eran una mesa redonda de roble falso rodeada de sillas de madera clara más bien incómodas y una televisión de treinta y tres pulgadas situada en un aparador, que estaba opaca a excepción de una lucecita en el centro, como si la hubiesen desconectado y todavía no se hubiese apagado.

Aunque sus nombres y ocupaciones no pueden mencionarse debido al ojo depredador e insomne de la máquina de agravios, puede decirse (y el hecho de que estás leyendo esto demuestra que puede decirse) que los miembros de la Mesa Redonda representaban, de una forma directa o indirecta, todas las disciplinas artísticas principales (las artes del lenguaje, las artes visuales, la música, el cine, etc.), todos los continentes, aunque no todos los idiomas (todos hablaban inglés, aunque no todos lo hablaban como lengua materna), y todas las razas, aunque no todos los grupos étnicos o religiosos. Un poco más de la mitad de los miembros del grupo eran hombres y un poco menos mujeres. No eran pocos los viejos, algunos eran jóvenes y la mayoría eran de mediana edad, esa extensa llanura que tardamos tantos años de nuestra vida en atravesar.

La cuestión de la participación de los alejandrinos se planteó nuevamente. ¿Cómo no iba a plantearse? No haber preguntado habría sido revelar por defecto lo que el lector probablemente ha adivinado: que varios de los participantes eran miembros en secreto o simpatizantes en activo de las diversas formaciones clandestinas internacionales de los alejandrinos. La compleja seguridad del señor Bill representaba su única protección contra la pena de muerte que, al menos en potencia, se había extendido a todos ellos, cortesía del «sacrificio» de Damaris.

En respuesta, el señor Bill conectó la televisión susurrando: «plano encendido». La pantalla reveló a una mujer ataviada con un mono naranja sentada en la cama metálica de una celda minúscula, contemplando la cámara con atención. Saludó a la Mesa Redonda con una voz suave y ligeramente áspera y un silencio se abatió sobre la estancia ya silente. Su voz les resultaba familiar no solo por sus películas, que habían disfrutado un efímero resurgimiento, sino por su juicio. Acordaron que participaría como miembro de pleno derecho. Si alguien tenía objeciones no las manifestó, pues Damaris podía oír todas las voces de la mesa por medio de la conexión de audio con su celda. Sin embargo, no podía verlos. Eso no la molestaba. Así había sido siempre. La estrella de la pantalla nunca devuelve la mirada al teatro ensombrecido.

La cámara de la celda no estaba sometida a su control. Descansaba en un rincón elevado, fuera de su alcance, con una lucecita roja que nunca parpadeaba. El señor Bill apagaba la proyección del hotel a petición suya cuando ella deseaba usar el

servicio.

Más de la mitad de los participantes en la Mesa Redonda Alejandrina, como habría de llamarse, eran europeos por abolengo, educación e inclinación, incluyendo a muchos que parecían africanos o asiáticos, y dicha parcialidad occidental fue la primera objeción que opusieron... curiosamente, los miembros más «occidentales» del grupo. La primera tarde transcurrió mientras debatían el problema, si en efecto se trataba de un problema. Damaris en persona presidió la primera sesión. Decidieron que, dado que Occidente había inventado y promulgado en todo el mundo el concepto del Arte tal como lo conocemos, y dado que Occidente había engendrado la resistencia, conocida como el movimiento alejandrino, era Occidente quien debía al mundo el proceso de purificación que, según esperaban, pusiera fin tanto a la sobrecarga de información como a la información que había originado.

Cuando remitió el debate del primer día, la Mesa Redonda pareció sorprenderse al alcanzar su primer acuerdo. En retrospectiva, no resulta tan asombroso ya que, en esencia, les habían pedido que se validaran, y su propia naturaleza les inclinaba a hacerlo. La primera discusión obtuvo diversos fines: en lo sucesivo, los «euros» del grupo estuvieron menos inclinados a asumir la culpa o el liderazgo de forma inapropiada; la Mesa Redonda comprobó que podía ponerse de acuerdo y seguir adelante y que eso era lo que se esperaba de ella. Y Damaris fue aceptada como miembro de pleno derecho y, a decir verdad, destacado.

La aceptación por parte de la Mesa Redonda de su propia constitución fue la primera cuestión de procedimiento. La segunda cuestión incumbía al señor Bill. ¿Era un miembro, un observador, un facilitador? ¿O debían excluirlo completamente de las reuniones? Esta última opción la sugirió el filántropo en persona con objeto de reafirmar su propia sinceridad y su compromiso con la igualdad.

Le permitieron seguir siendo un miembro con pleno derecho a voto. Y así acabó el primer día.

—¡Despierta!

Había estado dormitando, procurando ignorar el dolor de la pierna. Pero cuando desperté, ahí estaba: una palpitación grave. El cielo tenía una mortecina tonalidad rosada, como las baldosas de un cuarto de baño.

La furgoneta se encontraba en la autopista, en el carril de tráfico lento. Los camiones pasaban silbando y nos zarandeaban con su estela. Algo hacía *pop pop pop* contra el parabrisas: un espía.

—Nos están siguiendo —anunció Henry—. Están vigilando la furgoneta.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté como un estúpido. Me dolía la pierna y quería una taza de café.

Henry señaló al espía que golpeaba el parabrisas. Este halló metal en la junta que mediaba entre el parabrisas y la puerta y se adhirió a él.

Lo observé con más atención. Medía unos dos centímetros y estaba hecho de magnetoplástico plateado. Sus alas desaparecían cuando no estaba volando, como los azulejos del jersey de Henry, que aquella mañana no eran sino sombras sin alas, como cohetes en la niebla.

—¡Maldición! ¿Dónde estamos?

—En Jersey. Hemos salido del túnel hace un kilómetro.

—Creía que los espías no podían cruzar las fronteras estatales —observé.

—A lo mejor este es federal. O incluso internacional. A lo mejor tienen una exención, o una extensión; o un acuerdo para desviar la señal hasta otro espía. ¿Quién sabe? En todo caso, aquí está.

—Estaba —dije. Alargué la mano y conecté los limpiaparabrisas para desprenderlo.

—Volverá —afirmó ella—. Y quienquiera que sea, ahora sabe que lo sabemos.

—No necesariamente. A lo mejor piensa que está lloviendo.

Miré hacia atrás. Allí estaban las torres de la ciudad, insignificantes contra el imponente amanecer. La parte trasera de la furgoneta estaba llena de formas misteriosas que emergían gradualmente de la oscuridad como si fueran juguetes la mañana de Navidad: cuadros, cadáveres, perros.

Todo menos el álbum que debía recuperar. El problema me causó un dolor apagado, como la pierna.

—¿Adónde nos dirigimos? —pregunté.

—Ni idea —dijo Henry. Señaló la parte trasera, donde la vagoneta de *Homer* se estrellaba suavemente contra el cuerpo de Bob—. Bob dijo que le diéramos al catorce, pero no hay ningún puñetero catorce. El Buscador repitió: «Dé la vuelta, dé la vuelta» hasta que nos metimos en el túnel y después se calló.

—Dé la vuelta —indicó la furgoneta, como si la hubieran instigado.

—¡Ya está otra vez!

—¿Estás en el catorce?

—Ya te he dicho que no hay catorce —repuso ella.

—Tenemos que encontrar el catorce, o si no...

—O si no, ¿qué?

—Estamos jodidos. Tú no encuentras a Panamá, yo no encuentro el álbum y los dos estamos atrapados con un cadáver.

—Bueno, primero tengo que mear. —Ya estábamos en el carril de tráfico lento. Disminuyendo aún más la velocidad, Henry irrumpió en un enorme aparcamiento que rodeaba por tres lados un diminuto restaurante—. Necesito encontrar el excusado —declaró.

—Te espero aquí. —Yo no había tenido que ir al baño desde que me habían puesto la Sangría® en la pierna. Eso eran, ¿qué? ¿Cuatro días? Me pregunté por *Homer*: ¿la Sangría® que tenía en la cabeza significaba que yo ya no tendría que sacarla a pasear?

Henry entró en el restaurante y yo me desplacé al asiento del conductor. El Buscador consistía en un panel numérico emplazado en el lado derecho de la columna de la dirección. No disponía de proyección de mapas.

Se trataba de un panel de diez teclas con dos bandas, A y B. Le di a B y acto seguido al cuatro, y la furgoneta anunció:

—Cambiano el itinerario, gracias por su paciencia. —A continuación:

»Gire a la derecha dentro de seiscientos metros. Tome la ruta uno y nueve hacia el norte. —Henry regresó con dos cafés y yo me incorporé al tráfico.

»Gire a la derecha dentro de seiscientos metros. Tome la ruta uno y nueve hacia el norte —repitió la furgoneta.

—Vaya, estás hecho un fenómeno —comentó Henry mientras arrancaba la pestaña de la tapa de mi café y luego de la del suyo. Yo sabía que estaba siendo sarcástica, pero me sentía un fenómeno, en efecto, después de haber solucionado los problemas del espía y el Buscador.

Entonces oímos un *pop pop pop* contra el costado de la furgoneta: el espía había regresado. Decidí ignorarlo y limitarme a conducir.

Ahora que había amanecido, o casi, podía distinguir lo que había en la parte trasera de la furgoneta por el espejo retrovisor. Por supuesto, en un espejo está todo invertido, de modo que lo parecían cuadros enmarcados apilados verticalmente a la izquierda eran en realidad una perra dentro de una vagoneta y un cadáver que adquiría el *rigor mortis* sin prisa pero sin pausa, adoptando la forma de un anacardo en el suelo. No divisé *long plays* ni cedés. *Homer* rodaba hacia delante cuando yo frenaba y hacia atrás cuando pisaba el acelerador, y la Sangría® de su cabeza despedía un cálido fulgor rosado a la luz del alba. ¿O eso también estaba invertido? ¿Acaso rodaba hacia delante cuando yo pisaba el acelerador? ¿Se estaba poniendo el sol? ¿Mi perra se estaba muriendo, después de todo?

—¿Esa perra siempre ronca? —preguntó Henry.

—Antes no —repuse—. A lo mejor significa que está mejorando. —Pero lo dudaba.

—Tome la salida a la ruta uno catorce hacia el norte dentro de seiscientos metros —anunció la furgoneta—. Tenga cuidado con las obras. Hay atasco.

—¡Oh no! —exclamó Henry—. ¡Vamos al culo del mundo!

La carretera se convirtió en una calzada de cuatro carriles y seguidamente en una de dos. Se devanaba junto a varios centros comerciales y una subdivisión redistribuida para adentrarse en una cordillera de colinas de escasa altura pobladas de árboles enanos de maderas nobles.

—El culo del mundo —repitió Henry, que apuró el café y arrojó la taza por la ventanilla. Hice una mueca, pero ella me ignoró—. El culo del mundo y después ¿qué?

Me encogí de hombros.

—Eso depende de ti. Lo único que quiero es encontrar al hermano de Bob y recuperar el álbum. Supongo que tú debes seguir adelante.

—Y tú.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué vas a hacer? ¿Volver a trabajar como artista de la selección? ¿Devolver el álbum?

—Tengo hasta fin de mes para encontrarlo. Me tomaré días de baja por enfermedad hasta entonces.

—Eres un soñador —observó ella—. ¿Qué pasa con el poli que has matado?

—Eso fue un accidente —afirmé—. A lo mejor eres tú la soñadora, creyendo que puedes encontrar a ese Panamá después de que haya pasado nueve años en la clandestinidad.

—Ocho.

—Gire a la izquierda dentro de seiscientos metros. Carretera de Ridgetop.

Puesto que ninguno de los dos deseaba hablar, el Buscador fue una interrupción bienvenida.

—Gire a la izquierda justo delante. Carretera de Ridgetop.

Realicé el giro a la izquierda justo después de un cartel con una flecha que también señalaba hacia la izquierda:

## **Casino Ramapo**

### **¡El miércoles por la noche es la noche de los mayores!**

—El culo del mundo —repitió Henry, meneando la cabeza.

Nos hallábamos en una angosta carretera de asfalto que serpenteaba por la cima de una montaña baja. Dejamos atrás un par de casas quemadas al fondo de los bosques. Todas tenían un coche quemado en el camino de entrada. Eran reliquias del escándalo de Seguros contra Asteroides de finales de la segunda década; o mejor

dicho, de la ley que había ilegalizado la limpieza.

Aparecieron más señales:

**Jackson White**  
**Artesanía india**  
**Paintball**  
**Toboganes de agua**  
**Reservado**  
**Tienda de regalos**  
**Comida casera**  
**Billetes de lotería**

—¿Crees que todo esto tiene algo que ver con el rótulo de «Bob el Indio» en el costado de la furgoneta? —pregunté.

—Pues claro.

—Su destino está a seiscientos metros. —Parecía a todas luces que el Buscador nos estaba enviando al casino. Las señales aumentaban de tamaño y se acercaban entre sí a medida que serpenteábamos por las colinas.

»Gire a la izquierda en la tienda de regalos. Diríjase al aparcamiento.

Se trataba de un aparcamiento de gravilla que se extendía bajo la señal más grande de todas. A un lado había un «puesto de comercio» que consistía en una cabaña de troncos, y al otro un casino tipi de hormigón que semejaba el campanario de una iglesia sepultada.

**Casino Ramapo**  
**Jackson White**  
**Artesanía india**  
**Reservado**

Los casinos nunca cierran. En el interior había una máquina de videopóquer que pitaba y campanilleaba. Había dos mujeres con chándales sentadas en un banco de escasa altura que operaban la única máquina como si fueran compañeras de trabajo en una cadena de montaje. Una introducía las monedas y otra oprimía los botones. Tenían una expresión adusta.

Henry fue a encontrar el excusado. Parecía que orinaba por los dos.

La caja consistía en una ventana protegida con barrotes, como la de un antiguo banco abierto al público. Al otro lado, en una estancia modesta, dormitaba un hombre tocado con un sombrero de vaquero. Llevaba una camiseta con el perfil de Jerónimo y el eslogan: «Un indio narizotas». El sombrero tenía un ala con cuentas y una pluma.

Golpeteé los barrotes con la uña. Si me hubiera preguntado cómo iba a hallar al

hermano de Bob (y así había sido: ni siquiera sabíamos su nombre), dejé de hacerlo en cuanto el hombre que dormitaba despertó y se levantó el ala del sombrero.

Era el gemelo de Bob.

—¿Tienes un hermano llamado Bob? —pregunté.

—¿Bob? —Empezó a volverse en la silla y ¡allí estaba! Divisé el álbum de Hank Williams tras él, apoyado contra la caja registradora.

—Disculpa, pero... —Mi estrategia consistía en obtener primero el álbum y después contarle lo de Bob. Pero Henry la echó a perder cuando regresó del excusado y me empujó con el hombro para hacerme a un lado.

—¡Me temo que tenemos malas noticias! —me interrumpió, sin aliento—. Bob está... o sea, estaba... o sea, que lo han matado. ¡Le dispararon! Anoche.

—¿Bob? —Se quitó el sombrero de vaquero y aplastó la copa con el puño. Acto seguido la recompuso con esmero y volvió a ponérselo—. ¿Qué Bob?

—Tu hermano —explicó Henry—. Lo hemos traído porque ese fue su último deseo. Este sitio está en el Buscador de su furgoneta. En el catorce.

—¿Su furgoneta? —El indio narizotas se irguió en su asiento y a continuación se puso en pie. Abandonó la cabina de cambio y cerró con llave la estrecha puerta al pasar—. Oh, oh, me parece que ya lo entiendo. ¿Dónde está?

—En el aparcamiento.

—Perdona, ese álbum... —intervine mientras lo señalaba a través de los barrotes. El indio y Henry me ignoraron y salieron por la puerta principal. Contemplé el álbum entre los barrotes, apoyado junto a la caja registradora, con total desamparo. Hank Williams parecía más desamparado y perdido que nunca.

Las dos mujeres seguían alimentando a la máquina tragaperras. Podía esperar allí, con ellas, en la semioscuridad, o seguir a Henry y al hermano de Bob afuera. Cuando salía me detuve para leer la placa de la pared en el lado interior de la puerta. Era de plástico, pero cuando la golpeteé con la uña resonó como si fuera de latón.

Los blancos de Jackson eran una comunidad clandestina compuesta por esclavos fugitivos y los indios que los acogieron, así como matrimonios blancos consanguíneos simpatizantes. Residieron en las escarpadas fortalezas de las insignificantes, pedregosas y accidentadas montañas Ramapo de Nueva Jersey durante la Guerra Civil y el cambio de siglo para desaparecer al fin, como tantas comunidades arcaicas, después de la Segunda Guerra Mundial.

Después de que el Acta de Etnicidad de 20\*\* les concediera un historiador y un arqueólogo, reapareció una pequeña comunidad dedicada a la empresa de investigar sus propia historia.

Este casino está dedicado a la memoria de los blancos de Jackson que dieron su vida por la democracia en la Segunda Guerra Mundial y la Tercera Guerra Mundial.

Ramapo, Nueva Jersey; elevación 925 pies/282 metros

Siempre me había gustado el concepto de las fortalezas, pero los bosques malos (pedregosos, en efecto) que se explayaban detrás del aparcamiento y en los alrededores no sugerían ni evocaban aquella sensación. Era probable que la zona hubiese cambiado.

Henry y «Un indio narizotas» ya habían recorrido la mitad del aparcamiento; la gravilla crujía a su paso bajo el sol vaporoso de la madrugada. Los alcancé en la furgoneta, que no habíamos cerrado con llave. Cuando Henry deslizó la puerta corredera, *Homer* abrió un ojo negro y perlado y gruñó.

—¿Ese perro es tuyo? ¿Cuánto?

—Es mi perra —dije, a sus espaldas—. Y no está en venta.

—Solo estaba siendo amable —repuso—. Es la costumbre india. Si quisiera un perro, no querría uno que está en una vagoneta y tiene una torta en la cabeza. ¿Dónde lo compraste?

—Es una hembra —insistí. Estaba empezando a comprender la esencia de la camiseta: «Un indio narizotas».

*Homer* seguía gruñendo, de modo que descargué la vagoneta, la saqué de la furgoneta con las ruedas de dos en dos y la remolqué hasta la parte posterior del vehículo, a la sombra. En cuanto el indio desapareció de su vista *Homer* dejó de gruñir.

—Quédate aquí —le dije (fue bastante estúpido por mi parte: ¿adónde iba a ir con la vagoneta?) y regresé a la puerta lateral de la furgoneta.

Bob aún tenía la boca cerrada. Sus ojos desprovistos de luz estaban abiertos como platos. «Un indio narizotas» los cerró con las yemas de los dedos.

—Es él —confirmó. Se quitó el sombrero, lo alisó y volvió a ponérselo—. Tuve un mal presentimiento cuando se marchó anoche. ¿Quién le disparó, la poli?

—No —dijo Henry.

—Sí —repuse yo.

—Puedes decirle adiós si lo deseas —propuso Henry al tiempo que introducía la mano bajo el jersey para extraer la Extremaunción®.

—Me han hablado de eso —comentó el indio—. Se llama Buenafunción, ¿verdad?

—Verdad —dijo Henry.

—¿Funciona de verdad?

—Ya te digo. Ayúdame a abrirle la boca.

Esta era la parte que yo odiaba. Me uní a *Homer*, que esperaba detrás de la furgoneta, a la sombra. Ella estaba gruñendo de nuevo.

—¿De qué se trata esta vez? —pregunté.

Ella levantó el hocico hacia el costado de la furgoneta mientras aporreaba la parte posterior de la vagoneta con el rabo.

Me había olvidado del espía. Este tenía el tamaño y la forma aproximados de un imán de frigorífico. Lo despegué de la furgoneta y lo enterré en los bosques.

—Bien pensado —le dije a *Homer* mientras le daba palmaditas en la cabeza. La Sangría® estaba tibia al tacto, casi caliente. Contorneé de nuevo la furgoneta hasta la puerta abierta.

No me había perdido nada. Henry y «Un indio narizotas» seguían intentando separar las mandíbulas de Bob. Finalmente lo consiguieron con una cuchara. Henry agitó el bote y dirigió el chorro hacia él.

—¡Oh, no! —Bob, o mejor dicho el difunto Bob, sufrió un escalofrío y gimió. Sus ojos se abrieron y volvieron a cerrarse de inmediato. Percibí el chasquido de sus huesos cuando sus dedos se encontraron y se entrelazaron. Su aliento estaba empeorando. Podía olerlo desde la gravilla.

Extremaunción® apura los últimos restos de aire del pulmón y todo el mundo es capaz de proferir algunas frases breves, en función del estado de sus pulmones en el momento de la muerte.

Resultó que los de Bob estaban bastante bien.

—¿Estoy muerto? ¡Oh, no!

—Bob, soy yo —dijo «Un indio narizotas».

—¿Quién es yo?

—Robert. Bob. Debe haber pasado algo.

—¡Ya te digo que ha pasado algo! ¡Algo horrible! Estoy muerto y a nadie le importa.

—A mí sí, Bob —interrumpió «Un indio narizotas»—. A nosotros sí. Lo que pasa es que no lo manifestamos. Esa es la costumbre india. Pero me encargaré de que tengas un enterramiento digno.

—¡Muerto! ¡Qué podría ser peor!

—No se me ocurre nada —admitió «Un indio narizotas». Se despojó del sombrero, lo alisó una vez más y volvió a ponérselo.

—Bob, tienes que ayudarme a encontrar a Panamá —intervino Henry.

—¡Lo siento, Henry! —graznó el otro.

Yo ya había tenido bastante.

—¡Buena suerte a todos! —exclamé—. Devolvedme el álbum y me iré.

«Un indio narizotas» se volvió para mirarme, parpadeando en la diáfana claridad. Se ajustó el sombrero para protegerse los ojos.

—¿El álbum? Ah, te refieres al Hank Williams. Ah, así que tú eres ese tío.

—En efecto, me refiero al Hank Williams —convine—. En efecto, soy ese tío. Y, en efecto, quiero que me devuelvan el álbum.

—Es demasiado tarde para eso —repuso «Un indio narizotas»—. ¿Seguro que no eres poli?

—No es poli —le aseguró Henry.

—¡Te voy a decir lo que es demasiado tarde! —graznó Bob—. ¡Demasiado tarde

es cuando estás muerto y a nadie le importa! —Su voz no era más que un suspiro.

—Afirmativo —dije—. ¿Y cómo que es demasiado tarde? Lo acabo de ver en tu oficina. No podía venderte ese álbum porque no era suyo. Es mío.

—No me lo vendió —puntualizó «Un indio narizotas»—. Solo le estábamos haciendo un favor. Quería hacer algo por los alejandrinos. Bob era así.

—Pues devuélvemelo, ¿vale?

—Demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Sígueme —propuso «Un indio narizotas». Empezó a atravesar el aparcamiento y yo le seguí, pero Henry volvió a llamarnos.

—¡Esperad, esperad, esperad! —exclamó—. No podemos marcharnos por las buenas y abandonar a Bob.

—¿Que no podemos? —preguntó el indio—. ¿Cuánto tiempo dura eso?

—Me parece que se le está pasando el efecto —observó Henry.

—Volveremos enseguida —dije. Había perdido el interés por Henry y sus azulejos. Nunca me había interesado Bob. Solo me interesaba conseguir el álbum y salir de allí, recuperar mi trabajo, echar a los policías de mi casa y que mi perra... ¿que mi perra qué?

*Homer* estaba tendida al revés en la vagoneta, con el hocico encima de la parte posterior y el rabo encima de la parte delantera. Se estaba muriendo de cáncer y lo único que podía hacer era quedarme con ella hasta el final.

—Volveremos enseguida —le dije al tiempo que le daba palmaditas en la cabeza, que estaba tibia a causa de la Sangría®.

Seguí a «Un indio narizotas» hasta el otro lado del aparcamiento y entramos en el casino. No se molestó en descerrajar la jaula del cajero. Los barrotes alternos eran holos, de modo que alargó la mano, extrajo el álbum y me lo entregó.

Era demasiado ligero.

Estaba vacío.

—Metieron el disco en una cubierta distinta —explicó—. Por seguridad, supongo. Como me gustaba la foto, me la quedé.

—¿Quiénes?

—Los alejandrinos. ¿Tú quién crees?

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—Bueno, ese es el secreto del millón de dólares, ¿no? Se rumorea que en Las Vegas, pero quién sabe.

Le seguí de nuevo afuera y nos adentramos en el aparcamiento y la luz del día. Henry y *Homer* nos estaban esperando detrás de la furgoneta, a la sombra. Bob había muerto nuevamente; estaba tumbado sobre el costado, acurrucado, imitando la forma de un anacardo. Tenía los ojos desorbitados y estaba empezando a oler.

—Así era Bob —dijo «Un indio narizotas»—. Quería darles el álbum sin pedirles nada a cambio. Lo único que hicimos fue meterlo en la tubería, que discurre desde

aquí hasta otro hermano, Bob, que se encuentra en el oeste. Al final llega hasta los alejandrinos. Esa es la idea, en todo caso.

—¿Dos hermanos que se llaman Bob?

—Es una cosa india. Pero eso no viene al caso —replicó—. Os diré lo que voy a hacer. Voy a haceros una oferta que no podréis rechazar. Os podéis quedar con la furgoneta y todo cuanto hay en ella si le lleváis el cuerpo de Bob a su otro hermano para que lo entierre. Aquí no podemos hacer nada por él.

—¿Otro hermano Bob? —preguntó Henry—. ¿Dónde?

—Lo encontraréis en algún punto de la ruta hacia Las Vegas. En Nebraska, o quizá en Iowa.

—¿Ni siquiera sabes dónde? —preguntó Henry. Estaba empezando a cabrearse o, cuando menos, así lo indicaba su voz. Pero yo estaba intrigado. Nebraska... Iowa... ¡Las Vegas! Estaban todas en el oeste.

—Está en el Buscador, en el ocho o el nueve. Probad primero el nueve.

—A lo mejor también deberías cubrir los gastos.

Me espantaron el atrevimiento y la codicia de Henry. Al principio se habría dicho que a «Un indio narizotas» también. Giró sobre los talones para atravesar el aparcamiento y penetrar en el casino y volvió a salir de inmediato con una pila de fichas rojas, blancas y azules.

—¿Fichas? —Henry seguía haciéndose la difícil.

—Son mejores que el oro —repuso el otro, al tiempo que alargaba la mano por la ventanilla y las depositaba en el salpicadero de la furgoneta. Más adelante, yo habría de desear que nos hubiera indicado el valor de cada color.

»Adiós, amigos —exclamó a nuestras espaldas cuando nos fuimos.

¿Qué artes debían purificar? ¿Debían condonar alguna? ¿Las disciplinas debían ligarse o separarse? ¿Debían eximir ciertos clásicos o pasar a cuchillo cuanto se hubiera producido a lo largo de la historia? ¿Quién elegiría lo que perduraba y lo que desaparecía? ¿Los prejuicios del pasado, ya fuesen raciales, étnicos, sexuales, religiosos o culturales, debían preservarse o suprimirse? ¿O bien modificarse o corregirse? ¿Y los prejuicios del presente, tanto los que no estaban reconocidos como los que sí lo estaban? Alguien sugirió que se ocupasen de cuestiones tan colosales en el plano particular en lugar de en el abstracto; de otro modo, el grupo emplearía todo el tiempo del que disponía en preguntas y poco en respuestas.

Y de este modo la Mesa Redonda empezó donde habían empezado los propios alejandrinos: con la pintura al óleo, una disciplina especialmente europea. Antaño había sido la reina de las Artes y todavía gozaba de gran prestigio, aunque en aquel momento se produjeran escasas obras notables. Decidieron escoger al azar los cuadros que debían borrarse y destruirlos junto con todas las copias, tanto digitales como impresas; hasta la ilustración más nimia de las bases de datos y los libros de historia del arte. Alguien observó que borrar los cuadros uno por uno sería injusto para con los artistas menos prolíficos y ridículo en el caso de pintores como, digamos, Monet, que a menudo realizaba numerosas versiones de la misma escena. Respuesta: lo que se debía borrar era el artista, todas sus obras al mismo tiempo. En este punto, un escalofrío recorrió la Mesa Redonda a medida que, uno tras otro, los miembros del grupo se apercebían de la enormidad y la finalidad de lo que estaban proponiendo. Uno apuntó que era como presenciar la aparición de un nuevo planeta; o su desaparición, comentó otro con un deje de sarcasmo. ¿Y qué pasaba con Rembrandt? ¿Qué pasaba con Miguel Ángel? «En efecto, ¿qué pasa con Miguel Ángel?», fue la respuesta. ¿Acaso el problema no era precisamente Miguel Ángel? ¿Acaso el objetivo de los alejandrinos y la tarea de este grupo no consistía en dejar espacio para el siguiente Miguel Ángel, el siguiente Rembrandt y el siguiente Monet?

A medida que el debate se intensificaba, la Mesa Redonda revivió con sumo detalle, en secuencia, el espanto, la fascinación, la aceptación, la aprobación y la exuberancia liberadora que el mundo había experimentado con la aparición de los alejandrinos. ¡Quemad el granero! Los reacios se convirtieron en entusiastas, los ambiguos en apasionados y los precavidos en confiados.

¡Quemad el granero! ¡Repartid caña!

Una pregunta más: cuando hubiesen hostigado, perseguido y purificado todas las repros digitales e impresas, ¿debían destruir los originales presumiblemente insustituibles o solamente retirarlos de la circulación?

¡Destruirlos! Lo último que precisaba el mundo eran más medias tintas.

—Gire a la izquierda y tome la carretera de Ridgetop —dijo la furgoneta cuando abandoné el aparcamiento por la izquierda, hacia Ridgetop Road, para dirigirme al oeste. Había seleccionado el nueve del Buscador. No era más que una conjetura.

Henry estaba sentada contemplando el oeste a través del parabrisas con una expresión sombría en lugar de esperanzada en su semblante. Los azulejos de su jersey semejabán bombas cohete, desprovistos de alas y de ojos.

—¡Allá vamos! —exclamé, procurando manifestar alegría, mientras la turbina aceleraba con un gímoteo hasta el máximo posible fuera de la red: unos cien kilómetros por hora.

—¿Adónde? —replicó ella.

—¡Al oeste! —contesté—. Vamos a encontrar mi LP. Vamos a encontrar al hermano de Bob. El otro hermano. Vamos a encontrar a *comosellame*... Panamá.

—¿Cómo? —preguntó con voz lóbrega.

—Es un alejandrino, ¿no? Cuando encontremos el álbum lo encontraremos a él.

—En una furgoneta vigilada.

—Ya me he ocupado de eso —le aseguré. Y, en efecto, en aquel momento creía que lo había hecho.

Condujimos en silencio durante veinte minutos, descendiendo una sinuosa carretera montañosa, hasta que la furgoneta intervino nuevamente:

—Dispóngase a tomar la I-80 oeste dentro de seiscientos metros.

Eso supuso un alivio. La furgoneta solo podía recorrer un centenar de kilómetros fuera de la red y ya habíamos computado casi ochenta entre el túnel, el casino y el cruce al que ahora nos acercábamos.

—Rampa de entrada a la I-80 oeste a ciento cincuenta metros.

Me gustaba el oeste.

—¿Y si los alejandrinos estuvieran en las Vegas? —cavilé en voz alta.

—Eso no es probable —refunfuñó Henry.

No obstante... Las Vegas era la única ciudad de América en la que se precisaba un billete para entrar. Pero, por supuesto, no se encuentra en América.

—¿Tienes idea de lo lejos que está Las Vegas? —Yo no había estado al oeste del Hudson desde que era un niño, y ahora nos estábamos dirigiendo al otro lado del Misisipi.

—Soy profesora —respondió Henry—. Son 3.589 desde Brooklyn. Resta cien, más o menos.

—¿Millas o kilómetros?

—Kilómetros. En millas es el doble de distancia —dijo—. El doble o la mitad. En todo caso, está muy lejos. —Cerró los ojos.

—¿Estás bien?

—Me parece que necesito otra pastilla —dijo.

Le di una y ella se la tragó acompañada de su propia saliva mientras yo me adentraba en la rampa y en la red. Cerró los ojos y gimió. *Homer* tenía un ojo abierto y roncaba. Al parecer, la Sangría® le había concedido la habilidad de dormir con un ojo abierto, pero siempre se trataba del mismo: el negro perlado. La vagoneta roja se balanceó con suavidad hacia adelante y hacia atrás cuando la furgoneta se fundió como una seda con el flujo de camiones de mercancías que se dirigían al oeste. Al igual que Lincoln, estábamos cruzando el Delaware. Las cordilleras de escasa altura se separaban ante la autopista como si fueran olas. El primer peaje de Pensilvania fue sencillo: lo atravesamos sin dificultades. No obstante, estábamos a fin de mes y yo estaba preocupado. El Fácil Acceso abarcaba la autopista y la corriente, pero cuando se agotara tendríamos que conseguir dinero en efectivo.

Lo único que teníamos eran fichas, la pequeña pila de rojas, blancas y azules. Las deposité en el angosto salpicadero y las conté mientras conducía; lo único que requiere la red es un culo en el asiento. Había doce en total. Supuse que eran de diez, de cincuenta y de cien, y traté de averiguar el color que le correspondía a cada una. Pero no me salieron las cuentas.

Tardamos todo el día en atravesar Pensilvania, un Estado surcado por montañas dilatadas y menudas cuyas cumbres parecen lisas a menos que las contemples de perfil, lo que no sucede casi nunca. Yo no vi nunca más de una sola montaña al mismo tiempo, y todas me parecían iguales: cordilleras extensas y rectilíneas cuya cumbre era tan plana como el arte que producen los niños y las viudas. Salvo por el periódico «Continúe» de la furgoneta, nadie habló. «Un indio narizotas» y Bob habían hablado bastante por los dos. El silencio era bienvenido.

Hicimos varias paradas para que Henry fuese al excusado y una para comprar un bocadillo, que pagué con el resto del dinero que nos quedaba. Ahora solo disponíamos de fichas, lo que significaba que debíamos encontrar un mercadillo, lo que significaba que debíamos acercarnos a una frontera estatal.

La cubierta vacía del álbum, que estaba encajada bajo el salpicadero, me miraba a la cara con atención. Debía llenarla a fin de mes para recuperar mi empleo. Pero ¿eso echaría a la policía de mi casa? ¿Explicaría mi presencia en el club de mala conducta, suponiendo que la hubiesen advertido, o en el apartamento de Henry? ¿Explicaría el cuerpo que todavía estaba en el suelo de esta, que yo supiera? Lo único en lo que podía pensar era en introducir de nuevo el LP en la cubierta. Es difícil recordar con exactitud lo que pensábamos en un momento dado. Todos los relatos que hilvanan nuestras vidas («quería casarme», «intentaba encontrar un empleo mejor», «intentaba alejarme de mi madre») son creaciones del recuerdo. Y hay quien dice que la propia conciencia es un recuerdo: que siempre vivimos varios segundos en el pasado, como plantas que resbalan eternamente desde una cornisa para precipitarse en la nada amorosa e indulgente.

—Continúe —decía el Buscador cada veinte minutos más o menos. A mí no me importaba conducir, y Henry, al parecer, necesitaba dormir. Pensilvania es un Estado

extenso. El día transcurrió sin incidentes hasta media tarde. Estábamos descendiendo la prolongada ladera occidental de Blue Mountain, que habría de ser la última de las largas cordilleras paralelas de Pensilvania, cuando percibí un sonido parecido a la gravilla que repiqueteaba contra el costado de la furgoneta:

*¡Pop pop pop!*

Supe lo que era al instante. El espía.

Henry tenía los ojos cerrados y no lo oyó, o fingió no oírlo. De modo que no dije nada, pues no deseaba despertarla ni alarmarla.

—Continúe —repitió el Buscador. Al cabo de un rato Henry se despertó sola: abrió un ojo y después el otro, gimió, suspiró, abandonó su asiento y se dirigió a la parte posterior. Parecía que se contoneaba un poco, ¿o acaso era el movimiento de la furgoneta? Se enrolló en la alfombra junto a Bob y enseguida llegaron a mi oído sus ronquidos, que se mezclaban con los de *Homer*.

Puesto que las leyes suntuarias les prohíben demorarse más de un día en el mismo estado, los mercadillos tienden a arracimarse a lo largo de las fronteras estatales. Supe que nos estábamos acercando a Ohio cuando divisé las banderas azules y naranjas de los reservados sobre un campo separado por una zanja seca de una amplia extensión de rastrojos de maíz. Vi las banderas antes que la salida, que estuve a punto de saltarme.

Abandoné la red, la rampa y la carretera. La furgoneta se dirigió a trompicones a un aparcamiento sin asfaltar. Se veían muchas mesas, pero pocos clientes.

—¿Dónde estamos? —preguntó Henry mientras se incorporaba. Se lo dije.

Aparqué junto a la zanja seca, en una larga hilera de furgonetas. Henry se desperezó y se fue a buscar un excusado en tanto yo abría la puerta lateral de la furgoneta para descargar a *Homer*.

Esta abrió su ojo perlado y negro y gruñó.

Giré en redondo para ver a un hombrecillo con uniforme azul y naranja que sostenía un bloc de notas y una bolsa de papel.

—¿Quién es ese? —preguntó.

Estaba observando atentamente a Bob, que estaba acurrucado como un anacardo y empezaba a heder, según me apercibí entonces.

—Es mi hermano —respondí—. Lo estoy llevando a casa para que lo entierren.

—Aquí no puede enterrar a nadie —anunció—. Esto es una frontera estatal.

—Solo estoy de paso —afirmé—. He visto las banderas.

—Hay una tarifa para vender aquí —dijo.

—Solo hemos venido a comprar.

—También hay una tarifa para comprar. Y para aparcar.

—No tengo dinero —dije.

Vio las fichas en el salpicadero.

—¿Esas son de CIU? —Quería decir de los Casinos Indios Unidos.

Asentí con la cabeza y él introdujo la mano por la ventanilla para apoderarse de la

ficha azul de arriba.

—También hay una tarifa para encender hogueras —observó, mientras cogía otra. Henry acababa de regresar con una brazada de ramitas.

—No voy a encender una hoguera —replicó ella—. Voy a construir una caseta para el perro. ¿Hay una tarifa para eso?

—No, no la hay.

—Bien, entonces puede dejar esa. —Soltó las ramitas, que se estrellaron con un sonido plumoso, y contempló al hombre hasta que este me entregó la segunda ficha azul y se marchó.

»¿A qué venía todo eso? —me preguntó.

—Bob —respondí. Lo extendimos lo mejor que pudimos y lo enrollamos en la alfombra. *Homer* nos observaba; se notaba que no estaba dormida porque no roncaba. La Sangría® adherida a lo alto de su cabeza estaba tibia al tacto. Me gustaba darle palmaditas más de lo que a ella le gustaba recibirlas. Eso hacía que me sintiera culpable, aunque solo un poco—. ¿Te apetece que demos un paseo tú y yo? —le pregunté.

Dejamos atrás a Henry para que encendiese una hoguera, o eso pensábamos, y remolqué a *Homer* por el mercadillo en busca de un reservado que cambiase fichas por dinero. Necesitábamos comida y pastillas para Henry. Había pocos clientes. Los vendedores estaban detrás de sus puestos y se observaban mutuamente con una mezcla de sospecha y anhelo. Las mesas estaban dispuestas en grupos que supuestamente albergaban mercancías de distintas clases, pero todas parecían iguales. Los cuchillos y las herramientas iban seguidos de botellas, menaje del hogar, vasos y platos; los muebles devenían en juguetes y estos en armamento, tanto real como imaginario.

La única reservada se hallaba en una cabina próxima a Parches, Medallas & Placas.

—Esto es de CIU —observó mientras lustraba su pequeña insignia azul y naranja y estudiaba la ficha azul por ambos lados—. No es válida al este del Misisipi ni al oeste del Delaware.

—Creía que eras una reservada —dije.

—Tendré que descontar la mitad de su valor. Pero te daré cincuenta y cinco porque me gustan los perros.

Asentí; estaba oscureciendo y yo empezaba a tener hambre. Me entregó cincuenta y cinco en billetes del tesoro. Por una parte me sentí herido al comprobar la gravedad del sablazo que nos había infligido el oficial del bloc de notas; por otra, me reconfortaba haber descubierto el valor de las fichas. Por lo menos de las azules.

—Te doy cincuenta más por esa belleza —propuso la reservada, señalando detrás de mí.

—*Homer* no está en venta.

—No me refiero al perro, sino a la vagoneta. La Radio Aviadora®.

—Me parece que no —dije, y me marché, aunque ella exclamó a mis espaldas: «¡Cien!» Encontré medicamentos en un puesto cercano a Placas & Medallas, pero no había Mediavida® ni Extremaunción®, desde luego. La excavadora era abundante y barata, un cambio respecto a Nueva York, donde era costosa, según Dante.

Dante. Me pregunté si lo habrían encontrado. No me gustaba pensar en él. Me recordaba lo lejos que estaba de mi casa, de mi empleo y de mi vida. ¿Qué estaba haciendo allí, en aquel campo de rastrojos de maíz y mesas precarias?

La visión de otro cliente me devolvió a la realidad: una muchacha, o quizá una mujer, hermosa, o bonita, con el cabello corto y los pechos rotundos... en ese momento se volvió hacia mí y comprobé que se trataba de Henry.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy buscando pastillas —respondió—. No he encontrado ninguna, pero he encontrado esto.

Me entregó una botella de güisqui y un paquete tibio del tamaño aproximado de un perro pequeño. *Homer* gruñó al verlo.

—Es carne silvestre —dijo Henry—. Para cenar.

Depositó la carne silvestre y el güisqui en la vagoneta, junto a *Homer*, y regresé a la furgoneta mientras Henry iba a buscar el excusado. De nuevo en la furgoneta, me acordé del espía. Dicen que poseen un algoritmo de aprendizaje para el disimulo, y no lo hallé en el costado de la furgoneta, donde se había estrellado, sino debajo, donde el metal laminado se pliega bajo el marco.

Esta vez lo observé con mayor atención. Medía unos dos centímetros y medio de longitud y sus alas de silicona tenían una envergadura de cinco centímetros. El único indicio de vida era el ojo rojo fulgurante. Era impensable destruirlo a menos que deseara una acusación civil de asesinato añadida al asesinato capital que probablemente me esperaba ya debido a la muerte de Dante. Pero debía librarme de él de algún modo.

Seguía tratando de idear un modo cuando vi que Henry regresaba, doblada a causa de los calambres, y me metí el espía en el bolsillo de los pantalones, con el ojo rojo fulgurante y todo.

Henry se agazapó y atizó el fuego con un palo, gimiendo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—No.

—¿De qué se trata?

—Ya sabes de qué se trata.

Yo tenía el frasco con la Mediavida® de *Homer* en el otro bolsillo, el que no albergaba al espía. Le di dos.

—Déjame guardar el frasco. —Alargó la mano para cogerlo.

Lo retiré.

—Son de *Homer*.

—Él no las necesita —dijo.

—Ella. —Pero Henry tenía razón. Parecía que *Homer* se encontraba bien sin ellas y que estaba mejorando. Pero me quedé el frasco. Solo quedaban cuatro.

La carne todavía estaba tibia y apenas precisaba cocción. *Homer* no puso objeciones cuando la desenvolvimos, pero al parecer no deseaba comer aún. El güisqui era Holaguapa, la misma marca con la que (casi) le había abierto la cabeza a Bob. Después de comer nos sentamos y hablamos.

La vida de todo el mundo es un tapiz de decepciones. Las mías estaban más ligadas a mi madre que a mi padre, que no me había acompañado lo bastante como para decepcionarme. Y a mi empleo, o antiguo empleo. Las de Henry estaban ligadas al elusivo Panamá y, últimamente, a Bob.

—Sé que Panamá querrá encontrarme, ahora que Bob está muerto —declaró. Yo escuchaba en silencio. Me pareció fuera de lugar señalar que ella era la que estaba buscando a Panamá, no al contrario.

Por la noche el mercadillo es un lugar extraño y siniestro. Oímos bramidos amortiguados, gritos pasajeros y aullidos de perros. Henry y yo nos sentamos hombro con hombro. La extrañeza de la noche y los sonidos nos habían unido más estrechamente que el largo viaje de aquel día. Rodeé con un brazo sus hombros robustos hasta que se durmió. Entonces la envolví en la alfombra junto a Bob en el duro suelo metálico de la furgoneta. Yo dormí fuera, sentado junto a la hoguera. No deseaba que a alguien se le ocurriese robar nuestra furgoneta, aunque no divisé a nadie, tan solo percibí voces, pasos y, de tanto en tanto, golpes.

Debí dormirme, pues cuando desperté la luna había descendido. La oscuridad era completa. El aire era frío y tenía un toque de invierno, esa pequeña muerte del mundo. Las estrellas semejabán cabezas de alfiler que nos permitían distinguir la luz pero no la forma del mundo que había más allá de este. Era un misterio. Tenía una erección, la primera desde hacía años. Algo aleteaba dentro de mis pantalones...

Salté, completamente despierto: ¡había olvidado el espía que había despegado del fondo de la furgoneta!

Era hora de librarse de él; la noche se antojaba el mejor momento para la triquiñuela que tenía en mente. Una bolsa de plástico pasó volando, completando mi plan de manera casual. La aferré y envolví al espía con ella. Atravesé la zanja, cavé un agujero en el banco de barro con la ayuda de un palo y lo enterré. Lo aplasté, pero no demasiado. ¿Quién sabía qué dispararía las alarmas de «asesinato» en la oficina de la agencia que lo había enviado, cualquiera que esta fuese?

Desenrollé a Henry lo bastante como para apropiarme de una porción de su alfombra y volví a dormirme. Cuando desperté, ella estaba sentada junto a la hoguera, sorbiendo el contenido de una taza de poliestireno. Hizo una mueca y extendió la mano, y yo le di dos pastillas de Mediavida® sin obligarle a pedírmelas.

Ahora quedaban dos.

Ella se las tragó, las acompañó con un poco de líquido y me pasó la taza.

—¿Café?

—Cogí una ficha del salpicadero —explicó—. Había alguien que lo vendía.

—¿Blanca?

Ella asintió con la cabeza. Yo emití un gemido.

—¡Este café ha costado sesenta y cinco! —exclamé—. En realidad, cien.

Ella tenía una perspectiva distinta.

—Olvida las que hemos gastado. Todavía nos queda un montón, y deben ser muy valiosas. Cuando hayamos cruzado el Misisipi seremos ricos.

Ella tenía razón. En todo caso, no me apetecía discutir.

El aire estaba frío y lleno de sonidos extraños: coches y camiones, muchos probablemente de *ga-so-li-na*, que arrancaban; adioses y despedidas; el *bam snick snack* de las mesas al plegarse. El mercadillo se estaba mudando.

Henry y yo compartimos el resto del café y presenciábamos cómo se alejaba por los campos formando una larga hilera. Cuando el sol hubo dejado atrás los árboles del este, el mercadillo había desaparecido, excepto algunas ancianas con bolsas de plástico que entresacaban la basura.

Era lunes por la mañana. Llamé al trabajo para decir que estaba enfermo y seleccioné una repetición que lo haría cada mañana hasta fin de mes.

*Homer* parecía encontrarse mejor. La Sangría® de su cabeza despedía una alarmante tibieza, pero ella tenía el hocico frío. Tenía los ojos cerrados y su respiración era acompañada. Yo sabía que no era más que una ilusión, pero no me importaba. Por lo menos ella no estaba sufriendo.

—Échame una mano —dijo Henry desde el interior de la furgoneta. Lo decía literalmente. Había desenvuelto a Bob y estaba pugnando por estirarle el brazo para alcanzar el panel de ignición. La ayudé; Bob tenía los brazos tan tiesos como el alambre, pero eran igual de flexibles.

Juntos oprimimos las yemas de sus dedos contra la depresión del salpicadero. El turbo gimoteó y nos fuimos.

—Tome la interestatal en dirección oeste —recomendó el Buscador. Henry conducía. Recorrimos a trompicones los matorrales de maíz, siguiendo la espaciosa senda que habían trazado los vehículos del mercadillo, en busca de una rampa de entrada. La autopista casi desierta, bañada por la lluvia y resplandeciente bajo el sol, trazaba una línea semejante a una flecha que apuntaba hacia el oeste.

»Diríjase al oeste en por interestatal 80.

El nueve en el Buscador.

Resultó que la pintura al óleo era el entramado que sustentaba todas las artes visuales, pues pocos artistas trabajan en un solo medio. Las acuarelas y los bocetos de un artista siguieron a sus óleos, así como a sus frescos y sus murales, hacia el olvido. Los anónimos acompañaron a las obras firmadas, anticipando de este modo las evasiones y los abusos. La escultura como disciplina estaba decididamente despoblada, pero era tan permanente que también era necesario purificarla. La fotografía se eximió, puesto que no existía un modo fiable de discriminar las imágenes que aspiraban a la condición de arte. Esto habría de desembocar en abusos elaborados y a menudo divertidos, tales como los «instantáneos», que realizaban pinturas al óleo, las fotografiaban y acto seguido destruían los originales con la esperanza de que no borrasen sus obras. La exención del arte comercial, sin firma ni atribución, también habría de devenir en abusos: por ejemplo, el «Warhol de la calle Cincuenta y cinco», cuyas ilustraciones en el menú del Salón de Té Ruso eran excesivamente hábiles y permanecían en el recuerdo mucho más que el hombre que las había creado.

¿Y el incumplimiento directo? ¿Y si el artista borrado se negaba a dejar de trabajar? Podían asesinarlo; la sugerencia no entrañaba crueldad, sino delicadeza. Pero un método mucho más sencillo y todavía más delicado se presentó por sí solo: solo había que borrar a los artistas fallecidos. De este modo la inmortalidad, para el artista moribundo, estaría revestida de la misma incertidumbre de siempre. La primera distinción entre los vivos y los muertos habría de resultar la grieta por la cual entró en la ecuación el concepto de los inmortales. Pero todavía no. Primero vino la literatura.

—Continúe —dijo el Buscador.

Solo diría algo diferente si se producía un cambio.

La interestatal 80 recorría la superficie espaciosa y regular de Ohio a través de los interminables campos cenagosos de casialubias, supermaíz y neosorgo. Ondulantes campos de granos falsos. Mientras Henry conducía yo adecenté la parte trasera de la furgoneta. Bob, enrollado en la alfombra, se estaba poniendo cada vez más rígido, aunque debía admitir que su olor se estaba atemperando en lugar de aumentar. ¿O acaso nos estábamos acostumbrando a él? Le habíamos dejado la mano derecha extendida por encima de la cabeza para poder emplearlo como llave para arrancar la furgoneta. Parecía que estaba diciendo adiós con un gesto.

¡Adiós!

Mi pierna izquierda estaba mejor que nunca. La Sangría® casi había desaparecido, aunque todavía no tenía que mear. Henry seguía meando por los dos, deteniéndose para encontrar un excusado cada cien kilómetros, más o menos.

Los ojos de *Homer* (el marrón grande y el negro perlado) seguían cerrados con fuerza. La Sangría® adherida a su cabeza seguía aumentando de tamaño y seguía estando tibia al tacto.

—Continúe —repitió el Buscador.

Al sudeste de Toledo, justo después de atravesar otro Fácil Acceso, percibí el familiar *pop pop pop* contra la parte trasera de la furgoneta.

Esta vez Henry estaba despierta, conduciendo.

—¿Ha vuelto?

—¿El qué?

—Ya sabes qué. El espía.

Respondí que suponía que sí. Henry siguió conduciendo, contando con que yo me deshiciera de él más adelante.

Era media tarde y estaba oscureciendo cuando divisé las banderas azules y naranjas a lo lejos. Nos encontrábamos en los suburbios de las afueras de Chicago. Atisbé torres semejantes a dientes rotos en el horizonte, mortecinas en la bruma cada vez más fría. El mercadillo se hallaba en el aparcamiento de un estadio situado justo en la frontera de Indiana.

Henry estaba sufriendo calambres de nuevo. Le entregué la penúltima pastilla y mientras ella iba a buscar el excusado del estadio yo remolqué a *Homer* con la vagoneta entre las mesas. Los vendedores nos observaban con malicia; sus puestos estaban casi desnudos. Apenas aflojé el paso para escrutar los medicamentos (de todas formas, no había Mediavida®) y me dirigí directamente al centro del mercado.

El reservado era un negro ataviado con un mono que ostentaba una insignia azul y naranja. No le ofrecí una azul. Escogió una roja de la pila de blancas y rojas que yo tenía en la mano y me ofreció veinticinco, lo que supuse que representaba la mitad de

su valor.

Parecía una fortuna. Gasté diez en carne silvestre y me apresuré a volver con Henry, con quince todavía en la mano. Ella estaba menos entusiasmada que yo.

—Cuanto más obtengamos por ellas, menos deseosos de deshacernos de ellas deberíamos estar —declaró, de un modo bastante enigmático, pues contradecía su postura anterior.

No había madera para encender una hoguera, de modo que ingerimos la carne silvestre fría. *Homer* la olisqueó y gruñó, con los ojos todavía cerrados, pero no quiso comer.

Después de la cena, Henry cogió los quince para buscar Mediavida®, pensando que quizá tuviese mejor suerte. Regresó con una botella de Holaguapa, pero sin pastillas.

—¿Cuántas quedan? —preguntó con voz lóbrega.

Se la enseñé. Una.

—Para por la mañana.

Exploré por completo la parte baja de la furgoneta antes de hallar el espía, que había anidado bajo la transmisión. Cuando lo despegué percibí un leve calambre, tan leve que pensé que tal vez había sido mi imaginación. Pero no. Su ojito fulguraba con malevolencia, me pareció. Aprenden, aunque lo hacen despacio, y yo tendría que emplear guantes la próxima vez.

Pero no habría una próxima vez. Esta vez tenía un plan.

Regresé al mercadillo, que estaba cerrando, pues era casi medianoche, y compré un bote de cristal con tapa de rosca.

Introduje el espía en el bote y enrosqué la tapa con fuerza.

Atravesé el aparcamiento hasta llegar al estadio y encontré el excusado. Tenía un anticuado inodoro de agua. Sumergí el bote en la cisterna y la sellé con la tapa; esta era maciza y produjo un sonido pesado y satisfactorio, como la de una tumba al cerrarse.

Henry ya estaba dormida cuando regresé a la furgoneta. Me enfundé a su lado y me dormí escuchando los ronquidos de *Homer*. Desperté al amanecer o, cuando menos, en el precursor rosado del amanecer. En las llanuras la luz es muy intensa, pues ilumina medio mundo al mismo tiempo. Es como estar dentro de un huevo.

Bob estaba tan tieso como un lapicero. Los dos hubimos de arrastrar su cuerpo entre los asientos delanteros para arrancar la furgoneta.

—Conduce tú —dijo Henry, que ya estaba sufriendo un calambre. Habíamos llegado al fondo del frasco. Partí la última pastilla y le di la mitad.

—Tome la I-80 en dirección oeste —dijo el Buscador. Mientras Henry estaba sentada con los ojos cerrados, esperando a que la Mediavida® surtiera efecto, yo conduje, preguntándome cuánta distancia tendríamos que recorrer para llegar al final del nueve del Buscador, fuera lo que fuese. Y en efecto, aquel era el día en el que habríamos de descubrirlo. Pero primero...

El Estado de Ohio había sido grande y el de Indiana mayor, pero Illinois era el mayor de todos: era todo cielo y, debajo de este, maíz y alubias. La tierra estaba bañada por el sol y era sosegada, pero el aire estaba lleno de tormentas en movimiento que desfilaban por el cielo de oeste a este. La I-80 llevaba directamente al oeste surcando interminables campos de matojos de maíz, algunos de los cuales todavía labraban formidables espigadores robóticos que atravesaban la interestatal por medio de túneles y a menudo se arracimaban y se agitaban como animales impacientes, deseosos de obtener maíz.

Cada hora más o menos nos deteníamos para ir al excusado. Aparte de eso, Henry no tenía nada que decir. Conducía o miraba a través del parabrisas mientras conducía yo; su jersey de azulejos estaba gris y sus labios habían adoptado lo que semejaba un fruncido permanente.

Apenas me dirigía la palabra. A mí no me importaba. Me interesaba más *Homer*, que al parecer estaba mejorando cada vez más, en lugar de empeorar. Estaba tendida silenciosamente en la Radio Aviadora® con la Sangría®, que ahora era una parte perfecta de ella, en la cabeza. Hasta le había brotado pelo amarillo, de modo que se habría dicho que tenía la cabeza más grande. Alargué la mano hacia atrás y le di unas palmaditas. Parecía tranquila, soñando, mientras su vagoneta chocaba de un lado a otro. Yo también soñaba mientras conducía. Empecé a pensar que tal vez llegásemos al nueve del Buscador de verdad. Hasta me permití soñar con lo que haría cuando llegásemos. Sería un casino. Obtendríamos una gran suma de dinero por las fichas que nos quedaban y jugaríamos con una parte del resto. Recuperaría el álbum, lo introduciría en la cubierta y...

Mi imaginación siempre se daba por vencida en ese punto.

—Continúe —dijo el Buscador, pero yo era incapaz. El sueño se agotaba y solo continuaba la autopista.

Estaba al volante a media tarde cuando percibí un *pop pop pop* en la parte trasera de la furgoneta. Estaba tan convencido de que habíamos perdido al espía que al principio pensé que se trataba de una piedra que habían arrojado los neumáticos.

Pero Henry fue más sabia.

—Tu amiguito ha vuelto —declaró. Yo me encogí de hombros, ofendido por su actitud y alarmado (y admito que un poco halagado) por la persistencia del espía.

Henry estaba conduciendo cuando divisamos las banderas azules y naranjas que indicaban que nos estábamos acercando a la frontera del Estado y a los mercadillos. Ella empezó a desviarse hacia la izquierda, pero yo exclamé:

—¡Espera! —Más allá de las banderas vislumbraba las torres de un puente.

»Sigamos adelante —dije—. Deberíamos estar llegando al Misisipi.

Ella me miró como diciendo: «¿y qué?»

—A lo mejor hay un casino. ¿Para qué conformarnos con un reservado y con carne silvestre cuando con un poco de suerte podemos obtener dinero de verdad a cambio de las fichas? ¡Y puede que hasta comida de verdad con ese dinero!

Ella me miró como diciendo: «vale».

El Buscador estuvo de acuerdo.

—Siga en la I-80 por el puente del río Misisipi.

—Espero que estés en lo cierto —anunció Henry, mientras yo me incorporaba nuevamente a un carril más rápido justo a tiempo para remontar la subida del puente.

Estaba en lo cierto.

En Rock Island, el Misisipi, con las llanuras aluviales, tanto naturales como artificiales, que lo acompañan, mide casi dos kilómetros de anchura. En la otra orilla se alzaba un letrero gigantesco: una mujer con apariencia de abuela nos llamaba con un dedo colosal: «Casino La Edad de Oro, salida uno. Fácil entrar, fácil salir».

Las letras doradas titilaban a medida que el dedo se doblaba y se extendía, se doblaba y se extendía.

—¡Premio! —proferí.

Pero Henry estaba señalando un letrero más pequeño: «Mirador», que indicaba un apartadero en forma de media luna situado en el centro exacto del puente.

—Para —dijo.

Me desvié hacia la derecha.

—¿A qué viene esto? —pregunté.

—Tu amiguito.

—¡No sé por qué insistes en llamarlo mi amiguito! —repliqué mientras dejaba que la furgoneta se detuviera junto a la barandilla—. Está siguiendo a la furgoneta, no a mí.

—Es tu agencia —observó ella, pero aquello era ridículo. Ni siquiera estábamos seguros de que fuera un espía de la agencia. Y difícilmente seguiría siendo mi agencia a menos que le echase el guante al álbum a fin de mes.

Estaba a punto de explicarle todo aquello, pero ella ya había abandonado la furgoneta y estaba postrada, alargando la mano bajo el costado del vehículo.

—A lo mejor posee un algoritmo geográfico —comentó con su voz de bibliotecaria—. Puede que si nos deshacemos del espía aquí, antes de cruzar el Misisipi, no nos siga hasta el oeste.

Era improbable, pero...

—Déjame a mí —dije—. Sé dónde está. Además, te dará calambre.

Los pies descalzos de Bob sobresalían de la alfombra enrollada. Le quité uno de los calcetines para emplearlo como guante y me arrastré bajo la furgoneta, sobre el frío hormigón del puente. Encontré el espía posado en el calibrador del freno. Lo toqué con cautela, incluso a través del calcetín, pero, para mi sorpresa, no me dio ninguna sacudida. Por el contrario, me transmitió un cosquilleo cálido y agradable a través de las yemas de los dedos.

—Dámelo —dijo Henry.

Se lo entregué y salí a rastras de debajo de la furgoneta. Cuando me incorporé, ella ya había metido una roca en el calcetín y estaba a punto de arrojar la roca, el

calcetín y el espía por encima de la barandilla.

—¡Espera! —exclamé.

—¿Eh? —Pero esperó.

—Hay que atarlo —mentí. En realidad solo deseaba echarle un último vistazo. ¿Estaba imaginando cosas o acaso el ojito rojo resplandecía de terror, de pánico y de anhelo?

Até un nudo en el calcetín y se lo entregué de nuevo a Henry.

Esta lo soltó por encima de la barandilla. Cayó durante lo que se antojó mucho tiempo. Después se estrelló contra el agua y se hundió.

—¡Hasta luego! —dijo Henry con una sonrisa, o una mueca. Estaba oscureciendo, pero creí (o imaginé) vislumbrar el mortecino contorno de un azulejo en su jersey cuando volvimos a subir a la furgoneta.

»Conduce tú —ordenó.

—Continúe —dijo el Buscador, pero yo tenía un plan: tomé la salida uno, serpenteando por la subida del risco hasta un aparcamiento atestado de autobuses, bajo el dedo titánico, doblado y titilante que habíamos divisado desde el otro lado del río.

—Vamos a hacer efectivas las fichas —sugerí—. Vamos a hospedarnos en un mohotel. Vamos a comer en un restaurante.

El casino rebosaba de ancianos que pululaban, comían, charloteaban y tiraban de las palancas, todos vestidos con prendas de color azul claro, blanco y rosa. Los viejos detestan el negro, que, es de suponer, les sugiere la tumba. Mientras Harry iba a buscar el excusado me abrí paso entre la multitud en busca del cajero. De camino, escudriñé las fichas que usaban los ancianos. Todas rezaban: «CIU».

La sala olía a incienso y a ozono; la luz era eléctrica, todos los focos eran de neón y halógenos; el sonido era un estallido espumoso de palancas y campanillas que se imponían al apagado intercambio de fichas de plástico. Conté las mías en el bolsillo. Nos quedaban siete: tres blancas, dos rojas y dos azules.

Había una cola en la jaula del cajero. El ayudante, detrás de los barrotes, llevaba un sombrero de vaquero, al igual que Bob el Indio, de Jersey. Le entregué mi pequeña pila de fichas y sin titubear contó tres de cien, tres de cincuenta y cuatro de diez. Cuando empujó el dinero bajo los barrotes, levanté la vista y atisbé su rostro bajo el ala ancha del sombrero.

De algún modo, no me sorprendió.

Tenía la misma cara. Los mismos ojos tristes.

—¿Te llamas Bob? —pregunté.

Él asintió con la cabeza y miró detrás de mí.

—¡Siguiente!

—¡Espera! ¡Tengo que hablar contigo!

—¿Por qué?

—Porque tenemos malas noticias —intervino Henry desde atrás—. Se trata de tu

hermano, si te llamas Bob.

—Vaya —musitó—. Esperad hasta mi descanso.

Le entregué el dinero a Henry, cuatrocientos noventa, para que lo pusiera a buen recaudo y ella introdujo la mano bajo el jersey de azulejos y lo ocultó en algún punto de la invisible maquinaria de su sostén. Engullimos las gambas de un bufé libre hasta que el sustituto del cajero apareció para su descanso de veinte minutos por noche (según nos explicó más adelante). Entonces lo sacamos a la furgoneta, que presentaba un aspecto insignificante y casi atildado, embutida entre los grandes autobuses del aparcamiento, que procedían de Illinois y de Iowa. Henry desenrolló a Bob lo bastante como para revelar su rostro y, por supuesto, su mano derecha extendida. ¿Estaba empeorando el olor, o acaso era cosa mía?

—Vaya —dijo Bob, o Robert, o Bobby—. ¿Cómo murió?

—Puedes preguntárselo a él —propuso Henry. Ya había sacado el pulverizador, que sostenía en la mano.

—¡No, no, no!

—¿Dónde quieres que lo pongamos? —pregunté.

—¿Que lo pongáis?

Le expliqué a Robert, a Bobby, a Bob, que estábamos buscando un lugar donde dejar a Bob. Que nos habían dicho...

—Ordenado —puntualizó Henry.

... que se lo llevásemos a su hermano. Que habíamos seguido el Buscador hasta allí, tratando de hallar al prometido de Henry...

—Marido.

... y cierto disco, vendido ilegalmente por error, que yo intentaba recuperar...

En este punto se iluminó.

—Un disco. ¿Esto tiene algo que ver los alejandrinos?

Me tocaba ser evasivo.

—Podría ser.

—Me parece que puedo ayudaros —dijo. Me tendió la mano («Bob») y me explicó que solo era un empleado de La Edad de Oro. Trabajaba tres días y libraba otros tantos. El disco que buscaba estaba en su casa. Si esperábamos hasta la mañana, nos llevaría hasta allí cuando saliera.

A Bob también.

A mí me parecía un buen trato. A Henry también.

Cuando Henry volvió a entrar en el casino con Bob en busca del excusado (según dijo) yo me tendí en la parte posterior de la furgoneta entre Bob y *Homer*. La noche era extrañamente cálida. La cabeza de *Homer* estaba tibia y peluda en lugar de caliente y resbaladiza como hasta entonces. ¿Realmente le estaba saliendo pelo a la Sangría®?, me pregunté, acariciándola mientras ella roncaba y yo describía círculos en torno a ese punto de oscuridad que es el sueño, ese diminuto agujero negro que devora el pasado, el presente y el futuro.

Cuando desperté ya era de día y Henry todavía estaba ausente. Me encontraba solo en la furgoneta con Bob y con Homer. Era imposible discernir qué hora era. El cartel del casino La Edad de Oro titilaba, arrojando una luz fantasmagórica sobre el aparcamiento, donde los enormes autobuses semejaban ballenas varadas, en fila.

Y yo experimenté una sensación extrañísima, que tardé un rato en reconocer, o más bien en recordar. Tenía que orinar.

¿Y la no ficción? ¿Y la ficción disfrazada de no ficción? ¿Y la no ficción disfrazada de ficción? ¿Y los ensayos sobre la ficción, la crítica y el periodismo? ¿Y los autores que escribían en una modalidad y flirteaban con otra?

Parecía (al principio, en todo caso) que la literatura requería procedimientos distintos que las artes visuales, puesto que la cantidad de libros que se estaba produciendo era mayor que nunca. La cuestión revestía más urgencia. Además, había (o, cuando menos, parecía haber) más clases de libros que de cuadros. La primera tarea consistió en distinguir los libros que formaban parte del legado histórico de los que eran puramente recreativos o artísticos. Decidieron que solo debían borrar la ficción y la poesía. Puesto que la ficción de tiempos pretéritos a menudo formaba parte del testimonio histórico de una sociedad, tanto como de la propia ficción, resolvieron que solo eran susceptibles de borrarse los autores nacidos con posterioridad a 1900, y solo sus obras poéticas o de ficción. De este modo, Mark Twain y F. Scott Fitzgerald se hermanaron con Shakespeare y *Sir* Walter Scott en el Paseo de la Fama permanente de la literatura, mientras que Salinger y Smiley fueron abandonados a su suerte con los demás. ¿Pero acaso los dibujos y los cuadros antiguos no poseían también un valor histórico añadido a su valor artístico y que en ocasiones llegaba este a trascender? En otras palabras, de nuevo, ¿qué pasaba con Miguel Ángel? ¿O Rubens, o Cézanne? La respuesta ya se había presentado en el campo de la literatura, y de este modo Monet se unió a Miguel Ángel entre los inmortales, mientras que Pollock y Warhol no lo hicieron. Todas estas deliberaciones tuvieron lugar durante días. Las reuniones comenzaban puntualmente a las nueve, después de un apresurado desayuno de bufé, y se prolongaban hasta las seis, con una hora para almorzar en el bufé. El entretenimiento nocturno se restringía a lo que ofrecía el hotel, que disponía de un estanque termal, así como de una pequeña piscina, una sala de pesas, un bar y una biblioteca y filmoteca considerables. Damaris jamás departía en privado con los demás; su pantalla se apagaba después de las reuniones diarias. A decir verdad, los miembros de la Mesa Redonda rara vez interactuaban. Se habría dicho que sus personalidades y opiniones se ensombrecían cuando estaban separados.

Debían borrar a los poetas, al igual que a los novelistas, de un solo golpe, y condonar a los poetas nacidos antes de 1900. Resultaba sencillo deshacerse del teatro, puesto que una obra, al igual que una novela, desaparecía junto con su autor. Las memorias, por muy sinceras que fueran, se consideraban ficticias, mientras que la historia, por muy fantasiosa que fuera, se consideraba real, lo que indujo a algunos a observar que la cualidad que elevaba la escritura a la condición de literatura era el componente personal y no el ficticio. ¿Y la danza? Dejaron que cada coreografía muriese por sí sola, al igual que las actuaciones grabadas de monólogos e imitaciones.

Quedaban la música y el cine. El cine era sencillo, puesto que, en todos los casos, las obras habían sido producidas por un equipo o un grupo. Ya no era suficiente (ni necesario) borrar a los individuos; por el contrario, se desterraba la propia película del expediente público. ¿Y si la película era un *remake*, como *Psicosis 3* o *Prettier Woman*? Convinieron en que un *remake* era una película distinta. Y la estrella de cine, el artista (o la artista) mejor pagado y preeminente del siglo xx, solo perduraba lo mismo que sus películas.

La música presentaba problemas análogos, pero ninguna solución sencilla. En este campo, la obra y el artista mantenían una relación sumamente compleja, pues con frecuencia los músicos interpretaban obras de otros músicos con la ayuda de otros músicos. ¿Y los grupos, como los Beatles? ¿Debían borrarlos de un solo golpe o someterlos a una muerte lenta a medida que borraban a sus miembros? ¿Y los líderes, como Miles Davis, que formaban y reformaban conjuntos, a menudo con otros que más adelante formaban sus propias bandas? ¿Y el intérprete y el compositor que eran la misma persona, como Hank Williams o Thelonius Monk? ¿Debía el intérprete sobrevivir al compositor, o sumirse en el olvido al mismo tiempo? ¿Y la música folk? Era sencilla en un sentido, puesto que presentaba similitudes con el arte folclórico, salvo que siempre se interpretaba y con frecuencia se reescribía. Suponiendo que borrasen la música grabada pieza a pieza, al igual que el cine, ¿debía un gran artista (Miles Davis fue de nuevo el ejemplo) someterse a la misma muerte lenta y fragmentada que una estrella de cine como Tom Hanks? Para incrementar la dificultad, la fecha límite que había rescatado a la literatura y el arte de tantas dificultades carecía de sentido, puesto que no se había realizado grabación alguna con anterioridad a 1900. Y entonces, ¿qué pasaba con el 2000? Desde entonces, los álbumes y las colecciones se habían convertido mayormente en algo del pasado, puesto que la mayor parte de la música estaba disponible en formato digital. ¿Y si declaraban que todo cuanto se hubiera producido entre los años 1900 y 2000 fuera susceptible de borrarse? El señor Bill fue quien hizo esta sugerencia, desmarcándose de su postura de «observador» (o más bien pose, como se comprobó más adelante). Había inmortales en la literatura y en el arte, aunque solo fuese por defecto cronológico. ¿Y si en la música solo se borraba a los «inmortales»? En este punto, diversos miembros de la Mesa Redonda guardaron silencio, incluyendo a Damaris, y aumentó el entusiasmo de otros. ¿Y si redactaban una relación de, digamos, los mil músicos más influyentes del siglo xx? Ese era el siglo en cuestión, el siglo en el que la música se había hecho más incluyente (combinando el *jazz* y el *rock*), más seria (en el aspecto financiero y crítico) y más permanente, por medio de las grabaciones. Borrarían a estos «no inmortales» uno a uno. Aquella propuesta ensombreció a una parte de la mesa redonda al tiempo que alentó a otra.

—¿Y los músicos como Hank Williams o Thelonius Monk? —intervino Damaris, que estaba cada vez más agitada—. ¿Debemos asesinarlos dos veces?

—No se trata de un asesinato —repuso el señor Bill.

—Pues lo parece —insistió Damaris, mientras recorría su exigua celda, que parecía más reducida todavía en la pequeña pantalla—. Me preocupa. Estoy empezando a percatarme de la enormidad de lo que estamos proponiendo. No se trata solo de las obras. En definitiva, se trata de...

—Se trata de purificar el canon —la interrumpió el señor Bill. Su apariencia habitual de sabihondo inofensivo se había esfumado. Su semblante se estaba enrojeciendo. Alargó la mano para apagar la pantalla.

Alguien propuso que hicieran un descanso para comer.

¡Tenía que orinar! Salí con ansia de la furgoneta.

Despuntaba el amanecer, o el vecino rosado del alba, y me dirigí al término del aparcamiento para plantarme entre dos autobuses, ambos procedentes de Illinois, y mear por un empinado banco de arcilla. Fue estupendo. Fue como volver a casa. ¿Significaba que había sanado? Me bajé los pantalones azules celeste con raya para examinarme la pierna y comprobé que la Sangría® había desaparecido, excepto una protuberancia semejante a la cicatriz de una antigua quemadura en el muslo. Podía rascarla; formaba parte de mí.

*Homer* seguía roncando cuando regresé a la furgoneta. ¿Ella también había sanado? Ya no parecía que la Sangría® adherida a su cabeza pudiera despegarse. Parecía un gorro peludo. Sin embargo, todavía estaba tibia al tacto, y ella tenía los ojos cerrados.

¿Y dónde estaba Henry? Seguía en el casino. La alfombra estaba enrollada como si no hubiese dormido en ella. Tuve un mal presentimiento cuando entré a buscarla. La Edad de Oro estaba tan bullicioso en aquel momento, al amanecer, como la noche anterior. Los ancianos parecían incansables, tirando de las palancas como si estuvieran accionando una dinamo (y mira por dónde, así era; pero me estoy adelantando).

Encontré a Henry sentada ante una mesa, contemplando abatida una pequeña pila de fichas. Tres blancas.

—¿Fichas?! —exclamé—. ¿Dónde las has conseguido? ¿Qué ha pasado con nuestro dinero? —Ella me miró con ojos vidriosos y supe que había ocurrido lo peor.

Eran las 7.57. El indio, Bob, nos cambió las fichas por tres billetes de diez y yo los guardé todos. A las 8.00 le cedió las llaves a su sustituta, una mujer entrada en años, llenó una bolsa de plástico con gambas de piscifactoría de agua dulce y tomates de cóctel del bufé y nos siguió a Henry y a mí hasta la furgoneta.

\* \* \*

Henry se acostó en la furgoneta, enrollada en la alfombra. Había pasado la noche entera despierta y había perdido todo nuestro dinero.

—No deberías haberle dado fichas —reprendí a Bob mientras este arrancaba la furgoneta por mí. Él y nuestro Bob, al igual que todos los Bobs, tenían las mismas huellas dactilares.

—Soy cajero —repuso—, no asesor financiero, ni trabajador social. Si no les diera fichas a los que creo que van a perder, el local cerraría y yo me quedaría sin trabajo.

No podía rebatirle aquello. Pero el hecho era que estábamos al borde de la ruina,

esta vez de verdad.

—Siga la interestatal en dirección oeste —indicó el Buscador, y eso hice. No necesitábamos el Buscador (supuse que nos estaba llevando a casa de Bob el Indio), pero al parecer Bob lo encontraba divertido. Atravesamos en línea recta las colinas bajas y ondulantes hacia el horizonte que no cesaba de retroceder. Ya no había mercadillos, ahora que nos encontrábamos al oeste del Misisipi, pero de todas formas no importaba. Nos habíamos quedado sin fichas y sin dinero, excepto por mis patéticos tres billetes de diez.

Mientras yo conducía, Bob hablaba.

—Me llamo Bob 26 —declaró—. Pero mis amigos me llaman Bob. La Edad está dirigida por un consorcio de Dinamarca. Dirigen la mayoría de las operaciones de juego indias, aunque eso no lo anunciamos. Algunos de nosotros trabajamos de cajeros.

—¿Nosotros?

—Los Bobs —respondió—. Los indios Bobs. —Me explicó que era uno de los setenta y siete Robert Lightfoots que (o mejor dicho, a quien) habían clonado en una intentona de preservar la población americana nativa de sangre pura—. Fue un experimento malogrado —dijo—. ¿Se dice así, malogrado? Sea como fuere, trece Bobs murieron en el tanque antes de que hubiéramos nacido siquiera. El resto tenemos la misma edad. ¿Cuántos me echas?

Esta siempre es una cuestión espinosa, incluso con la gente normal. Normalmente tiro por lo bajo y después resto. Aparentaba unos cuarenta y cinco, de modo que aventuré:

—Treinta y cinco.

Parecía tan complacido como un gato con un canario.

—Sesenta y uno y medio.

—¿Nuestro Bob también?

—Todos tenemos la misma edad —recalcó Bob—. Todo se llevó a cabo en un laboratorio de alto secreto en Oklahoma. Así que cuando cortaron los fondos después de solo tres años no hubo modo de renovarlos, ¿o se dice revivirlos? Sea como fuere, significó que nada de chicas.

—¿Chicas?

—Hembras. *Squaws*, damas, ya sabes. El plan consistía en clonar a setenta y siete hembras a juego de modo que pudiéramos engendrar a una segunda generación. Pero cuando intervinieron los republicanos, retiraron la financiación, abandonaron el proyecto y no hicieron a las hembras. Tampoco recibimos educación alguna, ninguno de nosotros. Por eso hay tantos Bobs que se dedican al contrabando.

Me disponía a advertirle que no estaba permitido hablar del contrabando, pero en ese momento recordé que estaba de servicio modificado, aunque ignoraba lo que significaba eso, de modo que mantuve la boca cerrada, conduje y escuché a mi acompañante mientras este me explicaba que los Bobs empleaban los casinos como

paradas para la mercancía de contrabando. Había reparado en un disco dentro de una caja de libros y CD que habían depositado en su casa varios días antes. Con un poco de suerte todavía no lo habrían recogido.

—Con un poco de suerte —subrayé—. Es muy valioso y tengo que recuperarlo. —Señalé la cubierta del álbum de Hank Williams encajada entre los dos asientos delanteros.

—Ya veo —dijo. No había reparado en ella anteriormente—. Así que eso explica el Dusty Springfield.

—Continúe —interrumpió el Buscador.

—¿Dusty qué?

—Usamos las cubiertas de los álbumes de Dusty Springfield para los más valiosos, los más preciados, los más excepcionales. Los que se destinan directamente a Las Vegas. Es camuflaje.

—¿Las Vegas?

—Los alejandrinos —dijo—. Son los únicos que pueden permitirse la mercancía extraordinaria y preciada.

—¿Lo has oído, Henry? —pregunté por encima del respaldo del asiento—. Vamos a Las Vegas. Justo lo que yo pensaba.

Pero Henry no me estaba escuchando. Estaba roncando a pierna suelta con *Homer*. Y yo me preguntaba por qué Bob me estaba revelando todo aquello. Al parecer había decidido que podía confiar en nosotros, pero ¿por qué?

Nada presentaba el aspecto típico del oeste. Yo siempre había creído que el Misisipi señalaba el comienzo del oeste, pero hasta el momento, después de habernos adentrado cincuenta kilómetros en Iowa, y seguidamente unos cien, todo a la redonda parecía del medio oeste. Maíz, alubias y árboles de gran tamaño que se arracimaban en torno a las casas, como perros colosales y afectuosos.

Bob el Indio parloteaba sobre todo, incluso sobre el mismo parloteo.

—Mis hermanos dicen que hablo mucho —afirmó—. Si te molesta, dímelo. —Le aseguré que no me molestaba. Era agradable tener a alguien con quien hablar o, mejor dicho, a quien escuchar. Normalmente Henry estaba callada, hasta cuando estaba despierta. La observé por el espejo retrovisor mientras despertaba. Abrió los ojos. Palpó debajo de su jersey (probablemente se preguntaba si la pérdida de nuestro dinero había sido un sueño) y volvió a cerrar los ojos. ¡No se trataba de ningún sueño!

—Continúe —dijo el Buscador.

Escuchando a Bob mientras conducía, descubrí que la causa de que el letrero del casino parpadease era que estaba impulsado por la electricidad que generaban las propias máquinas.

—Los viejos que tiran de las palancas encienden el letrero y atraen a más viejos —dijo Bob—. Hasta queda un poco de reserva que vendemos a la red. A lo mejor lo estamos usando ahora. ¿De qué año es esta furgoneta?

Le dije que no tenía ni idea.

—Era de Bob.

—No, no lo era —apostilló Henry. Estaba despierta. Se le notaba en la voz que estaba sufriendo un calambre—. Es la hora de mi pastilla —dijo al tiempo que extendía la mano entre los dos asientos delanteros.

Le di la última Mediavida® de *Homer*.

—Gracias —respondió, y se tragó la pastilla en seco—. Esta furgoneta pertenecía al hermano de Bob. El de Jersey. Supongo que estáis emparentados.

Me distraje mientras Bob le explicaba lo de la clonación y los setenta y siete Bobs indios.

—Vaya —exclamó Henry—. Es para quedarse sin habla.

—A ti todo te deja sin habla —observé.

—¿Qué significa eso?

—¡Por favor! —intercedió Bob—. Nuestra salida está dentro de dos o tres kilómetros.

A modo de respuesta, el Buscador se unió a la conversación.

—Tome la salida siete a tres kilómetros.

—Espero que haya un excusado —comentó Henry—. Tengo que empolvarme la nariz.

—Yo también —dije, disfrutando de su expresión de asombro.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho —contesté.

—Tome la salida a la izquierda hacia la carretera comarcal 12 en dirección norte —dijo el Buscador.

—Esa es la nuestra —añadió Bob—. La carretera de Cottonwood Creek.

¡Cottonwood! Eso parecía del oeste. Pero la carretera, que recorría en línea recta ondulantes campos de maíz, maíz y más maíz, seguía teniendo el aspecto típico del medio oeste. Al cabo de unos seiscientos metros, el Buscador y Bob identificaron un edificio bajo de hormigón bajo un letrero desvaído:

## **Bob el Indio**

### **Barbacoa y tragaperras**

—Entre en el aparcamiento —dijo el Buscador—. Así concluye la unidad de búsqueda nueve. Pulse «salir» para abandonar la búsqueda geo. Pulse «menú» para iniciar una nueva búsqueda.

Entré en el aparcamiento, pulsé «salir» y obedecí el resto de las instrucciones mientras Bob recogía una bolsa de plástico con camisetas blancas y decía:

—Seguidme. —El edificio estaba entablado. Nos deslizamos tras una plancha de contrachapado de 1,20 × 2,50 m que estaba suelta para adentrarnos en una oscuridad polvorienta que hedía a patatas fritas y a ratas.

Hasta percibí unos pasos apresurados.

—Han desaparecido —anunció. Mis ojos se acostumbraron poco a poco a la oscuridad y lo columbré junto a una antigua mesa de billar—. Suele dejarlos aquí un Bob y los recoge otro. Yo no tengo nada que ver con ello. Solo reparé en el álbum por casualidad, como te he dicho.

—¿Y dónde está el siguiente Bob? —preguntó Henry. Se notaba que estaba complacida. Deseaba seguir dirigiéndose hacia el oeste. Yo estaba decepcionado. Quería recuperar el álbum y volver a casa antes de perder mi empleo para siempre.

—Ni idea —contestó Bob—. No me hace falta saberlo, ya sabes. Prueba con el Buscador. Te mandará al siguiente como si fueras un poni indio.

—¿Y dónde está el excusado?

\* \* \*

Mientras Henry usaba el excusado yo me agaché afuera para mear detrás de un álamo. Seguía siendo algo novedoso. Era agradable. Aunque estaba decepcionado por la desaparición del álbum, conservaba la esperanza. Por lo menos sabía que estaba tras su pista.

Henry y Bob se deslizaron por la grieta que hacía las veces de puerta.

—Podéis pasar la noche aquí —propuso Bob—. Si queréis podéis dormir dentro, conmigo, pero creo que estaréis más cómodos fuera, en la furgoneta. —Yo estuve de acuerdo. No soportaba el olor mohoso del antiguo casino y barbacoa. Por no hablar de las ratas.

Hice acopio de madera para encender una hoguera mientras Henry retiraba el envoltorio de las gambas y los panecillos. Era como jugar a las casitas. Bob se unió a nosotros para cenar. Después halló media botella de Holaguapa en el casino y nos la fuimos pasando por encima de la hoguera. Al cabo de varios tragos, Henry le preguntó si deseaba «tener unas últimas palabras» con nuestro Bob. Una idea tan inspirada por el güisqui como la que más. Pero mantuve la boca cerrada mientras ellos abrían la de Bob.

—¡Oh, no! —exclamó este—. ¿Estoy muerto? —Al parecer, los muertos siempre están redescubriendo que lo están. Y lo detestan.

—¡Bob, soy yo, Henry!

—¿Henry qué?

—Me mentiste, ¿verdad? Me dijiste que eras un alejandrino. Me dijiste que hablabas con Panamá todas las semanas.

Bob el Indio estaba espantado.

—¿Te dijo que era un alejandrino?

—¡Lo siento! ¡Tengo las manos frías!

Henry le sopló en las manos, que estaban entrelazadas, y las introdujo bajo su jersey de azulejos. Me sorprendió descubrir que me sentía un poco celoso.

—Aquí está tu hermano, Bob —dijo ella—. ¿Quieres hablar con él?

—¿Bob? ¿Dónde estamos?

—En Iowa —respondió Bob.

—¿De verdad? ¡Está muy oscuro!

—Es que es de noche —dijo Henry.

—Y que estás muerto —intervine yo.

—¡Oh, no! —gimió—. ¡Lo sabía! ¡No me dejéis aquí! Hace... frío.

Su boca se cerró. Sus ojos se abrieron. Henry extrajo sus manos del jersey y lo enrolló de nuevo en la alfombra.

—¿No querías preguntarle algo? —le preguntó a Bob.

Él meneó la cabeza.

—Solo quería ver cómo funcionaba. No puedo creer que te dijera que era un alejandrino.

\* \* \*

Henry se acostó y Bob y yo rematamos el güisqui. Me había puesto sentimental, de modo que le pregunté:

—¿Dónde quieres enterrar a Bob? Te ayudaré por la mañana.

—No, no, no —repuso Bob—. Aquí no. Tenéis que llevároslo.

—¿Al siguiente Bob el Indio? ¿Y si también está cerrado?

—Al cementerio —puntualizó—. Todos los Bobs están enterrados en el mismo cementerio. Forma parte del trato. No nos dieron educación, ni una chica, ni un trabajo digno, pero nos dieron una parcela funeraria. A mí también me enterrarán allí algún día.

—¿Dónde?

—La verdad es que no lo sé —dijo mientras me pasaba la botella—. La verdad es que no quiero saberlo, ya me entiendes. Estoy seguro de que está en el Buscador. Prueba con el último número, sea cual sea. Yo me voy a la cama.

Quedaba un trago. Terminé el güisqui y me acosté en la furgoneta junto a Henry. Era una noche cálida, pero yo tenía las manos frías. Las metí bajo el jersey de Henry, pero ella las rechazó, soñolienta.

\* \* \*

Algo me despertó. Pensé que era un ruido. Entonces me percaté de que se trataba del silencio.

*Homer* había dejado de roncar. Alargué la mano para tocarle el hocico y lo encontré frío. ¿Se sentía mejor? La Sangría® estaba cubierta de pelo y tibia como un sombrero. Yo tenía que orinar. ¿Ella tenía que hacerlo?

Salí de la furgoneta. La noche era tan diáfana como el día. Había salido la luna, y durante los escasos días que habían transcurrido desde que la contemplara por última vez (en Staten Island; parecía una vida entera) había crecido casi hasta la plenitud. La veta refulgía tanto que debía entornar los ojos para mirarla. Dicen que allí hay algo escrito, pero yo nunca consigo leerlo. Hace veinte años, destinaron un cohete lleno de robots a la luna con objeto de apisonar una zona para imprimir un anuncio. Cuando terminó la misión, la empresa se había hundido y los robots habían muerto (supuestamente). Ahora lo único que queda es la veta, como una fulgurante tirita en el rostro del pétreo planetoide.

Me adentré en las sombras para mear. Mear es un acontecimiento fastuoso y sensual cuando lo has echado en falta durante algún tiempo. Estaba subiéndome la cremallera cuando sentí que algo se estrellaba contra mi mano.

Miré alrededor. ¿Acaso alguien me había arrojado una roca? ¿Quién? ¿Bob? ¿Henry?

Entonces divisé el resplandeciente ojo rojo en el suelo, a mis pies.

¡El espía! Había vuelto a encontrarnos. Pero en esta ocasión me había encontrado específicamente a mí y no a la furgoneta, que solo estaba a unos metros de distancia, en la oscuridad.

Lo recogí con cuidado, pero en lugar de pincharme despidió una sensación cálida y cosquilleante. No quería soltarlo. Nos había seguido a través del medio oeste, casi hasta el oeste, desde la interestatal hasta aquella alameda. No lograba imaginar cómo había salido del calcetín. Quizá la corriente lo hubiese llevado hasta un tronco; quizá un chico que estaba de pesca, como Huck Finn, lo hubiera rescatado del agua poniéndolo en libertad. Podía imaginarlo cuando lo encontraba, creyendo que se trataba de un cebo; podía imaginar su sorpresa cuando el artilugio emprendía el vuelo.

Me pregunté si le había conferido a sus dedos el mismo resplandor hormigueante. La sensación era tan agradable que no deseaba soltarlo. Pero tenía cosas que hacer y sitios adonde ir. Encontré un tarro de rosca en la basura que estaba desperdigada ante la fachada del casino. Introduje el insecto en su interior y enrosqué la tapa con fuerza.

Después con más fuerza. Y con más fuerza todavía.

Estaba buscando una pala cuando se me ocurrió una idea mejor. Había una destartalada verja de alambre de espino junto a los álamos, donde estaba aparcada la furgoneta. Aflojé un poste de cedro, lo arranqué y puse el tarro de rosca en el agujero. ¿Fue mi imaginación, o acaso el ojito rojo suplicaba cuando afiancé de nuevo el poste en su lugar? Todo esto sucedió bajo la luz cegadora de la luna llena.

Apoyé los pies en el salpicadero y me acosté en el asiento del conductor.

\* \* \*

Cuando desperté a la mañana siguiente Henry estaba inclinada sobre mí con la mano

extendida entre mis piernas, navegando por el Buscador.

—Todos dicen que vayamos al este menos dos. El once y el veinte. Los dos dicen lo mismo, interestatal 80 en dirección oeste.

—Probemos el veinte —sugerí; era el último. Una vez más, tenía que mear. Una vez más, *Homer* no. Todavía tenía los ojos cerrados, pero su respiración era acompasada y tenía el hocico frío. La Sangría® estaba recubierta de pelo dorado y le confería el aspecto de un chucho con cabeza de pura sangre.

Bob el Indio seguía durmiendo, de modo que hubimos de arrancar la furgoneta con nuestro Bob, que estaba cada vez más agarrotado. Lo sostuve entre mis brazos, enrollado en la alfombra, mientras Henry conducía su dedo extendido y tieso hasta el panel de ignición.

—¿Por qué no se la cortamos y ya está? —pregunté.

Henry me dedicó una mirada.

—¿La mano? ¿Lo dices en serio?

Así era.

—Él nunca lo sabrá.

—Yo sí —repuso ella, y eso fue todo.

Bob el Indio nos estaba esperando junto a la puerta del Casino y Barbacoa cuando emprendimos la marcha. Henry le preguntó si deseaba echarle un último vistazo a Bob.

—No, no, no —respondió él.

—Tome la carretera rural doce en dirección sur —señaló el Buscador—. Tome la interestatal 80 en dirección oeste. —Henry condujo y se incorporó a una hilera de camiones en el carril de alta velocidad mientras yo dormitaba, agotado tras haber merodeado y excavado a la luz de la luna. Cuando desperté nos encontrábamos en Nebraska. El estado comenzaba del mismo modo que Illinois o Iowa: campos ondulantes, más uniformes que ondulantes; árboles en los terrenos yermos que circundaban las cercas; graneros, cobertizos y casas en los árboles. Después la tierra se tornaba más elevada y seca.

Estábamos en un valle fluvial, el Platte, poblado de álamos y cobertizos típicos del medio oeste. Pero en el horizonte, hacia el norte, divisaba dunas tan altas como las de Arabia. Se acercaban por ambos lados, como si estuvieran ansiosas por devorarnos junto con toda la humedad.

El oeste. Todavía no habíamos llegado, pero nos estábamos arrimando. Contemplé la cubierta del álbum, la fotografía de Hank Williams con sombrero de vaquero subiéndose a su Cadillac, o bajándose. ¿Qué tenía que ver el oeste con el sur, y qué tenía que ver conmigo todo aquello?

Un extraño sonido arenoso me interrumpió mientras meditaba sobre aquellos pensamientos. Me volví para echarle un vistazo a la parte trasera de la furgoneta. La alfombra de Bob se había desenrollado lo bastante como para revelar una mejilla horrenda, desecada y hundida. La Radio Voladora® de *Homer* se mecía suavemente,

dos centímetros hacia delante, dos centímetros hacia atrás. Todo aquello era normal.

Lo que era anormal, lo que era milagroso, asombroso y maravilloso, era que Homer tenía los ojos abiertos. Los dos eran marrones, grandes y hermosos, y me miraban directamente...

—*¡Homer!* —exclamé.

—Huele bien —respondió ella con acento grave y arenoso.

—Oh, no —gimió Henry.

Yo ni siquiera supe qué gemir, ni decir, ni siquiera pensar. Teníamos una perra parlante.

Ese habría de ser el fin de la Mesa Redonda. Cuando el grupo regresó del almuerzo (que siempre era una cuestión silenciosa y solitaria, puesto que todos estaban deseosos de eludir amistades comprometedoras) la pantalla de Damaris estaba apagada. El señor Bill anunció que Damaris se había retirado. Consideraba que había cumplido su propósito y deseaba iniciar su condena a prisión. Les había remitido una declaración que procedió a leerles. Les agradecía a todos su esfuerzo y declaraba que el proyecto era un éxito, una validación de los sacrificios que ella y los demás alejandrinos habían hecho. Aunque algunos lo encontraron improbable, el grupo lo aceptó. ¿Qué alternativa les quedaba?

Lo irónico, quizá por suerte, continuó el señor Bill, era que de todas formas aquella sería la última sesión. Los pocos sorprendidos repasaron sus calendarios digitales y asintieron en señal de acuerdo; algunos con reluctancia, otros no. La unidad se había esfumado y con ella las buenas vibraciones. Dedicaron la última tarde a discutir la propuesta de borrar solo a los músicos más exitosos del siglo xx. Frente al argumento de que eso era demasiado subjetivo, algunos alegaron que la música era la menos subjetiva de las artes, puesto que todo podía cuantificarse por medio de las ventas. ¿No devendría eso en que Alanis Morissette fuese más importante que, digamos, Gerry Mulligan? No. El número límite de un millar ofrecería un fondo común lo bastante amplio como para incluirlos a todos en función de un principio de igualdad. Cuando borrasen las grabaciones de un músico, podían eximir su trabajo sin atribución como acompañante en otras obras o reemplazarlo por digitales genéricos. Las composiciones pasarían a formar parte del dominio público y no las borrarían como los libros o las películas. Alguien objetó que aquel sistema era completamente distinto, y hasta contrario, al que se usaba en la literatura, donde se immortalizaba de hecho a los gigantes. Dicha objeción no obtuvo respuesta. El señor Bill les dio las gracias a todos, recordándoles que el propósito de la mesa redonda no era facilitar soluciones operativas sino tan solo proponer indicaciones. Dicha función ya estaba satisfecha. Aquella noche, todos hallaron en su habitación un sobre que contenía un billete de avión y un cheque por un millón de dólares. Tres semanas y cuatro días después, el hotel fue demolido para construir una nueva pista de norte a sur.

El oeste no comienza en Misisipi, ni siquiera en Iowa, sino en algún punto en medio de Nebraska, a lo largo de una línea que discurre desde Canadá hasta México, siguiendo a grandes rasgos el trazado del paralelo noventa y ocho. Esta línea no es tan visible como un río ni tan acusada como una escarpadura en ningún momento, pero se percibe en todas partes como una suerte de brisa, tan gradual pero tan inexorable como el amanecer, desde los contornos arbolados del límite del medio oeste hasta la tierra fragmentada y seca del verdadero oeste.

El cielo es mayor y más brillante.

—Continúe —indicó la furgoneta mientras nos adentrábamos en el oeste, o abandonábamos todo cuanto no formaba parte de él. Nos turnábamos, y Henry dormitaba mientras yo conducía. Yo encontraba estimulante aquel vacío. El alba del oeste (pues eso era Nebraska para mí, y siempre lo será) me infundió cierta esperanza: «*Puede que las cosas salgan bien al fin y al cabo*». Ahora comprendo que se trataba de una esperanza que desafiaba tanto a la experiencia como a la expectativa; ¿pero, acaso la esperanza no consiste en eso?

Y además, las cosas ya estaban cambiando para mejor. Lo único que debía hacer para recordarlo era atisbar por el espejo retrovisor y encontrar los grandes ojos castaños de *Homer*, los dos abiertos ya, que me observaban igual que habían hecho siempre.

Mejor dicho, casi igual.

—Huele bien —recalcó ella con su voz arrastrada, profunda y arenosa.

—Parece que tenemos una perra parlante —repitió Henry sin abrir los ojos.

Me alegraba de haber recuperado a *Homer*, pero no me entusiasmaba nada que hablase. Una de las cosas agradables de los perros (sin equiparar a *Homer* con todos los perros, aunque a su modo todos los perros se parecen) es que podemos hablarles sin que nunca nos respondan. Pero ahora se había terminado otro «nunca».

—¿Qué crees que significa eso? —le pregunté a Henry.

—Ni idea —respondió, sin abrir los ojos—. Pregúntaselo a ella.

Lo intenté.

—¡*Homer!* —exclamé—. ¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo has aprendido a hablar? ¿Tiene algo que ver con la Sangría®?

—Huele raro —repuso ella.

—Continúe —terció el Buscador.

Continué. Nebraska era anchurosa, seca y uniforme, y se tornaba más anchurosa, seca y uniforme a medida que nos precipitábamos hacia el oeste, embutidos en una caravana de camiones interconectados. La interestatal trazaba una hendidura en una extensión grisácea de hierba moribunda en la que descollaba de tanto en tanto alguna duna, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. No había árboles en ninguna parte. No había ciudades. No había sino cielo, hierba y la elevación esporádica de la

arena; o un molino de viento que rotaba sin descanso, azotado por el viento implacable de la pradera.

La estela de una serie de cohetes en formación de seguridad de tres atravesó como un rayo el cielo de color gris pizarra. ¡El oeste! Hank Williams me miraba al amparo de su sombrero, desde la puerta de su Caddy. ¿Qué tesoros, qué secretos, albergaba el oeste, después de todo? ¿O acaso todo era una ilusión, como tantas cosas en la vida hasta el momento?

Henry estaba hambrienta, de modo que empleamos un billete de diez para comprar un almuerzo barato de carne silvestre para llevar en un Todo Descanso justo al pasar Platte City. Henry no había probado más que unos bocados cuando salió corriendo hacia el baño.

—¿Dolor de estómago? —le pregunté cuando regresó a la furgoneta.

Era peor que eso.

—Calambres. No me he tomado la pastilla de por la mañana. Y ahora tampoco podré tomarme la de por la tarde.

Conduje más deprisa y me incorporé al carril de camiones, como si aquello compensara de algún modo la Mediavida® que nos faltaba y que era imposible hallar, ahora que nos encontrábamos en el oeste, donde no había mercadillos ni reservados.

—Continúe —señaló el Buscador. De modo que continué, adentrándome en el oeste desconocido y no obstante familiar.

Conduje durante toda la noche. Atravesamos un Fácil Acceso que señalaba la frontera de Wyoming. A continuación estaba Nevada; lo sabía, aunque no tuviera un mapa, gracias a la academia. Henry gemía y se quejaba en sueños, preguntando primero por Panamá y después por Bob. *Homer* me hacía compañía a su manera, medio dormida, pero manteniendo un voluminoso ojo castaño sobre mí en el espejo retrovisor.

Decidí volver a intentarlo.

—¿Desde cuándo puedes hablar? —le pregunté.

—Huele feo —contestó.

—Eso solo es lo que parece —alegué—. Yo nunca quise robar el Williams. Solo escucharlo. Me lo robaron y estoy intentando recuperarlo.

El sol descendió, pero la luna estaba en lo alto, y yo apagué las luces y conduje a la luz de la veta durante ciento sesenta kilómetros, solo para divertirme. Había algo en el oeste, en todo ese vacío, que me inspiraba el deseo de conducir, conducir y conducir, como si estuviera desapareciendo.

Desapareciendo.

El siguiente Fácil Acceso tenía que ser Nevada. Cuando volví la vista atrás, Henry estaba enrollada con Bob en la alfombra y *Homer* estaba roncando a pierna suelta con los ojos cerrados.

La luna estaba descendiendo. Me introduje en un área de descanso desierta para estirar las piernas y orinar. Vislumbré el armazón desprovisto de ventanas de una

gasolinera, algunas islas donde antaño se habían alzado las bombas de ga-so-li-na y un par de remolques abandonados que contemplaban la autopista como si fueran antílopes. Cuando salí, yo era el único ser viviente en ciento sesenta kilómetros a la redonda. No había viento, ni camiones de paso ni luces en ninguna dirección. Entonces cometí el error de mirar hacia arriba. Estaban saliendo las estrellas, al principio de una en una, luego en conjuntos y grupos de cuatro y de diez, luego en vetas y bandas de cien, de mil. Pronto todo el cielo estaría en llamas...

Estaba subiéndome la cremallera cuando sentí que algo me golpeaba la mano. Miré hacia abajo y allí, mirándome desde el pavimento, estaba el ojo rojo y constante del espía.

Estuve a punto de pisarlo, pero no lo hice. Lo recogí y, en lugar de un pinchazo, experimenté un cosquilleo indescriptiblemente placentero.

Lo sopesé en las yemas de los dedos y en la palma de la mano. El hormigueo era casi íntimo. Sentí una extraña camaradería con el espía, en el centro de todo aquel vacío. En cierto modo, éramos iguales: ambos nos dirigíamos hacia otra parte. Ninguno de nosotros sabía adónde, ni por qué.

Uno de los remolques abandonados era un Chevrolet de mediados de siglo con puertas de encajadura y un asiento para tres personas en la parte delantera. Me deslicé en el asiento del conductor. El volante giraba con facilidad; el extremo delantero estaba posado sobre unos bloques. Al otro lado del parabrisas se divisaban montañas cubiertas de nieve, tan fantasmales como las nubes.

Introduje el espía en la guantera y la cerré con un chasquido. Después volví a la furgoneta y seguí conduciendo en dirección oeste.

\* \* \*

Henry despertó gimiendo de nuevo, pero no me quedaban pastillas para darle. En cambio, encontramos un poco de café en una máquina expendedora de un área de servicio que nos obligó a escuchar un minuto de anuncios. Llevé a *Horner* a dar un paseo en su vagoneta, pero ella no manifestó deseo alguno de hacer sus cosas, de modo que me di por vencido. Su Sangría® no se había convertido en tejido cicatrizado, como la mía. Por el contrario, estaba posada en su cabeza como un sombrero con forma de hongo; todavía estaba naranja y caliente. Sospeché que estaba relacionada con su recién descubierta habilidad para hablar.

—Yo conduciré —se ofreció Henry. Le gustaba conducir por la mañana. Caí en la cuenta de que no había visto sus azulejos desde hacía varios días. Habían desaparecido completamente de su jersey; era gris sobre gris.

—I-80 oeste —indicó el Buscador, y Henry se incorporó al carril de camiones desierto. No había salidas ni áreas de servicio. En dos ocasiones dejamos atrás intersecciones con las interestatales que discurrían de norte a sur; una rebosaba de camiones y la otra estaba vacía. Pero no había acceso al mundo (o no-mundo) de

roca, arena y artemisa.

La carretera era recta como una flecha que señalara las intrigantes montañas nevadas del horizonte. Pero nunca llegué a verlas de cerca. Me pesaban los párpados cada vez más. Había conducido durante toda la noche; me arrastré hasta la parte trasera con Bob y con *Homer* y dormí durante todo el día.

Cuando desperté era media tarde y las montañas habían desaparecido. ¿Habíamos pasado sobre ellas? ¿Las habíamos rodeado? Henry no me sirvió de ninguna ayuda.

—He estado observando la carretera, no el paisaje —dijo—. ¿Quieres conducir un rato?

\* \* \*

—Tome la siguiente salida en dirección sur dentro de dos kilómetros —indicó el Buscador en mi sueño.

Di un respingo y me incorporé. Había estado dormitando. Pulsé «repetir».

—Tome la siguiente salida en dirección sur dentro de dos kilómetros —repitió el Buscador, ya fuera de mi sueño.

¿Y el número de la carretera? La salida era una intersección, pero la autopista con la que estaba conectada parecía abandonada. Era una interestatal, o cuando menos una calzada de cuatro carriles, pero había arena amontonada sobre ella y entre las grietas del hormigón brotaba la artemisa. Entré lentamente y la luz amarilla del salpicadero me indicó que me encontraba fuera de la red. Tenía que conducir. La carretera se dirigía al sur, hacia una cordillera de colinas que semejaban un montón de huesos.

—Continúe —dijo el Buscador.

—Huele siniestro —observó *Homer*, que ya estaba despierta.

Yo debía conducir. Debía prestar mucha atención para asegurarme de que no nos saliéramos de la carretera y estrellarnos contra la arena y las rocas. Viré para sortear las cabriolas de una planta rodadora. Sabía lo que era gracias a las novelas de Zane Grey.

—¿Dónde estamos? —Henry se incorporó, gimió y se deslizó en el asiento delantero a mi lado.

—En el nueve del Buscador, supongo —contesté—. Casi hemos llegado, espero.

—¿Casi hemos llegado adónde? —replicó ella, mirando en derredor—. Esto es la nada. Podríamos morir aquí fuera.

—Lo dudo —dije yo. Pero me estaba tirando un farol. La furgoneta, que supuestamente tenía un alcance de cien kilómetros fuera de la red, ya estaba disminuyendo la velocidad. La luz amarilla de la batería se estaba tornando roja. Quizá hubiese sido el volantazo. La arena se amontonaba en la carretera en forma de medialunas que se elevaban casi un metro. Tenía que serpentear a su alrededor. A veces los neumáticos escoraban hacia arriba sobre la arena.

—¡Ahí! —exclamó Henry. A lo lejos, divisé un punto en la autopista.

Aumentó de tamaño cada vez más. Estaba cada vez más cerca.

Era una furgoneta eléctrica blanca. Se dirigía al norte por los carriles del sur, puesto que los del norte estaban totalmente cubiertos de arena. Pero había abundante espacio.

Me orillé para dejarla pasar.

¡Era una furgoneta igual que la nuestra! En el costado rezaba:

**Bob el Indio**  
**Casino & Artesanía**

—¡Oye! —prorrumpió Henry. Agitó la mano y el conductor le devolvió el saludo al pasar. Era sin duda uno de los Bobs; se le notaba en el sombrero, en la sonrisa, hasta en el saludo.

»¡Espera! —gritó Henry.

Me detuve y ella se bajó. Agitó la mano y gritó, pero la furgoneta siguió dirigiéndose al norte, alejándose, empequeñeciéndose cada vez más.

—¡Ooooooh! —gimió, doblándose mientras volvía a entrar en la furgoneta.

—Continúe —indicó el Buscador.

¿Cuánta distancia habíamos recorrido fuera de la red? La furgoneta iba cada vez más despacio, descendiendo hasta cuarenta y después treinta kilómetros por hora. Nos estábamos acercando a las montañas con forma de hueso y el sol estaba a punto de tocar el horizonte occidental cuando avisté la primera señal.

**Bob el Indio**  
**Casino y artesanía**  
**Coto de caza feliz**  
**fácil entrar, fácil salir**

¿Coto de caza feliz? Sin duda aquel era nuestro destino. Tenía que serlo. No me sorprendí cuando el Buscador resonó:

—Tome la salida del casino.

La siguiente señal indicaba:

**Salida hacia Bob el Indio**  
**Auténtico casino y artesanía india**  
**Coto de caza feliz**

Vislumbré el voluminoso tipi de hormigón, que se alzaba en medio de la ladera de una colina rocosa, antes que la salida. Parecía un misil abandonando el silo. La salida

estaba tan cubierta de arena que me vi obligado a detenerme para reducir la marcha de la furgoneta hasta el modo de «precaución» y dejar que se abriera paso. A duras penas consiguió recorrer el camino de entrada hasta el aparcamiento.

—*Ding* —resonó el Buscador—. Pulse «salir» para abandonar la búsqueda geo. Pulse «menú» para nuevas opciones.

El tipi flameaba al viento y me percaté de que no estaba hecho de hormigón ni era tan grande como había pensado.

Lo que significaba que el hombre de la entrada no era un gigante de verdad.

Se ladeó el sombrero y se dirigió hacia nosotros. Presentaba un aspecto un poco mejor que la mayoría de los Bobs, hasta que comprobé que se debía a que le habían sustituido los dientes por un juego nuevo y perfecto. Después de notarlo, pensé que en realidad no le favorecía.

—¿Dónde está el casino? —pregunté.

—Hace mucho que desapareció —dijo—. ¿Y quiénes sois vosotros?

—Amigos —terció Henry. Ya se había bajado de la furgoneta para explicarse, o eso pensaba ella—. Nos ha enviado aquí tu hermano, Bob el Indio. Tenemos malas noticias. —Ya había abierto la puerta corredera y estaba desenrollando a nuestro Bob.

Tenía los ojos arrugados como pasas. Los labios se habían encogido tanto que ya no le cubrían los dientes. El olor basculaba en algún punto entre la dulzura y la fetidez.

—Vaya —musitó Bob el Indio—. ¿Puedo preguntar qué ha pasado?

Henry tenía una respuesta preparada para eso:

—Puedes preguntárselo a él —respondió al tiempo que alzaba la lata de pulverizador de Extremaunción®.

—¿Eso no es adictivo? —Bob el Indio meneó la cabeza—. Doy por sentado que si lo habéis traído aquí en su furgoneta es que sois amigos suyos.

—Lo éramos —repuse—. También estoy intentando recuperar un artículo que le presté por equivocación. Un álbum muy valioso.

—¿En una cubierta de Dusty Springfield?

—Supuestamente es para los alejandrinos.

—*¡Sssshhhh!* —dijo, llevándose el dedo a los labios; ¿acaso era su versión de la advertencia de la agencia relativa al contrabando?—. Habéis llegado con menos de un día de retraso. —Señaló la autopista.

—¿Te refieres a la furgoneta que acabamos de pasar?

—Esa no. Esa era la que entregaba la mercancía. Se lo ha llevado otra furgoneta. —Señaló en la dirección opuesta.

—¿Adónde? —pregunté.

—*Sssshhhh* —dijo, meneando la cabeza—. No hace falta saberlo. Ese es el meollo de la cuestión. Nadie conoce más de una parada. Aunque es probable que esté en el Buscador.

—Esta es la última parada del Buscador —repuse.

—Entonces a lo mejor es la penúltima. O no está. Estaba a punto de cenar. ¿Os gustaría acompañarme?

—Huele bien —respondió *Homer*.

—¡Un perro parlante! ¿Puede tomar sopa?

\* \* \*

El interior del tipi tenía el tamaño aproximado de una habitación de mohotel y estaba amueblado del mismo modo, con una cama de madera clara, un vestidor y una televisión. Hasta había un cuadro de París bajo la lluvia en la pared.

—¿Dónde está el excusado? —preguntó Henry. Estaba fuera, y no era una habitación.

Bob el Indio abrió cuatro latas de sopa (una para *Homer*, a quien había llevado con nosotros) y mientras se calentaban sin fuego en la lata me relató la historia de los Bobs. Difería poco de la narración del último Bob.

—Es una vida solitaria —dijo Bob—. Tal vez piensas que somos contrabandistas, pero es que nos negaron una educación. Parte del trato de la venta de la concesión del casino eran empleos garantizados, pero ¿quién quiere trabajar en un casino por el salario mínimo? Negociamos algo sin valor. A veces parece que es una tradición india. ¿Más sopa?

—Huele mal —observó *Homer*.

—Algunos Bobs acabaron en la ciudad, como el que llamáis vuestro Bob, y otros vagaron de nuevo hasta lo que quedaba de las reservas. Algunos se enrolaron en el ejército. Hay tres Bobs en un portaaviones destinado en el Mediterráneo, el *Delfín*. Pero ninguno de nosotros está casado. Es como si hubiéramos nacido con un agujero en el corazón. ¿Sabes lo que quiero decir? Una especie de vacío imposible de llenar.

—Te entiendo —contesté.

—Deberían haber hecho a las chicas —afirmó Bob el Indio—. Es como si estuviésemos inacabados desde el principio. El único que se enamoró fue el que llamáis vuestro Bob.

—¿Se enamoró? —intervino Henry, que había vuelto del excusado—. ¿Estás seguro?

—Todos procuramos mantenernos en contacto —respondió Bob el Indio—. Era una chica de Brooklyn. Una alejandrina. Y ahora ha vuelto a casa por fin.

—No sabía que me amaba —murmuró Henry. Aparecieron algunos azulejos macilentos cuando se sentó con los ojos húmedos ante la sopa—. Creía que lo hacía por Panamá.

—Ni siquiera sabía cómo encontrar a Panamá —le recordé, y los azulejos desaparecieron.

Después de tomar la sopa, Henry se acurrucó junto al hornillo de queroseno y se durmió. El tipi ondulaba al viento como si fuera una vela. Bob el Indio me condujo al

cementerio situado en la cima de la colina. Un desvaído cartel de madera en la puerta indicaba:

**Coto de caza feliz**  
**«El hogar de los valientes»**

—Todos volvemos aquí, o lo intentamos —dijo—. No me preguntes por qué. A lo mejor es innato. A lo mejor es algo que hemos aprendido. Hasta el Bob que se perdió en el mar, pues al principio había cuatro en el *Delfín*, fue recuperado y traído hasta aquí. De momento hay catorce tumbas llenas.

El cementerio tenía una puerta pero carecía de cerca. Era solemne, triste y limpio. Y rocoso. Había setenta y siete tumbas en siete hileras de once, excavadas en una ladera rocosa que dominaba la interestatal enarenada. Sesenta y tres de ellas eran agujeros desocupados. Había setenta y siete cruces; todas ellas estaban confeccionadas con plástico blanco y tenían la inscripción «Robert Tecumseh Lightfoot» con la fecha de nacimiento impresa (20\*\*) y la fecha de la muerte en blanco. Catorce de ellas tenían la fecha de la muerte escrita a lápiz.

—Una retroexcavadora excavó todas las tumbas al mismo tiempo —comentó Bob el Indio—. Se llenan debido a la arena dispersa y se renuevan una vez al año, más o menos. Formaba parte del trato de cesantía con la universidad. ¿Quieres un poco de güisqui? —Introdujo la mano en una tumba abierta (ninguna de ellas era muy profunda) y extrajo una botella de Holaguapa.

A veces el viento se abate justo al mismo tiempo que el sol, y desciende sobre la Tierra una impresionante quietud. Esto es particularmente impresionante en el oeste. Bob compartió un trago conmigo, y después otro; luego volvió a poner la botella en la tumba, junto a dos palas cortas.

—Para por la mañana —dijo—. Te ayudaré a enterrarlo. Forma parte de nuestra tradición.

«¿Tú me ayudarás a mí? —pensé—. Es tu hermano. Yo aquí no pinto nada». Pero no dije nada. Hay maneras y maneras de hacer las cosas.

En cuanto el sol desciende en el oeste, hace frío.

\* \* \*

Dormí en el tipi con Bob el Indio, Henry y *Homer*, dispuestos alrededor del hornillo de queroseno como los números de un reloj. Me desperté en mitad de la noche para orinar. Al principio no sabía dónde estaba; después reconocí la ondulación de la lona.

Afuera, el viento aullaba. Me agaché detrás del tipi para mear, pero debido a su forma no proporcionaba cobijo alguno.

Estaba subiéndome la cremallera cuando sentí que algo me golpeaba la mano. Al

principio pensé que era una roca, una rama, una hoja llevada por el viento. Entonces atisbé el ojito rojo que me miraba desde el suelo, entre mis pies.

—Tú.

Me metí el espía en el bolsillo; me ocuparía de él a la mañana siguiente. Además, me gustaba el cálido cosquilleo que me daba mientras me acurrucaba junto al sibilante horno de queroseno.

Soñé que estaba en una goleta y que navegaba por el oeste. Rescataba a un marinero de una isla en forma de hueso. Era mi padre, mi papá.

—¿Dónde has estado? —le pregunté. ¿O solo soñé que soñaba ese sueño?

\* \* \*

Había amanecido. La tienda entera estaba iluminada. Henry estaba gimiendo y Bob el Indio se inclinaba sobre ella con una taza de hediondo té verde.

—Té de cactus —declaró.

—Necesita Media vida® —expliqué.

—Té de cactus —repitió, como si fuera la versión india de la misma cosa. Y pareció funcionar. Ella gimió, se enderezó y volvió a dormirse.

Me expuse al sol explosivo y el viento frío. El espía seguía en mi bolsillo. Me producía una sensación tan agradable que no conseguía apartar las manos de él. Miré a mi alrededor en busca de una jarra o de un tarro. Pero ¿para qué? Parecía que nada funcionaba.

Lo pegué en el costado de la furgoneta y observé cómo se deslizaba hacia abajo, hacia la parte inferior, en busca de un lugar donde ocultarse. Tendría que ocuparme de él más adelante. Pero primero teníamos que asistir a un funeral.

Bob el Indio ya había abierto la furgoneta y emprendido el ascenso de la colina con nuestro Bob en brazos. Yo le seguí, remolcando a *Homer* en la Radio Voladora®. Era un día diáfano, despejado y soleado. Detrás de mí, el tipi restallaba y ondulaba como si fuera una vela. Nos detuvimos en la puerta y metí las palas en la vagoneta, con *Homer*.

—Huele interesante —comentó ella.

Decidí llevarme el güisqui y lo embutí en la vagoneta.

—Hay un problema —observé, mientras seguía a Bob hasta el interior del cementerio, pasando bajo el brillante letrero: «Coto de caza feliz»—. Necesitamos a Bob para arrancar la furgoneta.

—Yo puedo arrancarla.

—Pero tú no vienes con nosotros.

—Pues entonces no la apagues —sentenció Bob. Dejó a nuestro Bob entre dos tumbas abiertas y extrajo una pala de la vagoneta—. Elige un sitio.

—¿No deberías hacerlo tú?

—Lo que tú digas. Entonces este. —Nos decidimos por uno, y mientras Bob

desenrollaba a Bob de la alfombra, yo grabé la fecha de su muerte en la cruz con una chaveta bifurcada que extraje de la lengüeta de la vagoneta: 15 de octubre de 20\*\*. En este punto estaba haciendo una conjetura; no había llevado la cuenta de los días transcurridos desde que habíamos salido de Nueva York. Después tendimos a Bob en la tumba lo más estirado posible.

Era un poco corta, pero él estaba algo encorvado.

Bob el Indio inclinó la cabeza y yo hice lo propio. Musitó algo en un idioma que no entendí y me pasó el Holaguapa.

—Huele frío —observó *Homer*. Se estaba convirtiendo en toda una predicadora. Cubrimos a Bob, rematamos el güisqui y emprendimos el descenso de la colina.

Bob el Indio iba en cabeza. Oyó los gritos primero y echó a correr. Cuando llegué al tipi él ya estaba en la entrada, bloqueando la puerta.

—No entres —dijo—. Deja que me ocupe yo de esto. Sé lo que hay que hacer. Tú solo puedes estorbar.

—¿Estorbar el qué?

—A la chica de Bob. Está dando a luz.

Pasó un año.

Después otro.

La mayoría de los participantes en la mesa redonda creyeron que el señor Bill había perdido todo interés en su idea, que las disputas y los desacuerdos de los últimos días habían hundido por completo el proyecto, dejándoles solo sus recuerdos y, por supuesto, el millón. Las noticias relativas a Damaris concluyeron como exigía la ley cuando la soldaron formalmente a su celda especial y la sometieron a Mediavida® el 20 de abril de 20\*\*. Un miembro de Los Seres Queridos S.A. llevó a cabo la soldadura conforme a la enmienda constitucional por los derechos de las víctimas. El procedimiento fue supervisado por un soldador avalado por el sindicato (AFL/CIO)<sup>[9]</sup> y un oficial de prisiones, aunque el miembro de Los Seres Queridos, S. A., que había sido escogido al azar, era un experimentado soldador no cualificado que acompañaba a un equipo japonés de cosechadores de trigo tierno en calidad de mecánico de campo coalicionista. Poco se supo del señor Bill. Excéntrico desde siempre, se volvió más solitario aún.

Sin embargo, los alejandrinos permanecieron en los noticiarios. Los bombardeos, las salpicaduras, las tajaduras y los incendios constituían un acontecimiento semanal, sobre todo en Europa, donde las películas americanas y el arte «inmigrante» en particular, así como las obras de los antiguos (y nuevos) maestros, estaban en el punto de mira. Los alejandrinos de Extremo Oriente también adoptaron un cariz antiamericano y antieuropeo. El museo Hideki de Tokio, que albergaba una colección de arte fauvista y cubista, fue arrasado hasta los cimientos. Reforzaron la seguridad en todos los museos; la asistencia acusó un pronunciado descenso. Los atentados contra las salas de conciertos causaron pánico en Indonesia. Un concierto de Michael Jackson fue asaltado por una turba «alejandrina» y el caduco artista consiguió escapar con vida a duras penas. En Shanghai y en Seattle había sicarios a sueldo de compañías cinematográficas rivales que merodeaban por los multicines. Circularon rumores de que había virus mortales en los CD de *rap*. El Eurodisney sufrió un ataque con misiles que mataron a más de un centenar de personas, cuatro de ellos niños. Todo esto se llevó a cabo en nombre de los alejandrinos.

Entre tanto, las nuevas producciones artísticas estaban en alza, en lugar de en crisis. Los ingresos aumentaban. Así como la guerra revigora la industria, la guerra contra las artes y el entretenimiento a escala mundial estaba incrementando los ingresos, la producción y, según aseguraban algunos (y, por supuesto, negaban otros), la creatividad. La guerra era algo bueno, si se podía regular, según el *Wall Street Journal*, que abogaba por una «guerra fría supervisada contra las Artes» que pusiera fuera de circulación a los alejandrinos «anarquistas y nativistas» antes de que causaran un daño irreparable. *Variety* secundó aquel clamor, aunque empleando una

imaginería diferente, al abogar por un programa internacional monitorizado de «Raja y Quema» que deviniera en la renovación y, lo más importante, en la sostenibilidad de las artes y el entretenimiento.

Llevé a *Homer* a dar un paseo hasta la interestatal (por pobre que esta fuera, con los montículos de arena y las plantas rodadoras que arrastraba el viento) para ascender nuevamente la colina. El griterío empeoró, de modo que repetimos el trayecto. Finalmente se impuso la calma en el tipi. Esperamos en el aparcamiento junto a la furgoneta, reacios a entrar en él.

—Huele dulce —observó *Homer*.

Bob el Indio apareció en la entrada, sosteniendo un fardo envuelto en una toalla. Parecía una versión reducida de Bob dentro de la alfombra.

—Ella está durmiendo —anunció. Me entregó el fardo—. ¿Puedes sujetarlo un minuto?

El fardo estaba rígido. El rostro estaba tapado.

—¿El bebé ha muerto?

—No, no, no —aseguró Bob—. Lo que pasa es que está cubierto de sangre. Podrías limpiarlo. Hay un abrevadero detrás del cementerio. Gira a la izquierda en la puerta.

—Huele dulce —repitió *Homer*.

—Tú espérame aquí —le dije. Emprendí el ascenso hasta el cementerio, llevando el bultito rígido en mis brazos. Me daba miedo mirarlo. ¿No debería estar llorando?

Doblé a la izquierda en la puerta y contorneé el perímetro del cementerio. El abrevadero se hallaba detrás de la colina, bajo un molino de viento que rotaba despacio, matraqueando, aunque al parecer no soplaban viento alguno.

Desplegué la toalla. El bebé no era lo que se dice un bebé. Era un hombrecito del tamaño aproximado de un Oscar® o de una zapatilla de gran tamaño: una cuarenta y siete o cuarenta y ocho. Estaba completamente calvo y arrugado, como la yema de un dedo que ha estado demasiado tiempo sumergido en la bañera. Tenía los ojos cerrados. Su pene medía casi dos centímetros de longitud. Sus piernas eran flacas y estaba cubierto de sangre.

Era ligero como una pluma. Podía sostenerlo con una sola mano. Cuando lo sumergí en el agua, abrió los ojos y espetó:

—¡Sip!

Lo sumergí de nuevo y le limpié la sangre de las piernas, el trasero, hasta el pequeño pene, que adquirió una alarmante firmeza. La mayoría de los bebés son regordetes, pero este era flaco. La mayoría son lindos, pero este era feo. Humedecí una esquina de la toalla y le lavé la carita. Algo me estaba observando...

Me volví en redondo y vi a dos antílopes inmóviles bajo el molino de viento. Cuando agité la toalla hacia ellos se dieron la vuelta y salieron corriendo.

Era una mañana otoñal luminosa y fría, en las postrimerías de octubre. Sentía un extraño sosiego, aunque solo disponía del resto del mes para encontrar el álbum y devolverlo. Confiaba en que podía idear una historia que explicase mi ausencia, los

tiroteos y el club de mala conducta. Entretanto, parecía que *Homer* mejoraba en lugar de morirse, y yo había conseguido viajar al oeste. ¡Cómo destellaba al sol el mundo rocoso! ¡El agua del abrevadero! ¡Los antílopes! Se habían detenido a varios metros de distancia y me estaban estudiando de nuevo.

«Aquí estoy», pensé.

—Aquí estoy.

—M'lenny —dijo el hombrecito. No podía llamarlo bebé, ni siquiera en mis pensamientos. Lo sequé, lo envolví con la toalla y emprendí el camino de regreso rodeando la colina hacia el tipi. En la puerta del cementerio me topé con Bob el Indio.

—Creía que habías gritado —dijo Bob.

—Yo no he sido. —Entonces los gritos llegaron a mis oídos y todas mis buenas sensaciones se esfumaron, dispersas como las hojas secas que arrastra el viento. Procedía del cementerio. Se trataba de nuestro Bob.

—¡No, no! —Estaba sentado en su tumba, con polvo y arena en el cabello, los ojos y la cara. Tenía las manos huesudas entrelazadas y las estaba agitando en círculos frente a su rostro.

»¡Oh, no! —exclamó—. ¡No!

—Te dije que era adictivo —me reprochó Bob el Indio.

—Tenemos que volver a cubrirlo —propuse. Dejé al hombrecito, que seguía envuelto en la toalla, junto a la puerta y aferré una pala—. ¡Vamos!

Bob el Indio asió la pala restante. Al parecer Bob no presentaba peligro alguno de encaramarse al exterior de la tumba. Se limitaba a sentarse allí, repitiendo «No, no, no» una y otra vez. Tenía los ojos como platos, en lugar de cerrados como cuando lo habían rociado con Extremaunción®. Aquello me infundió ciertas esperanzas de conseguir enterrarlo antes de que Henry oyese la conmoción.

Sus ojos parecían pasas. De hecho, un cuervo posado en una cruz de plástico cercana los estaba observando con avidez.

Traté de empujarlo de nuevo hasta la tumba, pero sus rodillas se alzaron, arrojando más tierra al exterior del agujero.

—¿Y si lo ponemos de lado? —sugirió Bob. Ensanché el agujero y lo empujamos hacia el fondo, mientras su trasero descollaba en forma de uve.

—¡No! —exclamó—. ¡Eso no!

—¡Tierra! —grité. Bob el Indio empezó a arrojar paladas al tiempo que nivelaba la tierra.

—Esperad.

Los dos nos detuvimos antes de incorporarnos y darnos la vuelta. Se trataba de Henry. Estaba sujetando al hombrecito con un brazo mientras este tiraba de su jersey de azulejos, que estaba cubierto de formas azules imprecisas, intentando meterse debajo.

Ella misma introdujo la mano bajo el jersey y extrajo el aerosol de

Extremaunción®.

—Veamos lo que quiere —propuso.

—¡Ni hablar! —me opuse yo. Intenté asirlo y ella volvió a meterlo en su sostén—. Ya sabemos lo que quiere. Está muerto. Quiere estar vivo.

—Te he dicho que eso es adictivo —insistió Bob—. Se aloja en los tejidos, como la dioxina.

Henry estaba postrada junto a la tumba. Dejó al hombrecito en tierra y este se aferró a su pantalón para no caerse.

—De todas formas, no lo necesitamos —dijo ella—. Bob, ¿puedes oírme?

Este cerró los ojos.

—Estoy muerto, es eso, ¿verdad?

—Me dijiste que me cuidabas por Panamá —lo instó ella—. Dijiste que eras un alejandrino.

—Lo siento —se disculpó Bob—. Te quería para mí.

—¿Pues dónde está Panamá? Ni siquiera lo sabes, ¿verdad?

—¡Lo siento! —Meneaba la cabeza, arrojando tierra por la boca—. ¡No me enterréis! ¡Estar muerto ya es bastante malo!

—¡Sip! —terció el hombrecito.

—Te han traído a casa —intervino Bob el Indio—. Este es el cementerio de los Bobs indios. Aquí es donde debes estar.

—¡No!

—Aquí es donde debe estar —dije yo, al tiempo que recogía la pala.

—Tengo una idea —dijo Bob el Indio. Se dirigió a la puerta y nos indicó que lo siguiéramos—. ¿Puede oírnos?

—¡Quién sabe! —respondió Henry.

—La cremación —propuso Bob el Indio—. Hay un millón de crematorios en Las Vegas. Podéis mandarme las cenizas por correo.

—¿Las Vegas? —repitió Henry—. ¿Allí es donde están los alejandrinos?

—No lo sé —dijo Bob—. Solo estaba haciendo una suposición. —Pero se notaba que estaba mintiendo. No me sorprendió. Había sospechado de Las Vegas desde el principio.

\* \* \*

Veinte minutos después estábamos cargando nuestras cosas en la furgoneta. Bob estaba otra vez envuelto en la alfombra. El hombrecito estaba vestido con una toalla a modo de toga y seguía tirando del jersey de Henry, que ahora ostentaba varios azulejos vagos, pequeños y desprovistos de alas que lo atravesaban como si fueran misiles.

Ella parecía más risueña, ahora que había nacido su hijo. Aunque no parecía gustarle el bebé... el hombrecito.

—¡Quitádmelo de encima! —prorrumpió. Él estaba encima de su brazo, intentando meter la mano por el cuello del jersey.

—Tiene hambre —dije.

—¡Pues yo no soy una vaca!

—Tengo una idea —dijo Bob el Indio. Parecía lleno de ideas. Entró en el tipi y volvió a salir con una tarrina de Pudín de Energía® de tres cuartos de litro con sabor a chocolate—. A uno de los Bobs le encantaba esto, es una comida dietética. Quería que la enterrasen con él.

—¿Y? —dije con tono acusador.

—Me pareció un despilfarro. A lo mejor el bebé se lo come. —Le dio varias latas a Henry, que abrió una mientras yo ayudaba a introducir a Bob en la furgoneta, envuelto en la alfombra.

—Huele bien —observó *Homer*. Henry abrió otra lata para ella.

Enseguida estuvimos listos para partir. Bob el Indio me entregó tres fichas, dos blancas y una roja, para costear la cremación y el franqueo. Después pulsó el botón de encendido para que no tuviésemos que desenrollar a nuestro Bob.

Pero la furgoneta no arrancaba.

Estaba muerta.

—A lo mejor Henry debería rociarla con Extremaunción® —comenté. Se trataba de una broma. Todos la entendieron (excepto *Homer* y el hombrecito, por supuesto, así como nuestro Bob), pero nadie se rio. Los azulejos de Henry empezaban a desvanecerse cuando intervino Bob el Indio:

—Tengo una idea.

Era una lata de ga-so-li-na.

—Esto os llevará hasta una estación de servicio —afirmó mientras la derramaba en la pequeña abertura de la parte trasera de la furgoneta. ¡Vaya! Nunca había oído nada parecido. ¿O sí? Era nuevo y no obstante de algún modo me resultaba familiar. Era un olor tan intenso que realmente se perfilaba en el aire. El motor arrancó rechinando, restallando y runroneando—. Aquí usamos ga-so-li-na todo el tiempo, pues estamos fuera de la red. Dirigíos al sur —señaló— y al final daréis con otra interestatal.

—Gracias por todo —dije, mientras emprendíamos el descenso de la colina.

—*Sip* —añadió el hombrecillo.

—¡Apártate de mí! —exclamó Henry.

—Huele estupendamente —comentó *Homer*. Se refería a la ga-so-li-na, que tiene un olor expansivo como puertas que se abren, como una luz que se enciende; como el recuerdo. Todavía podía olerla en mis dedos.

\* \* \*

Las Vegas. Ya no era la ciudad más opulenta del hemisferio, pero seguía siendo la

más histórica, y nos llamaba desde el otro lado del horizonte como había hecho desde el principio. Pero a pesar de todo, aún no lo sabíamos con certeza. Antes debíamos encontrar varias carreteras.

—Te advertí que era adictivo —le dije a Henry, mientras nos incorporábamos a la interestatal desierta que discurría hacia el suroeste. Estaba más que desierta: la carretera era abrupta y estaba sembrada de montículos de arena. Ahora que estábamos fuera de la red, el motor de ga-so-li-na de la furgoneta emitía un *pop pop pop* que me recordaba a... ¿a qué? Entonces, por supuesto, lo recordé: el espía, pegado en algún punto de debajo. Había dejado de ser su adversario para convertirme en su cómplice.

Nuestra velocidad máxima era de unos sesenta kilómetros por hora. Se supone que en los lectros el motor de ga-so-li-na solo auxiliar, y está diseñado para cargar la batería. Pero yo desconocía el modo correcto de emplearlo. ¿Debía detenerme hasta que se cargara o continuar avanzando a trompicones con la esperanza de encontrar una estación de servicio?

Continué a trompicones.

*Homer* estaba tendida en la Radio Voladora® en la parte trasera, observándome a través del espejo con sus grandes ojos marrones.

Bob estaba callado al fin. Parecía un gusano, enrollado en su alfombra.

Henry estaba sentada con la vista clavada en el frente. El hombrecito estaba sentado en su regazo comiendo Pudín de Energía® con sus deditos y de tanto en tanto tiraba de la parte delantera de su jersey de azulejos. La cuenta de azulejos había vuelto a descender hasta uno, y hasta ese se estaba desvaneciendo.

—Ni siquiera sabía dónde estaba Panamá —musitó con voz lóbrega.

—¿Quieres conducir? —pregunté—. Yo lo sujeto.

Como estábamos fuera de la red, tuvimos que parar para cambiar. El hombrecito se apostó de pie en mi regazo, agarrándose a la pechera de mi camisa mientras oteaba por la ventanilla lateral. Debí dormir. Cuando desperté, la velocidad había descendido a cuarenta kilómetros por hora. La carretera era recta. Donde antes había habido arena que asomaba entre la hierba, ahora había hierba que asomaba entre la arena. El sol brillaba tanto que todo el cielo parecía despedir luz, como el metal sin pintar. La autopista rielaba a causa del calor.

—Huele a mierda —observó *Homer*. Yo también lo olía. Tenía la rodilla mojada. Sostuve al hombrecito lo más lejos que pude y un par de zurullos diminutos salieron rodando de la toalla.

—*Sip* —admitió.

—Es asqueroso —comentó Henry.

—Es tu hijo —repliqué.

—Querrás decir que es el hijo de Panamá.

—*Sip* —dijo el hombrecito.

\* \* \*

—Tome la siguiente entrada a la interestatal 77 en dirección oeste —indicó el Buscador.

Era mediodía y al fin habíamos llegado a la conexión con la autopista este-oeste.

—Eso demuestra que estamos de camino a Las Vegas —afirmé. Si el Buscador nos hubiera enviado hacia el este me habría preocupado.

Henry estaba demasiado ocupada conduciendo para contestar. Habíamos abandonado la interestatal norte-sur, pero todavía no habíamos llegado a la este-oeste. El problema era que no había rampa de entrada. Los camiones nos adelantaban silbando, espaciados entre sí con la misma distancia. Nuestra pequeña furgoneta se balanceaba en la estela de aire.

Henry viró para salir de la carretera hacia el desierto.

—¿Adónde vas? —le pregunté. No me gustaba estar fuera de la red, mucho menos fuera de la carretera.

—Al oeste —respondió—. El Buscador dice que al oeste, así que vamos al oeste.

El desierto era una carretera mejor que la interestatal. Avanzábamos a treinta o cuarenta kilómetros por hora, siguiendo el vallado de la interestatal. Hubo algunos momentos peliagudos. En una ocasión el hombrecito se cayó de mi regazo, pero volvió a levantarse enseguida. Le gustaba ponerse de pie sobre mis rodillas, aferrarse al salpicadero y escudriñar por el parabrisas. Cuando al fin hallamos una brecha en la cerca, tratamos de llegar hasta el pavimento, pero el arcén estaba escudado. En cuanto la furgoneta asomó el morro sobre el hormigón se produjo un chisporroteo procedente de los bajos.

—Huele mal —advirtió *Homer*.

¡Humo! Henry se apresuró a dar marcha atrás. Pensé en el espía, escondido allí debajo.

Los camiones rugían al pasar uno tras otro en una cadena electrónica de múltiples de cien metros, zarandeando la furgoneta pero arrojando menos polvo que nosotros. Supe por la expresión sombría del rostro de Henry y por el desvanecimiento de su último azulejo que empezaba a estar hambrienta. Yo también. Además, me preguntaba cuánta distancia podríamos recorrer sin ga-so-li-na ni corriente de red.

Era media tarde cuando divisamos una figura distante sobre un pilar elevado.

—¡Un caballo volador!

—No, es un dinosaurio —apuntó Henry—. No, una almeja.

—Sea lo que sea —dije—, significa ga-so-li-na.

La estación de servicio estaba situada en una plataforma elevada accesible desde la interestatal, pero Henry consiguió irrumpir desde el desierto cambiando a modo de precaución. Nos detuvimos entre dos islas de hormigón en el momento preciso en el que el dependiente se encerraba en una pequeña cabina.

Me bajé y golpeé el cristal con los nudillos. El dependiente meneó la cabeza. Le enseñé el último billete de diez. Cuando asintió con la cabeza, lo introduje doblado

por una ranura de la puerta.

Llené la furgoneta de *ga-so-li-na* con una manguera hasta que el dependiente golpeó en el cristal conminándome a detenerme. Percibí de nuevo aquel olor. Siempre era como la primera vez; nunca te acostumbrabas a él. Después de colgar la manguera, miré debajo en busca del espía. Había desaparecido: probablemente, se había abrasado y perdido al estrellarse la furgoneta contra el escudo. Sentí una tristeza sorprendente. Echaba de menos al ojito rojo.

Henry salió de la tienda de regalos, que el dependiente no se había ocupado de cerrar con llave. Lucía una sonrisa en la cara y volvían a vislumbrarse varios azulejos; uno hasta estaba batiendo las alas de un modo lento y distraído. Llevaba al hombrecito en el antebrazo izquierdo, como si fuera un halcón en una película antigua. Estaba ataviado con un sombrero diminuto, chaparreras de vaquero y una camisa con flecos. Sin embargo, estaba descalzo y seguía tirando de su jersey.

—He encontrado un muñeco de vaquero —anunció ella—. ¡Déjalo ya! —le dijo al hombrecito.

—*Sip* —la secundó este.

—¿Y las botas?

—Eran de madera maciza. No estaban huecas.

—Necesita un pañal.

—Aprende deprisa. Ya ha dejado el Pudín de Energía®.

—¿Tiene dientes?

—Voy a tener que ponerle nombre muy pronto.

Me tocaba conducir. La entrada no estaba escudada y conseguí incorporarme a la interestatal y desconectar la *ga-so-li-na*. Ahora que la teníamos en abundancia, no la necesitábamos. A menudo parece que buena parte de la vida es así.

Me incorporé al carril de alta velocidad y dejé que la furgoneta se condujera sola.

—Huele bien —observó *Homer*, que estaba despierta. Podía haberse tratado de Bob, que había adoptado un aroma completamente nuevo al cabo de su efímero periplo en la tumba. En lugar de carne podrida ahora olía a tierra fresca, desierto, piedra, salvia, viento, arena y una especie de colonia masculina.

Conduje hasta que cayó la noche y las luces se encendieron, y luego seguí conduciendo, alentado por los ronquidos que procedían tanto de la parte trasera como de la delantera. Solo estábamos despiertos el hombrecito y yo. No había luces, ni mohoteles, ni reservados, ni mercadillos, ni otra cosa que roca, arena y montañas semejantes a huesos o a nubes, siempre lejos.

Oí un *pop pop pop* en la parte posterior de la furgoneta. Me sorprendió la súbita calidez que sentí, que era casi como el cosquilleo de mi mano, al recoger el espía. Este había regresado, estaba oculto bajo la furgoneta, y yo experimentaba una alegría secreta, misteriosa y sorprendente. ¿Acaso deseaba que me siguieran?

¿Acaso no lo hacemos todos, de una forma secreta, misteriosa y sorprendente?

Debí dormirme y soñar, porque cuando desperté tenía una erección. La caravana

estaba silbando a una velocidad constante de ciento diez. Yo seguía en el asiento del conductor. Henry se había callado al fin y se había acostado. Había un destello lejano, bajo el horizonte, frente a nosotros. Pensé que era el alba hasta que recordé que nos dirigíamos al oeste. ¿Un incendio forestal? Pero si no había árboles. ¿Una escaramuza? ¿Una colisión múltiple de camiones? ¿Una erupción volcánica? Entonces el hombrecito, que estaba de pie en el regazo de Henry, pronunció su primera palabra nueva después de «sip» y resolvió el misterio, por sencillo que este fuera.

—Vegas —dijo con una voz que era al tiempo profunda y frágil.

La Suma Comisión Internacional de las Naciones Unidas para las Artes y el Entretenimiento se estableció por medio de una votación de la Asamblea General el 12 de marzo de 20\*\*. Su mandato consistía en urdir un plan aceptable para todos que «podase las artes de un modo justo y no violento». Aunque la Suma Comisión (se, como la denominó en su caprichoso y pomposo relato el primer presidente de la misma) no respondía ante ninguna organización, persona ni gobierno y sostenía «consultas extensas y estrictamente confidenciales» con representantes de la OTAN, la NAFTA<sup>[10]</sup>, el Consorcio de la Costa Atlántica, el gobierno estadounidense, Microsoft Uno y Dos, Disney, los estudios Universal y «otros que deben permanecer en el anonimato». De seguro, aunque por supuesto este extremo nunca fue confirmado, los «anónimos» comprendían a miembros de la Mesa Redonda. La se pareció tener un escaso efecto inmediato sobre el nivel de violencia y, de hecho, los ataques de los alejandrinos se intensificaron, sobre todo en California, donde se incendiaron tres bibliotecas en el curso de una semana y los archivos de la Fundación del Dr. Seuss fueron sustraídos y arrojados al mar. Un artista marino de Cayo Hueso fue arrestado por intentar contra su propia galería con una bomba de ga-so-li-na. Ninguna compañía importante aseguraba cuadros ya.

La Suma Comisión, que, al igual que las Naciones Unidas que la había engendrado, solo tenía carácter consultivo, aconsejó la fundación de una agencia internacional dotada de «poderes policiales apropiados» para borrar «un número indefinido» de obras de arte al año. Dicha recomendación generó semejante hostilidad por parte de la industria musical, editorial y cinematográfica (Camilla Brown, de Sony, la tachó de «pena de muerte para el arte», un clamor que irónicamente más adelante fue empleado en su favor) que la Suma Comisión la rebajó enseguida hasta una «recomendación para su estudio subsiguiente» para no extralimitarse. Se elevó una petición al presidente de los Estados Unidos para que presidiera y financiase el estudio, puesto que los Estados Unidos constituían «la fuente» del flujo constante de arte y entretenimiento que estaba inundando el mundo y cualquier aplicación o reducción debía estar dentro del marco legal estadounidense. En aquel momento, dicha recomendación no se contempló como el cumplido que representaba en realidad. La academia de las Artes y las Ciencias emitió una declaración asegurando que el problema se debía a una «cultura mundial de violencia» en lugar de a una sobrecarga de información. El congreso reaccionó con una hostilidad irracional y predecible, vetando por medio de una maniobra electrónica el nombramiento de la antigua estrella de cine Apparent Phoenix para la comisión de investigación de la se propuesto por la presidenta Weed. Dicho estancamiento amenazaba el prestigio, la financiación y hasta la existencia de la Suma Comisión. Entonces, un acto de crueldad extraordinaria y gráfica, el espantoso

asesinato del novelista más prolífico del mundo, Gus Pope, en 20\*\*, rompió el empate y abrió la puerta del cambio que se necesitaba desde hacía largo tiempo.

Las Vegas. Divisamos el destello antes que las luces, las luces antes que los edificios y los edificios, que refulgían como espejismos, danzando en el aire distendido y blanqueado por el sol, mucho antes que el embrollo arenoso de calles, parcelas, solares y terrenos (los primeros que consiguieron escindir de los Estados Unidos) desde los que se alzaban con toda la grandeza y el misterio que podía invocar el placer en estado puro.

—Antaño Las Vegas era la segunda ciudad más rica de América, y durante un breve período de unos dos años, la segunda mayor —explicó Henry—. Era la tercera en consumo de electricidad y la cuarta en el de agua. También era la segunda en inmigración y la quinta en emigración.

—Asombroso —admití. Poco de todo aquello me resultaba novedoso, pero al parecer Henry sentía la necesidad de hablar.

Despuntaba el amanecer. Henry estaba sentada a mi lado mientras el hombrecito se alzaba en el asiento entre sus rodillas, mirando atentamente hacia delante mientras nos apresurábamos hacia el oeste entre arena y sal, polvo, roca y piedra como si huyéramos del sol naciente. Estaba más afable, ahora que tenía un hijo. Yo ya no debía cargar con el peso de la conversación; aunque buena parte de la suya era adusta y seca.

—Todo eso sucedió cuando pertenecía a los Estados Unidos —prosiguió—. Fue la primera ciudad estado que se separó de la Unión, y cuatro años después, ¡seis meses antes que Venecia!, la primera que fue admitida en las Naciones Unidas como ciudad mundial con su propio pasaporte, sus aduanas, su moneda y sus impuestos.

Y estaba fuera de la red, por supuesto: nuestro primer problema consistía en entrar.

—Tome la salida de la puerta del este —indicó el Buscador. La salida nos llevó a una extensa avenida perfilada como una flecha o una cicatriz que atravesaba una maraña de suburbios amurallados y en su mayor parte abandonados, algunos de los cuales todavía estaban patrullados por Quemaduras®, los moldes de seguridad ameboides que antaño estaban pintados como señales de advertencia en todos los complejos de apartamentos de Nivel Dos de América, hasta que se descubrió que se disolvían con el agua después de haber estado expuestos al sol durante un año.

»Póngase a la cola en la puerta del este —señaló el Buscador—. Bienvenido a Las Vegas. Así concluye la unidad de búsqueda veinte. Pulse «salir» para abandonar la búsqueda geo. Pulse «menú» para iniciar una nueva búsqueda.

No había ninguna cola en la Puerta del Este. Henry, que era una verdadera fuente de información, apuntó:

—La mayoría de los visitantes de Las Vegas acceden desde el sur y el oeste. —Acto seguido procedió a explicarme la razón. Entre tanto, una mujer con uniforme de aduanas al estilo de Las Vegas, provista de un bloc de notas y de una placa de

identidad, indicó a la furgoneta que se detuviese. Era Karen la Inquisitiva.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

Hice una suposición apresurada:

—Una semana.

—Son mil quinientos.

Mi expresión de dolor no fue fingida.

—¿No puede cargarlo en el Fácil Acceso?

—Lo recuperará con fichas, suvenires y cupones en cuanto se registre en el hotel —aseguró—. ¿En qué hotel van a quedarse?

—No lo hemos decidido aún —respondí—. Ya tenemos fichas. —Le enseñé las dos blancas y la roja que el último Bob el Indio me había dado para la cremación.

Fue un error.

—Mercancía india —musitó, meneando la cabeza—. Está muy rebajada. ¿Qué es ese olor?

—Huele raro —convino *Homer* desde la parte trasera de la furgoneta.

Karen la Inquisitiva introdujo la cabeza por la ventanilla.

—¿Eso es un perro parlante?

—Karen la Inquisitiva —declaró Henry mientras leía su placa de identidad—. Todos los ciudadanos de Las Vegas llevan una placa de identidad. El título descriptivo es opcional.

—¿Eso es un cadáver?

—Hemos venido por los crematorios —explicó Henry—. Las Vegas tiene más crematorios per cápita que cualquier otra ciudad del mundo.

—¿Por qué no lo han dicho antes? En ese caso, puedo darles un pase de un día —dijo Karen, mientras despegaba una etiqueta transparente del bloc de notas y la pegaba en nuestro parabrisas—. ¡Pero recuerden que no pueden sacar el cuerpo!

—Lo recordaremos —asentí. Estaba a punto de arrancar cuando ella alzó la mano. Percibí un pitido procedente de los bajos de la furgoneta y me asomé para observar. Nos estaban escaneando. Un técnico con mono aduanero estaba hurgando bajo la furgoneta con una larga barra.

—¡Ya lo tengo! —exclamó. Extrajo la barra y allí, adherido al extremo de la misma, batiendo furiosamente sus pequeñas alas y con su ojito rojo destellando de pánico, se hallaba el espía.

Me encogí cuando lo metieron en una vasija de barro. Me encogí cuando cerraron la tapa de golpe y la sellaron con una banda de acero, y otra vez al ver que colocaban la vasija en un receptáculo metálico alargado junto con otras vasijas y que este se deslizaba en el interior de una ranura del muro de hormigón.

La puerta se abrió con una sacudida y Karen la Inquisitiva nos indicó que continuásemos.

—Vámonos con viento fresco —masculló Henry.

—Vegas —anunció el hombrecito, desde su puesto en la rodilla de Henry.

—Huele estupendamente —observó *Homer*.

—Es ga-so-li-na —dije yo, mientras nos incorporábamos al tráfico circular que discurría en sentido opuesto a las agujas del reloj. Todavía estábamos en modo eléctrico, pero la mayoría de los coches, autobuses y taxis eructaban vapores y humo invisible (y no tan invisible).

Nuestra pegatina solo era válida durante un día. Ni siquiera estaba seguro de lo que andaba buscando. ¿Era mi álbum? ¿O era Panamá? El Buscador no me servía de ayuda. Estábamos solos.

Contorneamos dos veces la Rotonda para empaparnos del ambiente del lugar. Primero estaban los grandes hoteles casino: el Palladium, el Coaster, el Millenium, el Rialto, el Pentium, el Fantasía, el Imperial y así sucesivamente, cada cual más imponente y llamativo que los anteriores.

El hombrecito, en particular, parecía fascinado.

—M'Lenny —declaró, mientras arqueaba el cuello para mirar hacia arriba; o, cuando menos, así sonó lo que dijo.

—¿Lenny? —dijo Henry, haciendo una mueca, como si las sílabas supieran mal—. Entonces, ¿se llama así?

—M'Lenny.

Y desde entonces fue Lenny. A continuación (a mediodía en el reloj de la Rotonda) estaba la franja comercial: las Naciones Unidas; el Taj Too; el Palacio de Diana, al que se accedía por la afectuosa Mano Tendida; el Vaticano, cuyas espirales estaban custodiadas por Guardias Suizos pertrechados con sables de luz; y el Louvre. Después de eso (a las nueve del reloj) se sucedían los parques temáticos y las atracciones familiares, variadas y novedosas: el Circo Max; Mister Rogers; la Puerta del Cielo, con sus gigantescas zapatillas giratorias Nike; Flirts; Chez Spelling; y Hooters Unlimited, visible a kilómetros de distancia. La base de la Rotonda (a las seis en punto) consistía en una profusión de chalés de matrimonio y de divorcio, concesionarios de coches nuevos y usados, mohoteles económicos, tiendas de regalos diversas y crematorios instantáneos.

Me detuve en el primer crematorio que vi, bajo un letrero de neón «llameante».

—Huele a quemado —comentó *Homer*.

Henry despertó de repente y vislumbró el cartel: «Instancrema».

—¿Qué prisa hay? —preguntó.

—Acabemos con esta parte —repuse—. Eso nos convierte en legales.

—No podremos volver a arrancar la furgoneta.

—Pues la dejaré en marcha.

El propietario, apostado ante el ampuloso escritorio del interior, se llamaba Womack el Empático, según su placa de identidad. Me acompañó de nuevo a la furgoneta.

—¿La alfombra está incluida? —preguntó.

—Ni hablar —dijo Henry.

—Les cualifica para un descuento.

—¿Cuánto? —pregunté.

—El diez por ciento. La alfombra parece utilizable. Además, nosotros nos quedamos los zapatos, los empastes, lo que tenga en los bolsillos, las prótesis, los residuos minerales, etc., y ustedes los ahorros.

—¿Los ahorros de qué? —le interpele—. Es decir, ¿cuál es el verdadero precio?

—El precio le sorprenderá. Le sorprenderá y le complacerá. ¿Se trata de un familiar?

—Más o menos —respondió Henry—. O sea, él sí, pero nosotros no. Exactamente.

—No hay que ser estrictos con el precio cuando hay familiares de por medio —declaró Womack el Empático—. Lo importante es prestar atención a sus sentimientos.

—Huele a quemado —repitió Homer.

El precio, cuando al fin llegamos a ello, coincidía con cuanto teníamos: dos blancas y una roja. Y eso con el descuento de la alfombra.

—Estas cosas indias no valen nada —explicó Womack—. No deberían haberse vendido a los daneses.

—¿Y las cenizas? —pregunté, mientras Womack y yo lo llevábamos al vestíbulo, enrollado en la alfombra—. ¿Nos darán algo para meterlas?

—Mejor que eso —afirmó Womack. Me mostró una urna de plástico con un código de CIU impreso entre las dos asas—. La entrega aérea en dos días está incluida para aquellos a quienes urge enviar a casa a sus seres queridos —dijo—. Además, la urna está grabada. ¿Cómo se llama?

—Eso depende de ella —repuse, echando un vistazo a Henry—. ¿Robert o Bob?

—Bob —dijo Henry—. Nuestro Bob. Mi Bob.

\* \* \*

—Huele pegajoso —observó Homer.

Womack estaba extrayendo de la pared un receptáculo de rejilla ennegrecida. Se parecía al recipiente donde habían guardado el espía. Aquí y allá había crujientes trocitos de materia adheridos a la rejilla.

Ayudé a Womack el Empático a desenrollar a Bob de la alfombra y tenderlo en el receptáculo. El brazo se resquebrajó cuando lo extendimos al costado. Womack estaba a punto de empujar el recipiente cuando su ayudante, Carla la Energética, entró en el vestíbulo y comenzó a rociar las flores con una lata de aerosol.

Debió ser el siseo del espray. Bob se incorporó. La mandíbula se abatió y los ojos semejantes a pasas se cerraron y se abrieron de nuevo.

—¡Oh, no! —exclamó.

Carla la Energética soltó la lata y se dio a la fuga.

—¡No pasa nada! —lo tranquilizó Henry—. Estamos aquí.

—¿Nada? ¡¿Desde cuándo no pasa nada por morirse?! ¿Dónde estoy?

—En Las Vegas —contesté.

—¿Me vais a incinerar? ¿Solo por haberos mentido?

—Es porque estás muerto —explicó Henry—. No querías que te enterrasen, ¿recuerdas?

—Pero ¿quemarme? ¿Incinerarme? ¡No puedo soportarlo! Esto va de mal en peor.

—Es la muerte —intervine—. Aquí no hay finales felices.

—¡Para ti es fácil decirlo! —espetó Bob—. A ti no van a echarte a la puta hoguera como a la puta Juana de...

—Díganle que modere su lenguaje —terció Womack el Empático—. Y oigan, no es posible incinerarlo si se queja. ¿Le han dado Extremaunción®? Es adictiva. Además, tiene un efecto residual en los pulmones.

—Ya lo sé —repliqué.

—¡Estoy muerto! A partir de ahora voy a estar muerto. ¡Para siempre!

—Así son las cosas —dijo Henry—. No pasa nada.

—¡Sí que pasa! —Aunque su cuerpo desecado había dejado de oler, o casi, el aliento de Bob era más fétido que nunca. Tenía que retroceder constantemente solo para hablar con él.

—Debe estar completamente muerto —repuso Womack, que estaba en la entrada, meneando la cabeza—. Hay regulaciones, incluso en Las Vegas.

—De verdad que está bastante muerto —aseguró Henry—. Esto no es más que un efecto residual de la Extremaunción®, que satura los tejidos alveolares.

Pero fue imposible convencer a Womack, que me ayudó a trasladar a Bob de nuevo a la furgoneta.

Nos devolvieron las fichas, salvo una blanca que Womack reclamó en concepto de cuota de reposición. Nos quedamos la urna, que ya ostentaba la inscripción: «Nuestro Bob».

—¿Reposición de qué? —protestó Henry—. ¡Menudo sablazo!

La luz del sol era brutal, pero habíamos dejado la furgoneta en marcha con el sistema de refrigeración conectado; de otro modo, ¿cómo habrían sobrevivido *Homer* y *Lenny*? Era media tarde y caí en la cuenta de que estábamos muertos de inanición. Por fortuna había un McDonald's a varias manzanas del Instancrema.

En esta ocasión, apagué la furgoneta, pues todavía teníamos a Bob para volver a arrancarla. No obstante, dejé encendido el control climático.

La ficha blanca nos bastó para comprar dos conos de carne silvestre; yo compartí uno con *Homer* y Henry compartió el otro con el hombrecito, *Lenny*, que había dejado el Pudín de Energía® por completo. Seguía tirándole del jersey y ella aún lo rechazaba, pero ambos eran menos enérgicos al respecto.

Nos sentamos en el McDonald's y observamos el discurrir del tráfico. Éramos los únicos clientes.

—A lo mejor deberíamos tirarlo en un aparcamiento en algún sitio y mandarle la urna con cenizas a Bob el Indio —sugerí.

Henry meneó la cabeza.

—Era mi amigo.

—¿Aunque te mintiera? ¿Aunque te utilizara?

—Me amaba. Por eso me mintió.

\* \* \*

Contorneamos la Rotonda en tres ocasiones hasta encontrar a Panamá. Durante el segundo circuito, cuando el indicador del combustible ya empezaba a emitir un mortecino destello rojo, como el de las cenizas de una hoguera consumida, me dio un vuelco repentino el corazón al oír un inesperado (aunque no del todo) *¡pop pop pop!*

—Tu colega —comentó Henry.

El espía había regresado. Experimenté un hormigueo expectante y familiar en las manos y detrás de las rodillas. Dirigí mi atención a la carretera en lugar de al espejo retrovisor, pero, no obstante lo imaginaba deslizándose hacia la parte baja del vehículo, modulando su magnetismo para resbalar sobre las superficies metálicas, con su ojo rojo refulgiendo.

—Huele bien —observó *Homer*, cuyos grandes ojos marrones me miraban por el espejo retrovisor. *¡Homer* lo comprendía!

Pasamos nuevamente junto al Instancrema, aunque, por supuesto, no nos detuvimos. Comenzamos el tercer circuito. La densidad del tráfico aumentaba y estaba oscureciendo, lo que indicaba que Las Vegas estaba volviendo a la vida. En aquella ciudad estaba todo al revés. Hasta la autopista discurría en sentido opuesto al de las agujas del reloj. Oscurecía cuando nos aproximamos al Strip (a las tres en punto), y los pomposos hoteles empezaron a encenderse ofreciendo un dramático espectáculo: el Palladium, el Coaster, el Rialto, el Pentium, el Fantasía, el Imperial, el Astro, el Belair, el Delight, el Ensign... todos relucían menos dos; según la Guía de Las Vegas, que solo leí mucho después, ambos habían sido elegidos para las demoliciones periódicas que dejaban paso a las nuevas atracciones. El Millenium y el Flamingo descollaban como dientes cariados.

—M'Lenny —dijo Lenny mientras el flujo del tráfico se moderaba, ribeteando las imponentes torres.

—¿Cómo es que aprende las palabras de una en una? —preguntó Henry con acritud. Nunca se dirigía directamente a Lenny.

—M'Lenny —repitió este, golpeando el parabrisas con un dedito.

—Huele a suerte —observó *Homer*.

—¡Eso es! —exclamé.

—¿Qué? —dijo Henry.

—El Millenium —respondí, mientras me incorporaba al carril de salida.

Lenny asintió.

—M'Lenny'm. —Alzó la mirada hacia Henry y le aferró los pechos; ella le propinó una bofetada.

Aparqué junto a una pared de hormigón de escasa altura, entre dos lectros abandonados. A mi entender, nos hacían menos conspicuos. Apagué la furgoneta.

En lugar de feliz, Henry parecía asustada.

El Millenium era una torre de cristal negro de veinticuatro pisos de altura. Todas las placas, las pantallas y las ventanas estaban apagadas. La única luz procedía de los postreros rayos del sol poniente, que se reflejaban en los pisos elevados.

—Esperad aquí —dije. Salí y me dirigí a la puerta. Cuando había recorrido la mitad del aparcamiento, miré hacia atrás. Lenny me estaba siguiendo. ¿Cuándo había aprendido a andar?

El hombrecito trastabillaba, tratando de correr.

Lo levanté y seguí caminando hacia la entrada. Se trataba de una puerta giratoria sellada con Cintaeterna®. En el interior no había sino oscuridad. Apenas se precisaban varias palmeras muertas y una cascada apagada.

Una rata se escabulló por el suelo.

«*Este podría ser el escondite perfecto*», pensé. Pegué los ojos al cristal y oí el zumbido del aire acondicionado y algo que parecía el lejano tañido de campanas. Examiné el sello de goma de la puerta giratoria, que apenas cedió lo suficiente para acoger las yemas de mis dedos, y percibí la atmósfera fría y húmeda.

Lenny estaba tirándome de la camisa. Lo dejé en el suelo.

—*Sip* —dijo: la primera de sus tres palabras, seguida de «Vegas» y «Millenium». Acto seguido me entregó su sombrero de vaquero y, antes de que pudiera detenerlo (aunque no tenía intención de hacerlo, ni lo habría hecho aunque hubiese podido), se deslizó bajo el sello para dirigirse a la cuña interior de la puerta giratoria. A continuación se deslizó bajo el siguiente sello y se perdió en la oscuridad.

Apoyé los dedos en el cristal y observé hasta que entreví algo (quizá fuese una rata, o Lenny) que se escabullía a la carrera por la planta del vestíbulo interior. Después todo fue oscuridad, silencio y sosiego. Esperé durante lo que se me antojaron horas y regresé a la furgoneta. Por suerte, Henry estaba dormida, de modo que no tuve que darle explicación alguna.

Aunque ella no habría echado de menos a Lenny.

El sueño es la mordiente espuma de la muerte, la oscuridad que nos borra día tras día y noche tras noche. El mar de la nada en el que nos hundimos, manando sueños como si fueran burbujas. Yo estaba soñando, y en mi sueño Henry se había despojado de su sostén de azulejos para revelar un sostén más pequeño debajo, cubierto de criaturas con alas brillantes y ojos de rubí...

*Pop pop pop.*

¡El espía! Sentí un hormiguelo en la mano y cuando la metí en el bolsillo, allí estaba él. ¿Cómo había logrado escapar de la aduana? ¿Cómo se había metido en la

furgoneta?

*Pop pop pop.*

Pero estaba soñando de nuevo.

Abrí los ojos y vislumbré los primeros fulgores del alba sobre el pico Reagan, en el norte.

El chasquido era más bien un golpecito.

*Tap tap tap.*

Era el hombrecito, Lenny, que estaba golpeando la ventanilla del coche.

Ya no estaba vestido de vaquero, sino que lucía un diminuto traje con corbata.

Asimismo, me percaté de inmediato de que llevaba zapatos.

La furgoneta disponía de manivelas rotatorias manuales. Bajé la ventanilla.

—Panamá —dijo—. Vegas, Millenium, Panamá, ¡Sip!

El modo truculento, mejor dicho, monstruoso, de la muerte de Pope, por no hablar de las extrañas circunstancias en las que fue descubierto su cuerpo, ultrajó incluso a los alejandrinos capturados, legitimó a cuantos buscaban una solución, cualesquiera que fuesen sus motivos, y silenció a toda la oposición, cuando menos temporalmente. La líder en minoría de la Cámara rompió filas con su propia maniobra obstruccionista, blandiendo una impresión de la infame y casi censurada cubierta de la edición electrónica de *Time* que ilustraba los restos macabros y recompuestos de Pope, y abogó por una acción «rápida y decisiva» del congreso. La oposición transigió, al menos por el momento. Confirmaron la designación de Apparent Phoenix para el subgrupo de estudio de la Suma Comisión y al mismo tiempo lo nombraron secretario del recién creado Departamento de las Artes y el Entretenimiento, que ostentaba categoría de gabinete. Dicho departamento solo tenía «carácter consultivo», y a menudo se ha especulado que el alcance de los deseos de la presidenta se limitaba a aquel nombramiento ceremonial: que nadie deseaba cambiar nada, y ella menos que nadie. No obstante, los acontecimientos se estaban adelantando a los deseos, y sin duda también a la política estadounidense.

La máquina de supresión se desveló durante una conferencia de prensa en el pomposo vestíbulo del hotel Virgin Atlantic de Nueva York. Tenía el tamaño aproximado de un coche, aunque carecía de ruedas y hubieron de sacarlo sobre un tren deslizante de levitación magnética. Las cuatro ventanas (dos grandes y otras tantas pequeñas) servían para mirar hacia dentro, no hacia fuera. Se trataba del producto de una consultoría de *software* de Austin que había trabajado en el proyecto durante doce años, precediendo (según quienes sabían de su existencia) a la Mesa Redonda y hasta a los propios alejandrinos. En principio los había contratado el departamento de Prisiones de los Estados Unidos para diseñar un generador de lotería aleatorio que corrigiera los factores raciales y sociales y seleccionara a las víctimas al azar entre los condenados a muerte. Por desgracia, la máquina de supresión había perdido relevancia antes de que la perfeccionaran siquiera, cuando se introdujo la pena de muerte obligatoria y se privatizó el DP. No obstante, el grupo de Austin se mantuvo unido bajo una nueva dirección, adaptando su máquina para resolver una nueva crisis pública, gracias a los esfuerzos filántropos de su patrón... Y en este punto el ingeniero jefe se la presentó al propietario del hotel Virgin Atlantic (y, de hecho, de toda la cadena, que había surgido de la aerolínea después de una colisión en vuelo desgraciada y sin precedentes, la primera en la que se hallaban envueltos dos aviones de la misma línea): el excéntrico multimillonario conocido como el señor Bill. Siguiendo la tradición instaurada por Rockefeller, Vanderbilt y Carnegie, según sus explicaciones, el señor Bill siempre había deseado emplear sus millones para fomentar el bienestar general, sobre todo en conexión con las dos grandes causas más cercanas a su corazón, las prisiones y el arte. La máquina de supresión se había

concebido en una y había nacido en la otra, afirmó el señor Bill, que al parecer estaba tan perplejo como cualquiera de los miembros de la prensa en cuanto al funcionamiento práctico de la máquina de supresión. Sin embargo, le complacía ofrecérsela al pueblo americano como un instrumento que quizá resultase de cierta utilidad para el nuevo departamento, en sus esfuerzos para liberar a la nación de los efectos de la sobrecarga de información y la violencia que esta había causado y continuaba causando. Etc., etc. La prensa no pudo formular ninguna pregunta. En cambio, el señor Bill dio paso al propio Apparent Phoenix, que estaba «complacido de recibir, en nombre de su departamento, este ingenioso artilugio que», etc., etc. Cuando el señor Phoenix hubo expresado su agradecimiento la prensa se había marchado, dejando solo a sus fotógrafos, que se afanaban fotografiando la máquina mientras la embalaban para enviarla a Washington DC por la vía férrea.

Henry deseaba tomarse su tiempo. Primero el lápiz de labios, seguido de la sombra de ojos. Después musitó:

—Te vas a llevar una sorpresa. —Y se desprendió del jersey de azulejos. El sostén de azulejos me resultaba familiar; lo había visto en un cajón, aunque, desde luego, no había necesidad de decírselo.

Aquello evocó mi sueño. Deslicé la mano en el bolsillo y sentí un cosquilleo placentero. ¡El espía! No había sido un sueño.

Empleando las últimas gotas de agua de la última jarra que nos había dado el último Bob el Indio, Henry se lavó la cara, el cuello, los hombros y las axilas mientras Lenny la observaba embelesado y yo fingía no hacerlo.

Si antes me había parecido que estaba aterrorizada ante la perspectiva de reunirse al fin con Panamá, ahora parecía casi risueña.

—Huele triste —observó *Homer*.

—No te preocupes, tú vienes con nosotros —le dije, mientras sacaba a pulso la Radio Voladora® de la furgoneta. Después, cuando nadie miraba, saqué subrepticamente el espía del bolsillo y lo pegué bajo la furgoneta. No deseaba llevarlo encima en un día que, si nos sonreía la suerte, había de ser muy señalado. Me encantaba la sensación que me producía, pero me distraía.

Cuando nuestro pequeño séquito estuvo preparado, el sol se cernía sobre el Days Inn al este y el aire de Las Vegas se estaba caldeando como el aceite de una lámpara de lava. Henry había vuelto a ponerse el jersey y sus pechos parecían más grandes y contorneados que nunca. Lenny pensaba lo mismo: le tiraba del jersey de azulejos y ella lo rechazaba a bofetadas... pero de un modo distraído.

Ahora, en lugar de risueña, parecía casi triste. Los azulejos eran imprecisos y grises.

Dejamos a Bob enrollado en la alfombra en la parte trasera de la furgoneta, con el control climático encendido para atemperar el olor. Yo iba en cabeza, con la Radio Voladora® y *Homer* justo detrás. Henry nos seguía, con Lenny posado en el brazo.

—¡Panamá abre Lenny! —espetó Lenny ante el interfono: una rejilla que coronaba una entrada situada a la izquierda de la puerta giratoria principal, que estaba sellada para siempre con Cintaeterna®.

La puerta se abrió con un zumbido y Lenny y Henry accedieron al interior. Yo estaba a punto de seguirles cuando oí un *pop pop pop*. Era el espía, que se estaba arrastrando hacia los bajos de la Radio Voladora®. La puerta estaba a punto de cerrarse, de modo que me apresuré a pasar.

El interior estaba oscuro. No..., iluminado. La planta estaba oscura, pero la penumbra se difuminaba para convertirse en claridad arriba. El interior era un inmenso espacio abierto que desaparecía en una suerte de neblina que ocultaba las terrazas elevadas. En la pared opuesta, había una cascada apagada que le confería un

aire casi natural.

El suelo semejaba un tablero de ajedrez, con cuadros deslucidos que indicaban la antigua disposición de las máquinas tragaperras, las mesas de *black jack* y de dados y las ruletas. Todo había desaparecido.

A la izquierda de la cascada había un ascensor bala en un hueco despejado, suspendido de los pisos elevados como si fuera una parra de cristal.

Estaba bajando.

Columbré a un hombre en el interior. Tenía los brazos llenos de libros.

—Huele a loco —observó *Homer*. Lenny guardó silencio y Henry también.

El ascensor se detuvo ante nuestros ojos y se abrió para dejar paso a un hombre: alto, delgado, cargado de espaldas y de coronilla calva, con una larga coleta de cabello gris plateado. Entornó los ojos, como si todo cuanto viera fuese una pizca demasiado pequeño. Estaba ataviado con un mono gris y sostenía una brazada de libros, varios CD y cintas de vídeo.

—¿Panamá? —pregunté, mirando a Henry a la espera de una confirmación. Desde luego que era él, pues ella ya se estaba desplomando, desvaneciéndose, desmayándose, un miembro tras otro, las rodillas, las manos, las caderas, para convertirse en un bulto con forma femenina en el suelo polvoriento. Lenny consiguió escapar de un salto en el último momento.

—¿Henrietta? —dijo Panamá. Dejó los libros, las cintas y los CD al borde de la cascada seca y se arrodilló para tomarle el pulso, al tiempo que rechazaba suavemente a Lenny, que intentaba meter la mano bajo el jersey de azulejos.

Apartó la vista de Henry para mirarme.

—¿Eres Bob el Indio?

—Desde luego que no. Ni hablar.

—Entonces puedes ayudarme a subirla. —Cogió en brazos a Henry—. El chico, que vaya con el perro. ¿Quién eres?

—Shapiro. Hank Shapiro.

—Pues vamos. Puedes traer al perro.

Remolqué a *Homer* y dejé que Lenny se subiera.

El ascensor se selló a nuestro alrededor como si fuera la concha de una almeja, y ascendimos con rapidez, atravesando la oscuridad en dirección a la luz. La media luz: pues aunque la claridad parecía mayor sobre nuestras cabezas, cuando llegamos imperaba la tiniebla.

*Ding.*

El ascensor se detuvo en el piso diecinueve. El *ding* despertó a Henry, y me pregunté si acaso recordaba los *dings* ominosos, violentos y en la práctica fatales de su edificio de apartamentos de Brooklyn. Pero tenía los ojos llenos de paz, no de pánico, y no me miraba a mí, sino a Panamá.

Sin decir nada, volvió a cerrar los ojos. Los azulejos habían regresado y volaban en formación, uno en cada pecho, dirigiéndose al oeste; ¿o era al este?

Llevándola en brazos, Panamá emprendió el descenso de la grada abierta para dirigirse a las habitaciones, dispuestas alrededor del hueco central. Yo iba a la zaga, deteniéndome para asomarme por la barandilla. Era como estar en el espacio, con el infinito por encima y por debajo. Aunque nunca había estado en el espacio, a veces lo había imaginado. Las motas de polvo flotaban en el aire como si fueran planetas, en busca de un rayo de luz donde rotar. Era como si la misma luz se hubiera oscurecido. Más adelante descubrí que estaba polarizada.

—Por aquí.

Seguí a Panamá y a Henry hasta una reducida estancia con cama de matrimonio, televisión y vestidor. La cama estaba cubierta de libros. Panamá señaló imperiosamente con la barbilla y yo la despejé con un ademán, derribando los libros al suelo.

—Huele estupendamente —observó *Homer*.

—*Sip* —dijo Lenny.

—Quita el edredón.

Así lo hice, y Panamá la acostó en la cama. Ella estaba sonriendo. La tapó hasta la barbilla y a continuación se dirigió a mí.

—No deberías haberla traído.

—Te equivocas —repuse—. Yo no la he traído, me ha traído ella. —Le expliqué lo del Williams y cómo lo había seguido por todo el país. Omití dónde lo había obtenido, pero él lo adivinó al mirar mis pantalones azules celeste con raya.

—Un renegado de la agencia. Aquí no hay sitio para ti, Shapiro.

—Estupendo —dije—. No tengo interés en ti ni en los demás alejandrinos. Lo único que quiero es el disco para regresar a Nueva York y recuperar mi empleo. Todavía falta una semana para la entrega de octubre.

—Eso es una ilusión —replicó Panamá.

—¿El qué?

—Todo. Ven y te lo enseñaré.

Me condujo a la siguiente habitación de la grada. En la cama y el vestidor había montones de libros y CD, diversos cuadros al óleo y grabados, así como partituras, antiguas ediciones en rústica y películas de vídeo.

La siguiente estancia era igual, o casi igual: en un rincón había una escultura de jardín de un santo con un pájaro, y la cama rebosaba de libros y CDs.

Y la siguiente.

Y la siguiente.

No había ninguna habitación cerrada con llave, y en todas había libros, CD, partituras, cuadros, cintas y hasta álbumes: todo ello amontonado en la cama, esparcido por el suelo, apilado en el cuarto de baño, rebosando del armario.

En algunas había mucho, en otras poco, pero en todas había algo. Hicimos un alto en la barandilla y Panamá hizo un ademán expansivo, gesticulando arriba y abajo como si fuese el dueño de todo aquello; y la verdad es que, en cierto modo, lo era.

—El Millenium es un sitio grande —afirmó—. Aquí está todo cuanto han rescatado los alejandrinos. Por ahora. —Había veinticuatro pisos, según me dijo, y veinticuatro habitaciones en cada piso. 576 habitaciones en total. Una semana no habría bastado para visitarlas todas.

Pero yo no tenía ninguna razón para hacerlo.

—¿Quién es el que sube todo esto? —pregunté.

—Soy yo. Era.

—¿Dónde está lo nuevo? El disco habrá llegado hace unos días. Será reciente.

—La palabra reciente tiene un significado distinto en este lugar —repuso Panamá—. Estamos en Las Vegas. Esto no está en el reloj. Recibimos mercancía nueva todo el tiempo, por lo menos, antes lo hacíamos, y no tengo tiempo de archivarlo y clasificarlo todo.

—¿Y los demás alejandrinos?

—Yo soy el único que hay aquí.

—¿Y Henry? ¿Y Bob?

—¿Bob el Indio? ¿El que ella conocía?

—Bob está fuera —le expliqué—. En nuestra furgoneta. Está muerto.

—Bob no era un alejandrino —dijo Panamá—. Apenas era un indio Bob. Los Bobs son contrabandistas. Traen una copia de todo lo que retira la agencia... —Observó la raya de mis pantalones—. De lo que retiráis vosotros, los artistas de la selección, y lo dejan en la plataforma de carga. Yo me ocupo de clasificarlo.

—¿En qué orden? ¿Adónde va?

—Llevo un poco de retraso —respondió Panamá—. Estoy tan atareado poniéndome al día que no consigo adelantar trabajo.

Esbozó una sonrisa débil y comprendí que se trataba de una broma. Una broma de burócrata. No era extraño que una bibliotecaria se hubiese enamorado tan perdidamente de él.

—¿Quieres decir que a lo mejor el disco ya está arriba, en alguna parte? —pregunté.

—Por supuesto. Recuerda que aquí ya había un ejemplar antes de que llegara esa copia nueva que andabas persiguiendo. Podría hallarse en cualquiera de estas... —De repente pareció alarmado, como si recordara algo que había dejado sin hacer—. ¿Qué hice con lo que llevaba cuando entrasteis? ¿Dónde lo dejé?

Empezaba a comprender que estaba confuso, por decirlo de un modo piadoso. Pero estaba dispuesto a ayudarlo, aunque era consciente de que él no iba a prestarme mucha ayuda.

—En el vestíbulo —respondí.

\* \* \*

En el ascensor me percaté de que había botones para veinticinco pisos.

—Olvídate del último —recomendó Panamá—. Ese no forma parte del hotel.

Cuando salimos del ascensor para acceder al vestíbulo vislumbré pilas de libros y discos, cuadros y CD entre las sombras. Había varios montoncitos en el pilón de la cascada apagada. No lograba distinguir el que había dejado Panamá. Todos parecían distintos y sin embargo iguales.

—¿Cuáles son los que dejé? —preguntó.

Señalé un montón al azar. Panamá lo cogió con el brazo y se dirigió al ascensor. Lenny salió corriendo tras él.

Así pues, me puse manos a la obra. Lo bueno de los discos es que su tamaño y su forma son excepcionales, de modo que no me veía obligado a examinar todos los artículos de todos los montones. Procuré llevar la cuenta de las habitaciones, primero recordando los números y después, cuando eso empezó a parecerme excesivo, trazando una señal con jabón en el espejo del vestidor. Utilicé una equis. Por suerte, los álbumes son raros. ¡Imagínate si Williams hubiera sido un autor, y el objeto de mi búsqueda un libro! Solo tardaba veinte minutos en descartar un montón. También tuve suerte de que hubiera comida en abundancia, mejor dicho, aperitivos, en los minibares aparentemente sin fondo de las habitaciones.

No existían el día ni la noche. Inspeccionaba la plataforma de carga al término de cada hilera de estancias. Se trataba de un garaje de dos compartimentos situado detrás del vestíbulo en el que destacaba un estrado elevado, donde Panamá dejaba montoncitos de libros, discos, CD y cuadros que se retiraban de algún modo. Parecía encerrado en una especie de círculo. Era imposible diferenciar lo nuevo de lo viejo, lo que había examinado de lo que no. Jamás vi que los Bobs trajeran nada, y la voluminosa puerta de ferropástico que daba al exterior estaba siempre cerrada. Vislumbraba la luz por debajo como si fuera un lingote de luz pura.

También inspeccionaba de vez en cuando el vestíbulo. Sin embargo, miraba sobre todo en las habitaciones, inspeccionando las pilas exhaustivamente. Mientras tanto *Homer* dormía con los ojos cerrados, asomando el hocico por un extremo de la Radio Voladora® y el rabo por el otro. Su cabeza seguía aumentando de tamaño; su cuerpo, en cambio, era cada vez más pequeño. Comía cada vez menos. Sobre todo, frutos secos de los minibares. Yo dormía siempre que sentía que trazaba círculos en torno a ese estanque oscuro y plácido en el que nos sumergimos en pos de nuestros sueños, despejando una cama, ¡y encontrando a veces un montoncito de libros a mis pies al despertar! ¿Acaso me había perdido a Panamá mientras llevaba a cabo sus interminables rondas?

Visité a Henry en el piso diecinueve un par de veces, pero ella siempre estaba dormida, acurrucada bajo las mantas junto al jersey de azulejos cuidadosamente doblado sobre la almohada. Apenas pensaba en Bob, envuelto en la alfombra, en la furgoneta. Apenas pensaba en Nueva York, ni en mi empleo. ¿Mi ex empleo? En las habitaciones del Millenium no había relojes ni ventanas, de modo que ignoraba cuándo era de día o de noche. El interior de los casinos de Las Vegas, incluso el de

los que no están en comisión, induce un profundo estado semejante al sueño, como había de descubrir cuando me despertó un sonido terrorífico y no obstante familiar.

Disparos.

*Tak tak tak.*

Los disparos vinieron seguidos de un grito:

—*¡Sip! ¡Sip!*

Se produjo un nuevo estallido de fuego... y después, el silencio.

La gente en general, y los americanos en particular, adoran tres cosas: la justicia, el juego y las máquinas; y combinando las tres en un paquete atractivo, la máquina de supresión obtuvo la aceptación del departamento de las Artes y el Entretenimiento. Más adelante, se desveló que la sucesión de acontecimientos (la conferencia de prensa, la presentación, la aceptación) había sido orquestada por Niño Bonito, la misma empresa de relaciones públicas que había contratado la Coalición por los Derechos de las Víctimas en 20\*\* para ejercer presión a favor del referéndum que había instaurado la pena de muerte obligatoria siempre que hubiera pérdida de vidas o daños materiales por valor superior a mil (cantidad que más adelante se fijó mil quinientos). Un departamento con una máquina es un departamento con una misión, y el Departamento de las Artes y el Entretenimiento anunció su programa de acción el 12 de junio de 20\*\*. No era un accidente que aquel fuera el segundo aniversario, no del asesinato de Pope, pues su fallecimiento, que se había postergado de una forma tan compleja, carecía de una fecha precisa, sino del descubrimiento del primer «plazo» de sus restos, como se demostraría posteriormente. La mano de Niño Bonito también resultó evidente en aquella sincronía. Apparent Phoenix, el Secretario de A&E, anunció que a partir de otoño borrarían al año mil doscientas unidades de todas las artes. El número podía redondearse al alza o a la baja con la aprobación indispensable del secretario o del vicepresidente, y estaba sujeto a una inspección anual. No se haría distinción alguna entre las artes, que se meterían en el mismo saco, o crisol, como se dio en llamar, que incluiría a los escritores, así como a los poetas, nacidos después de 1900; los artistas nacidos después de 1875; los músicos que habían grabado sus obras después de 1950; y todos los largometrajes. Los programas de televisión, la danza, los ensayos y las memorias, así como la fotografía, fueron eximidos (algunos dijeron que excluidos) del fondo. Cuando aquellos detalles salieron a la luz, los miembros de la Mesa Redonda reconocieron su propio trabajo, aunque ninguno se atrevió a revelarlo, por supuesto. Los factores raciales y de género estaban corregidos en las supresiones del crisol, conforme a una fórmula ingenjada por la propia máquina cuya lógica estaba poco definida. La fórmula debía ser inspeccionada (pero no cambiada) semianualmente por la Suma Comisión, cuyas regulaciones dictaban que cualquier equipo de inspección en el campo de las artes consistiera en no menos de tres ni más de seis individuos, con un mínimo de dos que pertenecieran a las «Naciones de Color» y no más de uno de los Estados Unidos o de la Unión Europea.

Se trataba de un tiroteo, el primero al que asistía desde la redada en el club de mala conducta y el segundo en total. ¿Acaso es extraño que sintiera aprensión cuando bajaba en el ascensor?

—Huele a miedo —observó *Homer*, que había abierto sus grandes ojos marrones, y me vi obligado a darle la razón. No obstante, salir corriendo se me antojaba más arriesgado que echar un vistazo. Tenía que saber al menos quién estaba involucrado y lo que había en juego.

Vislumbré los destellos mientras descendíamos muy despacio (¡pero demasiado aprisa!). A medida que nos acercábamos al vestíbulo, reconocí el *buddha buddha buddha* del Carillón y el *tak tak tak* del Carpintero. El Carpintero me produjo escalofríos; lo que me había pegado un tiro en la pierna era un Carpintero.

—Espérame aquí —le dije a *Homer* cuando la puerta se abrió como la concha de una almeja—. Pensándolo mejor, espérame arriba.

Pulsé el veintitantos y salí del ascensor. Ahora me hallaba efectivamente comprometido. Justo antes de que se cerrara la puerta, algo se estrelló contra mi pierna. Era demasiado blando para ser una bala. Bajé la vista y divisé un ojo rojo.

El espía. ¡Lo había olvidado! ¿Cuánto tiempo había pasado? Lo recogí con un hormigueo en los dedos, ¡recordando el placer que producía! Pero debía concentrarme en otras cosas...

Me lo guardé en el bolsillo y me oculté tras un montón de libros y cintas. Todavía no me había visto nadie, según parecía.

Me asomé para ver lo que sucedía.

Una cuña de luz trazó un arco en el suelo, tan brillante que me hirió los ojos, ¡*buddha buddha buddha!* En la puerta abierta había un hombre diminuto con una pistola enorme, disparando hacia el aparcamiento.

Era Lenny.

¡*Buddha buddha buddha!*

Su padre, Panamá, estaba tras él, disparando por encima de su cabeza. ¡*Tak tak tak!*

Puesto que nadie me estaba disparando a mí, ni había reparado en mi presencia, me incorporé y atravesé corriendo el vestíbulo.

—¿Qué sucede? —le pregunté a Panamá.

—¡Se acabó! —exclamó él—. ¡Nos han encontrado!

—¿Quiénes?

*Buddha buddha buddha*, respondió el Carillón de Lenny; era el doble de grande y pesado que él, pero lo empuñaba con facilidad, aunque el retroceso lo empujaba resbalando hacia atrás cada vez que disparaba una andanada.

Dando un respingo, eché una ojeada al otro lado de la puerta. La luz del sol me cegaba. En medio del aparcamiento había un cuerpo tendido en un creciente charco

de sangre. Tras él, divisé humo negro y llamas anaranjadas. Era la furgoneta, que estaba ardiendo. Explotó en una bola de llamas ante mis ojos.

—¡Bob! —grité, alargando la mano en el preciso momento en el que Panamá cerraba la puerta. La retiré justo a tiempo.

—¡Panamá *sip* Carillón! —prorrumpió Lenny mientras descansaba el arma en el suelo para introducir un cargador nuevo con la rodilla—. ¡Millenium lío asesino!

—Está en lo cierto —convino Panamá—. Son los Alejandrinos del Fuego. Quieren obligarnos a salir con fuego.

—¿Cuántos hay?

—Es difícil decirlo —repuso—. Venga, vamos a arrastrar ese cadáver adentro para interrogarlo.

Panamá franqueó la puerta y Lenny salió corriendo. Yo le iba a la zaga. El resplandor era violento y abrasador.

La furgoneta ya había dejado de arder. No era más que una masa humeante de metal retorcido. Era como si el sol hubiera sofocado ese fuego con el suyo, más violento.

—¡Millenium lío asesino! —exclamó Lenny al tiempo que se arrodillaba sobre el cuerpo. El muerto me resultaba familiar. Pero bien mirado, todos los muertos se parecen un poco.

Me dirigí a la furgoneta en busca de Bob. No quedaba nada reconocible excepto el esqueleto de alambre trenzado del volante. El resto era ceniza y metal retorcido, demasiado caliente para tocarlo. No pude acercarme ni siquiera a tres metros.

Giré en redondo y vi que Lenny estaba arrastrando el cadáver hacia la puerta abierta. Le seguí. Dentro, en las tinieblas, comprendí por qué me había parecido familiar aquel hombre. Era Dante. Le habían volado un lado de la cara (el Carillón sin ranuras dispara acróbatas *dum-dum*) pero su sonrisa burlona, tan inconfundible como insoportable, seguía allí.

Oí un matraqueo familiar. Panamá estaba agitando un aerosol con un monje encapuchado.

—¿Qué haces? —pregunté—. ¿De dónde has sacado eso?

Pero ya lo sabía; Henry guardaba la Extremaunción® en el sostén.

—Conozco a este tipo —respondió Panamá—. Éramos socios y amigos antes de la escisión. Ayúdame.

Era lo último que quería hacer, pero lo hice. Separé las mandíbulas de Dante a la fuerza y las sujeté mientras Panamá lo rociaba. Lenny observaba, sentado en el Carillón ardiente que había estado disparando tan solo momentos antes.

—¡Oh, no! —El ojo restante de Dante se cerró de golpe. Entrelazó las manos de un manotazo y se incorporó—. Estoy muerto, lo sé. No me lo digas. No lo soporto.

—Estás muerto —dije.

—Creía que eso era lo que queríais —dijo Panamá.

—El problema no es estar muerto —gimió Dante—, es saberlo.

—Arderás en el infierno —dije.

Eso pareció animarlo.

—De puta madre —contestó—. Panamá, ¿eres tú? ¿Estás listo para arder, nene, arder?<sup>[11]</sup>

—Ya sabes que soy yo, Dante —dijo Panamá—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Pregúntaselo al artista de la selección —respondió Dante—. Mira en su bolsillo. Al lado de la polla.

Lenny y Panamá me miraban fijamente. Busqué en mi bolsillo y saqué el espía. Me produjo un hormigueo cálido en los dedos.

—¿Te estaban espionando? —exclamó Panamá. Me lo arrancó de la mano y lo aplastó. El leve *crac* reverberó por todo el vestíbulo—. ¿Lo has traído tú?

—¡El espía estaba en la furgoneta! —dije. Me arrodillé para coger los pedazos, pero Panamá los apartó de una patada.

Lo miré encolerizado. Lo habría matado si hubiese podido.

—El espía se enamoró de él —explicó Dante—. Fue idea mía potenciar el erostato. El algoritmo de aprendizaje descomprimió sus parámetros geográficos hace meses y este espía ilegal ha estado cruzando fronteras estatales desde entonces.

—¿Meses? —Me puse de nuevo en pie, confuso—. ¡Si me fui de Nueva York hará una semana!

—Eso es lo que tú crees —repuso Dante—. Díselo tú, Panamá.

—Ya se lo he dicho —contestó Panamá—. En un casino no existen la noche ni el día. El tiempo de Las Vegas es distinto.

Levanté la vista hacia el oscuro espacio abierto. Percibía la verdad de lo que me estaban contando, aunque no deseaba creerlo. ¿De veras me había saltado la entrega de octubre? ¿Todo aquello había sido en vano?

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Ocho semanas y cuatro días —respondió Dante—. En ese momento vimos que el espía había dejado de viajar y supimos que el pez gordo había mordido el anzuelo. Ahora el juego ha terminado. ¡Te toca arder!

—¿Estás seguro? —preguntó Panamá—. ¿Dónde están los demás?

—Están justo detrás de mí, Panamá. No puede haber un incendio sin una biblioteca, ya lo sabes. Están desfilando con antorchas. Están cantando la canción de los Alejandrinos del Fuego. Oirás la música en cualquier momento.

—Tú no lo harás, porque estarás muerto —intervine, con toda la crueldad que pude.

—De puta madre —gimió de nuevo, y su voz era un débil suspiro—. Hazme un favor, Panamá, por los viejos tiempos. Siempre he admirado esos crematorios de Las Vegas...

—¡Nada de favores! —lo interrumpí.

—No tiene importancia —dijo Panamá—. Si lo dejamos fuera, en el aparcamiento, los sanibots lo recogerán para incinerarlo. La ciudad corre con los

gastos.

—¿Por qué vas a hacerle un favor? —le pregunté—. Quiere destruir todo cuanto has hecho. ¡Quiere quemar el Millenium!

—Solo está haciendo su trabajo —dijo Panamá—. Es un alejandrino, igual que yo. Solíamos trabajar juntos.

—¡Igual que tú! —graznó Dante—. No puede haber un incendio sin... —Entonces el ojo que le quedaba se abrió de golpe y sus mandíbulas se cerraron. Se desplomó sobre el costado, todavía encorvado, como un anacardo.

Panamá alargó la mano hacia el pulverizador.

—No, no —me opuse. Aferré el aerosol y lo arrojé al otro lado del vestíbulo—. Es adictivo. Créeme, lo sé.

Panamá cerró el ojo restante del muerto, casi con ternura. Estiró el cadáver, que ya se estaba agarrotando. Los huesos y los tendones produjeron un suave chasquido.

—Dante siempre tuvo una fijación con el fuego. Forma parte de la condición de los Alejandrinos del Fuego. El fuego y la muerte.

Ayudé a Lenny a arrastrar de nuevo el cadáver hasta el aparcamiento para que se lo llevaran los sanibots. En cuanto cruzamos la puerta, comprendí el significado del tiempo del casino. Aunque parecía que solo habían transcurrido unos minutos, era de noche y las cenizas de la furgoneta estaban frías. Las removí y encontré el paquete de la urna. Estaba intacto, hasta el código de barras de la dirección, que identifique (como siempre, gracias a la academia) como algún lugar de Wyoming. Lo llené de cenizas que quizá fuesen las de Bob y cerré la pequeña tapa con un chasquido.

—Millenium va buzón —dijo Lenny. Señalaba un buzón apostado en el límite del aparcamiento. Introduje el paquete de la urna en la ranura, que disponía de un extremo ancho.

«Hasta luego, Bob».

Lenny quería que lo cogiera, de modo que lo hice. Era más fuerte y había aprendido muchas palabras nuevas, pero no era mayor que el día en el que había nacido. De cerca, advertí que se parecía más a su padre que a su madre. Estaba calvo y lucía una coletita. Y el esmoquin contribuía.

—Lennium acabó —dijo. Yo también lo creía. Pero apenas habíamos empezado a atravesar el aparcamiento en dirección a la puerta cuando oímos que sonaba un teléfono a nuestras espaldas.

Bajé a Lenny y este regresó a la carrera (por decirlo de algún modo) y sacó un teléfono del bolsillo de Dante. Intentó dármelo, pero yo meneé la cabeza: no lo quería.

Cuando llegamos a la puerta se lo dio a Panamá. El teléfono seguía sonando.

Panamá lo desplegó y se lo puso en la oreja.

—Es el viejo —dijo, al tiempo que me lo entregaba.

En esta ocasión lo cogí.

—¿Qué viejo? —pregunté.

Antes de que Panamá pudiese contestar, una voz desconocida, áspera y arenosa resonó al otro lado del teléfono:

—¿Shapiro? ¿El artista de la selección?

—Sí...

—¿Podría verte arriba?

A continuación, un tono de llamada.

Plegué el teléfono y se lo devolví a Panamá.

—¿Qué viejo? ¿Cómo que arriba?

—Supongo que estás a punto de averiguarlo.

—¡Jo, tío! —exclamó Lenny.

Señalaba al otro lado del vestíbulo, hacia arriba, en dirección al ascensor, que ya estaba descendiendo para recogerme; vacío, excepto por *Homer* con la Radio Voladora®.

Las primeras mil doscientas unidades que se borraron o «retiraron» solo incluyeron a catorce escritores que gozasen de un amplio espectro de lectores; once pintores cuyas obras figurasen en museos y galerías; y veintiún músicos medianamente conocidos (aunque, por supuesto, ahora no los recuerda nadie). Los temores del público se aplacaron. Todos (o casi todos) exhalaban un suspiro de alivio: las supresiones iban a cebarse con la escoria bajo el huerto de las artes, en lugar del fruto de los árboles. Eso, por supuesto, no era cierto; iban a podar hasta las ramas, pero la poda se llevaría a cabo a lo largo de un periodo de tiempo tan prolongado que parecería relativamente indolora; por lo menos al principio. Nadie creyó que el número efectivo de obras borradas fuese crítico; era mucho más importante la percepción de que estaban solucionando una acumulación masiva de contenidos, tanto a nivel global como a nivel local. Eso se consideraba suficiente: la Opción de Supresión estaba diseñada para desatascar las cañerías, liberando así el talento y la energía de cientos de miles de artistas, músicos, poetas y escritores en activo. El gobierno estadounidense estaba interesado tanto en la calidad como en la cantidad del arte que producían, que en aquel momento constituía el componente principal del producto interior bruto o PIB.

El sistema se desvió a lo largo de los años siguientes para fijar cien supresiones al mes, enumeradas en un anuncio que a su vez se borraba al cabo de un año. Había una contradicción implícita en el hecho de preservar los nombres de los individuos borrados en una base de datos de acceso público, pero era necesario, puesto que todavía quedaban copias privadas de libros, vídeos, CD, etc., en áticos y desvanes mucho después de que las artes se hubieran digitalizado. Al ocuparse de aquel hecho, el A&E obtuvo una aceptación pública todavía mayor, con la fundación de una agencia de las Artes y el Entretenimiento, el brazo ejecutor y recolector del A&E. Necesitaban oficiales de supresión (conocidos popularmente como artistas de la selección) para recuperar las copias impresas borradas, de modo que estas no acabasen siendo artículos de coleccionista en los mercadillos que empezaban a surgir en las fronteras estatales de todo el país para eludir los impuestos sobre la venta, que se habían elevado para compensar la abolición de los impuestos sobre la propiedad y los ingresos. La contratación de más OS entrañaba la necesidad de fundar una academia de reclutamiento y formación. El Cumplimiento suponía una mayor inyección de dinero en el sistema legal y penal. Ahora las artes eran una industria importante no solo por su producción, sino por su destrucción. Además de catalogar, vender, archivar y preservar, ahora se incorporaban (o reverberaban, como decían algunos) las actividades paralelas de descatalogar, desarchivar y borrar; solo la última de estas requería ejércitos de personal que se ocupara de la selección, el cumplimiento, la contabilidad, el pago, las quejas y las apelaciones. Asimismo, había otros beneficios inesperados. Las aplicaciones del programa «El banco del Arte» del A&E, que pagaba un estipendio a los artistas para que no creasen, eran abrumadoras,

y se estaban fundando programas similares en el campo de la música y la literatura. La popularidad del museo Vacío de Los Ángeles aumentó de manera exponencial. Lo que se había fundado como una nota irónica se convirtió en una notable atracción turística a medida que visitantes de todo el mundo pagaban por recorrer las salas vacías, contemplando las paredes desnudas. En verano de 20\*\* sobrepasó al Getty en número de visitantes. El año siguiente se establecieron museos satélite en Filadelfia y St. Louis, y después en Ciudad de México, Dar es Salaam y Varsovia. No era la menor atracción de aquellos museos el hecho de no exigir controles de seguridad ni detectores de metales. Las supresiones también ocasionaron una economía sumergida. Puesto que la máquina de supresión era un artilugio aleatorio, como los que se empleaban en la lotería estatal, repercutió en una próspera industria del juego, no solo en los mercados, donde la gente adquiría lo que en esencia constituían futuros artículos de contrabando, sino en los lugares donde se celebraban porras sobre las propias supresiones. Todos los artistas, hasta los que se borraban del canon, producían un flujo de ingresos, aunque solo fuera por una vez. Lo mejor de todo era que los costes administrativos de todos aquellos programas no los abonaba el gobierno sino la industria, que se apresuró a reconocer las enormes recompensas financieras que obtenía al purificar periódicamente el catálogo.

El primer objetivo de las supresiones había sido estimular la economía y proporcionar empleo (y como objetivo secundario, por supuesto, revitalizar las artes). El segundo había sido disminuir la violencia, lo que implicaba destruir a los alejandrinos arrebatándoles su relevancia histórica. Esto se consiguió con mayor facilidad todavía, cuando el gobierno empezó a hacer su trabajo por ellos y después a pagarles, en la práctica, por desempeñar el trabajo que habían emprendido pro bono, por decirlo de algún modo. Los alejandrinos imitadores o falsos que habían empleado el movimiento como tapadera del orgullo étnico o del odio racial se dedicaron a otros proyectos. Los alejandrinos originales o auténticos siempre habían formado un conjunto abigarrado, unificado solamente por sus tácticas. La mayoría seguían siendo desconocidos y ni siquiera se habían identificado entre sí; estaban organizados en pequeñas células o en grupos de afinidad, o bien operaban solos; y observaban expectantes. Otros eran conocidos y habían sido identificados: estos cumplían condena o estaban presos a la espera de juicio o de que se dictara sentencia. (Y otros, por supuesto, habían sido ejecutados.) Estos fueron puestos en libertad conforme a una amnistía especial, el programa Fénix, y les ofrecieron un empleo en la agencia, aunque ese punto no se dio a conocer al gran público. Los que no habían sido identificados subieron a bordo más despacio, pero se estima que hacia el 20\*\* más de un cuarto de las operaciones y casi la mitad de la administración de la agencia se hallaba en manos de antiguos Alejandrinos del Fuego, «por el incendio, no la biblioteca». Es discutible si fue una genialidad o una locura por parte del secretario Phoenix, pero el hecho es que todo el mundo estaba complacido, o cuando menos satisfecho, al menos durante una temporada. La escisión y la llegada de los nuevos

Alejandrinos de la Biblioteca se produjo con el debate en torno a los inmortales.

*DING.*

Veinticinco.

La puerta del ascensor se abrió como la concha de una almeja.

El olor me abofeteó en la cara. Era seco y algo dulce, como el de la alfombra de Bob. Un olor de muerte. Oí un aullido desmayado y distante: los conductos del aire acondicionado municipal, sobrecargados en aquel piso elevado que soportaba directamente el despiadado sol de Las Vegas.

—Huele feo —observó *Homer*.

Remolcando la vagoneta, abandoné el ascensor para acceder a una sala oscura, del tamaño de una *suite*, con ventanas en tres lados (todas las cortinas estaban corridas) y el ascensor en la cuarta.

En el centro de la habitación había una cama de matrimonio.

En el centro de la cama había un hombre. Estaba tumbado boca arriba, mirando al techo.

Me acerqué un paso a la cama.

*Ding.*

La puerta del ascensor se estaba cerrando a mis espaldas. *Homer* y yo nos habíamos quedado a solas con el muerto. Porque eso es lo que era, lo comprobé en cuanto me acerque a la cama. Estaba más muerto que Bob y que Dante. Muerto como el polvo, como los huesos.

Al rodearlo atisé la piel seca, curtida y tirante sobre los huesos. Llevaba gafas, pero no tenía nariz donde apoyarlas. Ni ojos. Ni labios, ni orejas, y su cabello descansaba en un estanque gris que evocaba una salsa helada en torno a su cabeza, sobre la almohada sucia. El olor se había debilitado. Ya me había acostumbrado a él. Ni siquiera tenía que respirar por la boca.

¿Este era el viejo que me había convocado? Parecía improbable, pero...

—Aquí arriba.

Era su voz, pero procedía de arriba.

Levanté la vista. Fue entonces cuando me percaté de la abertura en el techo. Era un cuadrado de noventa centímetros de lado, cubierto de barrotes. Tampoco había reparado en la escalera. Estaba en un recoveco al lado del ascensor.

—Ahí abajo hay una llave —anunció con su voz arenosa—. En el vestidor. En el cajón de arriba a la izquierda.

En efecto, allí estaba: una llave metálica grande y antigua. Había oído hablar de tales llaves, y hasta había manejado una en la academia.

—Y trae la cubierta.

—¿La cubierta?

—La cubierta del álbum. El Williams. Para que sepamos que eres quien dices ser. Yo no había dicho que fuese nadie, pero no iba a echarme atrás a esas alturas.

Además, lo de la cubierta del álbum era sencillo. Iba siempre conmigo. Viajaba en el fondo de la Radio Voladora®, debajo de *Homer*. Levanté a la perra para sacarla; me sorprendió y me alarmó un tanto, creo, comprobar el parvo tamaño y la fragilidad de las patas y el cuerpo de *Homer*. La cubierta del álbum estaba tibia, como si fuera un ser vivo.

Eso era más de lo que se podía decir del viejo. ¿Y quién sabía lo que me esperaba arriba?

—Espera aquí —le susurré a *Homer*. ¿Fue mi imaginación, o acaso asintió?

Con la cubierta del álbum bajo el brazo, ascendí la mitad de la escalera. Inserté la llave en la cerradura instalada a un lado de la reja con barrotes que obstruía la abertura.

No pasó nada.

—Tienes que girarla —indicó otra voz; una voz de mujer.

Giré la llave. No pasó nada.

—Ahora tienes que empujar —dijo.

Empujé hacia arriba, y en efecto, el enrejado se balanceó hacia un lado. Me asomé a la habitación. No era una habitación, sino más bien una buhardilla; o, como estaba a punto de averiguar, una celda. Era una pirámide de plástico de cuatro lados, de unos dos metros y medio cada uno. Las paredes se arqueaban hacia dentro para rematar el techo bajo y puntiagudo. Una mujer vestida con un desvaído mono naranja estaba tendida boca arriba en un jergón extendido en el suelo.

—Cierra la puerta al pasar —ordenó.

Bajé la reja de acero al suelo. Pesaba mucho. Acto seguido me incorporé cuanto pude y miré alrededor. Casi podía estirarme en el mismo centro. Las paredes eran de plástico, pero estaban fabricadas para remedar la piedra. El jergón estrecho, el retrete sin tapa, el diminuto lavabo; todo era de plástico. La única luz procedía de cuatro ranuras horizontales, alargadas y estrechas, de una longitud aproximada de un metro, una en cada pared.

Finalmente me obligué a encararme con ella, pues se trataba de una mujer. Tenía el cabello corto y gris, y la tez de color gris pálido. Hasta sus ojos eran grises. Parecía vieja, pero era difícil estimar cuánto.

La reconocí, por supuesto.

—Eres Damaris —afirmé. Había visto su fotografía en la academia—. Creía que estabas en prisión.

—Lo estoy.

—¿Y el hombre... de ahí abajo?

—El señor Bill —declaró con la voz arenosa del anciano. A continuación esbozó una sonrisa fría y débil y adoptó nuevamente la suya—. Estoy segura de que has oído rumores. Te ofrecería un asiento, pero, como puedes ver, no tengo ninguno. Ni siquiera tengo tapa en el retrete.

Era cierto: había oído rumores.

—No pasa nada —dije, y me agazapé sobre los talones. A través de una ranura vislumbraba una pequeña banda de cielo azul, de dos centímetros y medio de anchura y cien millones de años luz de profundidad.

—Estoy segura de que conoces mi historia —prosiguió ella—. Por lo menos la mayor parte. Sé que la estudiáis en la academia.

—Está prohibido hablar del currículo de la academia —respondí.

—No seas ridículo, Shapiro. Perdiste tu empleo hace meses, cuando te saltaste la entrega. Has violado todas las reglas y regulaciones de la agencia desde el momento en el que sacaste el Williams de la bolsa. La apertura de la bolsa tiene una membrana de plasma activa de un solo sentido con una conexión en tiempo real con Cumplimiento; ¿lo sabías?

—Creía que era un rumor.

—Los rumores suelen ser ciertos —replicó ella—. Todos los rumores sobre los alejandrinos son ciertos. Los rumores sobre Damaris y el señor Bill son ciertos. —Tenía un modo curioso de hablar de sí misma en tercera persona en algunas ocasiones y en plural en otras. «Nosotros», decía, o «ella». Pensé que podía tratarse de un efecto secundario de la Mediavida® y del encierro en solitario durante tantos años. Ahora creo que es un atributo frecuente de la celebridad. Se trata de una forma de modestia, la verdad; la certidumbre de que para los demás eres aún más importante que para ti mismo y de que tu personalidad privada arroja una sombra sobre la luz de tu personalidad pública. Me senté sobre los talones en un rincón de la celda de Damaris mientras ella me relataba su historia, que era la historia de los alejandrinos, y también la historia del hombre que había bajo nosotros.

Poco a poco me acostumbré a su voz. Parecía una grabación ralentizada. Y así era, en cierto modo. La Mediavida® la retrasaba a ella y, según empezaba yo a comprender (¡despacio!), el casino nos retrasaba a los demás. Era casi una coincidencia; gracias a ella, la mujer parecía casi normal, aunque no del todo. Me contó que el señor Bill la había contratado...

—¿Te contrató?

—No me interrumpas.

Antes de conocerla en persona. Por supuesto, conocía sus películas, pero no era un fan, ni mucho menos su amante. Eso sucedió más tarde. Esto era estrictamente profesional. Necesitaba a una estrella, a cualquier estrella, y cuando se enteró de su intento de suicidio...

—¿Suicidio?

—Terminex® y vodka Absolut®. Tenía casi sesenta años y no me habían ofrecido un papel ni había salido en una revista desde hacía doce. Ahora, por favor, no me interrumpas.

Adivinó la causa de su desesperación y despachó a sus abogados con su flota de coches oscuros para ofrecerle un papel protagonista, el último, que había de garantizarle un lugar en la leyenda y en la historia. Era una oferta que podía rechazar,

pero que aceptó. Un papel importante, su rol final.

Al interpretar a una alejandrina, Damaris representaba un papel que el propio señor Bill había contribuido a crear, pues, como este le reveló más adelante, había financiado los primeros esfuerzos de los alejandrinos en los Estados Unidos. El señor Bill se había hecho rico digitalizando libros y películas para después dedicarse a la música y el arte. Fue uno de los primeros que advirtió que la expansión constante del pasado diluía necesariamente el valor del futuro. La tendencia era a la baja, debía serlo. Lo único que le sorprendía era que nadie más se hubiese percatado de ello. Cuando los *eliminateurs* llevaron a cabo sus primeros atentados en Francia el entusiasmo se apoderó de él, aunque era evidente que tenían su propia agenda. Le gustaba el hecho de que el objetivo de los atentados fuera el arte, pues solo en el arte tenía el original un valor intrínseco. Le emocionaba destruir lo irreproducible, aunque para él el objetivo definitivo fuera el cine, la música y los libros. Su medio de ganarse el pan.

Y le gustaba su secretismo. No solo ejercía un atractivo natural sobre un hombre cuya extravagancia privada era legendaria, sino que la clandestinidad caótica y misteriosa de los alejandrinos era una palestra donde podía desenvolverse, al igual que cualquiera dotado de imaginación, de dinero o de ambas cosas. El señor Bill financió a varios grupos pequeños en los Estados Unidos, pero sin involucrarse personalmente en ningún momento.

—Nadie pudo implicar al señor Bill en la explosión del Getty —dijo Damaris—. Pero ya en los primeros arrestos vio la ocasión de iniciar un proceso para convertir una protesta privada en una política pública. —Ella se incorporó fácilmente a la lista del Getty por medio de una conexión papal privada. La policía deseaba arrestos, no certidumbres—. Yo quería dos cosas —afirmó—: la muerte y la inmortalidad, y me ofrecieron ambas. ¿Acaso es sorprendente que me esforzara para que mi último papel fuese el mejor?

—¿Y realmente creías en algo?

—Por supuesto. Aunque soy de California, estudié en La Cocina del Infierno<sup>[12]</sup>. Un actor educado en el Método se amolda a su papel. Llegué a creer. Llegué a amar a mis coacusados. Intentaba sinceramente salvarles la vida, aunque acabé salvando solo la mía. Persuadí al señor Bill para que financiase mis apelaciones, no solo porque me horrorizaba mi sentencia, pues yo había buscado la muerte, ¡no la Mediavida®!, sino porque deseaba hacer cuanto estuviera en mi mano para asegurarme de que la visión alejandrina perdurase en mi ausencia.

Su voz se tornó pensativa.

—O tal vez fuera lo mismo. Era mi mejor papel y no estaba dispuesta a renunciar a él.

La prisión conceptual en la que Damaris había estado encerrada durante las apelaciones era una institución privada que había adquirido con facilidad una de las empresas del señor Bill (esa fue la primera de numerosas adquisiciones similares), lo

que le permitía establecer una conexión con la Mesa Redonda sin transgredir abiertamente los códigos penales. Este punto era importante para ella. Al igual que la mayoría de las estrellas de Hollywood que creen que merecen su fama, se oponía con terquedad a los subterfugios.

—La Mesa Redonda —explicó Damaris— fue mi llamada a escena. Una aparición final como el icono de la supresión, el ángel negativo, la reina nula. El problema fue que a medida que comenzamos a desarrollar los protocolos de supresión que más adelante se veneraron en tu agencia, yo, que aún ansiaba la muerte, comencé a ver y comprender el horror de todo.

—¿El horror?

—El horror. Podía aceptar la muerte del individuo, pero no la de la obra de arte.

Mientras hablaba, siempre en susurros, con su propia voz, miré a mi alrededor en la exigua celda. Una de las ranuras estaba enrojeciendo. A ella no pareció importarle que me levantara; ni siquiera se percató de ello. Al otro lado de la ranura contemplé por vez primera toda la extensión de Las Vegas; o un cuarto, o casi un tercio: las torres que se encendían como si fueran velas, el flujo interminable de los lectros que trazaban círculos. Ni un alma, en el mundo visible. La gente se encontraba en los casinos y las atracciones, o en los coches y los lectros que discurrían en ambos sentidos entre los casinos y las atracciones. Casi había oscurecido. Era el universo como siempre lo había imaginado, demasiado imponente para que los humanos lo contemplasen sino de noche, y entonces en silencio solamente. Me pregunté si Damaris habría mirado por aquellas ranuras alguna vez. Eran las únicas ventanas del casino. Al otro lado, al oeste, se alzaba un muro de montañas, con nieve que subía y bajaba con tanta ligereza, al parecer, como las sombras de las nubes. Al este, al norte y al sur solo se veía el desierto, con montañas secas en montones dispersos, como antiguos zurullos.

\* \* \*

—Me dejó de lado. Me traicionó. Falsificó mi última declaración y me dejó de lado. Ya no era su aliada, pero seguía siendo su prisionera.

Literalmente. El señor Bill era el dueño de todo el sistema de prisiones, que se había privatizado pieza a pieza, cuando las apelaciones de Damaris se agotaron y Los Seres Queridos S.A. la confinaron en su celda. Confirmaron su sentencia: diecinueve cadenas perpetuas consecutivas, así como una penalización de cincuenta años por apelación, sin tan siquiera la sombra de la posibilidad de obtener la libertad condicional, en virtud de una legislación especial. Fue la sentencia más severa jamás impuesta a un famoso en los Estados Unidos continentales.

—Y lo gracioso es que cuando sucedió me alegré. La Mediavida® no es la muerte, pero se le parece; te aparta del mundo. Aunque se ve que del señor Bill no.

Es notable, asombroso, sin duda, el número de artistas en activo, escritores, poetas, músicos, etc., que se pueden borrar antes de que surja un nombre conocido por el gran público. El 11 de agosto de 20\*\* retiraron a John Steinbeck, que fue uno de los cien de aquella semana. Por primera vez había un ganador del premio Nobel. Enseguida las murmuraciones de la agencia, así como de las esferas más altas, de los pasillos forrados con paneles de imitación de nogal, llegaron a oídos de la prensa, y poco después de las editoriales y los debates televisados. No se trataba de Steinbeck, que no gozaba de más lectores en 20\*\* que cuando había muerto. Pero su nombre, que todos conocían, les recordó que había nombres que les importaban a todos. ¿Y si fuera Frank Sinatra? ¿O Toni Morrison? O el propio Pope, cuyo millar de novelas «de una página» eran más populares que nunca, a pesar de su defunción espantosa y prolongada, o tal vez debido a ella. ¿Acaso no había ciertos inmortales que debían estar protegidos por el canon, sin someterse a la supresión?

Así pues, la pregunta que había escindido por vez primera a la Mesa Redonda se abrió paso inexorablemente hasta la burocracia, y por último hasta el discurso público, por pobre que este fuera. La supresión aleatoria resultaba demasiado extrema, dijeron, demasiado severa; se precisaba a algunos inmortales para atemperar sus efectos y otorgar continuidad a la humanidad, o cuando menos, a los sueños de la humanidad. Ya había inmortales, fue la respuesta: Mozart, Shakespeare, incluso Hemingway, que había nacido en 1899. Cada generación necesitaba a sus propios inmortales, clamó una voz. Cada generación necesitaba su propio espacio, replicó otra. Además, ¿quién iba a elegir a los inmortales? ¿Y quién a los electores? Si hacían la vista gorda o pasaban por alto la selección aleatoria, siquiera en algunos casos, abrirían una caja de Pandora de agendas políticas, tanto públicas como ocultas, dictadas por la clase, la raza y el género. Así se recrudeció el debate: un poco entre el público, que solo estaba interesado de manera marginal; más entre los académicos y la «prensa», que siempre andaban en busca de material; y por encima de todo entre los alejandrinos ocultos a la vista de todos en la agencia y el departamento.

El comercio fue determinante. Aunque Elvis y Morrison parecieran universales desde el punto de vista de los americanos, eran mucho menos importantes en el contexto mundial, y la Organización Internacional de Comercio ostentaba la autoridad definitiva sobre el departamento, la agencia y sus programas. El concepto de los inmortales fue rechazado y se declaró ilegal; nadie quería decidir quién decidiría. El debate llegó a su término; la conversación se apagó. O así pareció. Pero una discusión más acalorada, aunque oculta, se estaba celebrando en la clandestinidad, como un incendio forestal incandescente que arde con renovada intensidad cuando no hay nadie en las proximidades. Se formularon preguntas; se establecieron nuevos contactos; se renovaron los antiguos. Sigilosamente, la gente se congregó bajo el sobrenombre de los Alejandrinos de la Biblioteca («por la

biblioteca, no el incendio»). Incapaces de pactar los inmortales que debían salvar, decidieron salvarlos a todos, conformando un canon negativo consistente en todo cuanto borraba la agencia. Sus primeros esfuerzos fueron electrónicos, pero puesto que estos archivos se detectan y se borran fácilmente, se pasaron al ámbito de la copia impresa, que requería alianzas con los diversos elementos de la clandestinidad que se habían convertido en contrabandistas. Eso requería dinero, lo que atrajo a un aliado inesperado a la combinación.

—El señor Bill —intervine.

—Le había conquistado al fin —dijo Damaris—. Se había enamorado.

—El amor adopta muchas formas —declaró Damaris—. El señor Bill me confesó más adelante que pasaba horas, y después días, y semanas seguidas, observándome mientras estaba acostada en mi estrecha celda como la Bella Durmiente. Deseaba devolverme a la vida. Deseaba disculparse y el deseo es una forma de amor. La adoración también. Las estrellas de cine (y yo todavía lo era) perciben esas cosas, incluso a través de la pausada neblina de la Mediavida®, que hace que un año parezca un minuto y un minuto, un año.

»El horror que yo había experimentado en la Mesa Redonda le afectó poco a poco, a medida que borrraban mis películas, una tras otra. Estaba desapareciendo. Cuando no estuviera, no sería más que una convicta, y menos que una mujer, la verdad. Ya no sería una estrella de cine. Entretanto, los alejandrinos se estaban reformando, dedicados a preservar el arte, en lugar de destruirlo. Seguían siendo ilegales, clandestinos y secretos. El señor Bill comenzó a operar entre bambalinas, financiándolos y reuniéndolos, hasta que se hubo levantado una misteriosa organización paralela: Los Alejandrinos de la Biblioteca, por la biblioteca, no el incendio.

—Así que financió a los dos grupos.

—Uno para complacerse a sí mismo y otro para complacerme a mí —explicó—. O eso creía él. Debido a la Mediavida®, hacía mucho que había dejado de importarme. Pero nunca se lo dije. Para entonces él había adquirido las industrias del juego y los casinos, y con ellas, la tecnología que nos permitía comunicarnos, incluso hablar, o tocarnos... y fue extraño, pero maravilloso. Se trasladó a este lugar y a continuación me trasladó a mí. Vivíamos en el tiempo del casino, como en efecto hacen a menudo los amantes. ¿Fueron años lo que pasamos juntos... o solo fueron días?

La pregunta no estaba dirigida a mí. Esperé en silencio durante largos minutos (¿o acaso fueron horas?), hasta que habló de nuevo.

—Desde que murió, he estado al cargo. Sobre todo de los casinos, así como de una o dos minas, de una empresa de alquiler de coches... Thrifty, me parece. Y por supuesto, de las prisiones. —Abrió una mano para mostrarme el teléfono móvil que oprimía contra su busto todavía generoso.

—Su voz —dije.

—Soy actriz. Él es un excéntrico, un recluso. Facilísimo.

—Eso te convierte en tu propia guardiana —observé—. ¿Por qué no te sueltas? —Le ofrecí la llave, aunque no había echado el cerrojo de la reja por donde había subido.

Ella retrocedió como si fuera una llama.

—El mundo solo alberga horrores para mí. Todo es excesivo. Lo único que quiero es alejarme de él, en lugar de acercarme. Sobre todo ahora que ha muerto el señor

Bill.

—En ese caso, ¿por qué no dejas de tomar Media vida®?

—Ya lo hice, hace mucho —respondió—. Justo después de que él muriese. Estaba celosa; quería seguirle. Por desgracia, la Mediavida® se aloja en los tejidos.

—Como la dioxina.

—¿Cómo lo sabías? Pero nada de eso importa. Lo que construimos es lo que me hará libre. Lo que me hará libre es el amor.

—¿El amor?

—El espía. Seguro que te acuerdas del pequeño espía enfermo de amor.

Le conté lo que había sucedido. De repente, mis ojos rebosaron algo que quizá fuesen lágrimas, pero desaparecieron antes de que pudiera asegurarme.

—No pasa nada —contestó ella—. Su muerte le dio sentido a su vida. Lo importante es que la agencia te espiaba, a sabiendas de que habías sacado el Williams de la bolsa, pero ignoraba que los Alejandrinos del Fuego la espiaban a su vez.

—¿Y tú se lo permitiste? —Estaba espantado—. ¿Aunque sabes que se proponen destruir todo lo que han rescatado los Alejandrinos de la Biblioteca?

—No puede haber un incendio sin una biblioteca —respondió—. No existe la vida sin la muerte, ni la libertad sin la prisión, ni los principios sin los finales. Cuando me enteré de que se habían puesto en marcha, supe que el círculo estaba a punto de cerrarse.

Y de pronto lo entendí. Esa era su fuga. Los Alejandrinos del Fuego iban a liberarla. El rojo al otro lado de la ranura, semejante a una barra ígnea, parecía confirmarlo. Era la ranura del ocaso.

—Vienen a arrasar este lugar hasta los cimientos —repetí—. Lo destruirán todo.

—No necesariamente. No todo. —Sonrió—. Eres un artista de la selección, ¿verdad? Pues ponte a trabajar. Dispones de un día, una semana, puede que hasta un mes. Elige a tus inmortales y llévalos a la plataforma. Los Bobs se los llevarán.

—¿Adónde?

—¿Te importa eso? ¿Acaso te ha importado alguna vez? Los Bobs han accedido a devolverlos al crisol, donde habrán de afrontar su destino al igual que todos los demás. Los mercadillos. Los contrabandistas. Quién sabe.

Se había presentado mi oportunidad.

—Tendría que empezar con el Williams.

—Ya lo había previsto —admitió ella—. Le había pedido a Lenny que se ocupara de él. ¿Y sabes una cosa?

Me tendió una mano vacía, y yo pensé que me estaba provocando. Entonces comprendí lo que deseaba y le entregué la cubierta del álbum.

Introdujo la mano bajo el colchón, sacó un disco envuelto en una pequeña funda de papel y lo insertó en la cubierta del álbum; una funda dentro de otra.

—Ya está. —Me lo devolvió, y me interpeló con la voz arenosa del anciano:

»Ahora vete y haz aquello para lo que te adiestraron. Haz lo que has venido a

hacer. Habrá inmortales. Cuántos y quiénes sean depende de lo que consigas hacer antes de que lleguen los Alejandrinos del Fuego.

—Entonces, ¿qué los convierte en inmortales?

—Lo único que significa ser inmortal es que te conceden una segunda oportunidad.

Yo albergaba dudas. Pero siempre había tenido dudas y nunca había permitido que interfiriesen con mi trabajo.

Quise estrecharle la mano, pero ella ya se había apartado en su lecho. Me puse en pie para marcharme. Levanté la reja, me detuve y volví la vista atrás para mirar a Damaris, la legendaria estrella de cine, el icono de los alejandrinos, tanto de la Biblioteca como del Fuego; sería la última vez que lo hiciera. Lo único que vi fue su espalda.

—Necesito una cosa más —dije—. Un tocadiscos.

—¿Qué demonios es un tocadiscos? —preguntó con la voz del señor Bill, sin volverse.

—¿Qué demonios es un tocadiscos? —preguntó Panamá. Empecé a describirlo. Entonces sus ojos entornados me hicieron ver que bromeaba; era su concepto de una broma. Me condujo a una estancia a la que se accedía desde la plataforma de carga donde estaban almacenados los artículos abandonados en las habitaciones de arriba. El tocadiscos era igual que el que había visto en el instituto Charlie Rose de Brooklyn; igual que el que había ido a comprar al club de mala conducta. Parecía que había transcurrido mucho tiempo desde entonces. Era magenta y gris, un gris que evocaba la ceniza, ceniza que evocaba a Bob, Bob, a quien había metido en el buzón... ¿cuánto tiempo había pasado desde entonces?

Encajaba a la perfección en la Radio Voladora®, apoyado contra el flanco de esta. Ni siquiera tuve que sacar a *Homer*. Sus cuartos traseros se habían encogido casi hasta la nada, al igual que su cuerpo, a decir verdad, a medida que la cabeza aumentaba de tamaño. Era como el cuerpo de una ardilla adherido a la cabeza de un caballo. Pero me daba lo mismo. Seguía conmigo: eso era lo importante.

El álbum (ya no era solo la cubierta) también encajaba en la vagoneta. Y Lenny, que siempre estaba encantado de salir de paseo.

Fuera era de día, de acuerdo con la barra de luz que se colaba por debajo de la puerta. La plataforma de carga era el único lugar del Millenium donde era posible discernir el día y la noche.

Salí al vestíbulo, oprimí el botón del ascensor y a continuación pulsé el diecinueve. Me parecía apropiado que Henry también oyera el disco. Me senté en la cama junto a ella y cerré los ojos cuando empezó la música, y en efecto, vi a mi padre en la entrada, con su sombrero de vaquero. Olí su cigarrillo y la ga-so-li-na de sus manos; ahora ya sabía que se trataba de eso. Al fin supe lo que había estado a punto de decir, pues lo enunció con una voz que guardaba un gran parecido con la de *Homer*:

—Cuida del perro, hijo, es hora de ponerse en marcha.

El disco hizo *tic tic tic* cuando acabó. Cuando abrí los ojos Henry seguía dormida, pero Panamá se hallaba en la entrada del mundo tangible; él también estaba escuchando.

—¿Has encontrado lo que andabas buscando?

—No es asunto tuyo —respondí. Pero así era.

\* \* \*

Esa fue la última vez que vi a Panamá; me pareció bien. Vi mucho más a Lenny. Le gustaba subirse a los ascensores y montarse en la Radio Voladora®. Ya no podía cabalgar a lomos de *Homer* como un vaquero, de modo que se encaramaba al borde

de la vagoneta con las piernas cruzadas. Le daba un aire sofisticado, como si fuera un muñeco de Fred Astaire.

Fred Astaire es uno de los inmortales, aunque ignoro lo que significa eso. Supongo que lo único que significa es que le han concedido otra oportunidad. Lo escogió Lenny. Hank Williams también lo es, por supuesto. Escuché el disco una vez más antes de dejarlo en la plataforma. A la mañana siguiente (aunque ignoro lo que significa eso) había desaparecido.

Así pues, volví a convertirme en un artista de la selección. Era agradable. Con la ayuda de Lenny, y en compañía de *Homer*, recorrí el hotel en busca de «inmortales», escogiendo uno que conociera y otro que no en cada estancia, esforzándome por ser justo.

A veces, cuando metía la mano en el bolsillo, añoraba al espía. Pero solo un poquito.

Fue Lenny quien encontró el segundo Williams. Habíamos inspeccionado todas las habitaciones del Millenium y estábamos empezando desde el principio, de modo que me sorprendió no haberlo visto antes. Pero sin duda era Hank Williams: las mismas canciones, en un orden ligeramente distinto. En lugar de llevarlo a la plataforma lo dejamos junto a la cama de Henry para detenernos de tanto en tanto a escucharlo. Eso hicimos, y cada ocasión era idéntica: Henry estaba dormida con los brazos destapados y el jersey de azulejos doblado en la almohada junto a ella.

Cada ocasión también era idéntica para mí: me vuelvo hacia la puerta (con los ojos cerrados) y allí, no en la vida real, sino en mi imaginación, está mi viejo en persona, pero joven: no tan viejo como yo ahora (¿cuántos años tengo?) sino joven, del modo en el que los que murieron jóvenes hace mucho tiempo son jóvenes para siempre. Era inmortal, de un modo peculiar y misterioso.

Al principio temía toparme con Panamá, pero Henry estaba siempre sola, como una bella durmiente con sostén de azulejos.

\* \* \*

Por suerte (o por desgracia, según sea el caso), hay una última vez para todo. Lenny y yo acabábamos de dejar una carga en la plataforma cuando él me tiró de la manga y dijo:

—Hank arriba. —Y yo también lo oí.

El disco estaba sonando en lo alto, en el piso diecinueve. Pero no sonaba del todo bien. Tomamos el ascensor para subir. Alguien había encendido el tocadiscos (¿Panamá? ¿Henry?), pero la aguja se había atascado con una pelusa que la obligaba a retroceder y repetir el mismo surco una y otra vez.

*Estoy tan solo que...*

*Estoy tan solo que...*

*Estoy tan solo que...*

Lo solucioné con un soplido y puse el disco desde el principio. Suenan de fuera adentro. Lenny se sentó en la cama de su madre con las piernas cruzadas, al estilo de Fred Astaire. Los grandes ojos marrones de *Homer* estaban cerrados; estaban cerrados desde hacía «días». Yo cerré los míos en cuanto aquella voz abrasiva empezó a cantar, y allí estaba él otra vez, en la entrada, con el sombrero puesto, igual que Hank.

Entonces oí un grito, y cuando abrí los ojos él había desaparecido. Lenny estaba en pie, tirando del cabello y la tira del sostén de Henry. Desde el fondo llegaban vítores y gritos de alegría.

Henry despertó al fin. Se incorporó con los ojos como platos, se deshizo de Lenny y oprimió el cobertor contra su pecho. La aguja producía un *che checheen* el surco, de nuevo atascada:

*Estoy tan solo que...*

*Estoy tan solo que...*

Se oían risas desde el fondo, y algo que quizá fuesen cánticos. Pasos a la carrera. Cristal que se rompía.

—Huele estupendamente —observó *Homer*—. Es hora de ponerse en marcha.

Yo también lo olía. Era el olor de la ga-so-li-na, tan espacioso y elegante como un salón de baile, como puertas que se abrieran en la mente. Y bajo él, otra cosa.

Humo.

Todos tienen algo que atesoran, algo que les importa más que cualquier otra cosa. La vida no es más que un proceso de eliminación, de descubrir qué es ese algo. Puede ocurrirte al final, cuando ya lo estás perdiendo...

Si tienes suerte (y yo siempre he tenido suerte).

Sabía gracias a los simulacros de la academia que no debía tomar el ascensor. El humo llenaba ya el gran hueco central del Millenium. Había recorrido la mitad de los escalones llevando en brazos a *Homer* cuando me percaté de que había dejado atrás el álbum, el tocadiscos y la Radio Voladora®, por no hablar de Henry y Lenny. Pero no debería haberme preocupado. Me estaban esperando en la puerta. Habían tomado el ascensor.

—Esa perra está muerta —señaló Henry mientras seguíamos a Lenny hasta el otro lado de la puerta, bajo la aplastante luz del sol. Lenny remolcaba la vagoneta. Henry llevaba el jersey en una mano y el álbum en la otra. Pensé que lo había rescatado, pero más adelante comprobé que solo era la cubierta.

—Por los pelos —dije, mientras metía a *Homer* en la vagoneta. Su cuerpo era tan pequeño y flácido como un calcetín—. Nos ha salvado la vida.

—A ti, tal vez —repuso Henry—. Yo me he salvado sola.

*Homer* había muerto. Tenía los ojos desorbitados. Los cerré con las yemas de los dedos y sentí los míos. Eso eran lágrimas, sin duda. Parpadeé mientras contemplaba el horizonte, como en las películas. Habría señalado la fecha, debería haberlo hecho, pero no había forma de dilucidarla en Las Vegas. La nieve de las montañas podía indicar la primavera o el verano; en aquel lugar las estaciones no eran como en Staten Island, donde las delimitaban las criaturas vivas. Allí solo había elementos: roca, nieve, arena, cristal y asfalto.

Lenny remolcó a *Homer* hasta el interior, introdujo la vagoneta en el ascensor y la envió hacia arriba. Un típico funeral vikingo. Yo seguía llorando cuando regresó, pero solo un poquito. Me sentía libre de algún modo. Era una sensación alarmante.

Henry todavía no se había puesto el jersey. Quizá fuera el calor.

—¿Dónde está Panamá? —pregunté, más que nada para ser educado; para que no pareciera que la estaba observando.

Ella se encogió de hombros. Los azulejos hicieron lo propio.

—¡Panamá Millenium *sip!* —exclamó Lenny, señalando hacia la cima del edificio, que destellaba a causa del sol, o quizá de otro fuego más caliente y más cercano, era difícil asegurarlo.

—Es hora de ponerse en marcha —dijo Henry, echándose el jersey sobre el hombro como si fuera una trotamundos. Las ventanas estallaron a causa del calor y los vidrios se precipitaron sobre el aparcamiento. Estábamos retrocediendo hacia la calle cuando aparcó un camión, un nuevo y flamante Nabisco. Un rostro familiar se asomó al exterior.

—¿Tú no eres el artista de la selección? —preguntó Bob el Indio al ver mis pantalones azules celeste con raya—. ¿Adónde vais?

—Al oeste —respondió Henry.

—¡*Sip!* —la secundó Lenny.

¿Quién era yo para oponerme?



TERRY BISSON. (Owensboro, 12 de febrero de 1942) Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía. Estudió en la Universidad de Louisville y actualmente reside en Oakland, California.

Bisson es conocido por escribir relatos breves, incluyendo *Cuando los osos descubrieron el fuego* (1990) por el que ganó el Premio Hugo al mejor relato corto en 1991 y el Premio Nébula en la misma categoría; en el año 2001 ganó su segundo Premio Nébula por *Macs* y su segundo Premio Locus, además de su primer Grand Prix de l'Imaginaire. También ha escrito varias novelas, entre ellas versiones de películas como *El quinto elemento* de Luc Besson y *Johnny Mnemonic*, basado en un relato corto de William Gibson.

Ha trabajado junto a Greg Bear, Roger Zelazny y Anne McCaffrey en el campo de la historieta. Además, escribió la novela *Saint Leibowitz and the Wild Horse Woman*, la secuela del *Cántico por Leibowitz* de Walter M. Miller.

# Notas

[1] N. del T.: En inglés, «sapo». <<

[2] N. del T.: Máster of Science-Medical Doctor; Health Maintenance Organization (Organización para el Mantenimiento de la Salud). <<

[3] N. del T.: Pájaros de plumaje azul. <<

[4] N. del T.: National Editorial Association (Asociación Nacional de Editores). <<

[5] N. del T.: Social and Rehabilitation Services (Servicios Sociales y de Rehabilitación). <<

[6] N. del T.: Una variedad de proyectil diseñada para explotar en el momento del impacto. <<

[7] N. del T.: *Do Not Resuscitate* (No Resucitar), referido a personas que sufren enfermedades terminales. <<

[8] N. del T.: El hidroavión más grande de la historia, un modelo único fabricado por la empresa del magnate Howard Hughes. <<

[9] N. del T.: American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations (Federación Americana del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales). <<

[10] N. del T.: North American Free Trade Agreement (Tratado de Libre Comercio Norteamericano). <<

[11] N. del T.: *Burn baby burn* es el estribillo de la famosa canción *Disco Inferno*, de The Trammps. <<

[12] N. del T.: El autor hace referencia al barrio de Nueva York conocido como Hell's Kitchen, en el cual se encuentra la escuela de interpretación Actors Studio, de Lee Strasberg. <<